EL HONESTO MENTIROSO

RAFIK SCHAMI



ILUSTRACIONES DE FRANCISCO MELÉNDEZ



Ha llegado un circo a Morgana y Sadik, un joven de la ciudad con extraordinaria imaginación, es convencido para que, noche tras noche, durante la función, divierta con sus fantasías a grandes y pequeños contando mordaces fábulas. Por ellas desfilarán animales tan inverosímiles como la risocuerna, el rinoorejas o el metijón… Otra magnífica obra con la que nos deleita el autor de *Narradores de la noche*.

Rafik Schami

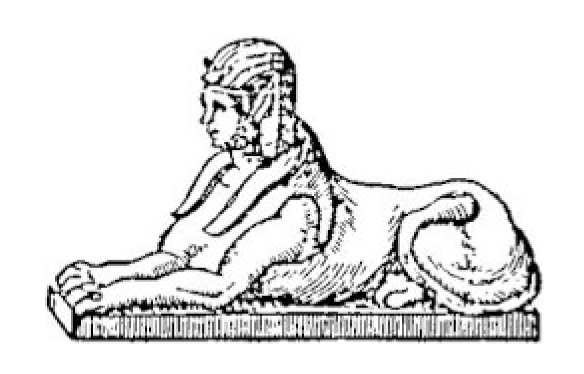
El honesto mentiroso

ePub r1.0
Titivillus 24.01.2025

Título original: *Der ehrliche Lügner*
Rafik Schami, 1992
Traducción: Antón Dieterich, 1993
Ilustraciones: Francisco Meléndez, 1993
Colección: Las Tres Edades,
n.º
30

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:

SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,

CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA

Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.

¿QUÉ COSA ES?

Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

1

La llegada o el principio de todas las cosas



e llamo Sadik, pero ni siquiera eso es seguro. Pues ya la primera palabra que pronuncié fue una mentira. Yo apenas tenía entonces seis meses. Aquel día vino mi padre del trabajo y no me hizo caso. Eso me enojó. Al cabo de unas horas se inclinó sobre mi cuna. Yo meditaba sobre mi futuro con los ojos cerrados. Mi padre no se dio cuenta y me preguntó en voz alta si todavía estaba vivo. Aquello me sacó de quicio y como sabía que lo que mi padre odiaba más en el mundo era que le confundiesen con mi madre, tendí mis bracitos hacia él y le llamé «mamá». Ésa fue mi primera mentira y surtió efecto.

—¡Tu hijo nunca será un hombre de provecho! —dijo furioso a mi madre. Qué equivocado estaba. Durante mi larga vida he visto y vivido muchas cosas, he adquirido fama y conocimientos, he padecido penas y miserias. Y cuando vuelva a venir el ángel de la muerte y me pregunte si estoy preparado, le diré esta vez que sí, porque en una sola estancia en la tierra he disfrutado de una vida tan intensa que bastaría para diez personas. Pero estoy seguro de

que no me moriré antes de haber contado mi historia. Y mi historia terminará sólo cuando dentro de unos días vuelva a encontrarme con Mala.

Me he hecho muy viejo, pero ignoro la edad que tengo. Tampoco quiero saberlo. Me hago viejo y joven según la hora del día y la época del año.

Y sin embargo, cada vez que digo que en mi larga vida ya he vivido suficientes cosas prodigiosas, esa misma vida me enseña de nuevo que las cosas más prodigiosas no han ocurrido todavía.

Hace una semana oí que había llegado a nuestra ciudad un circo de la India. Dentro de mí se despertaron viejos recuerdos y decidí ir al circo, pero durante tres días me vi impedido de hacerlo por los exámenes a que tuve que someterme antes de la operación de mi ojo derecho. Anteayer pude ir por fin y me puse de muy mal humor cuando me dijeron que ya no quedaban entradas para la función. Sólo después de insistir mucho conseguí un asiento incómodo en la última fila.

El circo no era malo. El número de las fieras era un poco precipitado, pero la doma de los caballos se podía disfrutar como un sueño y todos los espectadores eran, como es habitual en Arabia, amantes de los caballos. Al final tributaron al número un aplauso entusiasta.

De repente se me heló la sangre en las venas. Vi a la equilibrista, y en un primer momento habría jurado que era Mala. Pero luego me asaltaron las dudas que empezaron a roer mi seguridad.

Sin embargo, tenía que ser ella, y con cada paso que daba allí arriba sobre la cuerda me sentía más seguro. Evidentemente era ella. Nunca habría podido confundir a Mala con otra mujer. ¿Cómo habría podido? Yo la había amado locamente. Pero ella tenía diez años más que yo y aquella mujer que caminaba sobre la cuerda era demasiado joven, a lo sumo tenía cincuenta y cinco años. Pero quién sabe, hay personas que desafían el paso del tiempo y a partir de un cierto momento dejan de envejecer. ¿O acaso me había mentido Mala al decirme su edad?

Aquella artista realizaba el número con la agilidad y la gracia de una gacela. Sonriente, vencía el miedo sobre la cuerda —exactamente igual que hacía cuarenta años—. Era ella. Nadie caminaba como Mala. También su viejo número del salto mortal

hacia atrás arrastró al público a una tormenta de aplausos que, al igual que entonces, no parecía ir a terminar nunca.

Cuando bajó de la cuerda saludó, miró radiante a los espectadores y por unos instantes pensé que me había visto y que me había sonreído, pero no estaba seguro. Además, ¿dónde estaba el gran lunar de su cuello? Tenía la forma de una mariposa y Mala me había contado que esa mariposa la había salvado tres veces de una caída. Entonces nos reímos y yo besé la mariposa y le pedí que cuidase aún mejor de Mala.

Quizás se lo había operado o yo no había visto bien. Sí, realmente mis ojos ya no son los mejores. Sobre todo con el derecho no veía ya antes de la operación.

Debería haberle preguntado. Pero los periodistas la rodearon y yo siempre he sido muy tímido. Toda la noche me atormentó la duda de si la mujer era Mala o no. Quizás había vuelto después de tantos años a Morgana sólo por mí. Al pensarlo me hice grandes reproches. Decidí volver al circo al día siguiente y preguntar a la artista cómo se llamaba.

Ahora ya estaba completamente seguro de que era ella, pero cuando ayer por la mañana llegué a la feria, el circo había desaparecido. Un vigilante me tranquilizó y aseguró que el circo actuaría todavía en Tania y en Palope, al norte del país, antes de regresar a la India.

De buena gana hubiese seguido al circo inmediatamente, pero por la tarde tenía la operación.

En fin, hoy he hablado con el médico durante la consulta. Estaba muy satisfecho con la operación y me dijo que si en los próximos tres días no surgían complicaciones me daría de alta el martes. Y entonces ya no me podrá retener nada. Tengo que ver a Mala. Y la alcanzaré en Tania o en Palope, y si no es allí, en cualquier lugar en el camino a la India; pues el vigilante dijo que sólo en Tania el circo permanecería por lo menos una semana, y en una ciudad como Palope, con tantos millones de habitantes, es imposible que un circo dure sólo una semana.

Era ella sin duda. ¿Cómo iba yo a olvidar a Mala y el circo indio?

Todavía recuerdo hoy cada detalle, aunque todo esto ocurrió hace cuarenta años. Muchos periódicos del país y del extranjero

escribieron durante semanas sobre Mala, sobre el circo y también sobre mí. Mi retrato aparecía en la prensa más a menudo que el del propio presidente del gobierno Hadahek.

Cómo conocí a Mala y por qué me volví tan interesante para la prensa es una larga historia que, por muy modestamente que la cuente, parecerá exagerada.

Recuerdo que fue a principios de mayo cuando apareció el Circo India en nuestra capital Morgana. La gente del circo llegó con sus animales, medio muerta de hambre. Los habitantes de Morgana observaron el desfile de los camiones multicolores con más compasión que curiosidad. Sabían que el circo llegaba en un mal momento.

El Circo Suizo Bein acababa de marcharse en abril tras realizar una gira triunfal de tres meses por todo el país. Los suizos habían presentado muchos animales exóticos y muy cuidados. Sus temerarios acróbatas y las deslumbrantes mujeres con sus vestidos resplandecientes se habían ganado la admiración y la simpatía de todas las personas. ¡Un prodigio de movimiento, luz y color! Pero todo llegó rápidamente a su fin como un enamoramiento. Demasiado pronto apareció el cartel que anunciaba: «No hay entradas para la función de despedida».

Esa última función de los artistas y de sus animales en Morgana quedará grabada para siempre en el recuerdo de los espectadores. El mago Libano Connectio hizo que los espectadores olvidasen respirar de asombro. Tragó cubos llenos de billetes viejos y sucios y de monedas oxidadas, tomó de una botella un buen trago de un bebedizo azulado y luego escupió billetes planchados y monedas relucientes. Hasta el presidente del gobierno Hadahek, que —salvo en los carteles— sonreía raramente, lloró de risa con aquel número, aplaudió entusiasmado y exigió un bis.

Pero volvamos al circo indio. Cuando llegó a Morgana, la policía no lo condujo a la feria del barrio rico donde el circo suizo había levantado en abril sus carpas multicolores, en medio de un prado verde y cerca del río, sino al terreno triste y polvoriento que se extendía delante del barrio de los pobres, junto a la puerta este de nuestra ciudad.

Los camiones de colores, los elefantes, camellos, bueyes exóticos, caballos y burros desfilaron como una caravana por las

estrechas calles de la ciudad vieja. Cuando la columna alcanzó la gran explanada delante de la puerta este, arrastraba detrás de sí un sinnúmero de niños.

El director del circo se despidió de los policías y dio a cada uno dos entradas. Algunos quisieron más y chapurrearon en inglés: «¡Yo, doce hijo, todos mirar circo!». Entonces el director del circo sonrió amablemente y dijo: «Yo también, y a los míos también les gusta el circo, por eso sólo puedo dar dos».

Antes de nada, el director del circo dio una vuelta e inspeccionó el lugar. Los curiosos corrían detrás de él en tropel pero sólo se acercaban hasta un determinado punto, como si un muro invisible rodease al pequeño director del circo.

Éste rondaba los cincuenta años y tenía un paso extrañamente ligero, como si sólo tocase de cuando en cuando la tierra con los pies. Sus movimientos hacían pensar más en una ceremonia religiosa que en una medición calculada con exactitud técnica. En un determinado punto clavó una estaca de hierro en el suelo. Ese punto se convirtió así no sólo en el centro de la carpa principal, sino en el centro de toda la ciudad circense.

Cuando los artistas llevaban apenas media hora levantando los postes de la carpa, una ola de simpatía invadió a los hombres que se encontraban entre los espectadores, que rápidamente echaron una mano. Algunos indios sabían decir algunas frases amables en árabe y casi todos hablaban inglés, pero los árabes no, por desgracia. Sin embargo, al poco tiempo vi que todos se entendían. En silencio se iba produciendo el acercamiento.

Las roulottes, los camiones y los remolques con las jaulas de los animales formaron pronto un muro protector. Los niños acarreaban en sus cubos agua que echaban en el pilón donde bebían los animales. Los espectadores se maravillaban de las gigantescas cantidades que podía beber un camello sediento. Y los niños de mi barrio, que en casa siempre refunfuñaban cuando alguien les pedía que trajesen un vaso de agua, corrían aquí gimiendo y sudando con cubos rebosantes para dar de beber a los animales.

Como por obra de magia avanzaba la construcción, y en el constante ir y venir de la gente, que sólo parecía correr de un lado a otro sin sentido, descubrí una acción planeada y un orden exacto. No había ni un paso, ni un movimiento de manos que fuese

superfluo. Los niños y los adultos que estorbaban a la gente del circo eran ahuyentados con voces rudas.

Los morganos se quedaron admirados de que en toda la construcción, inclusive las gradas y los asientos, no se utilizase un solo clavo. Y la imponente carpa era sostenida por postes que ni siquiera estaban enterrados en la tierra. ¡Con qué habilidad se levantaron los postes y se izó la pesada lona azul de la carpa! El director del circo supervisaba los trabajos y daba órdenes, deprisa y en voz baja. En menos de seis horas quedó montado el circo con los asientos y los elegantes palcos. Y cuando por fin ondearon las banderas de la India y de Morgana sobre la carpa, el director del circo respiró aliviado.

Ese mismo día las compañías del agua y de la electricidad establecieron las acometidas necesarias y más de un habitante envidió a los indios por la rapidez con que eran abastecidos.

—Alegraos de ser extranjeros. Si fueseis morganos tendríais que esperar un mes para tener agua y por lo menos dos meses para tener luz —le dijo en un correcto inglés un profesor al director del circo. Éste sonrió y respondió:

—En la India no es distinto.

Su respuesta hizo la ronda, la gente se rió y cuando averiguó que el director del circo se llamaba Amal, algunos exclamaron entusiasmados:

—Tú eras el que faltaba aquí. ¡Sé bienvenido!

Por cortesía, el profesor de inglés no tradujo exactamente la frase al director del circo, pues la gente quería decir que les había faltado la esperanza. Amal significa «esperanza» en árabe.

—Necesitamos serrín —dijo el director del circo a un viejo morgano. El profesor de inglés había desaparecido de repente en la multitud y el viejo no parecía entender. Entonces el director del circo, Amal explicó lo que necesitaba haciendo una pantomima hábil, internacionalmente ensayada con la ayuda de una lima y de un trozo de madera, y enseguida un murmullo recorrió a los presentes.

—Necesita serrín. ¡Nada más sencillo que eso! ¿Por qué serrín? Lo comen los elefantes; no, los búfalos —conjeturaron algunas mujeres viejas cerca de mí, pero hasta ellas comprendieron pronto que el director necesitaba el serrín para la pista.

En nuestro barrio había cerca de veinte carpinteros, ebanistas y talleres de marquetería donde se producía serrín. Con la velocidad del viento varios jóvenes regresaron con sacos llenos de serrín, pero el director del circo quería más y después más todavía, hasta que se formó un enorme montón de sacos de serrín.

Mientras tanto los artistas habían preparado barro para la base de la pista. Ésta proporciona el agarre necesario para los cascos de los animales en los números artísticos. Los niños de nuestro barrio se pusieron muy contentos cuando les dijeron que podían pisotear el barro con los pies descalzos. Hasta dos mujeres viejas se mezclaron entre los niños y se reían divertidas con aquella danza en el barro húmedo.

Por último se instaló la valla circular alrededor de la pista.

Este día me topé por primera vez con Mala. Mientras el barro era amasado, se cortó de repente el chorro de agua y un albañil me pidió que fuese a ver a qué era debido. Seguí la manguera hasta el coche de la taquilla y allí vi a Mala. Era muy delicada y trataba desesperadamente de empujar el pesado vehículo cuyas ruedas habían quedado encima de la manguera al hacer una maniobra. La ayudé, y con gran esfuerzo logramos liberar la manguera. Luego nos quedamos parados, nos miramos, nos sonreímos y repetimos casi diez veces: «¡Muchas gracias!», «¡Oh, ha sido un placer!», hasta que nos separamos.

Todavía era de día cuando terminaron los trabajos de construcción y, en señal de gratitud por la ayuda, pudimos dar una vuelta final mientras la gente del circo se lavaba y tomaba su merecida cena delante de las roulotte.

Las roulottes eran unas maravillas de la técnica. Casas completas sobre ruedas. Ni siquiera faltaban los ratones, pero la gente del circo no se dejaba molestar por ellos.

Casi todas las roulottes estaban pintadas de blanco, rojo y verde y estaban numeradas del uno al treinta y seis con grandes cifras negras. Sólo faltaba el número trece. Mucha gente del circo evita el trece no sólo en los coches, sino también en sus programas. Tras la actuación número doce se hace una pausa y luego viene la catorce.

El Circo India llegó a Morgana sin una roulotte número trece, no era viernes, ni un gato negro se había cruzado en su camino, ni se había posado un búho encima del techo de un coche. Al

contrario, los artistas habían entrado en Morgana con caras alegres bajo la dirección de un director llamado esperanza.

Y sin embargo, la desgracia
estaba acechando
a aquel
circo.

2
La trampa
o los peligros de un amor permanente



n imán invisible me atrajo al circo al día siguiente. No fui el único ni el primero delante de la entrada todavía cerrada. La gente del circo estaba ya muy atareada a aquella hora temprana. Busqué con la mirada a Mala y tuve suerte. La vi a lo lejos con un niño pequeño en brazos. Probablemente notó mis miradas, pues se volvió y me sonrió. Yo supe que se refería a mí con su sonrisa, aunque me encontraba entre más de veinte curiosos.

Si era cierta la mitad de las cosas que había averiguado la gente de mi barrio en las últimas horas, entonces el director del circo tenía una mala suerte inaudita. No es extraño que me sintiese atraído por él. Las personas que tienen mala suerte siempre me han atraído.

Su circo ya era bastante pobre en la India. Pero siempre había ganado el suficiente dinero para alimentar mal que bien a sus artistas y a sus animales. Con paciencia, había querido hacer realidad su sueño de un circo famoso. Cuando un día su hermano

Biren murió en un accidente, la gran India se le quedó pequeña. Esperaba poder olvidar en el extranjero, y tener más éxito.

Para sorpresa de todos, comunicó un día a los artistas y empleados sus proyectos de viaje y en un breve discurso exhortó a todos a esforzarse en demostrarle al mundo de lo que eran capaces. Sus ojos, me contó Mala más tarde, estaban llenos de lágrimas.

Nadie, excepto Shati, su mujer, sabía que Amal había estado planeando el viaje paso a paso. Durante años había estudiado la ruta de aquel viaje.

Para muchos de los empleados, la partida significaba la separación de los amigos y parientes, y es que en el circo existe una ley de bronce: sólo quien trabaja para la pista puede acompañar al circo.

El circo viajó de la India a Pakistán y desde allí a Afganistán e Irán y luego a través de Turquía hasta que llegó a Morgana a principios de mayo. Durante un año y tres meses todos habían padecido hambre y sed.

Y justo cuando el circo había instalado sus carpas en las afueras de Islamabad, la capital de Pakistán, estalló una guerra entre Pakistán y la India. Aquello fue un desastre para el circo. Las personas que todavía la víspera habían estado riendo en la carpa se manifestaban ahora delante del circo y querían prenderle fuego. De la noche a la mañana, los artistas y su director se vieron obligados a abandonar la ciudad como si fuesen ladrones.

—Afganistán, queridos amigos, es el paraíso —trató Amal de consolar a su troupe—. ¡Los afganos son nobles y valientes! —algunos artistas habían oído por primera vez en su vida la palabra Afganistán, pero el coraje del director los contagió a todos.

Los afganos eran, efectivamente, hospitalarios, y sumamente valientes, pero al circo sólo acudieron unos pocos espectadores. Y era casi imposible ofrecerles algo que fuese excepcional. Uno de cada dos niños opinaba que el número de los leones era inofensivo. Algunos suplicaron incluso al director que les permitiese entrar también en la jaula de los leones. Algunas personas mayores estaban dispuestas a caminar sobre la cuerda floja. De esta manera, los espectadores iban poniendo en un aprieto cada vez mayor a los artistas a medida que se sucedían los números. Es evidente que un circo no tiene nada que hacer con unos espectadores audaces que

no tienen miedo de los leones ni a la cuerda floja.

Cuando el mago hizo aparecer sucesivamente una paloma y un cuervo en una jaula vacía, un viejo pastor exclamó:

—¿Una paloma? ¡Mira! —y se extrajo un cordero y una cabra de su amplio abrigo. Los espectadores se rieron a carcajadas y el mago se retiró pálido de la pista.

Naturalmente, el afgano no había hecho aparecer el cordero y la cabra por arte de magia, sencillamente los había introducido a escondidas en el circo porque los quería mucho y quería ofrecerles una función de circo.

Una noche, en un pueblo de montaña afgano, después de la función, un campesino preguntó a Amal si el lobo que había intervenido en el conmovedor número del paraíso tenía pareja. El director dijo que no y el entusiasmado campesino regaló al circo una loba que había capturado poco antes.

La gente del circo también fue recibida con simpatía en Irán, y ya al segundo día fue obsequiada por una rica familia de pastores con una preciosa oveja de caracul. Pero a los pocos días sólo los más pobres de entre los pobres querían divertirse ya en el circo. Los que tenían dinero preferían ir al cine. En aquella época la fiebre del cine se había adueñado de todo el país. Un día un hombre joven preguntó al director que por qué no exhibía en su carpa la famosa película de Burt Lancaster y Tony Curtis en lugar de a la temblorosa funambulista. Aquello fue la gota que colmó el vaso y el director ordenó la marcha inmediata.

—En Turquía encontraremos el paraíso —fantaseaba—. Allí corre la miel por las montañas y el té crece como las malas hierbas en el mismo borde de la carretera. ¡Los turcos son generosos, regalan a cada invitado un rebaño de ovejas!

Los artistas bostezaron cansados e indiferentes, pues se habían dado cuenta de que cuanto mayor era la desgracia más hablaba el director.

Era cierto que los turcos eran simpáticos y abiertos con la gente del circo, pero a menudo eran aún más pobres que ellos. Los campesinos de los pueblos orientales estaban deseosos de ir a ver las funciones pero, aparte de unos cuantos alimentos miserables, no tenían nada con qué pagar la entrada.

—¡Vámonos a Arabia! Os quedaréis asombrados de las dichas

que nos aguardan allí. La próspera Arabia os espera, Morgana, mis queridos amigos, Morgana es la perla de Arabia. Mi abuelo me contaba que a cada visitante de esa maravilla se le descuenta un día del tiempo que le corresponde en el paraíso por cada día que puede pasar en esa ciudad, pues ya ha pasado en vida ese día en Morgana, el paraíso terrenal.

—Si tu abuelo tiene razón, todos los habitantes de la ciudad irán al infierno —exclamó el viejo domador de elefantes Ganesh, y todos se echaron a reír.

Así había llegado el circo a Morgana. Ya el primer día oí esa historia. Y si no hubiese conocido Morgana y a sus habitantes, no habría creído que pudiese existir un pueblo en la tierra capaz de averiguarlo todo acerca de unos extranjeros tan deprisa y tan a fondo.

El caso es que el Circo India tuvo también muy mala suerte en Morgana. Aquel año, el mes de mayo fue tan caluroso que parecía que hubiese sido cambiado por junio. Hacía tanto calor que durante el día sólo estaban tumbados al sol los turistas y las gallinas; los habitantes de la ciudad preferían ponerse a la sombra.

El día del estreno había quizás cien niños y el mismo número de personas mayores. A la segunda función asistieron ya muy pocos espectadores. Animales, funámbulos y payasos se esforzaron en hacer reír a los escasos niños que estaban esparcidos por las gradas. Y con cada día que pasaba, menor era el número de espectadores que llegaba —Amal seguía esperando la gran avalancha, pero la ola de calor estaba abrasando Morgana. Incluso por la noche, el aire de debajo de la carpa era inaguantable y sofocante, aunque el director del circo mandaba regar copiosamente todas las tardes—. El que quería divertirse se compraba un helado o se iba a la piscina.

Las desgracias raramente llegan solas. Como si no hubiese bastado con el calor que mantenía a los espectadores alejados del circo, una semana más tarde estalló una revuelta. Un cuñado y un sobrino del presidente se rebelaron para derribar a Hadahek. El cuñado bloqueó Morgana por el norte y el sobrino ocupó con sus tanques el sur del país. La propia capital no estaba en peligro, pero los viajes al norte y al sur del país quedaron prohibidos salvo en los casos de extrema necesidad. De modo que el circo se vio de pronto atrapado junto con los habitantes de la ciudad de Morgana.

Si la visita del circo suizo había sido como el fugaz fuego de artificio de un enamoramiento, la estancia del circo indio tuvo los signos de un amor cotidiano permanente con todos sus problemas.

Rápidamente se agotó el escaso dinero que el director había ahorrado durante el viaje desde la India a Morgana. A finales de mayo ya no quedaban provisiones, a pesar del racionamiento de los alimentos.

Amal era supersticioso, como mucha gente del circo. Un día decidió invitar a un famoso exorcista. El hombre vino, hizo un fuego en medio de la pista y habló durante media hora con sus djin, que sólo él podía ver en las nubes de incienso. Pero a pesar de toda su superstición, el precio de doscientas liras le pareció a Amal excesivo:

—Si los espectadores llenan durante tres días la carpa te daré trescientas liras; de lo contrario tendré que suponer que los djin no te han escuchado y entonces debería azotarte y no pagarte encima.

Pero cuando uno de los empleados de Amal fue sorprendido en el matadero tratando de robar huesos y restos de carne, el desesperado director estuvo yendo y viniendo en su roulotte hasta altas horas de la noche.

Al día siguiente pusieron en libertad al hombre, y el director advirtió a todos los empleados que no volviesen a robar ni una sola brizna de paja. Con gran dolor de su corazón, decidió regalar a Morgana dos de sus magníficos elefantes; a cambio, la ciudad debía comprometerse a alimentar a sus animales hasta que finalizase el asedio. Acto seguido se fue a hablar con el alcalde.

El alcalde de Morgana recibió a Amal con amable reserva. Después de un largo discurso de agradecimiento, el director del circo ofreció finalmente sus dos elefantes a la ciudad. Pero, en lugar de darle las gracias por el regalo, el alcalde exclamó alzando los brazos:

—¡Por el amor de Dios! Yo no quiero que me fusilen los morganos. Todavía hoy maldicen los habitantes de esta ciudad el alma de un antiguo alcalde que lleva más de cien años muerto.

¿Y por qué? La historia había empezado de una manera completamente inofensiva. Un maharajá que había sido invitado por la ciudad había regalado al alcalde un magnífico elefante. Este elefante estuvo vagando por la ciudad, destrozando jardines,

árboles frutales y tiendas de verdura. La población se enfureció y un día su ira fue tan grande que una multitud encolerizada se dirigió hacia la casa del alcalde. Pero cuanto más se aproximaba a su meta, más pequeña y callada se volvía la comitiva, pues muchos empezaron a sentir miedo de pronto.

Sin embargo, el alcalde había sido informado a tiempo y apostó soldados armados delante de su casa. Al ver aquel despliegue de fuerza, muchos abandonaron la marcha de protesta y desaparecieron disimuladamente. Sólo un hombre especialmente exaltado siguió fiel a la causa sin arredrarse. El infeliz no había mirado a la derecha ni a la izquierda y cayó directamente en manos de los soldados. Sólo entonces se dio cuenta de que estaba perdido. Fue arrastrado ante el alcalde y éste le preguntó en tono severo por el motivo de su protesta. Desengañado de todo el mundo, el hombre contestó:

—¡Excelencia! Hemos cogido tanto cariño a tu elefante que no podemos seguir contemplando su soledad. Protestamos contra su soledad y te instamos a que le regales una hembra.

El alcalde se quedó emocionado. Mandó traer una hembra para el elefante. A partir de entonces los elefantes se dedicaron a recorrer Morgana desmandados, destrozando todo lo que se les ponía por medio, hasta que un día un florista arruinado mató a tiros los elefantes y al alcalde.

Después de aquella historia Amal no pudo convencer ya al alcalde de la excelencia de su regalo. Éste tampoco quiso prometer que correría con los gastos del forraje, ya que ignoraba por completo cuánto duraría el asedio.

El director del circo trato de hallar una última solución en la embajada india. Allí tampoco pudieron ayudarle y le advirtieron que no viajase por las zonas ocupadas por los rebeldes. No obstante, el embajador se mostró dispuesto a facilitar billetes de avión a la gente del circo. El circo devolvería después el dinero en la India. De los gastos del transporte de los animales no quiso saber nada la embajada. Amal luchó tenazmente por salvar a todos sus animales y juró que jamás regresaría a la India sin ellos. Pero, a pesar de discutir durante horas con el embajador, éste se negó a prestar otro tipo de ayuda y repitió solamente su oferta de los billetes de avión.

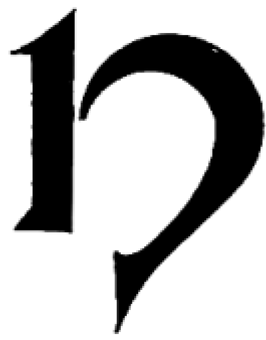
Probablemente pensó que el director del circo había perdido el

juicio cuando éste se puso de pie y dijo categórico:

—Nunca abandonaré Morgana
sin el cocodrilo
del Nilo.

3

Mala
o cómo llamar si no a la felicidad



o, no me equivoco, esa mujer es Mala, son sus ojos inteligentes. Todo cambia en una persona menos los ojos; podrán salirle arrugas y ponerse grises sus cejas, pero la mirada sigue siendo la misma desde que nace.

Dentro de unos días la veré, espero que su circo no viaje demasiado deprisa. Ayer me acordé de que tenía un amigo que vive en Tania, donde va a actuar el circo. Le telefoneé en seguida pero hasta ahora no he podido hablar con él. ¡Qué mala suerte!

Mi madre decía que yo siempre tenía suerte. Me llamaba «el afortunado», pero se equivocaba. Muchos consideran una suerte poder apartar a duras penas la desgracia. Yo nunca he conocido la verdadera fortuna. Soy un pájaro de mala suerte nato y sólo atraigo a otros que son como yo.

El primer pájaro de mala suerte que atraje era un librero ciego. Le conocí a través de un compañero del colegio. Comerciaba con libros viejos de todas clases. Pero no eran libros caros como los de los anticuarios, sino de todo tipo, desde libros de texto hasta novelas baratas, pasando por las grandes obras de la literatura universal. El pequeño letrero de su tienda decía: «Libros - También para prestar». Entonces no existían aún las bibliotecas públicas en Morgana.

De niño dependía de los libros de mi padre. Luego empecé a devorar las modestas bibliotecas de los vecinos y no tardé en conocerme todas las estanterías de libros de la calle. Luego, me quedé tres meses sin nada que llevarme a las manos, hasta que tuve noticia de la citada librería.

Había que depositar una fianza de una lira y pagar una piastra a la semana por el préstamo de cualquier novela. Fue el descubrimiento de mi vida. Todavía recuerdo la primera vez que estuve entre las estanterías repletas, con su extraño olor, temblando a la vista de tantos libros. No sabía por dónde empezar. Así que tomé dos libros llenos de historias de los antiguos árabes, y dejé sobre la mesa las dos liras de fianza y las dos piastras por el alquiler de una semana. El ciego cogió los libros, los palpó y dijo:

—Muchacho, en el primer volumen falta la página 302 y en el segundo un idiota ha cortado una miniatura. Devuelve los libros como te los has llevado, de lo contrario no volveré a prestarte ninguno.

Aquel hombre era un prodigio de ingenio y agudeza —hasta su curación—. Durante dos meses fui su mejor cliente y durante años su ayudante, aunque tenía que atravesar Morgana para llegar a su tienda, pero había desarrollado mi propio método para ahorrar dinero y cuidar mis pies. Acechaba delante de nuestra calleja un carruaje y, cuando los caballos pasaban trotando delante de mí, me subía de un salto al estribo que había detrás de la baca. Los cocheros se daban cuenta y daban latigazos hacia atrás. Cuando uno tenía práctica se quedaba tan agazapado que el látigo nunca le alcanzaba. Por fortuna los coches iban tan despacio que podía bajar en cualquier momento sin poner en peligro mi persona o los libros que llevaba bajo el brazo.

Después de dos semanas decidí, para ahorrar un poco, alquilar

unas novelas, como de costumbre, y leer en secreto una novela en la tienda por partes. Elegí *Los miserables* de Victor Hugo. Me senté al fondo en la tienda debajo de una ventana y leí los dos primeros capítulos. Ese día había mucho movimiento; sin llamar la atención me dirigí después de un buen rato a la caja y pagué por mis dos libros prestados.

En la siguiente visita estaba deseoso de continuar con la lectura de la novela, pero por el camino empecé a dudar de que el libro se encontrase todavía allí. Qué grande fue mi alegría cuando lo descubrí en su sitio. La tienda no estaba aquel día tan concurrida, pero leí de nuevo dos capítulos y esta vez escondí el libro, pues ya he dicho que no puedo confiar en mi suerte y quería engañarla.

Al cabo de dos meses había leído ya más de diez libros y terminado la gran novela de Hugo en secreto y sin pagar. Nunca olvidaré cómo se rió el propietario de la tienda cuando fui a la caja aquel día.

—Ah, Sadik, eres tú —dijo amablemente—. ¿Qué has estado leyendo estas últimas semanas ahí atrás? —yo me quedé tan sorprendido que, de pronto, dudé de su ceguera—. A juzgar por el ruido, era un libro francés de la tercera estantería del fondo, un clásico: Balzac, ¿o era Zola? —preguntó cordial, con cara de pícaro.

—No, Hugo. Victor Hugo, pero te pagaré si lo deseas —dije en voz baja y un poco avergonzado como todo el que es sorprendido in fraganti.

—Bah, si quieres, puedes ayudarme dos o tres horas a la semana y leer a cambio tantos libros como quieras. Necesito a alguien para mis revistas. Mi memoria no colabora ya últimamente. Lo mejor sería que vinieses dos veces a la semana, dos horas cada vez. Eso bastaría. Yo te pago los viajes en autobús. ¿Qué te parece?

Aquello no era una pregunta sino un regalo. A partir de entonces fui regularmente a la librería, ayudé al librero y leí insaciablemente las obras de la literatura universal.

Aquel librero ciego era un musulmán ortodoxo. Yo le dije desde el principio que era cristiano. A él le daba igual, pero no a su mujer. Cuando ella le traía la comida me criticaba y le decía a media voz que no me dejase tocar los platos porque, seguramente, tendría las manos sucias. Yo me ponía a menudo furioso, pero su marido me tranquilizaba:

—Es tan desconfiada con todo el mundo que ni siquiera se fía de sí misma.

Aquel hombre no era ciego de nacimiento. A los diez años había perdido la vista después de sufrir un acceso de fiebre, pero a cambio había desarrollado un oído, una memoria y un sentido del tacto portentosos. A veces le acompañaba al bazar y, en medio del griterío de los compradores y los vendedores, podía identificar, incluso a gran distancia, algunas voces aisladas, y decía de repente:

—Vayamos a la tienda de Ismail, que está discutiendo con un cliente —y eso que la tienda de Ismail se encontraba a más de cien metros de distancia.

Yo siempre había creído que poseía una memoria excelente, pero al lado de aquel hombre me sentía viejo y olvidadizo. Él sabía, aun después de varias semanas, quién había cogido prestada esta o aquella novela o si quedaba un libro de matemáticas del cuarto curso.

Sabía contar historias con mucha gracia y concisión.

—En casa tengo una gata que tiene una auténtica piel de tigre —me contó un día—. Imagínate, cada vez que hay luna llena se transforma en un tigre y así se queda desde la medianoche hasta el amanecer. A mi mujer le da mucho miedo, pero la gata sigue siendo pacífica aunque haga un poco el tigre durante un par de horas. Por dar gusto a mi mujer llevé la gata al veterinario. Él la examinó detenidamente, consultó sus libros y finalmente me dijo que ese fenómeno existía, aunque era muy raro. Cuando una tigresa preñada se enfría y estornuda tres veces seguidas durante una noche de luna llena, le sale una pequeña gata del hocico.

Unos años más tarde el hombre se curó como por milagro. Recuperó la vista. Pero ésa es otra historia. En realidad yo quería seguir contando la historia de otro pájaro de mala suerte y de su circo.

La ancestral ciudad de Morgana ha vivido muchas cosas a lo largo de su historia. Un sinfín de prodigios y maravillas se han grabado en su memoria. En las humildes casas de barro de sus callejuelas se siente el alma poderosa de una cultura antiquísima. Situada en el corazón de Arabia, la ciudad era un lugar de encuentro donde se cruzaban los caminos de profetas, conquistadores, comerciantes y mendigos.

Cuando hace dos años llovió arena roja, los morganos supieron a qué atenerse. Cada treinta y cinco años una tormenta trae la arena de una determinada región del Sahara situada a miles de kilómetros de distancia y la deja caer justo encima de Morgana como una alfombra roja que cubre las casas y los árboles, los coches y las calles. Ni un grano de arena llega a las ciudades situadas al norte o al sur de Morgana.

Los morganos dejan la arena donde está durante tres horas para que no caiga ninguna maldición sobre la ciudad; pues esa alfombra roja está unida a una historia de amor. Un hada que vive en Morgana tiene que esconderse a sí misma y a su ciudad durante tres horas una vez cada treinta y cinco años para que no la encuentre su furioso padre, un demonio vengativo, pero ésa es otra historia.

Después de tres horas los morganos barren la arena y vuelven a ocuparse de sus asuntos como si no hubiese sucedido nada.

Con la misma naturalidad reaccionaban los habitantes de la ciudad en los últimos cien años cuando aparecía uno de los numerosos profetas. Sólo algunos funcionarios beatos se excitaban. La mayoría de los habitantes pensaba como mi tío Azar, que decía tranquilamente:

—¿Qué importa que alguien se crea un profeta? Nosotros debemos acogerle amablemente. Quién sabe, a lo mejor es un profeta de verdad. Entonces nos habremos asegurado un lugar en el cielo por nuestra hospitalidad. Y si es un mentiroso tendremos a cambio un par de historias bonitas o una risa.

Morgana ha vivido, como he dicho, muchas cosas, y a pesar de haberse vuelto sabia con los milenios, siguió teniendo un corazón inocente. Todavía es lo bastante infantil para sentir asombro ante la novedad. Y quien conserva un corazón de niño es recompensado por la vida con milagros.

En la historia de esta ciudad no había ocurrido nunca que un circo de un país lejano no pudiese regresar a su tierra. Como siempre, la prensa ocultó su desconcierto con comentarios estúpidos. El redactor jefe de la *Nueva libertad*, uno de los tres periódicos del país dirigidos por el Estado, escribió en un artículo titulado «Hablando honradamente» que la próxima vez que nos visitase el circo se debería exigir en la frontera el billete de vuelta de los elefantes o matar a tiros allí mismo todos los animales.

Tales soluciones eran de poca ayuda para los habitantes del barrio antiguo, que tenían que hacer frente directamente a los problemas del circo. Pero entre mis vecinos no había, de todos modos, muchos que leyesen el periódico estatal. Sentían compasión por la gente del circo y por sus animales. Ese sentimiento, que conmovía a todos, fue expresado una tarde por mi madre durante una ronda de café en el patio:

—Este pobre circo que no sabe ya por dónde le da el viento, somos nosotros mismos.

Ninguno de los vecinos bromeó ni se rió, y todos asintieron pensativos. Pero nadie del barrio podía donar el suficiente dinero para que los elefantes, leones, tigres, serpientes y lobos pudiesen volver a la India.

Por el cocodrilo nadie estaba dispuesto a pagar de todos modos. La gente encontraba que aquel animal era espantoso y su número aburridísimo. El cocodrilo del Nilo salía acompañando al director del circo, recorría una vez la pista, abría la boca y bufaba a los espectadores de la primera fila. Eso no era ni siquiera escalofriante, sino simplemente repugnante; pues el cocodrilo tenía heridas en varias partes de la cabeza y su lomo también estaba lleno de cicatrices. Después de dar dos vueltas, el director del circo agarraba al cocodrilo por la cola, le ponía patas arriba girándolo sobre la espalda, le acariciaba la tripa y el cocodrilo se quedaba rígido como un animal de plástico; entonces Amal podía hacer con él lo que quisiera. Poco después el cocodrilo despertaba de su rigidez, bufaba una última vez al público y salía de la pista con las patas separadas, como si se hubiese hecho sus necesidades en unos pantalones imaginarios.

A mí el cocodrilo me resultó en cierto modo simpático la primera vez que lo vi. Me pareció triste y torpe.

Pero, a pesar de todo el afecto que sentía por el circo y sus animales, he de reconocer que sobre todo era Mala quien ataba mi corazón.

Mala era una maravillosa funámbula. Estaba casada con el lanzador de cuchillos Ashok. Noche tras noche permanecía inmóvil y sonriente mientras los cuchillos de su marido se clavaban alrededor de ella. Yo admiraba su valor y sabía que en cada actuación tenía los ojos puestos en mí. Era tan delicada y juvenil

que, la primera vez que la vi junto a la roulotte, creí que era hija del lanzador de cuchillos, pero no: era su mujer, y madre de tres hijos.

Desde el primer momento comprendí que amar a Mala era como jugar con fuego, pues su marido era terriblemente celoso. Pero yo no podía dejar de quererla. No podía pasar ni un solo día sin verla. Las funciones se sucedieron y gasté mis ahorros en ir todas las noches al circo.

Mi amor por Mala crecía imperceptiblemente y mi idea romántica del circo se iba convirtiendo lentamente en un respeto y una admiración basados en mis observaciones diarias.

El aire del circo me atraía como un perfume, aunque era una mezcla de los efluvios de los caballos, olor acre de las fieras, sudor de las personas y olor a resina de las virutas de madera. Amal seguía utilizando una carpa de algodón. No quería ni oír hablar de las carpas de plástico, como pude averiguar, porque ahogaban el aroma que impregna el aire del circo.

En aquella carpa aprendí poco a poco que el circo es el arte más honrado. En ninguna parte puede un artista engañar menos que en el circo. Tiene que ser rápido, preciso y casi ingrávido. Y tiene que contar siempre con que alguien del público tenga buena vista, pues la pista está abierta por todos los lados. Sin pared de separación y expuestos a las miradas escépticas de los espectadores, los artistas realizan un «trabajo redondo», como dicen ellos.

El trabajo del teatro es duro porque los actores cometen sus errores directamente delante del público. Pero incluso el teatro más difícil es un juego de niños comparado con una representación de circo. Los espectadores lo saben perfectamente y prestan a los artistas del circo una atención que ningún actor o poeta recibirá jamás en un escenario.

Lo curioso es que yo no sentía nunca mucho miedo por Mala cuando realizaba su número sobre la cuerda floja. Ella era más ligera que el viento. Parecía que no estaba sujeta a las leyes de la gravedad. Sus manos eran pequeñas y delicadas como las de una niña, pero una vez vi cómo dejaba fuera de combate a una pantera enfurecida de un solo puñetazo a través de la reja de la jaula. Y a mí me podía levantar con una sola mano. Sin embargo, lo más bonito era que nunca se notaba que sus actuaciones la cansasen.

Parecía como si delante del público estuviese descansando de otro trabajo.

No me hartaba de mirar a Mala, su porte orgulloso y valiente. Se movía de manera audaz, segura y precisa.

Lo que menos me gustaba era el número del lanzador de cuchillos. Siempre esperaba angustiado a que su marido clavase el último cuchillo en la madera y a menudo me preguntaba qué sentido tenía aquel peligroso espectáculo. Unos pocos centímetros decidían sobre la vida y la muerte de una mujer maravillosa a la que yo amaba.

En realidad, no se llamaba Mala, pero había adoptado ese nombre porque sonaba bien en el circo. Casi todos los artistas se cambian el nombre. Nadie se entusiasmaría si no, si el presentador anunciase: «¡Damas y caballeros, seguidamente presenciarán un triple salto mortal realizado por el señor Birendranath Bandyopadhyay!». No, el nombre ha de ser breve y musical para que cualquier niño lo pueda recordar y guardar en su corazón.

Pero no sólo son distintos los nombres, en la realidad también lo son los propios artistas: con el maquillaje y las luces multicolores del circo parecen mucho más atractivos que a la luz del día. En la carpa, Mala resplandecía de belleza, afuera resultaba pálida y delgada.

Cuando los animales empezaron a padecer hambre, Amal mandó anunciar en árabe todas las noches que cada adulto podía asistir a la función pagando media entrada y cada niño gratis si traían un cubo de comida para los animales. Fue una idea genial, pues muchos se esforzaron y hacían cola con sus cubos llenos, y los animales quedaron de momento fuera de peligro. Para mí fue una solución ideal: ahora podía ir todos los días al circo a llevar comida y pronto todos me conocieron y me saludaban cordialmente.

Así pues, el circo siguió en la explanada polvorienta que había delante de la puerta este de la ciudad de Morgana. Mi calleja no estaba lejos de allí y un día arranqué un muslo al pollo que guardaba mi madre en la nevera y me fui corriendo al circo. Era mediodía. La gente del circo sesteaba a la sombra porque, aparte de las moscas, nadie iba al circo con aquel calor sofocante. Mala estaba sentada con su marido delante de su roulotte. Yo la vi en seguida pero desgraciadamente ella no reparó en mí.

Aquella mañana arrojé el muslo del pollo al cocodrilo y éste lo engulló en un abrir y cerrar de ojos. Luego sacudió varias veces la cabeza y se retiró a un rincón de su jaula y se quedó mirándome de una manera extraña.

En el camino de vuelta a mi casa preparé una buena mentira por si mi madre me preguntaba dónde estaba el muslo del pollo. Mi mentira parecía una aventura en la selva: tuve que defender al pollo contra diez gatos salvajes y luché desesperadamente hasta que, en el último momento, pude salvar al pollo, pero uno de sus muslos quedó atrapado en la boca de un gato, que lo arrancó y salió corriendo.

Curiosamente mi madre no preguntó por el muslo que faltaba. Fue mi padre quien se extrañó de que el pollo sólo tuviese uno.

—Es un inválido. Ha perdido su muslo en la guerra de los pollos —exclamó mi madre, me miró y se echó a reír, pero aquello no le hizo a mi padre ninguna gracia. Apartó la fuente con la carne del pollo y dijo de mal humor:

—¡Ya me has estropeado el apetito!

Mi madre se rió, me dio el segundo muslo y puso en su plato la pechuga, que normalmente estaba reservada para mi padre. Aquella noche mi padre tomó únicamente ensalada, queso y aceitunas y, en lugar de reconocer que mi madre le había superado con su divertida ocurrencia, se pasó la velada ensalzando la vida sana de los vegetarianos. Así era mi padre. Aunque era un perdedor nato, no reconocía ni una sola derrota.

Desde ese día fui todas las mañanas a llevar comida al cocodrilo del Nilo. Eran restos de carne y huesos que me daba el carnicero Mahmud. A cambio, tenía que limpiar su tienda todas las tardes. El carnicero estaba encantado con mi ayuda y, en el fondo, también sentía compasión por la gente del circo, por eso a veces me regalaba también algún trozo de carne.

Las noticias no decían una sola palabra sobre el asedio. Hacían grandes elogios de los logros del presidente Hadahek y citaban sus comentarios sobre numerosos temas de la vida cotidiana, pero a la crisis política de su propio país no dedicaban una sola palabra. Sin embargo, las noticias procedentes del extranjero sobre la situación de Morgana eran preocupantes. Sobre todo la

BBC

de Londres informaba de que los generales rebeldes estaban concentrando cada vez más tropas en la carretera que conducía a Morgana y de que el presidente Hadahek ya había comprado una granja enorme en California, a la que pensaba retirarse cuando llegase el momento. Todos veíamos claramente que había que salvar el circo antes de que llegase el invierno y ponerlo a salvo más allá de la frontera.

El invierno en Morgana habría significado
la muerte segura para la mayoría
de los animales. Algo tenía
que suceder pronto,
¿pero qué?

4

La carretera o cómo adquiere alguien irrevocablemente fama de algo


i nombre significa «el honesto», pero en mi calleja yo tenía una fama muy distinta. Me llamaban «el mayor mentiroso de Morgana». Cómo adquirí esa fama constituye una pequeña historia.

Mi primera amiga se llamaba Aida. Yo la quería mucho de pequeño y sólo deseaba jugar con ella. Aida también me quería mucho y todo aquello que deseaba lo llamaba «Sadik», de manera que sus padres empezaron a sentirse preocupados por ella. Ya sólo quería comer y beber Sadik, vestirse y respirar Sadik.

Gracias a Aida averigüé ya a los cinco años que era un gran mentiroso. La causa se hallaba en mi lentitud, pues si yo llamaba la atención por algo era por mi lentitud. Era lento para todo. Mi madre contaba que a la hora de comer me despedía de cada grano de arroz personalmente y que antes de que hubiese masticado dos bocados ya había terminado de comer toda la familia. Mi madre se echaba a dormir una siestecita y cuando se levantaba al cabo de media hora yo no había terminado todavía.

También era infinitamente lento al hablar. Cavilaba mucho y no me parecía mal hacer una pausa en medio de una frase. Y entonces ocurrió lo que tenía que ocurrir. Un día quise impresionar a Aida y le conté que sería capaz de volar de una montaña a otra. Sus ojos se abrieron horrorizados. «Estás mintiendo», exclamó, y salió corriendo antes de que tuviese tiempo de decirle que podría hacerlo si fuese un pájaro.

Pronto mis medias frases, que completas habrían sido las afirmaciones más inofensivas del mundo, andaban de boca en boca en todo el vecindario. Las frases que decía a medias sonaban como las mentiras más grandes de todos los tiempos. Qué podía pensar la gente cuando me oía decir que podría vivir tres días debajo del agua, si no escuchaban el final que yo añadía después de una pausa: si fuese un pez.

Viejos y jóvenes, todos los vecinos, amigos, parientes o compañeros del colegio sabían siempre de antemano que mentiría, hasta cuando sólo sacudía la cabeza a una pregunta. Cuando abría la boca no cabía ya ninguna duda. Desde entonces me llamo Sadik, el Mentiroso.

Cuando un vecino de mi calleja adquiría su fama ya no había forma de cambiarla. Algunos trataban toda su vida desesperadamente de borrar la marca que llevaban encima, se afanaban y sudaban luchando contra su mala fama. Eso le sucedió también al vecino Fuad, al que llamaron una vez «avaro» por un malentendido y que durante años trató de contrarrestar aquella fama con una generosidad ejemplar. Su hospitalidad le había llevado casi al borde de la ruina. Cuando le llegó su última hora pensó que después de su muerte la gente recordaría su generosidad y le liberaría de la fama de ser un ordeñador de piastras. Ya sentía la presencia de la muerte y respiró profundamente para pronunciar una última frase trascendental: «¡Ahorrar es superfluo!», quiso decir; pero después de la palabra «ahorrar» se murió. Los presentes se miraron horrorizados.

—¡Habráse visto avaro! —exclamaron muchos—. ¡Hasta en su lecho de muerte quería seguir ahorrando!

Así es la fama. Por eso decidí no luchar contra mi fama de mentiroso. Mi padre decía incluso que con una mala fama útil se podía vivir mejor que con una buena fama inservible.

Lo triste del caso es que precisamente Aida, que había puesto en circulación esa fama y que al principio la encontraba incluso divertida, no la pudo soportar al final. Ella quería amar a un hombre honrado, casarse con él y tener hijos. Su sueño se ha hecho realidad y ahora es desgraciada. La razón de que eso sea así es una historia larga y más bien aburrida. He mencionado aquí a Aida por agradecimiento, pues sin ella no habría alcanzado nunca mi fama posterior.

Por entonces vivían en mi calleja las personas más extrañas y, curiosamente, todas tenían una fama injusta. Del vecino Abdullah, que sabía hablar con sus gallinas, prefiero no hablar. Este vecino no paraba de parlotear. Sólo personas educadas para tener paciencia podían soportarle. Los burros empezaban en seguida a dar coces, y en cuanto cogía una de sus gallinas para soltarle alguna parrafada, ésta ponía rápidamente un huevo para librarse de su dueño. Mi madre decía que tenía un olor de boca tan nauseabundo que las gallinas no podían retener los huevos. Sea como fuere, aquel hombre no se llamaba Abdullah el que-habla-con-las-gallinas, o Abdullah el Charlatán; no, se llamaba Abdullah el Grande. Y eso que ni siquiera medía un metro y medio, pero al parecer era el más alto de dos vecinos que se llamaban Abdullah.

Mahmud, el carnicero, era un hombre callado y, sin embargo, uno de los mayores mentirosos. Mentía con las manos. Cuando alguien le pedía un buen trozo de carne, cortaba el trozo delante de los ojos del cliente, lo lanzaba demostrativamente sobre la tabla de cortar y luego giraba el cuerpo de tal manera que quedaba de espaldas al cliente y le tapaba la vista. Con la rapidez de un rayo cambiaba entonces el trozo de carne buena por otro de peor calidad. Sus manos eran tan hábiles que la gente llegó a apostar si entre dos serían capaces de descubrir el momento en que colocaba la pieza mala. No fueron capaces. Pero nadie le llamaba Mahmud el Tramposo, sino el Bebedor, porque vivía muy solo y a menudo bebía arrak por la noche y lloraba.

Tamer, el zapatero, llevó toda su vida zapatos malos y remendados. En su lecho de muerte reveló a su mujer que en el desván tenía escondidos en una caja un par de zapatos nuevos. Dijo que eran los zapatos más bonitos creados por la mano del hombre y quería presentarse ante el Creador con aquellos zapatos que nunca

habían tocado la tierra. Su mujer subió corriendo al desván. Efectivamente, eran unos zapatos únicos y estaban cuidadosamente empaquetados.

Cuando la gente vio aquellos zapatos en los pies del difunto zapatero, su fama de hombre piadoso quedó confirmada. Sin embargo, Tamer era un gran mentiroso. Una vez le llevé mis zapatos y le pregunté cuándo estarían arreglados. «Mañana», dijo sumergiéndolos en un cubo de agua para poder trabajar mejor las suelas. Al cabo de dos días fui de nuevo a su taller. «Mañana», repitió y volvió a sumergir mis zapatos. Fui una tercera y una cuarta vez, y siempre sumergía los zapatos en el agua y decía lacónicamente «Mañana», hasta que me harté.

—¡Te he traído mis zapatos para que los arregles, no para que les enseñes a nadar! —le grité.

Tamer se echó a reír y reparó los zapatos. De tanto mojarlos estaban por dentro duros como piedras y por lo tanto inutilizables. Pero, a pesar de lo poco formal que era, conservó siempre fama de piadoso.

Más raro aún que el zapatero y el carnicero era mi vecino Ismail. Tenía asombrados a los médicos con las cosas que era capaz de soportar su estómago. Su mujer contaba que a la hora de comer siempre tenía que estar atenta para que su marido no se tragase los cubiertos y los huesos. Hasta ese extremo llegaba su glotonería. Su mujer guardaba los huesos en los que Ismail había cincelado toda clase de dibujos con sus dientes. Eran unas obras inimitables, que representaban olas y barcos, golondrinas y paisajes. Pero lo más asombroso era un retrato del presidente Hadahek. Si la mujer de Ismail no hubiese tenido miedo a ser mal interpretada, habría ido a ver al presidente con el hueso de cordero y se habría dejado obsequiar generosamente.

La fama de la avaricia acompañaba tenazmente a Ismail. Pero él no era avaricioso sino pobre, muy pobre incluso. Pero la fama, por injusta que sea, se adhiere para siempre a uno con más fuerza todavía que las orejas y la nariz. Hasta los borrachos que habían olvidado ya su propio nombre estaban perfectamente al tanto de la fama de los vecinos.

Un día el empleado de correos Elías había vuelto a beber más de lo que le pedía su sed y empezó a discutir con Ismail.

—Quítate de mi vista o te pego una bofetada que aterrizas en Jerusalén —bramó Ismail.

—¡Conque Jerusalén! —exclamó entusiasmado Elías—, entonces tendrás que pegarme dos bofetadas, maldito avaro, para que pueda hacer el viaje de ida y vuelta.

Los vecinos se rieron de los dos fanfarrones y se burlaron de la insólita generosidad del dispensador de bofetadas.

El empleado de correos tomó un buen trago y balbució:

—Te juro que los ratones sólo se quedan en tu casa por amor a su lugar de nacimiento, pues para sobrevivir tienen que trabajar para los ratones de los vecinos.

Ésas eran las bromas que tenía que soportar Ismail a menudo. Pero en el fondo tenía otras debilidades completamente distintas que curiosamente no adquirieron nunca fama, aunque saltaban a la vista. Ismail era más olvidadizo que una goma de borrar.

Un día su mujer y sus hijos no paraban de incordiar, y como él deseaba que le dejasen en paz dijo con cara beatífica:

—He oído que el jeque Mohammed Albustani celebra hoy la boda de su hijo mayor y que ha mandado asar siete corderos.

Su mujer reaccionó inmediatamente y corrió pintada y engalanada con los hijos a la casa del jeque. Ismail encendió su narguile y se dispuso a disfrutar la paz restablecida. Pero cuando todavía no habían transcurrido cinco minutos se dijo a sí mismo: «Ismail, tienes que darte prisa, si no no quedará ni rastro de los corderos». Se levantó y se dirigió a toda prisa a la boda que él había inventado. A mitad de camino se cruzó con su familia que ya regresaba. Y parecerá mentira, pero no se enfadaron con él; sólo le consolaron asegurando que el jeque Mohammed les había dado las gracias porque por ellos se había percatado de que ya era hora de que se casase su hijo que tenía cincuenta años.

Aunque el circo no llevaba ni un mes en nuestra vecindad, todos los artistas y todos los animales tenían ya su fama. El Severo, el Honrado, la Valiente, el Supersticioso, la Forzuda, el Corazón de León, el Enamorado, el Glotón, el Colérico, la Caprichosa y la Melancólica fueron algunos de los muchos sobrenombres que a partir de entonces quedaron unidos inseparablemente a los distintos personajes del circo.

Mahmud, el carnicero, me dio un día una gran ración de restos

de carne y huesos.

—¡Toma, para tu cocodrilo, antes de que se enfade contigo y se coma la carpa del circo! —dijo riéndose a carcajadas.

A mí me sorprendió que estuviese tan bien informado sobre el cocodrilo, pero, como he dicho, la gente se contaba muchas cosas y se inventaba todavía más. Entonces, el carnicero añadió bajando un poco la voz:

—Dicen que el cocodrilo es el hermano del director del circo. ¿No decías que era un cocodrilo del Nilo? Un egipcio me contó que a veces los cocodrilos se enamoran de las mujeres que lavan la ropa a orillas del Nilo y a veces engendran con ellas niños que en Egipto reciben el nombre de Hijos de Cocodrilo.

Cuando el carnicero me contó aquello me quedé asombrado de hasta dónde podía llegar la fantasía de mis vecinos.

Yo nunca había pensado que podría sentir lástima de un cocodrilo. Esos animales siempre me habían parecido crueles, fríos y taimados. Pero el día en que vi en la pista aquel cocodrilo me pareció conmovedoramente torpe, triste y asustadizo.

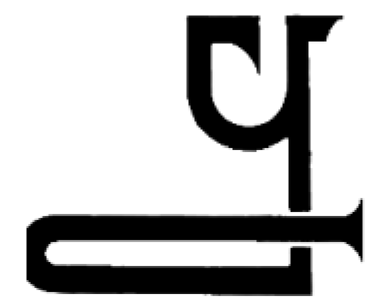
Todos los días iba al circo y daba de comer al cocodrilo. Al cabo de unos días observé que el director no sólo estaba a menudo cerca del cocodrilo y parecía hablar con él, sino que también empezaba a mostrarse especialmente simpático conmigo. A ninguno de los niños y jóvenes que ayudaban y se ocupaban igual o más que yo de los animales trataba con tanta cordialidad. Y de repente me llamó la atención el parecido que existía entre el director del circo y el cocodrilo. Entre los ojos de ambos, para ser más exactos. Hasta entonces sólo tenía noticia de que, con el tiempo, los perros se parecían cada vez más a sus amos o viceversa, y cuando miré el cocodrilo aquel día descubrí que sus ojos miraban con la misma tristeza que los del director del circo.

Como si el cocodrilo hubiese leído mis pensamientos, contestó afirmativamente a la pregunta que me acababa de hacer. Con toda claridad dijo que sí levantando y bajando la cabeza.

Un miedo indefinido se apoderó de mí, di media
vuelta y quise echar a correr, pero entonces
me topé de frente con el director
del circo que me miró
con una sonrisa.

5

El cocodrilo
o cómo a veces sólo se salva uno gracias a una piel dura



aunque tarde una eternidad —empezó a decir el director del circo—, me armaré de paciencia para vivir el instante en que el polvo de la pista se convierta en estrellas. Tal vez lloraré ese día y me diré: Amal, lo has conseguido. Llevo cuarenta años soñando con ese instante. Qué me importa pasar frío, vivir en una roulotte y acostarme con hambre. En cuanto estoy en la pista y escucho los aplausos me quedo tan embriagado que me olvido de todas las penas y todas las fatigas.

»Amal, me dijo una vez en Calcuta un viejo árabe, significa esperanza en árabe, y si mi nombre lleva la esperanza dentro, ¿cómo puedo desesperar?

»Yo debía de tener diez años la primera vez que mi padre me

llevó al circo. Aquel día vi a los acróbatas que, enfundados en sus rutilantes maillots, parecían volar entre los altos trapecios. Al principio aquello me asustó pero luego me fascinó. Cuando los espectadores aplaudieron entusiasmados, decidí fundar un circo. Y, a decir verdad, la mayor locura que puede cometer una persona es fundar un circo, pero para alcanzar las estrellas hace falta tener una cierta dosis de locura.

»Nosotros éramos tres hermanos; Biren era el más recto, Nirmal el más sensible y yo el más paciente. Los tres trabajábamos en el circo, pero las cosas no nos iban bien.

»Todavía no he hecho quiebra porque no sé hacer bien las cuentas. Otros circos indios que eran cien veces mejores que el mío tenían buenos contables. Éstos se presentaban un buen día delante de su jefe y decían: "Jefe, se acabó. Dentro de nueve días tendrá que declararse en quiebra". Y no se equivocaban. Mi caso era distinto. Yo tendría que haber quebrado ya a las pocas semanas de empezar; pero llevo dirigiendo el circo quince años y siempre he conseguido salir adelante. No me lo explico, pero siempre encuentro personas que me ayudan aunque no pueda corresponderlas. Sencillamente, saben que soy un buen artista y un mal hombre de negocios que necesita su ayuda. Nunca he tenido dinero. Ni el primer día ni hoy.

»Mi hermano Biren era un funámbulo extraordinario que realizaba sobre la cuerda unos saltos tan perfectos y escalofriantes que una persona normal no se atrevería a realizarlos siquiera en el suelo. Era un verdadero artista: mostraba su talento, no lo que arriesgaba al hacerlo. Aún no he podido encontrar a su sucesor. Mala me recuerda en algunos momentos a Biren.

»Cuando sólo tenía dieciocho años fue aclamado por toda la ciudad de Bombay. Fue algo increíble. Por aquel entonces llegó un famoso funámbulo de Delhi. Tendió una cuerda entre dos ventanas de la sexta planta de dos altos edificios que se encontraban en barrios distintos. La ciudad se había transformado en el gigantesco escenario del funámbulo, que caminaba con su pértiga por encima de las calles. Las personas treparon a los árboles y a los postes telegráficos, a los tejados y a las fachadas, poblaron los balcones y las ventanas para vivir de cerca aquel prodigio de valor.

»De repente apareció Biren. Descalzo y sin pértiga, se puso a

caminar tranquilamente sobre la cuerda. Como si pasease por la calle, se dirigió hacia el maestro, que había empalidecido; hizo allí sus payasadas, saludó al público y se rió con alguna muchacha guapa que se asomaba a un balcón.

»Los genios sólo son geniales en una décima parte de su alma, en las nueve partes restantes son niños, nada más que niños. Despreciando la muerte, Biren alcanzó al maestro, que se llevó tal sorpresa que tuvo dificultades para mantenerse en equilibrio. No pudo ocultar su inseguridad cuando Biren le pidió gesticulando teatralmente que le dejase pasar. Los espectadores se reían a carcajadas aunque la situación era extremadamente seria. El maestro se negó desconcertado y gritó a Biren. Éste dio entonces unos pasos hacia atrás. Y cómo lo hizo habría sido suficiente para considerarle divino. Entonces sucedió algo que nadie había visto nunca. Te lo juro por la luz de mis ojos. Biren cogió carrerilla, saltó por encima de la cabeza del maestro, se posó sobre la cuerda, osciló y continuó su paseo hacia la ventana situada al otro extremo de la cuerda.

»Mientras el maestro de la pértiga proseguía su camino, los espectadores llevaron a Biren a hombros. Fue la estrella del día y su actuación fue la mejor publicidad para nuestro circo.

»En aquel tiempo actuábamos los tres, aun sin carpa propia, en todos los lugares donde nos permitían hacerlo —en las calles, en las plazas y en otros circos—. Éramos muy pobres, pero tan exigentes que pronto fuimos los mejores. Con el dinero ganado, que nos repartíamos rigurosamente, compramos nuestros primeros animales y utensilios. Pero sólo cuando conocí a Shanti, mi mujer, sonó la hora del nacimiento de mi propio circo. Shanti creía tanto en nuestro trabajo que logró que su padre nos regalase el dinero para nuestra primera carpa. Su padre quiso, no obstante, presenciar antes una representación en su propio jardín, para convencerse de nuestro talento. Que esta representación habría sido un fracaso si no hubiésemos contado con la ayuda de mi mago Shambhu es otra historia que sin duda algún día escucharás.

»Los primeros años fueron duros. Pero poco a poco nuestro circo se fue haciendo famoso gracias al arte de mi hermano Biren, la fuerza de mi hermano Nirmal y mi paciencia. Cada vez que un espectador iba al Circo India podía estar seguro de que viviría una

sensación nueva. Nuestras carpas mejoraron, nuestras roulottes también y los artistas y los animales vivían bien. Al final del año, no teníamos ya ninguna deuda. El nuevo año se anunciaba muy prometedor, pero de repente todo se vino abajo antes de que tuviésemos tiempo de disfrutar un poco nuestro éxito.

»Biren ideó el número de la luna. Para este ejercicio había que tender una cuerda en diagonal desde la pista hasta uno de los cuernos de la luna que colgaba debajo de la cúpula del circo. Un cono de luz iluminaba el cuerpo de mi hermano, todo lo demás permanecía a oscuras. Era un espectáculo sublime, parecía que mi hermano subía al cielo. En cuanto llegaba arriba, la luna se iluminaba, Biren hacía el pino encima de ella y descendía a la pista de espaldas. Nosotros queríamos presentar el número durante una gira por la India. Pero en enero Biren se sentía ya tan seguro que mandó retirar la red de seguridad.

»Un día que no había función ensayó durante horas. Había algo que no le terminaba de gustar. Era bastante tarde cuando de repente se produjo un cortocircuito en la luna. Un grito espantoso desgarró la oscuridad. Yo salí corriendo de mi roulotte convencido de que había ocurrido una catástrofe. "¡Biren! ¡Biren!", entré gritando en el circo. Era demasiado tarde. Mi hermano yacía sobre la pista con el cuello roto.

»A Biren no le querían sólo las personas. Los dioses se lo llevaron consigo para que actuase sólo para ellos.

Los ojos del director del circo se habían inundado de lágrimas. Le estreché la mano y esperé a que se calmase.

—¿Qué podíamos hacer? Estaba amaneciendo un nuevo día y los espectadores no tardaron en agolparse delante de la entrada para presenciar la función. No teníamos tiempo para estar tristes. Mi hermano Nirmal estuvo todo el día anonadado y, cuando comenzó la función y la gente se reía a carcajadas bajo la carpa, Nirmal desapareció en la oscuridad de la noche sin una palabra de despedida.

»Tardé dos años en averiguar que mi hermano había encontrado la felicidad al lado de un gurú. Me escribió cartas entusiasmadas llenas de fervor religioso en las que calificaba al gurú de sombra de Dios en la tierra. Entre cientos de seguidores, mi hermano se convirtió pronto en un discípulo favorito del maestro. Como elegido

podía dormir encima del desnudo suelo de la cocina de la mansión y realizar todas las tareas domésticas para su maestro. El alma de Nirmal estaba esclavizada y él llamaba a eso en sus cartas “libertad iluminada”.

»Los seguidores del gurú mendigaban por los pueblos y las ciudades cercanas. Trabajaban duramente en los huertos y en las tierras del maestro, vendían verdura y fruta en los mercados y entregaban cada rupia que conseguían a su gurú. El dinero servía supuestamente para ayudar a los hambrientos de todo el mundo.

»Una noche el ruido de una discusión violenta despertó de repente a mi hermano. Entonces oyó claramente cómo una voz reprochaba al maestro haber engañado a los demás socios, quedándose con la parte que les correspondía de una importante venta de armas. Sin poder salir de su asombro, Nirmal se enteró de las estafas que había urdido su maestro. Mi hermano se quedó definitivamente de piedra cuando oyó cómo el gurú hablaba despectivamente de sus seguidores, a los que calificaba de idiotas y de ratas pestilentes.

»Entonces, un grito casi inhumano brotó de la garganta de mi hermano. La hiel de la tierra y el alquitrán más oscuro eran dulces claros comparados con el alma de mi hermano en aquel momento. Ciego de desilusión y de dolor, cayó al suelo. Un solo pensamiento cruzó su mente. Deseó ser un cocodrilo. Su deseo se hizo realidad al instante. En nuestra tierra dicen: Cuídate de pronunciar deseos y maldiciones, la puerta del cielo podría estar entreabierta en ese momento y los dioses podrían escuchar tu deseo. Eso es lo que debió de sucederle a mi hermano. En un instante quedó convertido en un cocodrilo del Nilo. Silenciosamente se introdujo en la habitación y devoró al maestro y a sus cómplices estafados antes de desaparecer sin dejar rastro.

»Un mes más tarde apareció en mi casa gravemente herido y medio muerto de hambre. Naturalmente, no le reconocí en seguida, pero era él, mi hermano Nirmal.

Me di la vuelta. El cocodrilo asintió con la cabeza, resbalaban las lágrimas de sus ojos.

—Él lo entiende todo, y atrajo mi atención sobre ti porque tu corazón es capaz de amar lo feo. Él sigue siendo mi hermano, pero a veces le domina su naturaleza bestial e intenta incluso morderme a

mí. Mira, aquí me falta un trozo de dedo. Así que ándate con cuidado.

»Ahora eres uno de nosotros. Me gustaría que esta noche cerrases la carpa principal después de la función y que la abrieses de nuevo mañana por la mañana. ¿De acuerdo?

Yo habría volado de alegría. Salí corriendo pero volví rápidamente y pregunté dónde estaba la llave.

—La tiene mi mujer, Shanti —contestó Amal riendo. También el cocodrilo parecía reírse.

Shanti, la mujer del director del circo, me sonrió amablemente.

—Ah, sí, la llave, ¿a quién se la habré dado? Creo que a Sharmila o a Bimal… viven allí atrás, en la roulotte número dieciséis —dijo.

Yo ya conocía a Sharmila, una mujer esbelta y hermosa, y a su atlético marido. Eran trapecistas. Ellos tampoco tenían la llave y me enviaron amablemente a la roulotte de Ganesh, el domador de elefantes. Ganesh juró a su vez que acababa de entregar la llave a Ashok y a Mala. Éstos se rieron mucho y Mala me preguntó a cuántas personas había preguntado ya. Yo le enumeré todas mis visitas mientras su marido entraba en la roulotte con sus hijos y Mala me confesó finalmente que las carpas no tenían llave. En los circos mandan siempre a los novatos a buscar la llave para que vean de una vez a todos los miembros del circo y para que ellos le puedan conocer a él.

Los días que pasé en el circo permanecerán siempre grabados en mi recuerdo. Yo vivía entonces en un sueño con el que todavía sueño hoy. Hasta que llegaron las vacaciones de junio, iba todas las tardes al circo y me quedaba allí hasta bien entrada la noche.

Mi madre, naturalmente, se dio cuenta de que había algo entre Mala y yo. Pero sólo me pidió que le prometiese que no emigraría a la India. A cambio, me guardaba las espaldas. Mi padre se acostaba siempre temprano y no se enteraba nunca de cuándo regresaba a casa.

Recuerdo que no hubo un solo día en que no acudiese algún espectador al circo. Pero a menudo eran muy pocos y además se quedaban desperdigados por las gradas. Sólo los domingos estaban más concurridas las funciones.

Amal comprendió rápidamente que la estancia en Morgana se

prolongaría bastante. Así que convocó a sus empleados y pronunció un breve discurso. Dijo que corrían el peligro de caer en la repetición si tenían que actuar durante una larga temporada en el mismo lugar. Propuso ampliar diariamente el programa e introducir elementos nuevos que constituyesen una nueva atracción también para los aficionados que venían todas las semanas.

A partir de ese día vi que los ensayos eran más duros y rigurosos. Pero Amal no permitía nunca que los ejercicios sobre el trapecio o sobre la cuerda se realizasen sin red de seguridad, por sencillos que fuesen. Había momentos en que los artistas no comprendían por qué era tan intransigente, pero él tenía razón.

Amal alzaba raramente la voz y sin embargo se notaba que él era el rey absoluto de la pista. Estaba dispuesto a ayudar a cualquiera y a echar una mano al más joven de los artistas para que pudiese mejorar su número. Por eso, todos los artistas y empleados le estaban tan agradecidos a su director que preferían pasar hambre con él antes que irse a trabajar a un circo más grande.

El dinero escaseaba a menudo, pero ellos se dejaban consolar por Amal, aunque sabían que se mentía a sí mismo y a ellos, pues desde que había fundado el circo no había tenido nunca suficiente dinero. Y en cuanto reunía una suma importante compraba un elefante, pues era un verdadero entusiasta de estos animales.

Sí, todo eso lo sabía su gente, y a pesar de todo renunciaban a menudo a su sueldo y a veces ofrecían incluso sus últimas monedas para pagar la gasolina o el pienso.

A pesar de sus años, Amal seguía teniendo un corazón de niño que disfrutaba con los aplausos. Inmediatamente después de la función corría a los brazos de su mujer, que era su mejor apoyo y que después de cada función insistía siempre en ser la primera en abrazarle, felicitarle o consolarle.

Su número estelar era su actuación como payaso blanco. Su cara estaba cubierta de polvos de talco y pintada con pequeños semicírculos, triángulos y cuadrados de color rosa. Llevaba un amplio traje blanco con botones rojos del tamaño de naranjas.

Los morganos habían cogido cariño a Amal y le habrían aclamado aunque sólo se hubiese paseado por la pista dando traspiés, pero yo le veía ensayar a diario. Se entrenaba durante horas y no deseaba que le observase nadie.

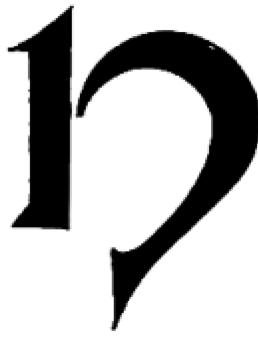
En su roulotte seguía la luz encendida cuando ya todos dormían, y a diario se levantaba temprano, hacía su ronda entre las jaulas de los animales aprovechando el frescor de la mañana, y luego se iba a pasear por la ciudad antigua de Morgana. Muchos morganos que tenían que levantarse pronto saludaban al elegante indio cuando pasaba por sus calles.

Mi primer día en el circo había sido decisivo. Desde entonces me convertí en un admirador incondicional de todos los circos. Aquella noche volví a casa aturdido, la historia del cocodrilo me había dejado muy impresionado y confuso. Creía cada palabra que había escuchado y, al fin, tenía una explicación para el afecto que sentía por aquel animal.

Sin embargo, seguía sin comprender todavía por qué
me quería el cocodrilo de aquella manera tan
especial. Sólo al cabo de los años descubrí
que en su fuero interno se había dado
cuenta en seguida de que los dos
nos parecíamos mucho.
Ambos éramos
crédulos.

6

Infancia o cómo la comadrona desbarató los planes de la muerte



adie sabía hablar con más gracia de la muerte que Mala, y en mi vida he encontrado a nadie que le tuviese más miedo que ella.

Setenta y tres veces me ha hecho ya cosquillas la muerte y otras tantas me he librado de ella, pero la primera vez fue la que más habría de influir en mi vida. Yo tenía nueve años cuando caí gravemente enfermo. Mi madre me contó después que en el hospital los médicos me habían desahuciado y que la obligaron a que me llevase a casa para que me muriese allí. Necesitaban la cama para otros pacientes que estaban tumbados en los pasillos. Debido a una rebelión de las unidades del ejército del este y a una epidemia de cólera que se había declarado en los alrededores de Morgana, las autoridades tuvieron que convertir hasta los colegios en hospitales.

Yo deliraba y perdía constantemente el conocimiento y, cuando volvía en mí, veía a mi madre sentada al lado de mi cama, agotada de pasar la noche en vela y de tanto dolor. Todas las noches, cuando los accesos de fiebre me hacían perder lentamente el conocimiento veía a la muerte.

Mi delirio empezaba de repente, cuando dejaba de ver y sólo oía los gritos desesperados de mi madre, que suplicaba a la Virgen que salvase mi vida. Al cabo de un rato perdía también la capacidad de oír. En ese preciso instante veía cada vez un águila que me agarraba por el pecho y trataba de levantarme por los aires y, noche tras noche, yo trataba de alejarla golpeándola. Poco después me despertaba bañado en sudor y completamente exhausto.

Mi padre estaba entonces en la cárcel por una calumnia y mi madre tenía que tomar todas las decisiones sola.

Cuando empecé a perder el conocimiento cada vez más a menudo, mi madre se puso tan desesperada que forzó el cajón de una mesita donde mi padre había escondido su revólver. Mi madre guardó el arma en el bolsillo de su abrigo, me cargó sobre su hombro y salió a toda prisa de la casa tambaleándose bajo mi peso. En su excitación, había olvidado ponerse los zapatos y había echado a correr descalza.

Creo que la misericordia divina ha inventado la casualidad. Si aquel día la comadrona Hanne no se hubiese encontrado con nosotros, mi madre habría matado a tiros a uno o a varios médicos y yo me habría muerto en algún pasillo lúgubre y húmedo de un hospital miserable. Pero la casualidad quiso que todo fuese distinto.

Hanne apareció de repente delante de nosotros, agarró a mi madre del brazo y preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿A dónde vas con mi Sadik? ¡Pareces una loca!

Hanne era la comadrona cuyas manos me habían dado la bienvenida a este mundo. Era de complexión fuerte y de una determinación que no admitía réplica alguna.

Mi madre se echó a llorar y le contó que quería regresar conmigo al hospital.

—¡Déjame que le vea! —exigió Hanne imperiosa. Se sentó en medio de la acera, me colocó en su regazo y me besó en la frente—. Hijo, mírame —dijo de repente con voz tranquila. Yo me esforcé en parpadear y ella me observó detenidamente—. ¿Qué clase de

charlatanes han tratado a tu hijo? Ya verás como dentro de siete días volverá a brincar como un potrillo. Deja a Hanne que se encargue de ello.

Luego entregó a mi madre una lista de semillas, aceites y hierbas con lo que debía prepararme unas cataplasmas. Agradecida y esperanzada, mi madre volvió a llevarme a casa. Esa misma tarde inició el tratamiento. Al cabo de siete días justos yo había recobrado la salud.

Mi madre quedó agradecida a la comadrona hasta su muerte y siempre me recordaba quién me había salvado:

—Yo te traje al mundo y Hanne te hizo regresar de la muerte.

El primer encuentro con la muerte me enseñó que el mayor milagro que existe en el mundo es levantarse sano todos los días. Este milagro es más difícil de entender que la resurrección de los muertos el día del juicio final. Me juré que disfrutaría hasta el agotamiento cada día de mi vida. Y este propósito me ayudó muchos años después a proponer un encuentro a Mala.

Aquella noche no pude pegar ojo. En realidad, yo hablaba perfectamente inglés. En el colegio leíamos novelas y poesías de la literatura universal, pero nunca había declarado mi amor a nadie en ese idioma. ¿Cómo debía decirle a Mala que me gustaba? Hacía ya varias semanas que la conocía, la veía a diario, y hablaba con ella en inglés sobre lo humano y lo divino. ¿Pero cómo iba a expresarle lo que sentía?

Lo más absurdo del caso era que no me contentaba con pronunciar alguna frase modesta como «te encuentro muy guapa» o «me pareces muy simpática». No, quería que las montañas temblasen con la fuerza lírica de mis palabras inglesas. Pretendía nada menos que expresar en una sola frase el rocío, la aurora, el crepúsculo, la brisa suave, los latidos del corazón y la premonición de la intensidad de aquel amor, pero cuando escribía aquellas palabras me parecían ridículas. Además, era tan tímido que no estaba seguro de que fuera capaz de volver al circo si Mala se burlaba de mi enamoramiento.

Toda la noche estuve dándole vueltas a los versos de nuestras canciones populares, pero que nadie que esté en su sano juicio puede pronunciar sin ponerse rojo de vergüenza.

Cuando por fin amaneció el nuevo día y pude ver a Mala a solas,

le solté lo que había preparado en inglés. Mis palabras sonaron tan convencionales como una declaración jurada.

Mala guardó silencio unos instantes y luego se echó a reír.

—¿Es que no sabes hablar en árabe? —me preguntó en árabe.

Como si me hubiese preguntado cuántos pelos tenía, balbucí desconcertado, pero luego maldije mi estupidez. Y ambos nos echamos a reír divertidos.

—Yo también te amo, ¿se dice así en árabe? —preguntó riéndose todavía—. Me parece encantador que te hayas preparado tanto por mí. Es toda una declaración de amor. ¿Cuántos años tienes?

—Veintidós —mentí.

—Ésa es la segunda declaración de amor —dijo tan agradecida como si le hubiese regalado un ramo de rosas.

Desde su llegada, había hablado con los demás niños y jóvenes en árabe y sólo conmigo en inglés, porque pensaba que yo quería practicarlo. Era un genio de los idiomas. Todavía no había cumplido los treinta años y ya hablaba diez idiomas. Después de seis semanas no sólo sabía árabe, sino que también hablaba el dialecto de Morgana como si hubiese nacido en nuestra calleja.

Lo más divertido era cuando maldecía. Insultar en árabe es un arte que sólo dominan algunos golfillos de la calle. Como Mala era una extranjera, cuando insultaba disparaba con cañones a los gorriones y con violetas a los elefantes. Pero eso fue un poco más tarde. El día que le declaré mi amor en inglés sólo sabía hacerse entender.

A partir de entonces nos veíamos en secreto en una cabaña que había en un campo no lejos del circo. La idea salvadora me vino de un amigo. La cabaña estaba vacía, su propietario había fallecido en invierno. Sus herederos todavía estaban enzarzados en disputas y por eso ninguno podía cultivar aquel campo.

Mala se alegró de la noticia. La mejor hora para nosotros era siempre por la mañana, pues Mala entrenaba por la noche después de la función. Para sus ejercicios necesitaba un silencio absoluto. Por la tarde asistía a Ashok en sus malabarismos. Teníamos que tener mucho cuidado para que no sospechase nada.

—¿Y cómo sabremos si ha notado algo? —pregunté preocupado un día.

—Lo averiguaré en seguida a través de un cuchillo —contestó

Mala alegremente y se rió de mí y de mis temores
exagerados Luego cambió rápidamente de
tema y me preguntó cuál era la forma
más bonita de anunciar los
números de circo
en árabe

7

El San José número trece o cómo la superstición se convierte en fe por medio del fuego



engo ya una ampolla en el dedo de tanto marcar números, pero a mi amigo de Tania parece habérsele tragado la tierra. ¿Se sentirá Mala a gusto en Tania? A mí no me agrada demasiado esa ciudad.

Mala no sólo fue mi primer amor, sino también la primera persona que con el mágico don de escuchar hizo que transformase mis vivencias en historias. Un día estábamos tumbados uno al lado del otro en la cabaña y me pidió que le contase una historia. Como yo acababa de visitar con mi madre la tumba de mi tío Azar, se me ocurrió una extraña historia.

La Navidad no se celebraba de manera especial en el barrio cristiano de Morgana. Al contrario que la Pascua, que coincidía con

el principio de la primavera, que ponía de buen humor a los habitantes y los invitaba a salir a la calle, los días de Navidad eran en mi infancia húmedos, tristes y fríos. Sólo aquí y allá se adornaba un escaparate con más luces y caía un trozo más de carne en los pucheros, pero, por lo demás, no ocurrían muchas cosas.

Hay unas Navidades que han quedado grabadas para siempre en mi memoria. Cómo sucedió es una pequeña historia.

Nosotros éramos bastante pobres y hasta aquel año no habíamos instalado nunca un belén. El empleado de correos Elías, de la planta baja, tenía en cambio desde hacía varios años un belén muy extraño que más que admiración o sentimientos elevados provocaba ataques de risa.

El vecino Elías era un hombre bastante bajo, un poco escuálido, que bebía mucho y que sólo tenía una afición: criar canarios. Cuando no le daba por beber era un vecino simpático y, a ratos, gracioso, pero después de tomar un par de copas de arrak, se ponía insoportable. Entonces se empeñaba en demostrar lo fuerte que era y pegaba a su mujer, que medía dos metros. Era penoso ver cómo aquella mujer gigantesca se inclinaba para que la pudiese abofetear. Pero ésa es una historia distinta y triste que contaré más adelante. Ahora quiero hablar del belén de aquel empleado de correos, que hasta entonces había sido el único belén de nuestra calleja.

Elías, a lo largo de los años, había reunido diversos muñecos y otros juguetes. En Navidades instalaba su belén en el ancho alféizar de su ventana. Los transeúntes, los mendigos y los vendedores se paraban a menudo delante y se reían, pues el empleado de correos tenía cada año un belén más extravagante. El Niño Jesús era un bebé negro de plástico que movía la cabeza y que Elías había recibido de un importador de chocolate. Delante del belén se apoyaba una muñeca Barbie rubia contra una excavadora de color naranja y, a su izquierda, había un Supermán, con la capa al viento y una gran S en el pecho, sentado sobre una moto. Detrás del belén, Elías colocaba una jaula con uno de sus numerosos canarios, con la esperanza de promocionar su negocio. En los años sucesivos se sumaron al conjunto un cocodrilo verde claro, un oso negro de plástico y una mezquita de nácar. Lo más cómico de todo era, sin embargo, el propio Elías. A menudo se colocaba borracho al lado de sus figuras, las acariciaba o sencillamente permanecía inmóvil.

Desde la calleja sólo se veía su cabeza detrás de las figuras. Su piel curtida por el sol y las numerosas arrugas de su cara le daban un aspecto de chamán disecado. Y, sin embargo, su belén fue durante décadas el único de nuestro barrio. Eso cambió cuando mi tío Azar nos regaló uno de los belenes más bonitos del mundo.

Tío Azar era un hermanastro de mi madre. La primera mujer de mi abuelo había traído al mundo, aparte de a mi madre, a seis hijos más. Al poco tiempo de que naciese mi tío Gibran, mi abuela murió de una fiebre puerperal. La segunda mujer de mi abuelo dio a luz a Azar pocos años después.

Azar era un escultor prodigioso. Su talento le venía probablemente de la familia de mi padre, que, al contrario de la de mi madre, ha producido más artistas que artesanos. En Arabia los artistas miran a los artesanos con una cierta compasión, como si fuesen unos colegas diletantes y torpes. En cambio los artesanos tienen de ellos una opinión más concisa y categórica: los artistas son unos vagos.

Con estas dos opiniones se podrían explicar todos los malentendidos que existen desde hace cien años entre la familia de mi padre y la de mi madre. Las dos familias se casaron y emparentaron, pero no cambiaron la opinión que tenían los unos de los otros.

Mi tío sabía ya desde niño extraer de cualquier piedra, con el martillo y el escoplo, las figuras más bellas. Aunque todos los que contemplaban sus obras elogiaban la habilidad de sus manos, no eran, al igual que sus antepasados, capaces de sentir admiración por las esculturas como, por ejemplo, los antiguos griegos. El desierto de Arabia inspira con su monotonía la lengua de los árabes con una magia narradora singular, al mismo tiempo no permite ninguna riqueza de colores ni de formas en los ojos y manos de sus habitantes. Antes del Islam, la pintura y la escultura también tenían poca importancia entre mis antepasados, en comparación con otros pueblos.

Si mi tío Azar hubiese estado dispuesto a ser albañil o cantero, habría adquirido un sólido prestigio y una fortuna, pero él sólo quería esculpir sus extrañas figuras de mármol. Era pobre como una rata, pero tan orgulloso que siempre se lo pagaba todo él mismo, incluido el pan que comía en casa de mi padre. No se dejaba invitar

a comer por nadie, ni siquiera por mi madre, que sentía un afecto especial por él.

Trabajaba afanosamente en la diminuta vivienda que se había construido ilegalmente en el barrio pobre de Morgana. Si su entorno de desagües abiertos y de callejones, casas, personas y perros inmundos daban una sensación de miseria absoluta, uno creía llegar a otro mundo en cuanto abría su puerta y entraba en la vivienda escasamente amueblada. Mi tío Azar llevaba siempre una bata blanca como la nieve encima de su humilde ropa cuando estaba trabajando en sus diminutas esculturas. Sus manos se movían con seguridad y destreza. Trabajaba muy despacio, diseñaba, esculpía y pulía sus figuras con la parsimonia de un ser que pensase vivir eternamente y trabajase para la eternidad. Yo vi algunas de aquellas extrañas figuras a las que ponía títulos cariñosamente largos e incomprensibles. Pero, a pesar de que mi tío Azar realizaba las figuras con esmero y arte, recibía poco dinero por ellas.

En aquel entonces mi madre empleó toda su capacidad de persuasión para que mi padre ayudase a tío Azar. Así que un día mi padre se reunió con él y entre ambos hallaron una solución razonable para que tío Azar pudiese ganar dinero.

Mi padre suministraba el pan a la iglesia católica desde hacía varias décadas. Con el tiempo se había hecho muy amigo del cura Gabriel, el administrador de la iglesia.

La iglesia poseía una maravillosa colección de figuras de belén italianas de medio metro de altura que eran expuestas todos los años. La idea de mi padre era sencilla. Las figuras estaban talladas en madera y eran muy valiosas. El cura Gabriel dio a mi tío permiso para que hiciese moldes de ellas. Con estos moldes tío Azar pudo hacer figuras de belén de escayola, cocerlas en el horno de mi padre, pintarlas de colores y venderlas a buen precio a los colegios, las sociedades y las familias cristianas ricas. De esta manera pudo ganar mucho dinero en poco tiempo. Las tiendas del barrio cristiano encargaron grandes cantidades de figuras, pues en Morgana no se habían visto nunca tales obras de arte.

Mi padre temía al principio que de la escayola pudiese desprenderse algún producto químico que fuese tóxico para su pan. Pero cuando el farmacéutico le aseguró que el cocimiento de la escayola no entrañaba ningún peligro, mi padre se tranquilizó y no

quiso recibir ninguna compensación de tío Azar. Éste insistió, sin embargo, en pagar el alquiler del horno, como él decía, con una figura pintada por cada docena de figuras cocidas. Así de inofensivo puede ser el principio de una catástrofe.

Un día mi padre vino a casa con las primeras figuras maravillosas. Todavía me acuerdo perfectamente, eran Jesús en el pesebre, la Virgen arrodillada con su manto azul sobre la cabeza y los hombros, San José con su bonito y esbelto cuello, dos ángeles, cuatro pastores y los tres Reyes Magos. Sólo era octubre y la Navidad quedaba todavía muy lejos. Durante días no pudimos separarnos de las figuras. Las acariciábamos y las llevábamos a todas partes con nosotros. En noviembre el belén estaba completo con sus bueyes, ovejas y asnos. La alacena con sus puertas de madera y sus paredes de piedra demostró ser el lugar más idóneo para instalar el belén.

Fue sin duda el belén más hermoso que se había visto jamás en nuestra calleja. Todos los vecinos pasaron por casa y lo admiraron. Algunas ancianas rezaron delante de él y luego se volvieron a sus casas con caras de felicidad. Mi hermano Fadi pensó incluso en cobrar la entrada a los vecinos. Pero mi madre se negó en redondo.

Cuando el vecino Elías vio nuestro belén, desmontó inmediatamente su nacimiento de baratillo. Cada día venían más visitantes a casa ya que, para las familias de nuestra calleja, las figuras de escayola seguían siendo demasiado caras.

Al año siguiente mi padre trajo, ya en agosto, dos nuevas figuras de San José, cuatro figuras de ángeles y tres figuras de asnos. Tío Azar había empezado ya en verano con su producción para poder terminar los numerosos encargos con toda tranquilidad antes de Navidad.

Pronto nos dimos cuenta de que las figuras no tenían todas la misma estabilidad. El Niño Jesús era el más estable, pues estaba tumbado en el pesebre, cuyos cantos se desmoronaban un poco a lo sumo; pero eso no era demasiado grave. Los cuellos de los Reyes Magos estaban protegidos por los altos cuellos de sus abrigos, la Virgen estaba protegida por el manto y los pastores por los corderos que llevaban sobre los hombros. También los bueyes y las vacas eran de formas apaisadas y estables. En cambio las alas de los ángeles eran muy frágiles, los cuellos de los burros eran

extrañamente largos y San José carecía de protección para su cuello largo y fino, de modo que su figura solía romperse siempre por ese sitio. Las figuras de escayola barata no se podían prácticamente reparar y había que encargarlas de nuevo a tío Azar.

Por eso mi padre traía a casa todos los meses un par de figuras de San José, de ángeles y de burros, pero nunca una segunda Virgen, un segundo Niño Jesús, un rey o unos pastores.

A principios de noviembre, montamos llenos de impaciencia nuestro belén con once figuras de San José en círculo alrededor de la Virgen. Una manada de veinte asnos en dos filas daba calor con su vaho al Niño Jesús y un ejército de ángeles llenaba el cielo por encima del belén. Los ángeles pendían de delgados hilos de acero, casi invisibles.

Cuando mi padre venía del trabajo se lavaba y luego tomaba el té con nosotros antes de retirarse a su cuarto a dormir una siesta. Aquel día le esperábamos excitados preguntándonos qué le parecería nuestro belén. De momento, manteníamos las puertas de la alacena cerradas. Cuando mi padre entró en la habitación, abrimos llenos de expectación las puertas de la alacena.

Mi padre se quedó asombrado cuando vio el belén, se acercó y lo miró detenidamente. Su rostro se ensombrecía por momentos.

—¡Esto no puede ser, niños!

—¿Y por qué no? —quiso saber Fadi.

—Esto no es correcto. Sólo podéis poner un San José. Tenéis que regalar los diez restantes.

—¡Regalarlos! —exclamamos horrorizados. Sahar, mi hermana pequeña, que casi no sabía hablar todavía, se sumó a nuestra protesta.

—¡Regalar no, papá! —dijo sacudiendo la cabeza con determinación.

Mi hermano y yo no éramos especialmente generosos de pequeños y tener que regalar aquellas preciosas figuras era una catástrofe. No estábamos dispuestos a regalar unas figuras que nos habían granjeado la admiración del vecindario.

—Por el amor de Dios, niños, la Virgen no puede estar rodeada de once San Josés. Sólo estaba casada con uno, y éste… —mi padre titubeó—, éste era, ¡Dios se apiade de mí!, cómo diría yo…, sí, San José, ¡incluso ese San José sobraba! —susurró mi padre poniéndose

encarnado. Ahora comprendí lo que quería decir. Fadi no se enteró de nada porque era demasiado pequeño.

—Está bien —ayudé a mi padre—, entonces pondremos nombres a las figuras de San José. Ese de ahí que bizquea un poco se llama, a partir de hoy, Jacobo. Es un vecino de San José y de la Virgen. Ese del pie gordo se llama Juan.

—Y el tercero de la izquierda, que tiene la nariz torcida —prosiguió Fadi el juego, sin comprender, pero con intuición infantil—, se llama Moisés; a su lado está Said, que tiene una cicatriz en el brazo derecho. El hombre que está junto a Said tiene que llamarse Ismail, se parece mucho a nuestro vecino Ismail, con su bigote ladeado.

Mi padre se rió, hizo un gesto apaciguador con la mano y se fue a dormir. Nosotros nos felicitamos por haber salvado las figuras.

—¡Quería regalarlas! —repetíamos todavía indignados días más tarde cuando Fadi y yo estábamos solos.

Desde ese día, todas las figuras tuvieron su propio nombre. Nosotros nunca las confundíamos. En realidad eso no era muy difícil, ya que las figuras tenían un acabado somero y ninguna era igual a la otra. Una no tenía las pupilas en su sitio, otra tenía el brazo un poco más pulido, y la tercera se había quedado con la nariz torcida. En pocos días aprendimos a distinguir nuestras figuras desde una gran distancia. A mí me divertía cambiar en secreto su orden en el belén para confundir a Fadi. Pero también él se equivocaba raramente.

A finales de noviembre llegó el San José número doce y, como había salido bastante fornido, le llamamos Agente de policía. Mi madre, que compartía nuestro cariño por las figuras, quiso facilitar las cosas a mi padre.

—Quizá San José tenía muchos hermanos y primos que se parecían a él, quién sabe.

Luego llegaron más asnos y ángeles. Los vecinos acogieron divertidos los nombres que habíamos dado a las figuras. Sólo tía Rosa, la mujer de mi tío Gibran, los encontró de mal gusto. Una reacción que le hizo perder todas mis simpatías y también las de mi hermano.

A principios de diciembre, un vecino de la calleja compró un arbolito de Navidad que tenía una rama bastante desviada. El

vecino serró la rama y nos la regaló. Aquello fue el colmo de la suerte, pues la rama parecía un abeto pequeño y cabía justo en la alacena. Nosotros deshicimos un trozo de algodón y repartimos los copos de nieve así obtenidos por encima del árbol. De esta manera empezó a avanzar la catástrofe de manera imparable.

Un día, era a mediados de diciembre, vimos que nuestro padre llegaba del trabajo con una bolsa de papel en la mano. Fadi exclamó en voz alta:

—¡Ahí viene el San José número trece! ¡Ya está aquí el San José número trece!

Al oír mi padre aquello, no entró a saludarnos como de costumbre, sino que desapareció directamente en su habitación y regresó al cuarto de estar con las manos vacías y se sentó a beber una taza de té con nosotros. Parecía muy pensativo. Fadi no abrió la boca y en algún momento salió sigilosamente del cuarto. De repente oímos un grito de júbilo. Fadi vino corriendo por el pasillo sosteniendo en alto su botín.

—¡Sadik! ¿Qué te había dicho? ¡Ya está aquí el San José número trece!

Mi padre repitió como un eco «el número trece». Su voz sonaba lejana y perdida. Rápidamente dije:

—Le llamaré Murad, que es un tramposo; éste con sus orejas separadas es igual que Murad, el sastre —había elegido aposta a Murad, el sastre, pues con él siempre hacía reír a mi padre—. Murad —dije y puse al San José número trece entre sus doce compañeros, aunque de espaldas al pesebre— tiene que estar colocado así, para que no ponga enfermo al Niño Jesús.

Mi padre se echó a reír, pero Fadi no entendía nada.

—¿Por qué de espaldas al Niño Jesús? —preguntó serio.

—Porque a Murad le huele tan mal la boca que con su aliento puede matar una mosca a medio metro de distancia.

Mi padre se rió, pero pronto volvió a quedarse meditabundo. A la hora de comer mi madre le preguntó si le preocupaba algo, pero él sólo gimió.

—¡Dios quiera que todo salga bien! —dijo al levantarse—. Pero sea como fuere, ésta es la última figura.

—¿Por qué? ¿Qué ha sucedido? —preguntó mi madre alarmada.

—Nada, Azar tiene tantos encargos que hoy ha comprado un

horno especial con el que podrá cocer sus figuras cuando quiera. Los encargos son cada vez más numerosos. Ahora le llegan incluso pedidos de Beirut y Jerusalén.

—¡Dios te bendiga por haberle abierto esta puerta! —exclamó conmovida mi madre.

Mi padre sonrió un poco apurado y se fue a dormir. Nosotros nos sentamos delante del belén y nos pusimos a jugar a algo que yo había inventado pocos días antes. Imitábamos las voces de las figuras y conversábamos sobre Dios, la política, la familia, el comercio, el colegio, los vecinos y nuestros padres.

Nos sentábamos en el suelo delante de la alacena, y cada uno elegía una figura y simulaba su voz. Después de unos días ya no necesitábamos dar nombres a las figuras porque cada una poseía una voz inconfundible. Una bisbiseaba, la otra gangueaba, la tercera hablaba con elegancia, la cuarta sonaba falsa y el galimatías de los Reyes Magos no habrían sido capaces de entenderlo ni ellos mismos.

Un día, poco después de Navidades, estábamos mi hermano y yo sentados otra vez delante del belén. Mi madre estaba en la casa de unos vecinos y mi padre se había ido al café.

De repente mi hermano, tapándose la nariz con los dedos como si no pudiese soportar su propio aliento, pregunto con la voz gangosa de Murad, el tramposo:

—¿Señor Agente, señor Agente, crees que arden las agujas de este abeto?

—¡Qué va! —contesté con desdén.

—¿Qué te apuestas a que el árbol estará ardiendo en unos segundos? —dijo el tramposo con su voz gangosa.

—¡Ni hablar!, ni siquiera tiene hojas de verdad, sólo son unas agujitas escuchimizadas. ¿Y pretendes que eso arda? —dije con la voz despectiva de un agente de policía. Fadi se rió.

—¿Qué te apuestas a que arde el árbol? —repitió, probablemente porque con la risa había olvidado la respuesta que tenía que dar en el diálogo. Ahora debería haberse alejado del árbol y haberme preguntado si yo, como agente de policía, no podía hacer la vista gorda mientras él robaba uno de los numerosos burros. Yo, naturalmente, se lo habría prohibido con voz severa.

—¡A que no! —contesté, extraje con la calma de un policía una

cerilla de la caja, la encendí y la sostuve debajo de una de las agujas. Lo que sucedió entonces es algo que no se puede describir con palabras. Todo ocurrió en un instante. La llama atravesó la rama como un rayo y trepó hacia arriba a toda velocidad.

—¡Fuego! ¡Socorro! ¡Mamá! —gritó Fadi, que de repente era otra vez un niño de seis años, pequeño y asustado. Salimos corriendo de la habitación y gritamos al patio:

—¡Está ardiendo nuestro belén!

Los vecinos se quedaron paralizados un instante, pero luego acudieron inmediatamente con cubos. El fuego se había propagado a las puertas de la alacena y toda la habitación era ya una nube de humo. Los vecinos tosían y escupían, echaban agua al fuego y salían otra vez corriendo. Al cabo de media hora el fuego estaba apagado.

Mientras tanto, alguien había avisado a mi madre. Cuando llegó, el fuego ya estaba extinguido, pero la habitación parecía un montón de basura. Mi madre no nos pegó pero estuvo varios días sin hablarnos. Aquella tarde Fadi y yo nos esforzamos de manera especial y ayudamos a recoger. Mientras mi madre barría los trozos de escayola y fregaba el suelo para quitar el hollín, Sahar la consolaba acariciando su frente.

Fadi y yo teníamos mucho miedo de encontrarnos con mi padre. Aquel día llegó tarde a casa. El cuarto de estar estaba recogido, mi madre había descolgado las puertas de la alacena, que estaban medio carbonizadas, pero la propia alacena era un inmenso agujero negro. Ninguna figura había sobrevivido al incendio. Yo creía que mi padre nos iba a matar, pero él sólo miró asustado el lugar del incendio y se quedó parado en la puerta.

—Sabía que esto acabaría mal —dijo en voz baja, se sentó con nosotros y tomó su té en silencio.

Mi tío Azar se había convertido en un próspero hombre de negocios gracias a las figuras de nacimiento. Luego se especializó en reproducir toda clase de figuras y daba trabajo a numerosos vecinos en su enorme taller. Aunque ahora tenía mucho dinero, no quería abandonar el barrio de los pobres. Cuando de pronto se murió, todavía no había cumplido los cincuenta años. Sus parientes se quedaron horrorizados cuando a las pocas horas de su muerte acudieron a su casa y le encontraron tumbado en el suelo, en una casa que había sido totalmente saqueada. Los vecinos no habían

dejado ni siquiera las cortinas. Tampoco quedaba ya ni rastro de sus numerosas figuritas.

Cuando terminé de contar esta historia, Mala se levantó.

—¡Esto es lo que necesitábamos en el circo! —dijo excitada—. ¡Tienes que actuar en el circo! ¡Eso es! —yo no comprendía nada, pero Mala me explicó que yo podría salvar el circo si contaba todas las noches en la pista una historia como aquélla.

Yo me puse loco de alegría, pero en seguida pensé en mi timidez. Mala repitió su convicción de que yo sería el mejor narrador.

—Desde el principio supe —dijo terminante— que tenías talento. Tus manos siempre acompañan tus relatos. Eso sólo saben hacerlo muy pocos.

Con aquellas palabras me hizo el mejor regalo de mi vida.
Decidimos hablar con Amal, el director del circo.
Pero antes, Mala quería hablar a solas
con él. Yo le dije que estaba
de acuerdo.

8
Mala otra vez o cómo se puede hacer un trabajo honrado con mentiras



uando de niño mentía, lo solía hacer para evitar un castigo. Los padres exigen toda la verdad, pero no soportan siquiera la mitad. Como cuando arruiné por completo mi primer traje en un solo día. Entonces tenía dieciocho años y mi padre había anunciado poco antes de las Navidades que nos iba a regalar a mi hermano y a mí sendos trajes en Pascua. En febrero llegó el ansiado día. Mi padre trajo a casa una pieza de tela y dijo solemnemente que aquel pesado paño escocés le había costado una fortuna. Los tres fuimos a ver a Murad, el sastre del aliento fétido. Mi hermano Fadi era ya tan alto como yo, aunque era cuatro años más joven, y mi padre estipuló con Murad un buen precio por la hechura de tres trajes. En aquella época era preciso ir varias veces al sastre para dejarse tomar las medidas. Aquello resultaba siempre una visita al infierno. Fadi, el muy tramposo, que tenía las mismas medidas que yo, estuvo en

nuestra primera visita a la sastrería toqueteando todo el tiempo las tijeras y las telas, de manera que Murad no quiso verle más por allí.

—Basta con que vengas tú —me dijo, como si recompensase así mi buen comportamiento. Constantemente me echaba a la cara su aliento, que olía a podrido. A mí me pareció que lo hacía adrede, pues cada dos por tres decía «¡ufff!» y «¡ahhh!», y cada vez que lo decía yo estaba a punto de marearme.

Con el traje nos regalaron zapatos de charol negros y camisas blancas como la nieve. Aquel atuendo era casi demasiado elegante para nuestra callejuela, y a mi hermano y a mí nos dio vergüenza salir el domingo de Pascua a la calle. Pero pronto se impuso nuestra alegría y corrimos a la iglesia, donde fuimos un verdadero solaz para los ojos de nuestros vecinos.

Después de la misa, la gente se reunió delante de la iglesia. Como todos los años, alguien sacó una flauta y pronto la gente se puso a bailar alegremente en círculo.

Al poco tiempo estaban bailando tantas personas que se formaron dos círculos, y nosotros, los niños, teníamos cada vez menos sitio para mirar. Desde la perspectiva de las ranas veíamos una multitud de adultos que bailaba y brincaba sin cesar. Mi hermano y yo nos subimos al borde de la fuente, que tenía una altura de un metro aproximadamente, y así pudimos contemplar desde arriba a los que bailaban.

Nos reíamos mucho y ayudamos a subir a otros niños con nosotros; pronto estaban todos instalados sobre el borde de la fuente. El agua de la pileta no tenía ni medio metro de profundidad. Con el sol se había convertido en un caldo de algas verde.

De repente, un borracho prendió varios petardos y los arrojó en medio de los que bailaban. Éstos chillaron asustados, gritaron y, al retroceder, nos empujaron al agua. Parecíamos ranas verdes cuando nos sacaron de la fuente. La gente se reía y divertía a costa nuestra. Yo lloraba amargamente. Algunas mujeres y algunos hombres nos ayudaron a quitarnos de encima la porquería, pero los trajes seguían verdes y sobre todo estaban mojados; además, con aquella pinta no queríamos volver a casa.

Así que salimos al campo que había alrededor y decidimos pasear hasta que nuestros trajes estuviesen secos. El sol pegaba con fuerza y pronto empezamos a exhalar vapor y un olor extraño.

Cuando llegamos a los primeros frutales, nos alegramos de que los albaricoques tuviesen ya el tamaño de canicas. No sé a cuál de los dos se le ocurrió la idea de robar albaricoques verdes. Yo nunca supe trepar bien, pero Fadi me ayudó y en cuestión de segundos me había encaramado a un albaricoquero. Acordamos que Fadi vigilaría por si se acercaba algún guarda, porque los días de fiesta estaban siempre al acecho, pues muchos excursionistas esquilmaban los huertos y los frutales.

No había arrancado todavía tres albaricoques cuando Fadi, cogido por sorpresa, exclamó asustado:

—¡Larguémonos, que viene el guarda!

Yo salté inmediatamente, pero mi chaqueta se quedó enganchada en una gruesa rama rota. Entonces oí el terrorífico sonido del desgarrón de la tela, me precipité de cabeza al vacío, paré el golpe del suelo con las manos y eché a correr más veloz que el viento, perseguido por el guarda, que me pisaba los talones hecho una furia. Yo corría cada vez más deprisa y saltaba las vallas y los muros ligero como una gacela.

Agotados y sin aliento, nos detuvimos por fin lejos de los huertos, en una carretera asfaltada, con lo cual estábamos a salvo. Entonces me di cuenta de la dimensión del desastre. Mi chaqueta estaba rajada de arriba abajo como si alguien la hubiese cortado en zigzag con una tijera afilada. Fadi se puso pálido. Curiosamente, a mí aquello no me pareció tan grave, pues sabía que cerca de casa había un sastre remendón al que siempre elogiaba mi madre. Así pues, me eché la chaqueta al brazo y me fui tranquilamente a casa.

Cuando llegué encontré el piso vacío. Mis padres habían ido a casa de mis abuelos, como solían hacer en Pascua. Yo me quité rápidamente el traje, lo doblé cuidadosamente y lo guardé en una bolsa de papel. Luego eché mi camisa sucia al cesto de la ropa, me lavé la cara, las manos y los pies, me peiné, me puse el pijama y me tumbé encima del sofá. Leí, escuché música y estuve pasando el rato hasta que llegó mi madre por la tarde. Ella me miró asombrada.

—¡Qué niño tan bueno! —dijo con guasa.

En aquella época tenían lugar en casa dos funciones teatrales diarias: una cuando nos decían que nos desvistiésemos y nos lavásemos y la segunda cuando nos advertían que ya era tarde y que nos fuésemos de una vez a la cama. Y ahora yo estaba sentado

en pijama en el sofá a las tres de la tarde, un día de fiesta soleado en el que hasta los caracoles estaban fuera de sus casas.

—Bueno, sabes, no quería ensuciar el traje, así que pensé… —quise mentir.

—¡Trae el traje! —me interrumpió desconfiada mi madre.

—¡Oh, ya lo he colgado!

—¡Trae el traje! —repitió seria. Comprendí que era inútil replicar, así que me levanté y fui a por el traje, le conté lo que había sucedido y lloré mi mala suerte.

Mi madre se puso fuera de sí y al poco rato fui yo quien tuvo que calmarla. Eso es lo que suele ocurrir con los padres: a menudo tienen los nervios menos templados que sus hijos. Y con frecuencia el padre y la madre no tienen siquiera los nervios igual de templados. En cuanto se calmó, quiso evitar por todos los medios que mi padre se llevase un disgusto.

—No quiero que se entere tu padre. Le daría un ataque.

Sus palabras me tranquilizaron, pues ésa había sido mi mayor preocupación. Mi padre nunca supo lo que había ocurrido, pues el sastre remendón volvió a coser la chaqueta con tal habilidad que nadie podía ver el roto.

Esta historia me viene siempre a la memoria cuando tengo en mis manos una chaqueta nueva. Como aquella noche que esperaba impaciente la reacción del director del circo y quise ponerme especialmente elegante para parecer mayor y más serio. De todos modos era una noche un poco fresca y el circo estaba más concurrido que los días anteriores.

Nada más llegar me encontré con Mala. Ella estaba aún más nerviosa que yo.

—El director no parecía muy entusiasmado, pero te escuchará —dijo ella.

Me empezaron a temblar las rodillas. Sabía que aquel caballero amable, que unos días antes me había llamado hermano, se volvía rígido e implacable cuando se trataba de su programa de circo. De repente no sabía cómo actuar. ¿Era mejor que fuese a verle a su roulotte o debía esperar fuera y hacer como si acabase de llegar?

Caminaba pensativo y desanimado por la explanada del circo cuando oí de pronto que alguien me llamaba. Me volví y vi a poca distancia a Amal junto a la puerta de su roulotte. Todavía estaba

masticando.

—¡Ven acá! —me dijo. Yo me asusté y maldije mi distracción, pues ahora daba la impresión de que había estado merodeando alrededor de su coche.

Amal me saludó amablemente y me invitó a entrar. Como vio que me daba apuro, insistió en que tomase el té con él y con su familia. Yo ya conocía a su mujer Shanti, y tampoco era la primera vez que veía a sus dos hijos —Badal de once años y su guapa hermana Lata—. Ambos actuaban en el número de los elefantes.

—Mala ha estado hablando conmigo al mediodía —dijo Amal—. La idea no es mala, pero no sé si tendrá aceptación. ¿Puedes contarnos una de esas historias cortas en inglés? Pero te advierto que tengo que marcharme dentro de cinco minutos. Los tigres andan un poco revueltos y Santosh me ha pedido que pase a verlos antes de la función.

Era la primera vez en mi vida que tenía que contar una historia en un idioma extranjero. Y tener que improvisar en aquel lugar inhabitual, en una roulotte, donde los niños y la madre me miraban con tanta expectación, me pareció casi imposible. Todavía no sé de dónde saqué la audacia para contestar tranquilamente:

—Por supuesto que puedo.

—¿De *Las mil y una noches*? —preguntó Shanti curiosa.

—No señora —contesté—, pero sí de los mil y un vecinos: historias auténticas de gente honrada, inventadas de principio a fin.

—¿Por qué no de *Scheherezade*? —preguntó el director.

—Porque hay en los cafés muchos hakavatis, narradores de historias, que repiten dignamente año tras año las historias de la encantadora maestra. Pero yo creía que tú estabas más interesado en algo nuevo.

Su rostro se iluminó. Sin embargo, se esforzó en parecer distante. En ese momento supe que había hecho vibrar una fibra dentro de su corazón.

—¡Somos todo oídos! —exclamó.

—Resulta que mi vecino Ismail era el hombre más honrado de la tierra, sólo que a menudo tenía que mentir, pues era pobre y tenía muchas deudas. Un día preguntó desesperado a su primo Hassan, al que también debía doscientas liras, qué podía hacer para librarse de los otros acreedores.

»“Ladra cuando hablen contigo, así pensarán que te has vuelto loco. Pero tienes que ser muy consecuente a la hora de interpretar tu papel”.

»De la noche a la mañana Ismail sólo sabía ladrar.

Los niños se echaron a reír cuando oyeron estas palabras y yo decidí explayarme un poco. Pero sin perder de vista el reloj, para no pasarme de tiempo.

—El primer acreedor fue recibido con ladridos y echó a correr despavorido. Llegó el segundo e Ismail le gruñó: «¡Guau, guau!». Entonces, éste también se marchó a toda prisa y alarmó al vecindario. Cuando vino el tercero a cobrar sus deudas, Ismail se puso a ladrar furioso y mordió al acreedor en el trasero. Éste avisó inmediatamente a la policía. Pero Ismail ladraba y ladraba. Entonces los policías le ingresaron en el manicomio. Allí también siguió ladrando, hasta que se quedó dormido, feliz de haberse librado de una vez de aquellos molestos acreedores.

»Los días pasaban y, cuando Ismail se despertaba, ladraba para que le trajesen el desayuno y volvía a ladrar para que le sacasen a pasear. Todos estaban contentos con el pacífico demente pues, aparte de tener un apetito insaciable, era inofensivo y limpio. Cuando un día el enfermero le anunció la visita de un pariente, Ismail ladró especialmente alborozado y dio saltos alrededor del visitante, que no era otro que su primo Hassan, el que le había recomendado aquella treta. Ismail no paraba de alborotar y ladró hasta que el visitante rogó al cuidador que los dejase solos, asegurando que no tenía miedo al loco.

»Cuando el cuidador salió de la habitación, Hassan suspiró aliviado. “Ahora ya puedes parar. Se ha ido. Bueno, ¿qué te parece mi treta? Bien, ¿verdad? Dentro de unos meses volverás a casa y te habrás librado de todos tus acreedores. Y ahora, entre nosotros, creo que deberías irme pagando poco a poco las doscientas liras que todavía me debes”. Entonces Ismail se puso a ladrar como un demonio, persiguió a su primo y le pegó un mordisco tan fuerte que éste pidió auxilio aterrado. Los cuidadores vinieron corriendo, sacaron de la habitación al horrorizado visitante y calmaron al loco.

»Al cabo de tres meses, Ismail fue dado de alta porque era inofensivo y, sobre todo, porque nunca se hartaba de comer. Pero desde ese día se volvió increíblemente olvidadizo, pero ésa es otra

historia más larga.

»Y esta breve historia os la he contado en cuatro minutos y medio.

—Queremos otra —suplicó Badal, el hijo.

—Sí, otra, ¡por favor! —exclamó también Shanti—. Pero que no dure sólo cinco minutos, sino que sea bien larga, y si Amal no tiene tiempo, que se vaya —dijo tajante la mujer.

Agradecí sus palabras a aquella leona de la India, pues antes me había sentido muy incómodo en aquel ambiente de examen.

—Con mucho gusto, señora. Os contaré la historia de mi tía Cecilia y su papagayo.

—Escucharé esa historia antes de irme —murmuró Amal.

Sin agobios y relajado, conté la siguiente historia, sin preocuparme de que fuese a aprobar o suspender el examen. Amal y su familia disfrutaron mucho con mi relato y cuando se terminó quisieron inmediatamente uno más. De éste, sin embargo, sólo conté unos cinco minutos, y cuando llegué a un pasaje emocionante, lo interrumpí.

—¿Y cómo sigue la historia? —preguntó Amal, intrigado.

—Es una historia larga que seguiré contando mañana —contesté riendo, justo cuando Santosh, el domador, llamaba a la puerta.

—¿Amal, vienes de una vez? —dijo un poco impaciente a través de la puerta cerrada.

—¡Oh! —exclamó el director del circo, y salió corriendo.

Nosotros oímos cómo se disculpaba en voz baja. Me quedé un rato más contándole a los niños la historia del elefante que se enamoró de un ratón, y se rieron mucho. Luego me despedí. Ya era de noche cuando salí afuera, pero todavía quedaba tiempo antes de la función.

De pronto, oí cómo Mala me llamaba en voz baja.

—¡Ya estás contratado! —susurró entusiasmada—. Ha estado contando maravillas de ti a Santosh —añadió deprisa, y desapareció en la oscuridad.

En la puerta principal del circo ayudé a cortar las entradas y a indicar a la gente dónde estaban sus localidades. Amal me sonrió.

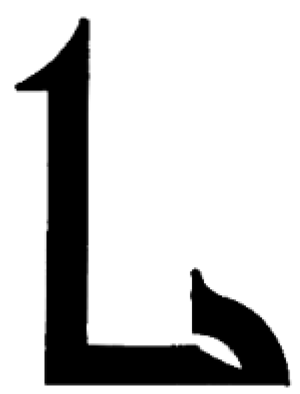
—Esto habrá que anunciarlo como es debido. ¿Conoces a tantos vecinos como para que no se te agoten las historias sobre ellos? —preguntó serio.

—Tengo noventa y tres tías y tíos, y doscientos primos y primas de los que puedo contar historias. Tanto tiempo no podréis quedaros en Morgana —exageré.

—¡Santo cielo! —exclamó Amal y se echó a reír—. Ven mañana a mi roulotte Tenemos que discutir todos los detalles —dijo, y fue a ocuparse de la iluminación de la pista.

9

La abuela
o cómo una tigresa fue considerada un ratón gris durante mucho tiempo


os tigres son más valientes que los leones. Eso lo saben los conocedores de la selva. El tigre no sólo no se aparta nunca cuando se cruza con un león, sino que, y esto es lo decisivo, cuando el enemigo más peligroso de ambos aparece con sus poblados, el león huye pero el tigre no. Perfectamente camuflado, evita prudente el enfrentamiento directo para luego atacar con bravura.

Que mi abuela era una tigresa es algo que yo supe siempre. Todos los demás miembros de la familia la tuvieron siempre por un ratón gris que vivía a la sombra de mi abuelo, que era un hombre noble, orgulloso y valiente. Pero ella era una tigresa que no sólo era

capaz de enfrentarse con mi abuelo, sino que a menudo era incluso más valiente que él. Y eso debió de ser siempre así, pues la inteligencia puede cambiar con los conocimientos adquiridos, pero no el corazón, que es la cuna del valor.

Entre mi abuela Hanan y yo existía una estrecha amistad. Desde el principio confiamos el uno en el otro. La primera piedra de aquella amistad inquebrantable la puso mi abuela el día que conté la historia de un profesor del colegio que nos resultó antipático el mismo día de su presentación.

Cuando entró en clase, nos miró y dijo: «Podéis estar contentos si la mitad de la clase aprueba conmigo». Nosotros comprendimos inmediatamente que hablaba en serio. A continuación preguntó al primer alumno su nombre y la profesión de su padre, y cuando el muchacho contestó: «Mi padre es conductor de autobús», el profesor le dijo de mala manera que se sentase. Entonces supimos, sin decirnos una sola palabra, que podíamos poner de rodillas a aquel abominable personaje. El siguiente alumno dijo su nombre en voz baja y, hablando aún más bajo, añadió la profesión de su padre: jefe del servicio secreto. El profesor acarició impresionado la cabeza del mentiroso y le pidió amablemente que volviera a sentarse. No sabía que acababa de echarse la soga al cuello. El tercer alumno era el hijo del carnicero, cuyo pacífico padre se convirtió de pronto en campeón de boxeo de Morgana. El siguiente alumno ni siquiera se levantó. Echado hacia atrás, masculló su nombre y se negó descaradamente a decir la profesión de su padre. Su compañero se puso de pie solícito y, haciéndose el amable, susurró al oído del pálido profesor que el padre de aquel mocoso arrogante era uno de los guardaespaldas del presidente Hadahek. Cuando terminó la clase, el profesor cogió rápidamente su cartera y desapareció para siempre.

Mi padre consideró mi historia exagerada, mi madre también y mi abuelo nos puso de vuelta y media. Dijo que si él hubiese sido el profesor nos habría dado unos buenos tirones de orejas. Pero mi abuela, la tigresa, no se dejó impresionar por el ceño fruncido de su marido ni por las palabras de los demás. En tono apasionado nos defendió, afirmando que verdaderamente no nos merecíamos semejante burro como profesor, y entonces convenció a mis padres de que mi historia no era mentira y respondió a mi padre con voz

firme: «¡Basta! Sadik es un chico honrado y la historia me parece divertida, y si Sadik hubiese querido mentir me lo habría dicho a mí antes. ¿Verdad, hijo?». Yo asentí con la cabeza y juré en aquel instante que no mentiría jamás a aquella noble mujer. Aquel día dio comienzo la maravillosa amistad entre la tigresa Hanan y yo.

Los abuelos vivían en una casa pequeña casi en ruinas cerca de nosotros. El abuelo tenía mucho dinero, pero la vida ya no le hacía ilusión. Observaba un estricto ascetismo y a diario expiaba los pecados de la humanidad con rezos acompañados de abundantes lágrimas y una alimentación frugal. La abuela, que era tan optimista, trataba de animarle para que disfrutase de la vida.

Todo esto no lo querían reconocer los parientes. Decían que después de la muerte del abuelo el ratón gris se había vuelto loco por el dolor y desde entonces había vivido salvaje como un tigre.

Yo conocía su coraje mucho mejor. Nunca olvidaré cómo me apoyó contra viento y marea cuando, en mi ingenuidad infantil, escribí una carta a Nelson A. Rockefeller, el gobernador del Estado de Nueva York y posterior vicepresidente de Estados Unidos. Aquélla fue una historia verdaderamente emocionante.

Como las personalidades a las que tenía ganas de decir mi opinión vivían lejos de nuestro barrio, me pasaba el día escribiendo cartas.

Cuando una niña de nuestro barrio fue atropellada por el chófer del obispo, escribí al Papa preguntándole por qué tenía que circular nuestro obispo con un coche tan grande por nuestras estrechas calles, si el propio Jesucristo había ido siempre a pie y sólo había montado en un burro pequeño el domingo de Pascua.

También escribí una carta al presidente Hadahek preguntándole si no podía recomendar a los golpistas que quisieran derrocarle que la próxima vez diesen su golpe de Estado durante el curso y no precisamente durante las vacaciones, pues así no tendríamos que ir a clase.

Mi vecino Elías, el empleado de correos, me explicó un día por qué mis cartas no habían llegado nunca a manos del Papa o de Hadahek. La razón era que había escrito en el sobre los nombres de los destinatarios en árabe. Ingenuamente había supuesto que los

italianos sabrían leer el árabe y que conocerían perfectamente el lugar donde vivía el Papa. Las señas del presidente Hadahek no me preocupaban en absoluto. En Morgana, no sólo los niños, sino también los ciegos sabían quién vivía en el barrio prohibido. No obstante, si quería que mis cartas llegasen a su destino, me explicó Elías, tenía que escribir correctamente la dirección.

A medida que avanzaba el invierno, el edificio de nuestra escuela mostraba sus puntos débiles. Por todas partes goteaba el agua del techo y por las ventanas desvencijadas entraba un viento helado. Por lo visto, los constructores no habían contado con un invierno largo en Oriente, pero aquel año llovió a cántaros y en las montañas cayó incluso nieve. Nosotros estábamos sentados en nuestra aula húmeda y pasábamos frío, tosíamos y estornudábamos.

Una tarde oí en la radio que Nelson A. Rockefeller era uno de los hombres más ricos del mundo y que siempre donaba mucho dinero para el arte, para la sanidad y para las escuelas. Así que decidí escribirle, pero esta vez estaba dispuesto a no cometer errores estúpidos. De modo que me puse mi mejor pantalón y una gruesa chaqueta, me peiné y me fui a la embajada americana.

El soldado erguido que montaba guardia estaba a punto de quedarse congelado. Yo le saludé y expuse mi deseo de hablar con el embajador. No sé si fue el frío o la sorpresa, pero el caso es que el soldado me precedió con paso rápido, abrió la puerta y me condujo, frotándose las manos, a la secretaría. Tuve suerte. El soldado anunció un poco divertido mi deseo; una mujer joven, que estaba recogiendo el correo, me echó un vistazo y dijo brevemente: «Ven conmigo».

El embajador estaba sentado en una sala gigantesca. Cuando la secretaria se inclinó hacia él y le informó de mi visita, el embajador me miró y sonrió. Hablando en árabe con mucho acento, me pidió que me acercase.

—¿Es cierto que Rockefeller es el hombre más rico de América? —fui directamente al grano.

—Ignoro si él es el más rico, pero es muy rico. ¿Por qué es importante eso? —preguntó un poco sorprendido el embajador.

—Quisiera saber cuánto dinero tiene —continué con lo que

había preparado antes.

—Pienso que un mar de miles de millones de dólares, quizá cincuenta o cien mil millones, pero ¿por qué?

Hice un cálculo rápido y cuando hallé el número de ceros, silbé admirado entre dientes.

El embajador sonrió.

—Quisiera que el señor Rockefeller hiciese un donativo para la restauración del colegio.

—¡Oh! —dijo el embajador. Yo le pedí que me diese las señas del multimillonario americano. El embajador fue extremadamente simpático. Llamó a su secretaria, le pidió que buscase la dirección del señor Rockefeller, se puso de pie y me deseó mucha suerte.

Con las señas en el bolsillo, regresé a casa. No dije nada a nadie.

Hablando con el albañil Chalic, me enteré de que él podría arreglar el tejado de la escuela por treinta mil liras. El carpintero calculó que la renovación de todas las ventanas supondrían otras treinta mil. Pregunté al cambista el valor del dólar y me sentí muy aliviado cuando supe que el señor Rockefeller sólo tendría que donar quince mil dólares. Escribí esta breve carta:

> Estimado señor Rockefeller,
>
> después de desearle salud y suerte, quisiera preguntarle si le importaría mucho donar quince mil dólares. La mitad para el albañil Chalic y la otra mitad para el carpintero Moisés. Con ese dinero dejará de haber goteras y corrientes en nuestra clase. Yo a cambio rezaré desde ahora hasta el día que haga mi examen final todos los días que llueva, para que Dios les conserve a usted y a su familia la salud.
>
> ¿Qué le parece?
>
> Su fiel Sadik.

Rogué a nuestro simpático profesor de inglés, que padecía reuma, que me ayudase y guardase mi secreto. Él tradujo la carta durante el recreo y luego me pasó las hojas disimuladamente. Por la tarde corrí a casa, pasé a limpio la carta, escribí cuidadosamente las señas y pagué a regañadientes los sellos que me dejaron sin dinero de bolsillo durante una semana.

Los días y las semanas pasaban arrastrándose lentamente como

una eternidad, pero el cartero nunca anunciaba mi nombre cuando venía al patio. Un día mi padre se dio cuenta de mi inquietud y preguntó en tono casual qué estaba esperando. Era la hora de comer. Yo contesté: «¡Una carta de Nelson Rockefeller!». Mi padre se atragantó de risa. Se levantó, reía y reía, se tiró encima del sofá y siguió riéndose hasta que contagió a mi madre. También mi hermana Sahar y mi hermano Fadi se partían de risa. «¡Tu hijo escribe a su amigo Rockefeller!», exclamó mi padre resoplando, mientras se secaba las lágrimas. «Y ya para el caso, ¿por qué no le escribe al presidente de Estados Unidos?». Sólo al cabo de un rato se calmó y volvió a la mesa. Yo estaba furioso con él, con la lluvia y con Rockefeller.

Por la tarde vinieron mis abuelos de visita. Como a mi padre no se le ocurrió nada que fuese más divertido, contó lo de mi carta a Rockefeller.

—¡Y mañana Sadik escribirá al rey Hussein o a la ONU! —se burló.

—¡Como si Rockefeller no tuviese otra cosa que hacer que escribir a Sadik! —bromeó incluso mi abuelo, que normalmente solía estar de mal humor. Todos se rieron de mí, excepto mi abuela.

—¿Y por qué no? —preguntó sin inmutarse—. ¿Por qué no va a contestar un caballero bien educado a un niño? Si no quiere, que no envíe el dinero, pero estoy segura de que Sadik recibirá una contestación —dijo, y cosechó carcajadas maliciosas, incluso de mi padre, que nunca había osado burlarse de su madre.

Mi padre estaba tan desatado que cuando nuestro vecino Elías, que vivía en la planta baja, quiso saber a qué se debía tanto alborozo, le puso en seguida al corriente gritando por la ventana. Al enterarse el pequeño empleado de lo de mi carta, no pasó ni un minuto y ya se estaban riendo a carcajadas él, su mujer y sus hijos.

Los siguientes días tuve que soportar constantemente las preguntas burlonas de los vecinos en cuanto me dejaba ver en el patio. Nosotros vivíamos en el segundo piso, y para salir a la calleja tenía que cruzar el patio abierto. A menudo prefería quedarme en casa para no tener que cruzarme con los vecinos que estaban sentados debajo de los naranjos preparando la comida o tomando café.

—¿Te ha escrito ya tu amigo Roquefort o Rakikeller?

—¿Cuántos dólares nos van a tocar a nosotros?
—¿Te dignarás saludarnos cuando seas rico?
—¿Por qué no vuelas personalmente a América?
Esas y otras lindezas me tocó escuchar.
Sólo mi abuela me aseguraba que Rockefeller contestaría. No me preguntaba nunca, pero cada vez que venía de visita me estrechaba la mano y decía: «¡Ten paciencia, hijo mío! ¡La paciencia es la madre del valor!».
Un día —la casualidad quiso que los abuelos estuviesen comiendo en casa—, el cartero llegó al patio y gritó con fuerza: «¡Mister Sadik, una carta para ti! ¡De América!». Mi padre se quedó de una pieza. A mí se me cayó la cuchara. Mi abuela respiró profundamente.
—Bueno, hijo, baja a por la carta del señor Rockefeller y vuelve antes de que se te enfríe la comida.
El patio, con sus doce mujeres, ocho hombres, tres ancianos, veintidós niños, trece palomas y doce canarios, enmudeció de golpe. Se hizo un silencio explosivo. El cartero se asustó un poco del efecto de sus gritos. Carraspeó y anunció en un tono bastante más bajo:
—¡Sadik, una carta para ti!
Bajé la escalera saltando los escalones de tres en tres, cogí la carta al vuelo y volví a subir a la misma velocidad. Entonces se produjo una ola de murmullos, los canarios del empleado de correos se pusieron a cantar y las palomas se arrullaron de nuevo.
Mi padre siguió comiendo en silencio y sólo miró de reojo el sobre que llevaba estampado el gran sello del Estado de Nueva York. Mi abuela me guiñó un ojo.
—Come despacio, yo te leeré más tarde la carta del señor Rockefeller.
Aquel día oí por primera vez que mi abuela, que se había pasado toda la vida detrás del telar, también sabía inglés. Por lo visto, mi padre no lo ignoraba, pues no se sorprendió en absoluto. Cuando era joven, mi abuela había pasado cuatro años en el internado de las monjas inglesas de Jerusalén.
—Mi querido Sadik —empezó a leer mi abuela en voz alta—. Te doy las gracias por tus buenos deseos —prosiguió alzando la voz para que los vecinos que estaban escuchando atentamente debajo de nuestras ventanas pudiesen entender cada palabra—. Tu carta

me ha impresionado mucho. Realmente es triste tener que estudiar en una escuela fría y húmeda. Estoy contigo y con tus compañeros.

»A través de mi secretaría he podido averiguar que la Rockefeller Foundation envió el pasado mes de enero a la presidenta de la Organización de Ayuda al Niño, señora Hadahek, tres millones de dólares para la educación y la sanidad de Morgana. Yo, por desgracia, no puedo hacer nada más, pues sólo podemos donar al año una cantidad máxima de cuarenta y cinco millones de dólares. Te deseo mucha suerte y mucho éxito. Tuyo, Nelson
A.
Rockefeller.

Mi abuela me entregó la carta con el membrete impreso, me besó ambas mejillas y dirigió una mirada despectiva a la atónita concurrencia.

—¿No os lo decía yo? El señor Rockefeller es un hombre educado y Sadik no miente —dijo en voz alta.

—Pero escribir a un político tan importante de Estados Unidos puede tener su peligro. Al fin y al cabo Estados Unidos es nuestro peor enemigo —sonó desde abajo estridente la voz del empleado de correos, Elías. Mi padre se quedó helado, pues el hijo mayor del empleado de correos trabajaba para el servicio secreto. Es cierto que de momento no había denunciado a nadie de nuestro patio, pero a mí no me tenía demasiada simpatía. Había cumplido ya los veinte años, pero tenía menos seso que sus canarios.

—Y yo he oído —vociferó el policía de tráfico Muhssin desde su cocina, que daba al patio— que Rockefeller es judío.

—Sí, encima eso —se acaloró Elías.

Mi padre estaba completamente intimidado.

—¡La hemos hecho buena, ahora su hijo estará tomando nota de todo!

Yo me asomé al patio y vi al hijo del empleado de correos apoyado en el naranjo. Estaba garabateando en un cuadernito. Curiosamente no sentí ningún miedo especial.

—¡Sólo nos falta que nos acusen de espionaje porque tu hijito se empeña en escribir a Rockefeller! —bufó mi abuelo a mi madre, que se echó a llorar.

De repente la abuela se puso de pie, Dios bendiga su alma, y dio una palmada en el hombro a su marido.

—Cálmate, cariño, supongo que no tendrás miedo a esos caguetas, tú que diste una paliza a una compañía entera del ejército turco —dijo tranquila, y se asomó a la ventana—. Me gustaría oír otra vez al hijo de puta que quiere hablar mal de Rockefeller. De modo que él envía dinero a la mujer del presidente y unos zafios pretenden acusar ahora a Sadik. ¿Qué oigo? ¡Judío! Bueno, ¿y qué? ¿Acaso nuestro policía de tráfico es más inteligente que la mujer del presidente? ¿Ha recibido la señora de Hadahek el dinero o no? Entonces, muchacho —le dijo al hijo del empleado de correos—, denuncia a la señora de Hadahek por espía, a lo mejor te ascienden así de una vez.

—¡Por todos los santos! —exclamó aterrado su padre—. Esto no es asunto nuestro. ¿Qué estás escribiendo ahí? ¡Trae acá! —oímos chillar a Elías, luego sonaron dos tortazos—. ¡Tú no escribes eso mientras metas los pies debajo de mi mesa! —bramó, y sonaron más tortazos.

El policía acudió corriendo y trató de calmar los ánimos.

—El dinero que dona el señor Rockefeller para los niños y los enfermos de nuestro país nos tiene que parecer mejor, aunque sea judío, que la porquería que donan los saudíes —aleccionó con voz beatífica al hijo del empleado de correos.

Entonces, el empleado de correos recordó que una vez un judío había salvado la vida a su padre y que, en el fondo, los israelíes serían buenas personas si los saudíes no los financiasen y azuzasen contra los demás árabes. Al poco rato Elías y Muhssin estaban tomando amigablemente café en el patio y elogiaban mutuamente sus canarios y sus palomas.

Con su discurso, mi abuela había devuelto el color a las pálidas caras de su marido, de mi madre y de mi padre. Ella estaba sentada tan tranquila, como si no acabase de haber dado una lección al patio entero, mejor dicho, al Estado entero.

Cuando murió mi abuelo, la abuela guardó luto durante cuarenta días, luego hizo venir a los albañiles y mandó que renovasen su casa desde el sótano hasta el tejado sin escatimar dinero, cavó los bancales de verdura y plantó rosales de todos los colores por todas partes. Pronto la casa quedó pintada de blanco, la puerta de azul y cada una de las numerosas pequeñas contraventanas de un color distinto: rojo, amarillo, verde y violeta.

Al principio, mi padre hablaba preocupado de los colores de la pequeña casa; y después, sencillamente horrorizado. Pero eso no era nada comparado con lo que nos esperaba.

De un día a otro, la abuela apareció en casa vestida de colorines. Tenía un aspecto magnífico. Si yo no hubiese sabido que tenía setenta y dos años, habría pensado que era una mujer joven de cincuenta y cinco.

Mi padre se quedó atónito; mi madre, en cambio, no.

—¡Qué colores tan maravillosos! ¿Dónde se puede comprar esa seda?

La abuela le explicó, ufana y orgullosa, lo hábilmente que había regateado con los comerciantes.

Al cabo de dos horas mi padre pidió la palabra:

—¿No te parece que para tu edad vas demasiado llamativa?

La abuela se rió a carcajadas.

—¡Demasiado llamativa, dice mi hijo! ¡Esto es demasiado discreto, hijo; las cosas verdaderamente llamativas ya están encargadas! —se rió alegremente y nos contagió a todos con su risa. A todos menos a mi padre.

Como decía, muchos vecinos se asombraron de que mi abuela se hubiese convertido de ratón gris en tigresa valiente y colorida. Pero yo sabía que mi abuela no había sido nunca un ratón gris. Ella siempre había llevado todos aquellos colores en su corazón y, sólo porque sentía compasión de mi piadoso abuelo, no los había llevado sobre la piel.

Al poco tiempo, un vecino contó que había visto a la abuela montada en una bicicleta de colores. Y, efectivamente, dos días después vino a vernos en bicicleta. Creo que fue la primera mujer árabe que montó en bicicleta, y si no fue la primera, fue con toda seguridad la que más años tenía. Montaba un poco insegura y dando botes. Los vecinos ponían ojos de asombro y se reían solapadamente, pero eso no le impresionaba en absoluto a mi abuela.

Un día mi hermana Sahar contó muy excitada a la hora de comer que había visto a la abuela en el café fumando un narguile. Mi padre le dio una bofetada por aquella mentira, pues ninguna mujer árabe se había atrevido jamás a sentarse en un café. Sahar se echó a llorar por aquel castigo injusto y mi madre la consoló. Yo

miré a mi padre y, por primera vez en mi vida, me dio pena. Parecía muy viejo, más viejo incluso que su propio padre. «Padre», dije yo, «Sahar no miente, la abuela me dijo ayer que va todas las tardes al café que hay al lado de la fuente y que fuma allí el narguile».

En lugar de entrar en razón, mi padre también me quiso pegar a mí, pero yo esquivé su tortazo, que se estrelló contra el gran aparato de radio que se encontraba detrás de mí. Huí al patio y oí cómo mi padre se quejaba a gritos. De repente sonó el alegre timbre de una bicicleta y no di crédito a mis ojos. Con ímpetu y elegancia entraba en el patio mi abuela montada en su bicicleta. Llevaba un maravilloso pantalón blanco y una camisa del mismo color, un enorme sombrero rojo y zapatillas de deporte. De por sí era bastante esbelta, pero aquella ropa veraniega la convertía en una atleta. Los vecinos la saludaron perplejos y ni uno solo se rió o hizo comentarios. Ella describió una amplia curva, paró junto a la pared y se desmontó con maestría.

—Hola hijo, ¿cómo te va? —me saludó. Mientras subíamos al segundo piso, le expliqué rápidamente lo que había ocurrido y ella se rió—. ¡No me digas! Sólo me falta que mi propio hijo me prohíba ir al café. Los hombres que van allí son más inofensivos que los jesuitas.

Discutieron acaloradamente. Mi padre perdió los estribos. No razonaba, sólo sabía soltar improperios. Yo sentí vergüenza por él, delante de los vecinos, cuando dijo con tono imperioso a su madre que se volviera a su casa. Fue como echarla a la calle.

—Llegarás a verlo, hijo; un día habrá en los cafés tantas mujeres como hombres, que tomarán su té y fumarán su narguile. Ya lo verás —dijo, y se marchó. Durante años no volvió a visitarnos porque mi padre no lo deseaba, pero nosotros la visitábamos en secreto y nos reíamos con ella de la cerrazón de mi padre.

La abuela vivió muchos años y realizó todavía dos viajes alrededor del mundo. Después de dos años, mi padre se reconcilió con ella y empezó a preocuparse mucho de su seguridad. Siempre temía que en sus viajes la pudiese matar un león, un oso o un ladrón, pero ella siempre regresaba sana y salva, con las maletas llenas de pequeños regalos. Y cuando luego estaba sentada en el patio y empezaba a contar sus historias, todos escuchaban

fascinados como niños pequeños.

La abuela murió pacíficamente en su cama y los vecinos del barrio fueron llorando detrás de su ataúd. El café cerró sus puertas aquel día en su honor.

Después de contar a Mala aquellas anécdotas de mi abuela en nuestra cabaña, ya no quiso ir a tomar un helado, como habíamos acordado, sino seguir escuchando historias de la vieja mujer y yo proseguí con mi relato. La historia de cómo mi abuela había conservado la sangre fría frente a los soldados que buscaban a mi abuelo fue la que más le gustó. Decidí que debutaría en el circo con aquella historia, y dije a Mala que en adelante le contaría a ella mis historias antes de presentarlas al público. Ella se echó a reír.

—De modo que voy a ser, ¿cómo se dice?, ¿tu conejo de Indias?

Yo me reí.

—Sí, tú serás mi conejillo de Indias. Un bostezo significará: date prisa; dos bostezos: se está haciendo tarde, y tres bostezos: tienes que inventar otra historia.

Me había preparado tan bien para mi primera noche que nada podría desconcentrarme. Ni siquiera si un tigre hubiese besado a una gacela delante de mis ojos. Eso lo había aprendido de los artistas.

Con Amal y su mujer había acordado unos días antes que había que pegar carteles nuevos en toda la ciudad. También había que invitar a la prensa. Con la ayuda de los niños, repartiríamos hojas por todas partes. Yo figuraría como «Sadik el narrador».

Shanti, que era famosa por sus máscaras, me maquillaría todas las noches y me vestiría como a un príncipe. Yo no debía actuar con mis tejanos rotos, así que recibí de Shanti un traje blanco de seda. Rechacé la idea de llevar en la cabeza un pañuelo o un turbante porque me parecía un poco ridículo.

Cuando el director del circo me preguntó lo que quería cobrar por mis actuaciones, le expliqué que me contentaba con poder ayudar a su circo. Amal me miró asombrado y repitió su pregunta. Yo le di la misma respuesta; entonces me abrazó conmovido. «Realmente mi hermano Nirmal no se ha equivocado contigo», dijo.

Entonces yo ignoraba, igual que Amal, lo que me costarían mis historias. Eso lo fui viendo poco a poco durante los días y las semanas que siguieron, pero de eso hablaré más adelante.

Los morganos amaban las historias más que nada en el mundo. Dos días antes de mi debut ya se habían vendido todas las entradas para la función. Los artistas me miraban radiantes de alegría. Yo estaba orgulloso de los carteles que estaban pegados por toda la ciudad: ¡El nuevo espectáculo del Circo India! ¡El narrador oriental Sadik, que cuenta historias completamente nuevas sobre seres humanos y animales extraños!

Lo que más me asombró fue la rapidez con que se llenó de tenderetes multicolores el gran terreno que había alrededor del circo. Como el fuego, se había propagado la noticia de que se esperaba una gran afluencia de personas. Y rápidamente se movilizaron los pequeños tenderetes y sus industriosos propietarios.

Yo estaba detrás del telón de la pista temblando de excitación, no tanto por los espectadores, que casi obstruían la entrada, como por la idea de que la mitad de mi calleja me escucharía y me juzgaría. Por orden del director del circo, todos habían recibido entradas gratuitas. Mis padres fueron recibidos personalmente por él y su mujer.

El regalo que me hizo mi padre fue permanecer despierto y seguir con interés la función hasta el último momento, aunque al día siguiente tenía que levantarse a las cuatro de la madrugada.

Nunca, ni siquiera en las bodas de sus mejores amigos,
se había quedado hasta después de las siete
de la tarde. Y Mala se sentó de forma
que pude verla en todo
momento.

10

La tigresa o cómo una mentira supo a verdad



ué raro, yo me encuentro bien, pero el médico dice que no puede darme de alta. Aún tengo que permanecer aquí un par de días. Estoy en ascuas y el señor dice «un par de días». Le pregunté cuánto duraría ese «un par de días». Él contestó que no lo sabía. ¿Qué estudian estos médicos realmente? ¡Tiene que esperar a tener los análisis! Bah, antes te miraban a los ojos y decían: «Tu estómago

está inflamado», y acertaban. Hoy el médico ni siquiera es capaz de ver lo que le ocurre a tu ojo.

En fin, quizá deba sencillamente aprender a ser más paciente, tan paciente como lo fue siempre mi hermano Fadi.

Mi hermano Fadi tenía cuatro años menos que yo, pero ya al nacer era muy fuerte. Cuando mi madre esperaba en la habitación contigua con la comadrona y algunas mujeres la llegada del nuevo hijo, mi abuela Hanan salió y me dijo:

—Sadik, tengo que decirte una cosa —entonces me llevó a un lado con gesto significativo, puso en mi mano un caramelo de miel y dijo con voz dulce—: tu mamá va a recibir hoy de un ángel un pequeño y bonito bebé. Te alegras, ¿verdad?

—¡Una catástrofe! —exclamé, al parecer.

—¿Por qué una catástrofe? —preguntó asustada mi abuela.

—¿Qué vamos a hacer ahora con el otro bebé que está a punto de traer al mundo mi madre?

Fadi creció increíblemente deprisa y con cuatro años podía tirarme ya al suelo con una mano, a pesar de mis ocho años. Aquel muchachote me gustó desde el primer momento. Era callado y sincero, y siguió siéndolo hasta su último día.

Poco después de su nacimiento, descubrí lo que era la misericordia divina. Toda mi vida he sido friolero e incluso hoy día me resultan demasiado fríos diez meses del año. Mi madre solía decirme en broma:

—Yo en tu lugar pecaría día y noche; así con un poco de suerte irías al infierno, donde más o menos sí hace calor.

Pero tal vez Dios quiso ahorrarme el infierno y me envió a mi hermano Fadi. Éste ya era de bebé como una estufa. Mis padres estaban asombrados de que siempre le quisiese meter en mi cama, pero mi madre no lo permitió hasta que Fadi cumplió un año.

Su cuerpo despedía un calor delicioso, y al cabo de cinco minutos podía dormirme a gusto. Mientras Fadi fue pequeño siempre estuvo contento de poder dormir con su hermano mayor y nunca se quejó de mis pies helados. Un día, sin embargo, se rebeló de repente y sin previo aviso. Fadi no había cumplido aún los cinco años.

—Sólo dejaré que te calientes los pies conmigo si me cuentas una historia todas las noches —dijo categórico. Traté de hacerle

cambiar de idea.

—Yo no puedo contar historias bonitas cuando estoy cansado —con ello quise asustarle, y añadí—: sólo se me ocurrirían historias de miedo.

—Pues mejor —dijo él—. De todos modos tus pies fríos me ponen la carne de gallina… Así que me parece estupendo.

Desde ese día yo podía calentarme las manos y los pies en el cuerpo de Fadi, y a cambio le contaba todas las noches historias basta que se quedaba dormido. Aquélla fue mi escuela más dura, pues con Fadi no podía hacer trampas y contarle de nuevo una historia antigua ligeramente cambiada. Sin decir una palabra, apartaba entonces mis pies y yo tenía que disculparme y comenzar inmediatamente una historia nueva. Pero ahora volvamos al circo.

No había transcurrido todavía una semana y el Circo India estaba ya rodeado de una ciudad de colores, luces y olores. Varios puestos competían por ofrecer los mejores panes de falafel, las sabrosísimas tortas hechas de garbanzos, ajo, cebollas y cominos. Varios puestos rivalizaban con sus montañas de dulces, frutas y frutos secos. En otros puestos se vendía yogur frío y zumos de frutas recién exprimidas.

La gente del circo estaba entusiasmada, poco a poco se estaba creando la atmósfera que ellos amaban.

Cuando los artistas terminaron su actuación —habían estado otra vez magníficos—, Mala me anunció con su cálida voz, y entonces empezó mi primera actuación como narrador oriental.

—Damas y caballeros, querido público, esta noche les contaré una historia de mi abuela —comencé—, y para cada persona de la que hable aquí traeré el correspondiente animal.

»El animal que le corresponde a mi abuela es el tigre. No es que yo tenga miedo a los tigres, pero hoy ya están un poco cansados y he decidido dejarlos en paz y traer sólo una foto suya.

Entonces saqué de mi bolsillo una pequeña foto en color de un tigre. El público se echó a reír.

—Yo hace un año que no visito a mi suegra. No es que le tenga miedo, pero… —exclamó un hombre de la primera fila; el público se rió tan fuerte que no pude oír las palabras restantes.

—Está bien, está bien. Habéis ganado. Reconozco que tengo miedo a los tigres, y aunque el señor Santosh me ha asegurado que

uno de sus tigres es más inofensivo que una gatita, he preferido no traerlo. ¿Por qué? Ésa es otra historia.

Aquélla fue la primera vez que pronuncié esa frase. Años después seguía estrechamente unida a mi nombre. Y siempre que alguien decía: «Ésa es otra historia», todo el mundo sabía que la frase venía de mí. Sin embargo, la razón de que esto llegase a ser así es verdaderamente otra historia.

—Mi abuela —empecé mi relato— era tan guapa de niña que, para evitar problemas, su padre la envió a Jerusalén con las monjas inglesas. Los padres de mi abuelo también enviaron allí a su hijo, pues éste era muy altivo y orgulloso y a la menor ofensa se enzarzaba en una pelea. Morgana estaba entonces bajo el dominio otomano, y el padre de mi abuelo temía por aquel joven impulsivo. Gracias a sus buenas relaciones con el obispo, pudo colocar a su hijo, que ya era entonces un tejedor extraordinario, en los telares del convento de las monjas inglesas de Jerusalén.

—¡Ya sé lo que viene ahora! —se entrometió una mujer del público.

—¡Chsss! ¡Chsss! —protestaron muchos, y la mujer se tapó rápidamente la boca con la mano.

—Exacto, señora, eso es lo que ocurrió. Las monjas enviaron un día a mi abuela al taller del convento para que encargase una sabanilla para el altar. Y, antes de que esa sabanilla estuviese terminada, el plan de fuga de mis abuelos era perfecto. Huyeron a pie desde Palestina hasta Morgana. ¡Imagínense! Cuando llegaron a la capital estaban casados.

»El padre de mi abuelo era un hombre de buen carácter. Bendijo el matrimonio y deseó mucha suerte a la pareja. Los padres de mi abuela, en cambio, eran muy religiosos y no se sintieron en absoluto entusiasmados con el inesperado casamiento con aquel pobre tejedor. Pero, cuando mi abuela trajo al mundo a mi padre, volvieron a visitar a su hija y se reconciliaron con ella.

»Mi abuelo era famoso por su valor y su religiosidad. Era tan piadoso que, pronto, su propio padre empezó a beber y a fumar en secreto. “¡Es preferible gozar en secreto que fastidiarse a la vista de todo el mundo!” era el lema de mi bisabuelo hasta que se murió, sentado en su vieja mecedora, cuando ya era muy viejo.

»Mi abuelo abrió una pequeña tejeduría y no ganaba mal con su

laboriosa mujer y sus dos ayudantes. Pero entonces estalló la Primera Guerra Mundial. El abuelo debía ingresar en el ejército turco para luchar contra los ingleses y los franceses. Sin embargo, él no quería ir a la guerra y decidió esconderse. Pero como tenía tres hijos no podía huir a las montañas, como hacían muchos. Eso habría significado la ruina y el hambre para su familia. Así que no le quedó otra alternativa que vivir escondido en su casa. Eso parece fácil, pero también en el barrio cristiano pululaban entonces los chivatos, que habrían denunciado a su propia madre a los militares turcos por un par de monedas.

»Mi abuelo contó sus intenciones a su mujer y ella le dijo que tenía un buen plan. El único problema eran los niños, pues podían irse de la lengua sin querer. Por eso envió a sus hijos al campo con su hermana.

»La hermana, que no tenía hijos, se llevó una gran alegría y todavía hoy cuenta mi padre maravillas de su tía y de los años tan felices que pasó a su lado. Cuatro años permanecieron los niños escondidos en la casa de la tía. Mi abuela los visitaba una vez al mes.

»Para los vecinos y las autoridades, el abuelo había desaparecido. La abuela difundió por todas partes la noticia de que había emigrado a Norteamérica y que ella le seguiría pronto. Los dos ayudantes de la tejeduría estaban tan unidos a mis abuelos que no habrían revelado nada aunque los hubiesen sometido a tortura.

»Cuatro años permaneció el abuelo escondido en un sótano que había debajo del taller. Todos los días salía a trabajar con los demás, pero no podía dejarse ver nunca fuera de casa, pues por todas partes acechaban ojos recelosos. En cuanto alguien se aproximaba al taller, el abuelo desaparecía a toda prisa por una trampilla que había debajo del telar de mi abuela.

»Cuatro años en un escondrijo húmedo y sin ventanas hacen que se oxide el hierro más duro. Mi abuela hablaba a menudo de la desesperación de su marido, que, en tres ocasiones, quiso entregarse a la brigada que buscaba a los desertores para poner fin a aquella vida de rata. Sólo el coraje y la fe de mi abuela lograron levantar su moral cada vez.

»Un día las autoridades averiguaron a través de uno de sus soplones que la voz de mi abuelo había sido escuchada en varias

ocasiones. Seis soldados armados al mando de un oficial se dirigieron rápidamente al patio de mis abuelos, llamaron a la puerta dando grandes golpes y, cuando vieron que no había nadie, la derribaron e irrumpieron en el patio. La abuela ya había oído las botas de los soldados en la calleja, había hecho bajar a su marido inmediatamente al escondrijo del sótano, había extendido su amplia falda sobre la trampilla y ordenado a los ayudantes que hiciesen más ruido en el trabajo.

»Los soldados registraron primero las habitaciones de la vivienda. Abrieron todos los armarios y arcones. Pero no había rastro de nadie. Cuando regresaron decepcionados al patio, oyeron el traqueteo ruidoso de los telares. Se acercaron despacio al taller con las bayonetas caladas y oyeron cantar a mi abuela una antigua canción de cuna árabe. Con las culatas de sus fusiles abrieron la puerta del taller.

»Mi abuela gritó aterrada: “¡Socorro! ¡Virgen Santa!”.

»“¿Dónde está tu marido?”, preguntó el oficial.

»“Ha emigrado a América”, balbució ella.

»“Mientes”, gritó un soldado y avanzó amenazador hacia mi abuela como si fuese a ensartarla con su fusil. “¡Confiesa, puta cristiana, que le has escondido!”.

»A mi abuela le preocupó menos aquel bravucón que su irascible marido, que estaba debajo de ella y que en una ocasión había estado a punto de matar a un vecino en una discusión porque había llamado “desastrada” a mi abuela. En su desesperación, mi abuela dio entonces el paso decisivo que sorprendió y dejó a todos helados, incluido mi abuelo, que estaba en el sótano.

»“¡Por supuesto, hijo de la gran puta!”, gritó al soldado, “¡está aquí debajo de mi asiento! ¡Y ahora ven a por él, si te atreves!”.

»Al oficial le gustó la reacción de mi abuela y se echó a reír. “¡Esto te pasa por bocazas!”, reprendió a su soldado y le ordenó que abandonase la habitación con sus compañeros. Luego tranquilizó a mi abuela, dirigió una mirada inquisitiva a los dos ayudantes, les pidió su documentación y la estudió detenidamente. No había nada que hacer, aunque ambos ya tenían barba, no pasaban de los quince en sus papeles. En aquella época los padres solían inscribir a sus hijos en el registro civil tres o cuatro años después de su nacimiento para retrasar su incorporación al servicio militar.

»Mi tío Gibran también había inscrito siempre a sus numerosos hijos de tres en tres, como si fuesen trillizos. En las oficinas del registro civil se hizo pronto famoso y, siempre que entraba por la puerta, el empleado de turno exclamaba no sin cierta envidia: “Qué, Gibran, ¿otra vez trillizos?”. Y, para asombro de todos, el tío Gibran respondía en voz baja: “Sí, sí”, y decía los nombres de sus tres hijos. Inscribir a nueve hijos de tres en tres suponía también un considerable ahorro, pero ésa es otra historia.

»Volvamos a mi abuela, que había salido vencedora con su valor y su inteligencia. El oficial abandonó el taller con sus soldados y no volvió a molestar a mis abuelos.

»Aquel día el abuelo salió pálido del sótano y sin poder sostenerse apenas de pie. Mi abuela siguió cantando su canción de cuna como si nada hubiese ocurrido. Había salvado la vida de su marido con una mentira que sabía a verdad.

»Pero la vida de mi tío Gibran es, damas
y caballeros, aún más increíble que
la de mi abuela. Y esa
historia la contaré
mañana.

11

El medroso o cómo un espantapájaros se convirtió en un ladrón



a el primer día me había llamado la atención un campesino que desde uno de los numerosos puestos que había delante del circo trataba de vender a gritos unas mazorcas de maíz cocidas que nadie quería comprar. Al día siguiente apareció con una hiena encerrada en una jaula de hierro, y gritaba una y otra vez:

—¡Acercaos y contemplad esta bestia! Los leones tienen fama de ser las fieras más voraces. Pero esta espantosa bestia come como treinta y dos leones. ¡Ha devorado a los habitantes de un pueblo entero como si fueran guisantes!

Con estas palabras, el campesino introducía un palo entre los barrotes y provocaba a la hiena, que gruñía furiosa y daba dentelladas al palo que estaba ya medio deshecho.

—¿No me creéis? —gritaba el hombre—. ¿Es capaz alguno de

vosotros de encontrar a un solo habitante de Massakin? El pueblo está completamente desierto. ¿Y quién ha devorado a sus habitantes? ¡Mi hiena! Pero ella se arrepiente de su crimen y ya sólo come mazorcas de maíz cocidas. Una mazorca de maíz cuesta media lira. Podéis saborear los deliciosos granos de maíz y arrojarle luego a mi hiena las mazorcas roídas.

En un puchero enorme colocado sobre una llama humeante mantenía calientes las mazorcas de maíz. ¡Con un poco de sal estaban exquisitas! ¿Y la hiena? Efectivamente, se comió cuarenta mazorcas y aulló de una manera tan extraña y espeluznante que sonaba como una risa maligna. Por media lira los curiosos no sólo se llevaban una mazorca de maíz caliente, sino también un buen escalofrío. En poco tiempo, el campesino había vendido todas sus mazorcas de maíz.

Todos los presentes sabían que el gobierno había trasladado a los habitantes del pueblo de Massakin en una acción oscura y secreta. La explicación oficial no era más verosímil que la historia del campesino. Se llegó a decir que los militares necesitaban aquel terreno para instalar en él un campo de maniobras. Mi padre comentó entonces que se había producido un accidente en una fábrica química cercana y que se había contaminado el suelo, mientras que el tío Daniel sospechaba que aquello no era más que un caso claro de especulación del suelo.

A mí también me intrigaba la hiena. Aunque me parecía repulsiva, compré una mazorca de maíz para tener un pretexto para acercarme a su jaula. La bestia me pareció extrañamente pequeña y sucia. En Arabia, ningún otro animal disputa a la hiena su lugar en las historias de miedo. Ya sólo los siniestros relatos del efecto diabólico que tiene su orina sobre las personas llenan veladas enteras. Por no hablar de las historias sobre el efecto de su sombra, que deja a los perros sordos y ciegos mientras la hiena se aleja con una oveja despedazada.

Esta clase de historias son muy populares en Arabia y se cuentan preferentemente en las frías noches de invierno.

Cada día se iba animando más la feria. Numerosos forzudos, magos y personajes curiosos que daban sus propias representaciones se disputaban el favor del público. Generalmente eran representaciones de un solo hombre que, sin embargo, habrían

hecho a menudo honor al mejor circo. Había un hombre extrañamente reseco que se tragaba un jilguero vivo y después empezaba a trinar. Luego bebía medio litro de agua, seguía trinando durante cinco minutos y volvía a sacar de la boca al pájaro, empapado.

Cuando salí a la pista la segunda noche, el público expectante me recibió con un aplauso. Los espectadores estaban muy intrigados por saber qué clase de animal traería aquella noche y, como no veían ninguno a mi lado o en mis brazos, algunos se pusieron de puntillas y estiraron curiosos el cuello para ver mejor.

Yo hice una reverencia, deseé a los presentes una noche divertida y dije:

—Hoy traigo un animal en el recuerdo, pues por desgracia ya no habita nuestra tierra. Se llamaba el medroso. Mi bisabuelo contaba orgulloso a mi abuelo que había logrado ver una vez un medroso. Y él lo consideraba uno de sus méritos especiales. Los vecinos le pusieron incluso el sobrenombre de El-que-vio-el-medroso.

»Ignoro si el medroso es un animal del aire, de la tierra o del agua. ¿Por qué iba a mentir? Mi bisabuelo nunca me lo dijo.

»El caso es que el animal era tan tímido que vivió durante siglos sobre la tierra sin que los demás animales llegasen a conocerlo, por la sencilla razón de que siempre se escondía.

»Al principio las hembras habían sido igual de tímidas que los machos, pero las hembras se sintieron cada vez más atraídas por los machos que eran más tímidos y luego ya solamente por los más tímidos de todos, y así se produjo una selección, del mismo modo que los pájaros se volvieron cada vez más coloridos, los leones más valientes y los búfalos más fuertes, porque las hembras deseaban que fuesen así. De generación en generación los descendientes del medroso se fueron haciendo cada vez más tímidos, de manera que, sólo cuando no podían evitarlo, aparecían brevemente por la noche y volvían a desaparecer. Así, el número de estos animales fue disminuyendo progresivamente porque las hembras y los machos apenas se encontraban, y cuentan que el último descendiente se quedó en el vientre de su madre, porque era demasiado tímido para salir al mundo.

»Si mi tío Gibran hubiese nacido animal, habría sido, sin lugar a dudas, un medroso.

»Todos los domingos venía a visitarnos. Es decir, no venía solo. Su mujer Rosa le acompañaba. Mi madre decía que su hermano Gibran no podía ir a ninguna parte sin Rosa. Siempre iba detrás de ella, y cuando tía Rosa entraba en nuestra sala de estar, le decía en voz baja: “¡Gibran, siéntate!”. A veces el tío Gibran permanecía sentado en su sillón tres horas, y una vez incluso seis, hasta que la tía Rosa terminaba de contar a mi madre todos sus problemas sin olvidarse de cotillear sobre cada uno de los parientes. A veces Rosa se levantaba ya para despedirse, y si mi madre todavía tenía tiempo y ganas de divertirse, sólo necesitaba decir a su cuñada: “Hoy no has dicho una sola palabra de tu vecino Gassem, ¿es que se ha vuelto a enamorar otra vez?”. Rosa volvía a sentarse inmediatamente. Mi madre le preparaba entonces otro café y tío Gibran protestaba mudo, arqueando asombrado sus pobladas cejas, meneando la cabeza dos veces y volviendo a hundirse en su ensimismamiento.

»Tío Gibran bebía su café, la limonada o el té en silencio, tomaba en cada visita una sola galleta del plato y la comía con parsimonia.

»Tía Rosa hablaba y hablaba, hasta que se le acababan las palabras; después se volvía hacia tío Gibran y decía: “Gibran, es tarde. Estamos entreteniendo a tu hermana. ¡Vámonos!”.

»Tío Gibran decía entonces en voz baja: “Sí”, se levantaba y se iba detrás de Rosa.

»Él era bastante alto, y como si hubiese tenido miedo a que todas las puertas fuesen demasiado bajas, caminaba siempre ligeramente inclinado. Todo en él era grande: sus manos, sus pies y su enorme nariz, arqueada como el pico de un águila. Al contrario que los demás hombres que solían vestirse con ropa de color, tío Gibran iba siempre de negro. Un pañuelo de la cabeza negro, una chaqueta negra, una camisa negra, un pantalón negro y zapatos negros. Y si no hubiese tenido un bigote gris, no se le habría visto de noche. Sus ojos negros debajo de las tupidas cejas, negras como la pez, y aquella nariz aguileña, grande y noble, le daban un aspecto tan terrible que algunos niños del vecindario se ponían a llorar y se iban corriendo con sus madres en cuanto aparecía tío Gibran por nuestra calleja. Sí, sobre todo las cicatrices de su cara resultaban enigmáticas y peligrosas. Sin embargo, él no hacía más

que estar sentado en el sillón, beber té, café o limonada y comer una sola galleta.

»Cada dos o tres domingos se producía un pequeño cambio. Tía Rosa se volvía hacia su silencioso marido y exclamaba con gesto significativo: “¡Sí, sí… tú hazte el bueno!”, y tío Gibran contestaba: “Sí, sí”.

»Tío Gibran parecía haber aprendido solamente la palabra “sí”, pues durante años no le oí decir otra cosa. Sin embargo, yo me preguntaba cada vez más a menudo a qué se debían aquellas enigmáticas cicatrices, si mi tío seguía siempre a tía Rosa y comía una sola galleta.

»Un día vino a casa, se sentó tranquilamente como siempre y se puso a tomar su café. “¿De qué tienes esas cicatrices, tío?”, le pregunté. Él me sonrió y tal vez quiso contestar, pero tía Rosa fue más rápida. “Ahí donde le ves, no es tan inofensivo como parece. Es un bandido salvaje y los bandidos sufren a menudo heridas. Pero, aunque la herida sea tan ancha y profunda que pueda caber en ella la luna, dirá que sólo es un rasguño, ¿verdad, mi querido Gibran?”.

»“Sí, sí”, contestó tío Gibran, y sonrió apurado.

»En mi corazón maldije a la tía y deseé que tuviese tres nudos en la lengua. Cuando se marchó con tío Gibran, pregunté a mi madre qué había sido en realidad su hermano. Ella se quedó un poco sorprendida de mi pregunta: “Mi hermano Gibran era un bandido”. Así me enteré de su pasado.

»En sus primeros atracos, tío Gibran tartamudeaba y era tan tímido que al final siempre salía huyendo con la cabeza encarnada y las manos vacías. Fuerte sí que era, pero le daba vergüenza pronunciar la frase más sencilla, por ejemplo: “¡Esto es un atraco! ¡Venga ese dinero!”. Estaba ya casi muerto de hambre cuando tuvo la idea salvadora que le convirtió en el ladrón más listo de todos los tiempos, pues era el único en el mundo que no acechaba a la gente, a las diligencias ni a las caravanas, sino que esperaba pacientemente a que viniesen a él. Nadie en el mundo tenía su paciencia.

»Cerca de la carretera, se ponía en el campo vestido de espantapájaros de colores y esperaba. Permanecía inmóvil, a veces un día y a menudo una semana entera. Con frío y con lluvia o bajo un sol abrasador. En cuanto veía a alguien, hacía un pequeño

movimiento para atraer su atención. Los que pasaban se detenían y se preguntaban si realmente se había movido el espantapájaros, si se había rascado la cabeza o la había sacudido o si todo no eran más que imaginaciones. Si a alguno le devoraba la curiosidad y se acercaba por fin, Gibran le agarraba de repente por el cuello con su mano de hierro, le quitaba la bolsa del dinero y se largaba de allí a toda prisa antes de que el atracado se pudiese recobrar del susto.

»Si el curioso era un pobre diablo que no tenía un chavo, sólo recibía una buena bofetada. Aquellos pobres diablos huían como el viento en cuanto se libraban de las garras de Gibran, y contaban por todas partes lo que les había ocurrido con el extraño espantapájaros.

»Los relatos de los viajeros tenían confundida a la policía. Si ésta no hacía nada, los saqueados criticaban a los guardianes del orden, y si se decidía a actuar hacía el ridículo. A menudo los policías rodeaban un espantapájaros y le conminaban en voz alta a que se rindiese. A veces los agentes jóvenes e inexpertos se abalanzaban con sus porras sobre algún espantapájaros y luego se llevaban un susto cuando éste se desplomaba a los dos golpes.

»Y entonces ocurrió algo inesperado. Un día tía Rosa se dirigía en diligencia desde su pueblo a Morgana y vio el espantapájaros. Mi madre decía que tía Rosa era muy curiosa de joven, tanto que hasta las mujeres del barrio la consultaban cuando querían saber algo interesante sobre sus maridos. Nada se le escapaba, y sabía si de los huevos saldrían gallos o gallinas antes de que fuesen puestos.

»Como iba diciendo, tía Rosa vio el espantapájaros y no dudó de que la había saludado con la mano. Rosa devolvió el saludo y cosechó las carcajadas de sus compañeros de viaje. Eso la puso furiosa. "¡Parad!", ordenó. La diligencia se detuvo y tía Rosa apostó a que volvería con el espantapájaros y le preguntaría delante de los viajeros si había saludado con la mano o no. Los viajeros se rieron ruidosamente y el cochero le gritó a sus espaldas: "¡Si tienes razón dejaré que tu espantapájaros viaje con nosotros gratis hasta Morgana!".

»Rosa se dirigió hacia Gibran, que permanecía totalmente inmóvil. Cuando por fin estuvo delante de él, Gibran la miró a los ojos y por primera vez en su vida se sintió solo.

»Gibran regresó a la diligencia con Rosa. Aunque el nuevo

viajero despedía un olor insufrible a cagadas de pájaro y sudor, los viajeros se corrieron en sus asientos para hacerle sitio.

»Desde aquel día tío Gibran trabajó en una fundición y durante treinta años ganó el sustento de su mujer y sus nueve hijos. Durante los primeros años añoraba a menudo su vida de espantapájaros. Entonces se colocaba rígido y con los brazos extendidos en medio del salón hasta que tía Rosa le descubría y exclamaba: “¡Gibran! ¡No estés ahí parado como un espantajo!”. Y tío Gibran decía avergonzado: “Sí, sí”, y se sentaba en un rincón.

»Un día de agosto completamente corriente tío Gibran se murió y yo lloré su muerte. Aunque mis padres se opusieron, insistí en acompañarlos al entierro.

»Wanes, el vecino de mi tío difunto, provocó sin querer una situación hilarante en aquella ocasión. Era una persona sumamente honrada, un armenio que había encontrado asilo en Morgana. Como muchos armenios, hablaba incorrectamente el árabe. Había sido muy amigo de mi tío Gibran. Cuando entró en la sala de estar y vio a mi difunto tío tumbado en el ataúd, se echó a llorar desconsoladamente.

»Después, todos los presentes dedicaron palabras de elogio al valiente, noble y generoso Gibran. De pronto, mi tío se convirtió casi en un segundo Robin Hood. Cuando por fin le llegó el turno a Wanes, quiso acusar a la muerte, que siempre nos arrebata a los mejores. Con lágrimas en los ojos, dijo a voz en grito: “¡Oh muerte, oh muerte, qué cerda tan injusta eres! ¡Por qué tú llevar al mejor y dejar sólo cabrones!”.

»Yo creí que los hombres que asistían al entierro se lanzarían sobre Wanes para darle una paliza, pues todos habían sido dejados atrás por la muerte, pero todos se rieron, con lo cual dejaron completamente escandalizado al armenio. Éste entonces empezó a soltar improperios en armenio que no hicieron más que aumentar la hilaridad, pues nadie los entendía.

»En la iglesia el cura puso por las nubes al difunto. Tío Gibran tenía, de repente, un carácter ejemplarmente piadoso y la mujer más sacrificada del mundo. El cura no mencionó con ninguna palabra que Gibran había sido un ladrón. Rosa disfrutaba con aquellas palabras elogiosas del cura y de vez en cuando se volvía sonriente hacia mi madre y le guiñaba un ojo con gesto

significativo. De repente comprendí que tía Rosa había sobornado al cura. Y, sin embargo, el entierro habría de terminar para ella de manera bochornosa.

»Seis hombres llevaron el ataúd hasta la tumba. Cuando se disponían a descenderlo lentamente en el hoyo, tía Rosa se abalanzó sobre el ataúd. "¡Enterradme con el más valeroso de todos los hombres! ¡No quiero seguir viviendo sin él! ¡Enterradme con él!", chilló tan fuerte que puso la carne de gallina a todos los presentes. Mi tía se aferró al ataúd. Los hombres luchaban por mantener el equilibrio. Tenían que apoyarse en la tierra con todas sus fuerzas para impedir que el ataúd siguiese deslizándose hacia la tumba. Finalmente, suplicaron jadeando a los circunstantes que hiciesen algo. En vano algunos parientes trataron de hacer entrar en razón a la desquiciada Rosa, entonces se oyó de repente con toda claridad la voz de mi madre: "¡Dejadla! Tiene razón. La enterraremos con mi hermano. De todos modos ése fue su último deseo". Tía Rosa enmudeció de golpe. Y cuando uno de los hombres siguió la broma pesada de mi madre y soltó su cuerda unos centímetros, haciendo que Rosa perdiese casi el equilibrio, ésta gritó suplicante: "¡Socorro! ¡Me caigo! ¡Socorro! ¡No quiero ir a la tumba!". Por fin acudieron dos hombres que pusieron a salvo a la tía entre las risotadas de los presentes.

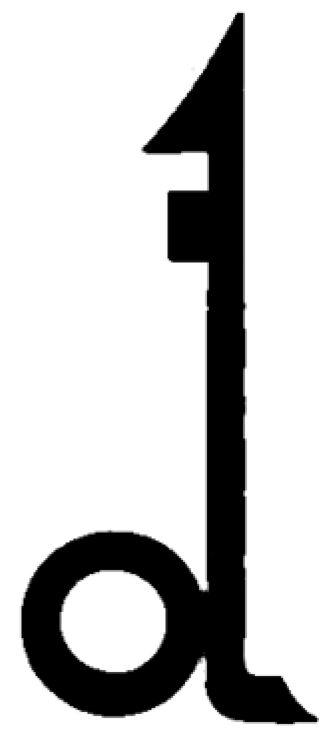
»Tras la muerte de tío Gibran, perdí todo el interés por tía Rosa. A medida que se hacía vieja estaba cada vez más sorda y hablaba más alto. Mis padres dejaron de tratar con ella. Y, aunque cueste creerlo, mi tía Rosa murió víctima de un atraco cuando pasaba las vacaciones junto al mar. Algunos testigos hablaron de un joven vestido de negro, pero se equivocaron, fue tío Gibran que se vengó así de todos los "sí" que había pronunciado en su vida.

»Pero cómo ganó tío Gibran la medalla de oro en los cien metros lisos de los juegos olímpicos de Morgana, aunque entonces ya tenía más de sesenta años, es mi historia favorita, os la contaré en otra ocasión.

Los campesinos se rieron y aplaudieron,
y muchos quisieron escuchar sin
más tardanza aquella historia.
Pero yo me incliné
sonriente.

12

La martaconejo
o cómo una verdad se convierte
en una doble mentira



e niño, iba a menudo al cine con mi madre. Había sesiones especiales para las mujeres por la mañana. Los niños podían

acompañar a sus madres hasta los doce años, luego se les consideraba ya hombres jóvenes y no se les dejaba entrar.

Mi padre no podía oír la palabra «cine». Nosotros éramos pobres y el cine era bastante caro. Pero mi padre no podía justificar de esa manera tan sencilla su rechazo. En su vida había estado en un cine y lo imaginaba como una sucursal de Sodoma y Gomorra. Y, cuando hablaba del tema, subrayaba siempre que un arte que sólo se mostraba en la oscuridad era, de entrada, sumamente sospechoso. Con el tiempo había reunido una pequeña colección de frases bíblicas que condenaban todo lo que tenía que ver con la oscuridad. Ni siquiera nos prohibía ir al cine, porque daba por supuesto que nunca cometeríamos tan abominable pecado. Era algo que se encontraba, por así decirlo, por debajo del nivel de sus prohibiciones.

No había nada en el mundo que mi madre amase tanto como el cine, aparte del café de la tarde. Ahorrábamos del dinero de la comida, de manera que mi padre no se daba cuenta. Todas las semanas uno de nosotros, mi hermana Sahar, mi hermano Fadi o yo, podía ir con mi madre al cine.

Las películas eran en el fondo folletines baratos de Egipto. Siempre eran historias de amor, y no puedo recordar una sola película que tratase de personas normales. Los escenarios eran palacios o locales nocturnos, chozas miserables, hospitales, cementerios o cárceles. Los héroes tenían caracteres angelicales y nobles, o eran seres diabólicamente lúgubres y torvos. A juzgar por aquellas películas, Arabia no había producido un solo ciudadano normal que fuese a trabajar por la mañana, regresase cansado a casa por la tarde y amase a una mujer corriente. No, las historias trataban siempre de los amores entre un príncipe y la hija de un portero o, peor todavía, entre un hombre inmensamente rico y la inocente hija de un criminal.

Invariablemente, en todas las películas se producía, a los diez o quince minutos de su comienzo, un cambio que conmovía hasta las lágrimas a todos los espectadores. El simpático héroe caía enfermo o se quedaba ciego cuando durante la guerra sacaba a una muchacha entre los escombros en llamas. Naturalmente, el héroe siempre se curaba al final y recuperaba la vista. Pero eso no era lo peor de aquellas películas.

Lo que me molestaba ya cuando tenía siete años eran los cánticos, que no podían faltar en ninguna película árabe. Cuando menos se lo esperaba uno, un actor de cara grasienta y pelo aceitoso empezaba a cantar a voz en grito lamentándose de sus noches de insomnio. Aquello era espantoso. Y si al principio de mis años de cine había respirado aliviado cuando una de esas canciones llegaba a su fin, más tarde supe que sólo eran el principio de una cadena de canciones similares. A menudo me quedaba dormido ya en la segunda canción, mientras mi madre y las otras mujeres se quedaban casi sin ojos de tanto llorar.

A mí me daba igual que aquellos actores obesos se casasen o no, pero las lágrimas de mi madre no las podía soportar, ni entonces ni más tarde.

Cuando actuaba mi tío, el actor Halim Said, me partía de risa. Halim Said era su nombre artístico. Era un hermano de mi padre. Cuando mi abuelo le maldijo porque con su profesión arrastraba supuestamente por el fango el buen nombre de la familia, adoptó el nombre de Halim Said, lo que significa más o menos: «paciente afortunado». En las películas solía interpretar papeles poco importantes, a criados temerosos y a pequeños rufianes. Pero hasta su último día vivió con la ilusión de ser un gran actor.

Qué contento me puse cuando me enteré de que tío Halim Said se había venido a vivir cerca de nuestra casa. Yo iba a visitarle a menudo y le escuchaba cuando soñaba con grandes e importantes papeles. En su casa encontraba a veces a algún actor famoso que me firmaba un autógrafo con el que podía aumentar mi dinero de bolsillo.

A la tercera noche salí otra vez a la pista sin animal.

—Damas y caballeros, estimado público, la martaconejo era un animal odioso —empecé mi historia—. Alegrémonos de que ya no viva entre nosotros. Como por una broma macabra de la naturaleza, la martaconejo tenía dos mitades, como si a la mitad de un conejo le hubiesen pegado a lo largo, desde la cabeza hasta la cola, la mitad de una marta.

»Su origen era objeto de controversias. Los antiguos chinos veían la razón de su evolución en una cierta compasión que había sentido la marta por el conejo y que fue creciendo de generación en generación, cambiando su cuerpo hasta convertirse en un

semiconejo.

»Los griegos sospechaban que, después de una bacanal, los dioses habían partido y vuelto a pegar toda clase de personas y animales y que, debido a los excesos del alcohol, esto había salido a veces mal. Por cierto, los griegos no trataban con muchos miramientos a sus dioses. Pero ésa es otra historia.

»Los antiguos árabes, en cambio, creían firmemente que la martaconejo no había existido nunca como tal, y que todo era una peligrosa artimaña de la marta del diablo, que antiguamente vivía en todos los continentes y que todavía vive en Australia. Esta marta del diablo podía cambiar de aspecto a voluntad y, como los conejos eran por naturaleza bastante tontos, sólo necesitaba transformarse una mitad y brincar un poco para engañarlos. La marta del diablo causó grandes daños. Cuando iba de caza mostraba primero el lado del conejo a sus víctimas, para después hacer sangrientos estragos entre los incautos. Pero su capacidad era al mismo tiempo su debilidad: los lobos la perseguían por conejo y los perros la acosaban por marta. Los propios congéneres se abalanzaban unos sobre otros cuando pillaban el lado equivocado. El error solía descubrirse demasiado tarde.

»En el mundo del cine abundaban las martaconejos y otras semiverdades. Una de éstas fue la culpable de la muerte de mi actor favorito.

»Cuando se sube por la carretera de la colina hasta la iglesia de Santa María y se dobla luego a la derecha, se ve una casita casi en ruinas junto a una gran encina. Allí vivía mi tío, el actor Halim Said, hasta que fue asesinado.

»Yo supe en seguida quién era el asesino, y no sólo por eso, supe incluso de antemano, como muchos otros morganos, que mi tío iba a ser asesinado. Cómo fue eso posible es una historia oscura. Todo comenzó hace diez años, cuando el jeque Mohammed Abdulhakim fue asesinado en su palacio a plena luz del día. Eso ocurrió a pesar del gran número de guardianes que controlaba a cada mosquito que pretendía entrar en el palacio. Un caso insólito, detrás del que se intuía la mano de varios servicios secretos, ya que el jeque Abdulhakim había actuado de mediador en varias misiones secretas entre israelíes y árabes. Otras sospechas apuntaban a una de sus mujeres. Ésas eran las pistas principales junto a otros treinta

indicios. La verdad sólo la sabía el asesinado, pero él estaba callado como una tumba.

»No lejos del palacio del asesinado en Morgana, vivía un director de cine que hacía documentales aburridos. Había recibido el encargo de rodar varias series sobre la ciudad de Morgana y destacar en ellas la belleza de la ciudad para atraer a los turistas. Este director de cine tuvo un día una brillante idea. Decidió hacer de la historia del asesinado jeque Mohammed Abdulhakim la película más sensacional del año. Con este fin visitó a la familia del asesinado, se presentó como periodista de televisión que seguía una nueva y prometedora pista en el caso del asesinato y tuvo así ocasión de entrevistar a todos los miembros de la familia y a los criados. Posteriormente, filmó en todas las dependencias y en el jardín. Al mismo tiempo recogió en secreto datos íntimos sobre el jeque Mohammed y su vida privada.

»Los parientes confiaban cada vez más en aquel periodista dinámico y le informaron ampliamente sobre el transcurso de los días y de las noches en el palacio. Finalmente, averiguó a través de una vieja criada amargada algunos detalles secretos del arma homicida.

»No había sido, como había anunciado la familia a todo el mundo, un puñal el arma que había puesto fin a la vida del cabeza de familia, sino un hilo de seda de aspecto inofensivo. El jeque Mohammed había sido estrangulado con él. La familia había querido evitar desde el principio que se buscase al sospechoso en el palacio, por eso mintió, mandó derramar sangre de gallina sobre la camisa de la víctima y colocar el mencionado puñal junto al cadáver antes de que la prensa local e internacional tuviese acceso al lugar del crimen.

»A lo largo de numerosas entrevistas, que a menudo tenían lugar a puerta cerrada, el director de cine fue reuniendo tanta información confidencial sobre el jeque asesinado que pronto sabía más que muchos miembros de la familia.

»Cuando hubo reunido suficiente material como para rodar varias películas, fue a ver al jefe del departamento de cinematografía. Expuso sus planes y contó que había conocido por casualidad al asesino del jeque y que éste estaba dispuesto a presentarse ante las cámaras. Además interpretaría algunas escenas

emocionantes en un palacio similar, mezclando la realidad y la ficción. El quid del asunto sería que el asesino revelaría por primera vez detalles secretos, desconocidos por la opinión pública.

»El jefe del departamento de cinematografía andaba buscando desde hacía tiempo algo sensacional de Morgana pues, como todo el mundo sabe, nuestra televisión era una filial barata de las emisoras americanas.

»El director de cine se puso entonces a buscar a un actor que estuviese dispuesto a interpretar el peligroso papel principal. Después de todo tenía que presentarse públicamente como el verdadero asesino y exponerse a la venganza de una familia que tenía a sueldo a numerosos sicarios.

»Finalmente encontró un actor: mi tío, que después de haber conocido un éxito efímero en su juventud, se había conformado con interpretar toda su vida papeles insignificantes, aunque seguía esperando su gran papel. El director le prometió que aquella película le daría la fama eterna. Lo cual, por macabro que pueda sonar, no fue ninguna mentira. El nombre de Halim Said no se olvidará jamás en Morgana. Pues nada en el mundo perdura como la buena fama de los falsos héroes.

»El director sólo le dijo al actor una parte de la verdad. La película debía presentarse como documento y emitirse en varios capítulos, y los espectadores sólo averiguarían al final que habían presenciado una película de ficción sobre el asesinato, una versión de los hechos. A mi tío Halim Said aquella idea le pareció genial. Desde un punto de vista económico, la oferta era tan interesante que aceptó inmediatamente y firmó un contrato por el que se comprometía a pasar por el verdadero asesino en cada entrevista hasta que se emitiese el último capítulo de la serie. De esta manera se pretendía elevar el índice de audiencia.

»La historia es muy sencilla. Un hombre joven conoce a una muchacha. Ambos se enamoran, pero los padres de la mujer son muy ricos y rechazan una boda. La muchacha se suicida y el amargado amigo jura sobre su tumba que se vengará del jeque, el padre de la muchacha, al que echa la culpa de su muerte. Pero el jeque está, incluso en el entierro, siempre protegido por sus guardaespaldas.

»El hombre joven trabaja como actor y bailarín en locales

nocturnos y allí se encuentra casualmente con el jeque, que lleva una doble vida. Pero en el local nocturno los guardaespaldas tampoco se separan nunca del jeque, ni siquiera cuando éste tiene que ir al cuarto de baño. Poco a poco el joven bailarín traba amistad con el rico jeque hasta que éste confía en él y le invita a su palacio. A partir de entonces, los dos se ven cada vez más a menudo, también sin guardaespaldas.

»El bailarín entra y sale de palacio, donde cada vez le quieren más. Él se muestra muy simpático pero no ha olvidado ni en un solo instante sus planes de venganza. Cuando está a punto de llevarlos a cabo, se enamora de la hija menor del jeque. El joven se debate entonces entre el amor y la venganza. Y, para que la historia sea aún más emocionante y atraiga delante del televisor al último chucho de la calle, se introduce hábilmente en la trama a Israel. El jeque Mahmmud es al parecer un agente secreto de Israel; el vengador lo descubre en medio de su conflicto psíquico y entonces se decide definitivamente en favor de su patria y de su difunta amada.

»Su venganza ya no es el acto primitivo que aparece en cualquier periódico sensacionalista, sino la noble venganza de todos los árabes, ejecutada por el valeroso luchador: Halim Said.

»Todo estaba urdido astutamente. Venganza con amor frustrado, una pizca de lucha antiisraelí y una segunda pizca de misión secreta convierten cada suceso en tema popular de las películas árabes.

»El director no se equivocó. La serie dejó desiertos los cafés y las calles. Al principio de la serie tío Halim se presentó convincentemente como asesino del jeque, que a pesar del amor que sentía por la segunda hija tenía que matar a su padre, pues había manchado sus manos con la sangre de la primera hija y con la traición a la patria. Describió detenidamente el palacio, incluso sus pasadizos secretos, y dijo los nombres de los parientes, criados y guardianes que vivían en él. También mostró algunos objetos que supuestamente le había regalado el asesinado. Interpretó de manera ejemplar su papel de asesino. Después de dos capítulos, la serie no sólo era la más popular para un sector de los espectadores, sino que también lo era entre los críticos que elogiaban el rigor de las indagaciones.

»Seguro de su éxito, el director empezó entonces a alargar el

tema y amplió los cuatro capítulos previstos al principio con escenas de persecuciones y danzas de vientre en locales nocturnos.

»Testigos que aparecían de repente hacían toda clase de declaraciones contra el jeque asesinado y no ocultaban su simpatía por el asesino, llenaron varios minutos de emisión. Al final hablaron incluso algunos colegas de mi tío que pretendían haber visto siempre algo especial en él. Hasta su fracaso en el cine y la televisión era interpretado por ellos como una táctica, pues él sólo había utilizado el arte dramático como camuflaje para vengar su amor y su patria. Eso supuso otros diez minutos por capítulo.

»Tío Halim Said, que desde el primer capítulo vivía escondido, empezó a sentirse asustado y exigió que terminase la serie y se aclarase de una vez que él no era el asesino sino un simple actor que nunca se había interesado por la política. El director le entretuvo, sin embargo, con promesas hasta que emitió once capítulos. Durante once sábados consecutivos los morganos dejaban caer lo que tenían en las manos a las diecinueve horas en punto y seguían durante sesenta minutos la emocionante historia de un asesino.

»Entonces llegó el capítulo duodécimo y toda la nación enmudeció delante del televisor, pues el director ya había informado a la prensa con mucha antelación de que en el último capítulo se daría a conocer un dato estremecedor. Y en efecto, el actor contó ante las cámaras cómo había llegado por un pasadizo secreto al dormitorio del señor del palacio y le había estrangulado con un hilo de seda. Fingiendo asombro, el entrevistador preguntó al asesino por qué había utilizado un hilo de seda como arma homicida. “Yo no quería que su sangre traidora ensuciase el suelo sagrado de nuestra patria”, contestó tío Halim como habían acordado.

»La sensación fue perfecta. La película terminó con una secuencia robada de las películas de Chaplin: el héroe de la historia caminaba por un largo camino hasta desaparecer en el horizonte. Una cálida voz masculina acompañaba este final: “He aquí nuestro humilde héroe, Halim Said, caminando quizás en busca de nuevas proezas. ¡Un héroe del pueblo y para el pueblo!”.

»El director se había convertido aquella noche en el cineasta más famoso de Morgana y fue festejado en el estudio toda la noche.

»Lejos de la fiesta, mi lío estaba sentado delante de su televisor, y después de la emisión esperó todavía una larga hora, pero no siguió ninguna aclaración. Mi tío lo atribuyó a un malentendido y trató en vano de hablar por teléfono con el director.

»En la población se produjo una ola de simpatía en favor del héroe Halim Said. Pero mi tío estaba cada día más inquieto y cambió varias veces de escondrijo, hasta que se mudó a un pequeño hotel al sur de Morgana.

»La viuda de Abdulhakim no creyó hasta la noche del duodécimo capítulo que mi tío era el asesino. Hasta entonces le había tenido por un impostor. Pero cuando escuchó la descripción exacta del dormitorio y del cadáver sobre el sofá, quedó de pronto convencida. Inmediatamente encargó a un famoso sicario que matase al asesino de su marido.

»Mi tío se sentía cada vez más incómodo en su piel. La vida clandestina que llevaba en el miserable hotel minaba su salud. Estaba atrapado. ¿Debía darse a conocer y confesar públicamente que no era más que un actor miedoso? Con seguridad sus partidarios le habrían escupido. Pero si seguía siendo el falso asesino heroico su muerte era inminente, y Halim Said amaba la vida. Así que decidió presentarse ante la opinión pública y descubrir la mentira.

»Una noche abandonó su escondite y regresó a su casa con el propósito de hacer a la mañana siguiente una declaración a la prensa. Llamó a algunos periodistas conocidos y se alegró de que accediesen inmediatamente. Aliviado, empezó a cantar, también para darse ánimos, pues mi tío Halim era, como ya he dicho, un hombre miedoso.

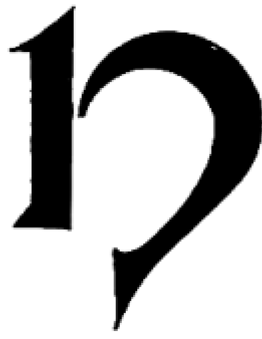
»A la mañana siguiente los periodistas encontraron a tío Halim asesinado en su cama.

»Media Morgana siguió el ataúd del falso héroe y nadie quiso creer que tío Halim Said sólo había sido un actor sencillo y confiado.

»Damas y caballeros, ya sé que muchos considerarán
esta historia increíble, ¿pero qué dirán
mañana cuando les cuente la historia
de una tabla que sabía
hablar?

13

El inventor o cómo la tabla parlante calló en el momento oportuno



o, yo no soy un creador —solía decir mi tío Daniel—; ni el arquitecto, ni el químico, ni el inventor son dignos de ese título. Son imitadores y, a lo sumo, transformadores de algo que ya existe. Sólo el mentiroso crea, contra todas las leyes de la naturaleza, algo nuevo a partir de la nada. Valiente como un dios, pone a sus criaturas en el mundo, y si realiza bien su trabajo éstas viven eternamente. Sólo los tenderos piensan que de la nada sale nada.

Tío Daniel era un inventor nato. Ya de niño era capaz de desmontar un despertador en todas sus piezas y volverlo a montar. Como si tal cosa, devolvía luego a los vecinos sus despertadores y decía en voz baja: «Ya sólo tenéis que darles cuerda».

Toda su vida estuvo obsesionado por una pasión en cuanto caía

en sus manos una máquina, un cofre o un bolígrafo. Primero los contemplaba con admiración infantil, luego los miraba con ojos cada vez más críticos hasta que descubría sus puntos débiles e inventaba mentalmente una máquina, un cofre o un bolígrafo mucho mejores.

Se hizo relojero sin haber pasado un solo día en un taller, y reparaba los relojes de una manera tan genial que una famosa firma suiza envió a un representante para que le contratase inmediatamente con las mejores condiciones. El director de la firma había averiguado, a través de un cliente, que tío Daniel había hecho funcionar correctamente un reloj de más de doscientos años que se encontraba en un estado lamentable colocándole piezas que él mismo había diseñado. Los suizos examinaron aquel reloj y se quedaron asombrados ante aquel trabajo de precisión. Sin embargo, mi tío prefirió quedarse en Morgana después de ver varias fotografías de Suiza con montañas cubiertas de nieve. Él siempre tenía frío, hasta en agosto llevaba en su tienda una chaqueta y un jersey grueso. No obstante, la carta le entusiasmó y la colgó en su tienda, detrás de un cristal.

A mí me gustaba ir a verle y tío Daniel siempre me pedía que le contase una historia. Me escuchaba como un niño con ojos de asombro y abandonaba lo que estuviese haciendo cuando yo empezaba la narración.

Cuando me hice mayor, era el único que podía acompañarle a su gran taller de inventor. Ninguno de sus vecinos y parientes podía entrar, por eso era para mí un honor especial. En un rincón tenía un motor eléctrico complicado y, cuando no tenía que realizar ningún encargo, lo desmontaba y volvía a montarlo, se frotaba las manos y ponía el motor en marcha para comprobar, satisfecho, que lo había montado correctamente. Así ejercitaba los dedos.

Ninguno de nosotros quería ir a su casa. Su mujer era muy beata y tacaña y durante las visitas murmuraba ininterrumpidamente el rosario. Consideraba que el café era un pecado. Un trozo de tarta era a sus ojos una orgía. Mi madre no la soportaba y decía que no había que detenerla en su camino hacia el cielo.

Tío Daniel amaba, sin embargo, a su mujer y era muy cortés con ella. Pero, como él era muy sociable y le gustaba beber arrak y jugar a las cartas con los amigos, tenía que mentir en casa. Su mujer

se iba a la cama como las gallinas, cuando se ponía el sol, y tío Daniel inventó un buen truco para eludir sus constantes reproches: cuando llegaba tarde a casa, entraba caminando hacia atrás en el dormitorio. Su mujer se despertaba todas las noches brevemente:

—¿Llegas ahora? —preguntaba medio dormida.

—No, mujer —la tranquilizaba él—, hace ya tiempo que he vuelto, sólo quería ir al baño —y se iba al baño, se desvestía allí tranquilamente y luego se metía en la cama.

Cuando inventaba un aparato nuevo, venía a nuestro patio para enseñárselo a los vecinos. Eran, a menudo, inventos divertidos e inútiles, pero geniales en su concepción y precisos en su ejecución, y al contrario que nuestro profesor de química, que no podía soportar que alguien se riese cuando fallaba un experimento, tío Daniel se reía de las demostraciones que salían mal.

Una vez inventó un gran embudo para introducir aire fresco en las habitaciones. Aquel embudo se colgaba sobre las cabezas de los durmientes y les proporcionaba aire fresco de fuera. Al principio vendió en seguida varios embudos porque en Morgana los dormitorios estaban repletos de gente debido al gran número de hijos que tenían las familias y el aire estaba siempre muy viciado, pero al levantarse la gente se hacía chichones con aquellos embudos y decidió que era mejor dormir atufada pero ilesa.

Una bola del tamaño de una nuez, de un misterioso material de brillos azulados, que había inventado mi tío, debía infundir tranquilidad a quien la sujetaba con la mano cerrada. Sin embargo, la gente del patio se reía: cogían la bola un instante y se la pasaban rápidamente al siguiente para luego decir que no habían sentido ninguna tranquilidad. Pero hasta hoy no estoy seguro de si lo que mi tío Daniel precisamente quería provocar con su bola mágica era hilaridad.

Un día vino a su tienda un árabe saudí rico y preguntó:

—¿Cuánto cuesta un kilo de esos relojes de pulsera tan bonitos?

Aquella pregunta le pareció muy estúpida a tío Daniel y quiso poner en ridículo al rico saudí:

—Veinticinco mil dólares con hueso, es decir, con pulsera, y cuarenta y cinco mil sin hueso.

—¿Y son frescos? —preguntó el hombre rico del desierto.

—Por supuesto, por supuesto, por lo menos le durarán diez años

—contestó tío Daniel estallando de risa.

—Entonces ponme dos kilos con hueso, serán suficientes para mi gran familia.

Tío Daniel pensó que iba a hacer el negocio del año. Sacó los relojes de sus cajas, trajo rápidamente una balanza de casa de su vecino y pesó dos kilos de relojes y, cuando el peso era exacto, añadió dos despertadores baratos.

—Un regalo de la casa —dijo entregándole los relojes al saudí.

—Es usted un comerciante realmente bueno, los otros relojeros se reían de mí —dijo el saudí, y entregó a mi tío aquella enorme suma en dólares. Luego se despidió amablemente y se fue. Tío Daniel cerró la puerta para ver la ganancia tan astronómica que acababa de obtener.

Durante horas comparó los números de los relojes vendidos con las listas de precios, sumó, verificó y, para su sorpresa, descubrió que el precio que había pagado el rico saudí cuadraba hasta la última piastra con el de los relojes que faltaban.

Que aquel alma ingenua y genial fuese detenida y torturada tres veces es algo que todavía sigo sin entender.

La pelea que condujo a su primera detención comenzó de forma inofensiva. Un cliente no quiso pagar la reparación de un reloj. Empezaron a gritarse. Tío Daniel no sabía que aquel hombre estaba emparentado con un agente del servicio secreto. Insistió en cobrar antes de entregar el reloj. Una palabra dio lugar a otra y unos cuantos curiosos rodearon a los contendientes, que cada vez se gritaban más fuerte.

—¡Que sepas —gritó tío Daniel— que en cuanto entraste en mi tienda supe que eras un ordeñador de piastras!

—¡Ah, sí! ¿Y cómo lo sabías, eh? ¿Acaso eres profeta? —se rió el hombre con sorna.

—Pues sí, soy profeta —contestó tío Daniel de manera imprudente. El hombre se frotó las manos.

—Repítelo, anda —le provocó.

—Sí, soy profeta y puedo predecirte algunas cosas sobre tu miserable futuro —se dejó arrastrar a contestar tío Daniel. El hombre le denunció. Esa misma noche vinieron a por mi tío.

Un pariente de aquel hombre le pegó con sus propias manos y le interrogó durante tres días. Al cuarto día, el hombre tuvo que viajar

al norte en una misión, y otro oficial del servicio secreto se hizo cargo del caso. Éste estudió los papeles y se quedó impresionado del descaro de mi tío, que a pesar de las torturas no había retirado una sola palabra.

El oficial le ofreció té.

—Aseguras que eres un profeta —empezó la conversación—, eso es un sacrilegio. Dios ha cerrado la serie de sus profetas con el bendito Mohammed. ¿Qué sabes hacer como profeta? ¡Anda, ilumínanos!

—Sé perfectamente lo que estás pensando ahora —contestó tío Daniel impasible.

—¿Qué es?

—Estás pensando que soy un estafador.

El oficial miró un poco confundido a su secretario.

—Eso lo supones solamente. ¿Qué otra cosa puede pensar un oficial de un maleante? —respondió arrogante el secretario a mi tío. El oficial asintió aliviado.

—Está bien, entonces os puedo hablar del futuro de Morgana —propuso tío Daniel.

—¡Habla! —ordenó el oficial.

—Cada vez nos irán las cosas peor —dijo mi tío con gesto significativo.

—¿Qué tiene eso de profético? ¡Eso lo sabe cualquier asno! —contestó displicente el oficial, aunque todos los comunicados del gobierno pintaban de color de rosa el futuro de Morgana.

—Está bien —dijo el tío Daniel—, entonces soltadme. Si lo sabe todo el mundo: somos un pueblo de profetas.

—A Abraham lo arrojaron al fuego, y el fuego se apagó. ¿Sabes tú hacer eso también? —preguntó el oficial sonriendo satisfecho.

—No, he dicho que soy profeta, no bombero.

—Moisés dividió el mar Rojo. ¿Eres al menos capaz de hacer eso? —siguió el juego el oficial.

—El francés Lesseps comunicó dos mares con el canal de Suez. Los rusos han castrado con presas el Éufrates y el Nilo. Dividir o comunicar es cosa de ingenieros, no de profetas —contestó tío Daniel muy tranquilo y seguro de sí mismo.

El oficial se echó a reír.

—Realmente eres un granuja muy astuto. Pero ya veremos quién

es más listo. Jesús resucitó a los muertos. ¿Eres tú también capaz de hacerlo?

—¡Sí, eso lo hago a las mil maravillas! —exclamó tío Daniel—. Dame una pistola. Primero te pego un tiro e inmediatamente después te resucito.

—¡Eso sí que me gustaría verlo! —se le escapó al secretario.

—¡Por todos los santos! —exclamó aterrado el oficial—. Estoy dispuesto a creer que eres un profeta y que yo soy tu primer discípulo. Pero ahora lárgate de aquí inmediatamente.

Tío Daniel fue puesto en libertad, aunque tuvo que prometer que devolvería el reloj reparado a su propietario cobrando sólo la mitad.

En otra ocasión fue denunciado a causa de un extraño aparato de radio que había inventado. Un transeúnte le vio sentado delante de la radio y pensó que aquel extraño artefacto era un aparato secreto con el que tío Daniel transmitía a los israelíes información sobre nuestra calleja.

La tercera vez fue arrestado por culpa del invento más genial que había hecho jamás. Era una tabla parlante a la que llamaba «yo». En aquella ocasión, desapareció durante varias semanas. Mis padres estuvieron muy preocupados por él hasta que un día regresó a nuestro patio herido y con el pelo rapado, pero contento y con su tabla.

El presidente Hadahek, que estaba en el poder cuando actuaba el circo indio en Morgana, dictó por fin una disposición según la cual mi tío Daniel no podía ser molestado ya por nadie. A este presidente le llamaban el Fanático de los juguetes. Por qué le llamaban así y por qué sentía una gran simpatía por tío Daniel es una pequeña historia.

En Morgana los oficios siempre han sido hereditarios. No sólo había familias de peluqueros, de orfebres y de panaderos cuyos antepasados ejercían desde la Edad Media el mismo oficio, sino también una dinastía que desde hacía siglos dominaba un oficio: el de contar noche tras noche historias en un café.

También la familia del presidente Hadahek heredaba desde hacía siete siglos la misma profesión: gobernar Morgana. Una familia asombrosa, y si no viviese en Morgana yo la situaría en un cuento, por ejemplo el de Alí Babá y los cuarenta ladrones.

Desde tiempos inmemoriales, todos los presidentes de la

república se llamaban Hadahek. Los jefes de la oposición se llamaban Hadahek y los rebeldes de las montañas también se llamaban Hadahek. El que vencía gobernaba, y siempre se llamaba Hadahek. Hadahek significa en árabe: «Esto es así».

Como todos los soberanos se llamaban Hadahek de apellido, se les distinguía por los nombres, pero pronto había cientos de Alís, Abduláhs y Mustafás. Los números detrás de los nombres sólo sirvieron de ayuda al principio. Al cabo de un par de siglos ya no sonaban bien. Qué habría dicho la gente de un nombre como: el sultán Alí trescientos noventa y siete, o el presidente Abdullah ochocientos cinco. Por eso hubo que recurrir a los rasgos distintivos, que eran inconfundibles, y así los Hadahek empezaron a llamarse: el Poeta, el Libertador, el Hermoso, el Bizco, el Desconfiado o el Rudo. Y como la lengua árabe es muy rica en adjetivos, pronto era casi imposible confundir a los Hadahek.

Como iba diciendo, a este presidente Hadahek le dieron el sobrenombre de El Fanático de los juguetes. Él se había criado en la rama más pobre de la familia Hadahek. Esta familia era tan numerosa que se encontraba representada en todas las capas de la población. Debido a la pobreza de sus padres, el presidente nunca había tenido juguetes cuando era pequeño, por eso, a los dos días de asumir el poder, mandó traer toda clase de juguetes —osos de peluche, cocinas de muñecas y otras cosas por el estilo, todo lo que podía encontrarse en Morgana— y llenó con ello un edificio enorme. Esto condujo a que durante dos semanas no se pudiese comprar ningún juguete en Morgana, hasta que los comerciantes pudieron importar género nuevo. Siempre que el presidente se cansaba de la política, se retiraba a aquella casa y se tumbaba en el suelo entre sus juguetes. Allí jugaba durante horas y era el hombre más feliz de la tierra. De sus viajes al extranjero también traía siempre algún juguete especial.

Aunque el presidente trataba sus juguetes con mucho cariño, era inevitable que alguno que otro se rompiese y dejase de funcionar. Sin embargo, los mecánicos más hábiles disgustaban al presidente, pues cuando le devolvían su juguete lo encontraba cambiado y extraño. A través del servicio secreto tuvo un día noticia de tío Daniel. Mandó traerle y mi tío reparó delante de los ojos del presidente un valioso juguete, y explicó a su asombrado dueño por

qué había dejado de funcionar correctamente. El presidente quiso nombrar inmediatamente a tío Daniel director de su casa de juguetes, pero mi tío rechazó la oferta. Los miembros de la guardia que estaban presentes pensaron que el presidente le mandaría arrestar en el acto, pero el presidente preguntó amablemente:

—¿Y por qué no quieres servirnos?

—Porque prefiero jugar en mi propio taller con mis juguetes. Cuando estoy en mi taller, sentado en el suelo con mis juguetes, me siento en el paraíso.

Nadie comprendió aquello mejor que el presidente Hadahek, que preguntó impresionado a tío Daniel si de vez en cuando podía enviarle sus juguetes para que los reparase.

—Siempre que os plazca, Excelencia. Mis conocimientos están de día y de noche a vuestra disposición. Lo que deseo a cambio es que nadie vuelva a detenerme.

—¿Qué hijo de puta te ha molestado? —preguntó el presidente Hadahek indignado. Tío Daniel no se atrevió a decirle a la cara que dos semanas antes había sufrido su tercera detención a causa de la tabla parlante. Así que guardó silencio—. Ahora mismo voy a dictar una disposición para que no vuelvas a ser detenido jamás. Excepto si atentas contra un Hadahek, naturalmente. Pero esperemos que esto no suceda —dijo riéndose el presidente y acompañó a tío Daniel hasta la puerta.

Tío Daniel no sólo hacía inventos nuevos, también hallaba explicaciones divertidas y disparatadas para los inventos antiguos. Todavía recuerdo cómo explicó seriamente a un vecino su teoría del paraguas.

—¿Que por qué tienen los paraguas su forma? Porque esa forma es una solución genial contra la lluvia. No es una casualidad que todo, desde la vestimenta hasta la cama, desde el automóvil hasta la llave, haya cambiado su forma a lo largo de la historia, todo menos el paraguas. Hoy sigue teniendo el mismo aspecto que el día de su invención. El secreto reside precisamente en su forma mágica circular con hendiduras ordenadas simétricamente entre las varillas, con una elevación que, puntiaguda como una espada o roma como una caña, siempre se encuentra exactamente en el centro y se dirige contra las nubes o, estando el paraguas cerrado, conecta con la tierra. No es, por lo tanto, sorprendente que el paraguas tenga un

efecto mágico contra la lluvia, a veces también sin estar abierto. He estado experimentando durante tres inviernos. El resultado: en cuanto llevo conmigo el paraguas no llueve aunque el cielo esté cubierto de las nubes más oscuras. Si no lo llevo cuando brilla el sol, llueve y graniza sin falta.

Un día vi en el taller de mi tío Daniel un autómata maravilloso. Tenía el aspecto de un joven príncipe y no sólo tocaba a cada hora un carrillón de bellísimo sonido, sino que también sabía inclinarse, girar los ojos o colocar la mano delante de la boca abierta y bostezar ruidosamente.

Dos días más tarde fui a ver de nuevo a mi tío. El príncipe ejecutó los mismos movimientos exactamente como la vez anterior, con gracia, pero ahora se oía claramente el ruido de los engranajes y el golpeteo de las palancas. Aquello ya no me gustaba.

—Ayer era mucho más silencioso y se podía disfrutar mucho más —dije lamentándolo un poco, pues pensé que mi tío no se había dado cuenta. Pero él se rió y me acarició la cabeza.

—Lo he hecho adrede —me tranquilizó—. Si el autómata no hace ningún ruido, los clientes piensan que es un juego de niños. Sólo el ruido leve de los engranajes y de las conexiones hace que respeten debidamente este invento.

Fueron muchos los aparatos, los mecanismos de relojería y las explicaciones que puso el tío Daniel en el mundo, pero su mejor invento fue la tabla parlante que se llamaba «yo», y que fue la causa de su última detención.

Mi tío había comenzado por casualidad aquella obra prodigiosa. Era una tabla grande sobre la que había sujetado toda clase de hojas, cables, cristales, corchos, tiras de papel, bolitas de cerámica, láminas de cobre y campanas. Cuando mi tío pasaba la mano por aquellos objetos siguiendo un orden determinado, los materiales emitían unos tonos que sonaban como palabras. Lo que sonaba con más claridad era la palabra Ana, que en árabe significa «yo» y que daba su nombre a la tabla. Como ya he dicho, tío Daniel no ocultaba nunca la piadosa coincidencia que le había conducido a aquella máquina prodigiosa. Con gran paciencia perfeccionó la tabla.

Tras muchos meses de trabajo consiguió que la tabla pronunciase frases enteras con un maravilloso movimiento de sus

manos, y al cabo de otros tres meses presentó en nuestro patio la tabla parlante al vecindario reunido.

—¿Qué es eso? —preguntó un vecino, cuando tío Daniel colocó su gran tabla encima de varias mesas.

—Yo —se oyó hablar a la tabla después de que mi tío realizase con su mano dos movimientos sobre los extraños objetos.

Un vecino quiso disimular su asombro y preguntó con guasa si aquello era una cama de fakir moderna.

—Yo me llamo yo y soy una voz en la época de la mudez —contestó la tabla, y dejó a los vecinos tan perplejos que la vieja viuda Josefina se santiguó y murmuró una plegaria para protegerse de los diablos y los duendes. Pero aún más mágicas que la voz eran las manos de mi tío, que se deslizaban, temblaban y rasgaban aquella confusión multicolor—. Mi cobre, cristal y barro no tienen miedo. Todos, clavo, hoja o alambre, se esforzarán en salvar el honor de la palabra y en contar historias —habló la tabla. Los vecinos escucharon claramente una historia divertida y se echaron a reír.

De cuando en cuando alguno preguntaba cuál había sido la última palabra.

—Hija —contestaba la tabla.

—Ah, creía que había sido lija —se disculpaba el vecino, y los demás se reían al imaginarse un abrazo a una lija. Cuando la tabla terminó de contar su historia, los oyentes desearon salud y bendiciones a las manos de tío Daniel y la tabla contestó:

—Yo y yo os damos las gracias. Que Dios se apiade de las almas de vuestros muertos y bendiga a vuestros hijos.

Al día siguiente el servicio secreto se llevó detenido a tío Daniel. Fue obligado a hacer una demostración de las capacidades de la diabólica máquina, con la que supuestamente había difundido rumores maliciosos sobre el gobierno. Mi tío cogió la tabla y pasó la mano por encima de los objetos, pero la tabla sólo emitió sonidos raspantes, chirriantes y vibrantes de los que no se podía deducir una sola palabra.

Mi tío fue torturado y luego le conminaron a que tocase otra vez la tabla, pero ésta volvió a emitir sólo espantosos ruidos rascantes y traqueteantes. Todos los intentos de los propios agentes del servicio secreto tan sólo produjeron sonidos sordos vulgares. Al cabo de

varias semanas, los agentes del servicio secreto desistieron, porque se sentían ridículos, y enviaron a tío Daniel a casa.

Tras su liberación, mi madre superó la aversión que le tenía a su mujer y se fue corriendo con mi padre y algunos vecinos a la casa del tío Daniel. Yo me había adelantado, pues a mí me daban igual su mujer y todos los rosarios del mundo. Sólo quería ver de nuevo a mi tío. Su casa estaba llena de invitados. El tío estaba muy cambiado. Tenía una cicatriz profunda en la cara, le habían rapado el pelo y tenía el ojo derecho terriblemente hinchado. Cuando nos vio se rió de una manera tan pacífica y desvalida y tenía al mismo tiempo un aspecto tan miserable que me eché a llorar. Mi madre tomó mi cara entre sus manos y dijo:

—No debes… —y no pudo seguir, pues sus ojos estaban llenos de lágrimas. Me estrechó entre sus brazos y rió llorando, como muchos visitantes aquel día.

Mi tía seguía sujetando su rosario, murmurando por lo bajo sin cesar, hasta que mi madre le dijo furiosa:

—¿Es que estás ciega? Tu casa está llena de invitados y tú ahí sentada como una mula. ¡Levántate y cumple con tu obligación!

La tía se levantó por fin y preparó café. Por educación, los vecinos no le preguntaron a tío Daniel hasta después de un rato cómo le había ido. Él no contestó. Puso sobre la mesa lo que había quedado de la tabla, colocó algunos clavos en su sitio, tensó algunos cables y pasó la mano ágilmente, como antes, sobre la tabla.

—¡Qué me dices, viejo! ¿No hemos estado fantásticos? —oyeron los vecinos decir a la tabla.

En mi cuarta noche de circo
no quise hablar de nadie
más que de mi
tío Daniel

14

El mono o los extraños acontecimientos que ocurrieron en una excursión



quel día la cola que hacían los espectadores delante de la entrada llegaba hasta el puesto de falafel. Por algún motivo, Mala no había venido a la cabaña. Yo la estuve esperando dos horas y luego me fui al circo.

Allí Mala me contó que Ashok, su marido, le había preguntado de repente por qué iba a pasear todos los días a una hora determinada. Discutieron y ella no quiso acudir ya a la cita cuando se calmó su marido y le permitió que se fuese. Mala me preguntó si estaba celoso.

—¡Por todos los santos! ¡Qué ocurrencias! —mentí.

Luego nos reímos del chasco que había sufrido el mago Shambhu durante la función de la noche anterior. El público pensó que lo había hecho con intención, rió divertido y le tributó un gran aplauso. Cómo se produjo aquel contratiempo es una pequeña

historia.

Poco antes de la representación, el mago Shambhu llamó a un muchacho y le preguntó si quería ganarse una entrada. Naturalmente que quería el muchacho.

—Bien, ¿cómo te llamas, hijo? —le preguntó el mago en inglés.

—Ahmad —respondió éste.

El mago dio al muchacho un billete de una lira que tenía dibujado un círculo rojo en un lado y una cruz verde en el otro.

—Guarda este billete en tu bolsillo —dijo el mago. El muchacho titubeó un poco y luego hizo lo que le había dicho Shambhu—. Siéntate en la primera fila. No tienes que hacer nada, puedes disfrutar con la función. Cuando llegue mi número inmediatamente después del descanso y te pida que te pongas de pie, tú te pones de pie y haces lo que te diga. ¿Lo has entendido? —naturalmente, el muchacho lo había entendido.

—¡Yes, sir! —contestó y repitió exactamente las instrucciones.

El mago salió a la pista después del descanso, realizó algunos trucos, luego tomó un billete de una lira y dibujó con un rotulador rojo un círculo en un lado y con uno verde una cruz en el otro. Mostró al público el billete, le prendió fuego, lo sostuvo un rato entre los dedos y luego dejó caer el último resto encendido al suelo.

—Y ahora, damas y caballeros —anunció Mala por el micrófono hablando un árabe tan perfecto que, si yo no hubiese sabido que era india, habría jurado que era una hija del desierto árabe—, el señor Shambhu resucitará de sus cenizas la lira.

—¡A esa lira no hay quien la salve! —oí decir a una voz del público; algunos se rieron.

La mirada del mago recorrió ensimismada los rostros de los espectadores. Pronunció una fórmula de sonido exótico y se quedó parado de repente con la mano extendida. Su dedo índice señaló al muchacho que estaba sentado tranquilamente en el lugar convenido.

—¡Levántate, muchacho! —dijo el mago en inglés, y con la palma de la mano vuelta hacia arriba invitó al muchacho a que se levantase. El muchacho comprendió y se puso de pie mirando tímidamente a su alrededor.

—Mete la mano en el bolsillo y saca lo que encuentres en él —dijo Mala con voz solemne.

El muchacho sacó del bolsillo un puñado de piastras.

—En el descanso hacía tanto calor que me entraron ganas de beber algo, así que compré una limonada por diez piastras. De la lira que me diste sólo me quedan noventa piastras —dijo apurado al mago.

El público bramaba de risa. El mago se quedó horrorizado, pero el benévolo aplauso del público le tranquilizó y olvidó volver a recoger el dinero. El muchacho no comprendía por qué era mimado tanto aquel día.

Pero aunque a Shambhu le había salido mal aquel número tan gracioso, era uno de los mejores magos del mundo. Mala me contó que había actuado desde el primer día con Amal y sus hermanos y que sin él no habría llegado a existir probablemente el circo.

Shanti, la mujer del director del circo, venía de una familia muy rica. Su padre era un médico eminente que había pasado la mitad de su vida en Inglaterra.

Cuando Shanti se enamoró de Amal, éste era un director de circo pobre que ni siquiera poseía una carpa. Shanti pidió a su padre ayuda económica. Sin embargo, el padre se rió de ella y dijo que invitase a comer a Amal y a su pequeña compañía y que le pidiese que ofreciese una pequeña muestra de su arte.

El padre era un zorro astuto y quería poner en ridículo a la compañía, por eso invitó a sus mejores amigos y les dio instrucciones para que aguasen la fiesta. Amal, sus hermanos Biren y Nirmal, el mago Shambhu y el domador de fieras Santosh se pusieron en camino con un pequeño camión. Sobre la plataforma llevaban una jaula con dos tigres de Bengala.

En el gran jardín se esforzaron Amal como payaso, Biren con sus audaces equilibrios sobre la cuerda y Nirmal con unos números de fakir tan arriesgados que se quemó el cuerpo en varias ocasiones, pero los invitados los miraban con ojos muertos y bostezaban aparatosamente. Incluso cuando Biren dio su triple salto mortal se miraron con aburrimiento.

—¿Has invitado hoy al jardín de infancia de tu hija?

—Eso lo hago yo mejor a pesar de mi tripa —pinchó un joyero obeso a Biren y se puso a sorber su vino de manera ruidosa y ávida. Biren le hubiese roto los huesos allí mismo, pero todos los artistas habían recibido órdenes tajantes de Amal de ser amables por mucho

que dijesen o hiciesen los espectadores.

Incluso cuando Santosh presentó en la pequeña jaula su peligrosísimo número con dos tigres, los invitados bostezaron desganados.

—¡Esos bichos están atiborrados de valium! —exclamó el padre de Shanti.

Santosh no habría permitido nunca que alguien calmase a sus animales con medicamentos, pero el famoso médico cosechó aplausos y terminó de poner en ridículo a la compañía, de manera que Shanti se puso a llorar de rabia.

—Y ahora te toca a ti —se dirigió el padre a Shambhu—, ¿qué jueguecito vas a presentarnos?

—Ninguno, sir, sus distinguidos invitados ya lo saben todo —dijo Shambhu, y Amal se quedó desconcertado porque no había esperado que el valiente Shambhu, que ni siquiera se dejaba confundir por los gritos del populacho de la calle, fuese a retroceder ante aquellos ridículos barrigones.

—¡Entonces propongo que vayamos a comer, gentlemen! ¡Después de todo nuestros artistas se han ganado una cena! —exclamó el padre.

Los criados sirvieron en abundancia todo lo que podía desear el corazón: varios platos de verdura, ensaladas, carne y un pollo asado, el plato favorito del padre. El pollo estaba guarnecido con verdura al vapor, pimientos y patatas asadas, y tenía un aspecto apetitoso y churruscado.

Todos esperaron hasta que el anfitrión dirigió unas palabras de consuelo a los artistas, alzó su copa y bebió a la salud de los presentes. Luego cogió el cuchillo y el tenedor y se dispuso a trinchar el pollo, pero entonces éste se levantó de un salto, cacareó desaforadamente y salió corriendo por la larga mesa. El padre retrocedió aterrado y los demás invitados soltaron los cubiertos y se apartaron asustados de la mesa.

—¿Qué… es… esto? —pudo balbucir el padre con sus últimas fuerzas.

—¡Un jueguecito! —contestó Shambhu que, mientras los demás mostraban sus habilidades, se había informado a través de Shanti de lo que iba a comer su padre aquella noche. Cuando averiguó que era pollo asado, fue a la cocina, mandó que le trajesen un pollo vivo

del corral, lo hipnotizó, le quitó las plumas, lo untó con miel y especias, lo guarneció y lo hizo servir con la humeante verdura. Cuando el padre lo pinchó con su tenedor, el pollo despertó de su hipnosis y echó a correr por la mesa cacareando asustado y desnudo.

—¡No temáis! —calmó Shambhu al padre y a todos los invitados, y se fue rápidamente a la cocina. A los pocos segundos volvió con una fuente que era idéntica a la primera. El padre sonrió inseguro, clavó con mucho cuidado el tenedor en la carne asada y respiró aliviado cuando vio que el pollo no echaba a correr.

Los invitados estaban visiblemente desconfiados, comían despacio y sólo minúsculos bocados, pero el padre de Shanti tenía un humor único. No sólo dio su aprobación al matrimonio, sino que ayudó a Amal con tanto dinero que éste pudo empezar a realizar su sueño de ser el propietario de su propio circo.

Cuando Mala se fue a su roulotte, yo me quedé dando una vuelta. Todavía tenía bastante tiempo. Iba caminando entre las roulottes y la carpa cuando de repente pensé en el cocodrilo. Hacía ya varios días que no había ido a visitarlo. Inmediatamente di la vuelta y me dirigí hacia el recinto de los animales.

El cocodrilo me reconoció de lejos y empezó a dar saltos y a emitir sonidos que parecían aullidos de cachorro. Y cuando llegué a su jaula me tranquilizó ver que le daban tanto de comer que había dejado grandes trozos de carne y algunos huesos, cosa poco habitual entre los cocodrilos. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, y si el director del circo no me hubiese prevenido expresamente, le habría abrazado a través de los barrotes. Así que me contenté con darle unas rápidas caricias.

—¡Ah, estás aquí! Debería habérmelo figurado —oí la voz de Amal. Me di la vuelta y le vi con sus dos hijos, que se soltaron y vinieron corriendo hacia mí—. No sé cómo darte las gracias, todas las entradas se han vendido horas antes de que empiece la función —dijo en voz baja.

—Me has convertido en tu hermano, y en mi tierra una familia siempre permanece unida —dije riendo.

Los niños tiraban de mí para alejarme de su padre.

—Por cierto, no te asustes —me advirtió—. Te están esperando veinte niños en mi roulotte. Quieren oír tus historias.

Y en un momento, sus hijos me arrastraron fuera de la carpa.

Amal no había exagerado, más de veinte hijos de artistas, músicos y trabajadores, niños y niñas, me esperaban en la roulotte. Shanti sonrió amablemente.

—En seguida se enteran de cuándo llegas al circo y en un instante están todos aquí.

En la roulotte el aire era irrespirable. Invité a los niños a que se sentasen en el suelo templado delante de la roulotte. Al menos fuera corría de cuando en cuando una brisa refrescante. Shanti me sirvió un té exquisito y se sentó con las otras dos mujeres entre los niños para escuchar mi historia. Yo les conté en inglés la historia del día en que Scharif, el hijo del empleado de correos, nos confundió con unos indios.

Nosotros habíamos salido de excursión al campo con el empleado de correos, su mujer y sus cuatro hijos, el policía de tráfico Muhssin, su mujer y sus tres hijos. Fue nuestra primera y última excursión con los vecinos.

Por entonces el empleado de correos se acababa de comprar un extraño vehículo. Era un triciclo con motor y caja. Hacía un ruido espantoso y soltaba un humo infernal, pero con él se podía transportar todo lo imaginable hasta el último rincón de las estrechas callejuelas de Morgana.

El vecino Elías acariciaba la idea de fundar una pequeña empresa de transportes, pues el sueldo de empleado de correos no era suficiente para él ni para su familia.

Nosotros fuimos invitados a compartir el viaje inaugural y a merendar en el campo. Ahora ya no habría que esperar al autobús ni cargar con las cestas y las mantas.

Salimos de la ciudad. El empleado de correos iba sentado como un rey en su asiento, flanqueado por mi padre y por el policía de tráfico. Mi padre sobre el guardabarros de la rueda posterior derecha y el policía Muhssin sobre el de la izquierda. A nosotros nos apiñaron atrás, en la caja, con las mujeres y los demás niños. Era un infierno. Al cabo de cinco minutos estábamos pegados los unos a los otros en medio del calor asfixiante. Los hombres que iban delante parecían ir más a gusto, con el aire fresco. Hablaban y reían en voz alta. El policía, sin embargo, no dejaba de advertir al empleado de correos que fuese más despacio.

De repente mi hermano Fadi pegó un sonoro tortazo al hijo del empleado de correos porque, a pesar de las apreturas, había sacado, no se sabe de dónde, un rotulador verde y le había pintado dos feos círculos encima de su camisa blanca. Fadi no se contentó con pegarle, sino que le arrebató el rotulador de la mano y pintarrajeó la cara del malhechor con rayas verdes.

El viaje sobre la carretera asfaltada había sido incluso agradable comparado con el trayecto que vino a continuación por un camino rural lleno de curvas, baches y charcos. El camino se fue estrechando cada vez más hasta que empezaron a azotarnos las ramas de los chopos. Los hombres que iban delante tampoco estaban ya locuaces, e imploraban constantemente la ayuda de Dios. La mujer del policía miraba todo el tiempo pálida al vacío y yo temía que fuese a devolver en cualquier momento. Yo iba sentado justo debajo de su barbilla. Gracias a Dios aguantó hasta que nos bajamos.

En algún momento el camino se terminó. Todos nos bajamos del motocarro. Elías extrajo orgulloso de la guantera una cadena con la que hubiese podido atar a un elefante, la enrolló dos veces alrededor del tronco de un chopo y, después de pasarla por el volante, el eje y los barrotes de la caja, regresó con ella al chopo.

Ya veíamos el río, pero nos separaban de él un par de campos de labranza, que afortunadamente no estaban vallados. Algunos troncos de árbol podridos marcaban los límites entre los campos. Dos de los hijos del policía tropezaron con ellos y se hicieron heridas en las rodillas. Su madre les aplicó unas pinceladas de tintura de yodo y los niños se calmaron cuando vieron encima de la piel las gruesas franjas marrones.

Al poco tiempo, llegamos a un lugar bonito a orillas del río. El agua tenía a lo sumo medio metro de profundidad, era cristalina y estaba helada. Los hombres metieron en ella sus botellas de arrak para que se enfriasen. Hicieron con ramas un pequeño fuego para los pinchos de carne, mientras mi madre preparaba con las mujeres una ensalada enorme.

Entonces se produjo la primera víctima. Mi hermano Fadi, que ya de pequeño tenía la fuerza de un hombre, derribó a tres de los hijos del empleado de correos. El segundo en edad estaba debajo de los otros dos y se hirió en la frente con una piedra picuda. Aunque

la herida era pequeña, la sangre brotaba a raudales y el niño corrió en busca de su padre Elías, que estaba en cuclillas tratando de poner en marcha el fuego. Cuando se dio la vuelta y vio la cara ensangrentada de su hijo, cayó desmayado al lado del fuego. El vecino Elías podía beber tres litros de arrak sin inmutarse, pero cuando veía una gota de sangre se ponía inmediatamente pálido y caía fulminado.

Mi padre dio un par de bofetadas a Fadi y arrastró al empleado de correos fuera del alcance del fuego para que no se quemase. El espectáculo era verdaderamente cómico: mi padre llevaba de una mano al niño herido y con la otra tiraba del pequeño empleado de correos, y precediéndole iba Fadi, que daba tales bramidos que casi se caían las hojas de los árboles.

Al poco tiempo se calmaron los ánimos y yo ayudé con tres hijos del empleado de correos y dos del policía a lavar la lechuga y a recoger ramas.

Entonces vi a lo lejos que los otros dos niños estaban jugando a tirarse piedras. Tres veces les advertí que parasen de una vez, pero era como si hablase con troncos de árboles. Cada vez eran más los niños que participaban en el lanzamiento de piedras y menos los que ayudaban a sus padres. Fadi se quedó sentado, atormentado por los remordimientos. Era conmovedor ver cómo se ocupaba del hijo herido del empleado de correos. Una y otra vez iba a la morera debajo de la que estaba sentado el pequeño y le llevaba un trozo de pepino o de tomate para reconciliarse con él. Pero en algún momento se dejó contagiar por el entusiasmo de los niños y, haciendo caso omiso de sus remordimientos, abandonó al herido a su suerte y se fue con ellos.

—¡Bravo, Fadi! —escuché al cabo de un rato los gritos de júbilo de los niños y supe que, como siempre, había lanzado su piedra tan lejos que sin duda habría dado a algún granjero de América. Todavía no había cumplido ocho años, pero cuando arrojaba una piedra ésta desaparecía en el cielo. Entonces, el hijo un poco disminuido del empleado de correos, que ya tenía diecisiete años y que más tarde se hizo confidente de la policía, quiso competir con Fadi. Cogió una piedra del tamaño de un puño y quiso lanzarla, pero se le escapó de la mano y rozó la cabeza de un hijo del policía. El niño cayó al suelo y se puso a dar alaridos como un toro ante el

cuchillo del carnicero. Una y otra vez se asomaba entre las piernas de los que le rodeaban buscando con los ojos a su padre, que no le oía. Mi hermano Fadi se fue rápidamente y se sentó juiciosamente al lado de su víctima como si no la hubiese abandonado nunca. Por fin, Muhssin oyó los gritos de auxilio de su hijo. Corrió a donde estaba el muchacho, le ayudó a ponerse de pie y abofeteó al hijo del empleado de correos por el horrible chichón que lucía ya en la sien izquierda la segunda víctima. El empleado de correos vio aquello pero se tragó la ira con un buen sorbo de arrak, pues el policía era alto y fuerte. Mi padre advirtió al empleado de correos que no bebiese demasiado con el estómago vacío, pero él bebía y cantaba canciones extrañas. Pronto la hija menor del policía y un hijo del empleado de correos treparon a la morera. Encontraron algunas moras y se embadurnaron la cara y las manos, dejándolas moradas.

Mi padre y el policía tenían la cara negra y los ojos encarnados de tanto soplar, hurgar, sudar y rascar. El empleado de correos no paraba de beber. Nosotros colocamos una sábana encima del suelo y empezamos a repartir platos, pan y vasos. Los pinchos de carne olían intensamente a grasa y a tomillo quemado. Desde la ensalada venía una fuerte brisa de limón, ajo y menta fresca. De repente Scharif, el hijo menor del empleado de correos, se cayó de cabeza al río desde el albaricoquero. Como si se hubiese sujetado con ambas manos debajo del agua, haciendo un extraño pino, sus pies apuntaban rígidos hacia el cielo hasta que por fin cayó a cámara lenta sobre su tripa. Luego se incorporó y vino dando traspiés hacia nosotros. Aparte de la ropa mojada, no se le notaba nada raro hasta que nos miró fijamente con los ojos exorbitados y dijo la primera palabra.

—¡Indios! —exclamó señalándonos con la mano.

Sinceramente he de decir que no era necesario caerse de cabeza desde una altura de tres metros para creer que fuéramos indios. Ya los colores eran convincentes: uno tenía un chichón azulado, el otro una brecha en la frente, el tercero arañazos y rayas verdes en la cara, el cuarto tiznones en la mejilla. Y para qué hablar de las caras negras y de los ojos encarnados.

—¡Indios! —volvió a gritar Scharif. Su padre corrió hacia él, le cogió de la mano y le condujo hasta donde estábamos nosotros—. Indios —repitió Scharif—. Me han capturado los indios —lloraba.

—¡No tengas miedo, hijo! —trató de calmarle su padre, y tomó un buen trago de la botella en lugar de beber de un vaso despacio y disfrutando, como mi padre y el policía. A continuación quiso volver a sumergir en el agua su botella, que mientras tanto se había quedado templada. Entonces la botella salió flotando porque estaba medio vacía. Elías echó a andar detrás de ella por el agua y logró atraparla pero, al volver, se resbaló y cayó de espaldas. Todos se rieron.

—¡Indios! —dijo Scharif y señaló a su padre, nos miró con los ojos muy abiertos y siguió llorando. El policía corrió a ayudar al empleado de correos, pero éste le apartó.

—¡Vete al diablo! —rugió Elías—. ¡No necesito tu ayuda! ¡Podrás pegar a un niño, pero no te permito que me ayudes! —y ambos empezaron a insultarse salvajemente.

—Indios —murmuraba Scharif señalando a su padre y al policía.

En silencio recogimos nuestras cosas y fuimos deprisa hacia el motocarro. Scharif era el único que se daba continuamente la vuelta mientras murmuraba «indios» y se puso loco de alegría cuando su padre puso por fin en marcha el vehículo, haciendo aullar el motor.

El policía estaba sentado a la izquierda del empleado de correos, como petrificado, y mi padre exhortaba a Elías, que corría enloquecido. Pero éste sólo hablaba ya con su máquina, como si fuese un pura sangre árabe. Y entonces oí de pronto un chillido y fui lanzado contra la mujer del empleado de correos. Reboté en su tripa, choqué contra alguien y sentí dolores atroces en todos los miembros.

—¡Auxilio, estoy muerto! —gritó el policía, que había quedado atrapado debajo de Elías. Mi padre estaba tirado en alguna parte del huerto. Mi pierna estaba rota, el brazo de la mujer del empleado de correos también. Mi padre, mi madre y todos los niños, excepto Scharif, tenían rasguños y arañazos verdes. Ningún niño gritaba, probablemente el susto había calado demasiado hondo.

Mi madre, que estaba sentada en el suelo, fue la primera que se puso a reír. Señaló al empleado de correos y al policía, que estaban abrazados involuntariamente, y se rió tanto que pronto las otras dos mujeres se rieron con ella a carcajadas. Entonces mi padre, que sostenía en la mano una lechuga como si fuese un trofeo, se sumó a las risas. Al final también se rieron Elías y Muhssin. Scharif se puso

en seguida de pie, caminó receloso alrededor nuestro, nos miró desconfiado y exclamó:

—¡Indios!

La máquina infernal nos trasladó al hospital y todos tuvieron que esperar en el pasillo hasta que la mujer del empleado de correos y yo salimos escayolados del quirófano.

Desde aquel día Scharif no volvió a hablar jamás de indios y al cabo de los años se avergonzaba todavía cuando se lo recordábamos.

Cuando terminé de contar la historia a los niños, me fui al circo. La banda de música, compuesta por cuatro miembros, tocaba un tango y todas las localidades estaban ya ocupadas. El número de las fieras me pareció especialmente fascinante aquella noche. Santosh, el domador, actuaba como siempre con el pecho descubierto. Con su pequeño turbante, sus amplios pantalones amarillos y cinturón verde para el puñal, pendientes y brazaletes de oro, parecía como si acabase de salir de *Las mil y una noches*. O al menos como de *Las mil y una noches* que enseñan las películas americanas por todo el mundo.

Dos profundas cicatrices cruzaban el pecho del domador. Un recuerdo indeleble de un león que se había puesto agresivo porque estaba enfermo. Amal quiso retirar entonces el león durante unos días, pero Santosh le tranquilizó diciendo que sólo se trataba de un arrebato pasajero y que Nerón, así se llamaba el león, daría lo mejor de sí en la pista. Pero el domador se equivocó. El león le atacó sin previo aviso y de un zarpazo le partió casi en dos, y si el director del circo no hubiese acudido rápidamente empuñando una barra de hierro con la que mantuvo a raya al león, Santosh habría sido hombre muerto. Ésa fue también una razón por la que el domador no quiso irse con el circo americano Ringling, Barnum and Bailey, aunque era el circo más grande de América y quizás del mundo. Al agente del circo que quiso contratarle ofreciéndole mucho dinero, Santosh le preguntó con descaro:

—¿Se arrojarían los señores Ringling, Barnum y Bailey a las garras de un león para salvarme la vida?

El agente, que sólo tenía costumbre de discutir sobre cuestiones económicas, se quedó asombrado.

—El director de mi circo lo hizo —añadió el domador, se dio

media vuelta y se marchó.

Aquella noche, después de saludar al público, Santosh recibió, en medio de la pista, dentro de la jaula central, a sus tigres, leones, panteras y leopardos. Uno tras otro salieron por el túnel. Santosh gritó a Huli, un soberbio tigre de Bengala, también llamado tigre real. Hizo restallar el látigo. Los tigres respondieron rugiendo. Bufidos humeantes de gargantas roncas. Las fieras enseñaron sus poderosos colmillos echando las orejas hacia atrás. El león Pachá no se contentó con eso y soltó un zarpazo. Santosh retrocedió.

Los focos se apagaron. Durante unos instantes se produjo una desagradable tensión que se extendió hasta la última fila, como si en la oscuridad hubiesen desaparecido las rejas protectoras. ¡Quién sabía lo que podía pasar en el alma de aquellos animales en aquella oscuridad!

Una luz amarillenta empezó a temblar y muchos espectadores respiraron aliviados porque las fieras seguían sentadas sobre sus taburetes, como si se hubiesen convertido en porcelana. El domador sujetó en alto un aro en llamas. El primer tigre titubeó un poco antes de saltar elegantemente a través del aro de fuego. Los otros le siguieron. Por último saltó Benja, el león más joven y juguetón. Su melena brillaba como si estuviese en llamas. El león estaba un poco desconcertado y saltó al suelo desde el taburete, pero el domador, que ya había apagado y entregado el aro, acarició a Benja, le dio un beso y éste volvió tranquilo a su sitio.

Entonces todos los tigres y leones desaparecieron por el túnel, dejando solo al león Benja. Santosh fingió no darse cuenta. Se inclinó y el público le aplaudió cariñosamente. Pero de pronto se oyó por el micrófono la voz de Mala que preguntaba al domador si no se había olvidado de alguien. Santosh miró alrededor y descubrió a Benja. Se inclinó respetuosamente y rogó al león que se fuese, pero éste sólo sacudió la cabeza para regocijo del público.

El domador gritó al león, se tiró de los pelos, le explicó con gestos que tenía hambre, pero Benja sacudió la cabeza impasible. Sólo cuando Santosh le preguntó por señas si quería que le sacase en brazos, el león movió la cabeza afirmativamente y saltó contento, levantándose sobre las patas de atrás. Santosh se echó a Benja encima de los hombros como si fuese una estola de piel, dio una vuelta a la pista y puso otra vez al león en el suelo. Entonces

Benja salió voluntariamente de la jaula por el túnel.

Cuando Amal realizaba su número de payaso, yo me retiraba a su roulotte donde podía cambiarme de ropa. Shanti y sus hijos estaban como todas las noches en el circo; sólo cuando empezaba a sonar la marcha de despedida me reunía con ellos en el pasillo, donde esperaban ansiosos a Amal, que todavía estaba saludando en la pista.

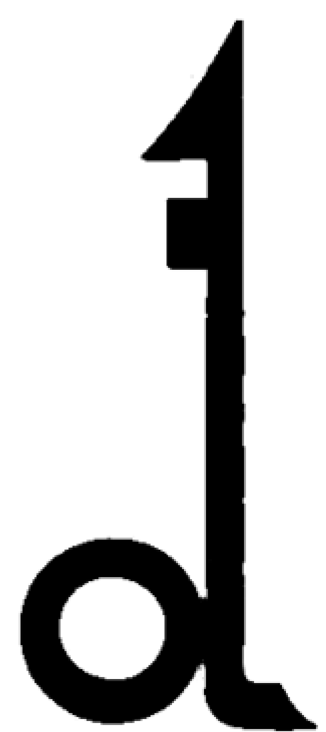
Yo me había preparado muy bien. En honor de mi tío Daniel, al que había invitado ex profeso, quería contar alguna historia de sus experiencias como inventor y profeta. Para mí estaba claro qué criatura del mundo animal se parecía más a mi tío Daniel: el mono. El animal más inventivo después del hombre. Mi abuelo estuvo toda su vida convencido de que no era el hombre quien descendía del mono, sino que éste había sido un hombre muy inteligente que había querido alzarse por encima de Dios. Entonces Dios le maldijo y le hizo retroceder a un nivel inferior. Mi tía Cecilia decía que los monos eran sencillamente hombres que se comportaban como monos para eludir el trabajo.

Con ningún animal, ya sea un león o un gusano, se esfuerza el hombre tanto en mantener la distancia como con el mono, para dejar bien claro que él es una criatura muy especial de Dios. Pero no así mi tío Daniel. Cuando le pregunté si le importaba que hubiese elegido un mono como animal distintivo suyo, se echó a reír y se declaró incluso dispuesto a sostenerme al mono. Pero no era necesario, pues a una seña de Ganesh, el domador de elefantes, Chita, la pequeña chimpancé, saludaría y regresaría corriendo a los brazos del viejo Ganesh, que la esperaba con una pequeña recompensa.

Los espectadores se rieron mucho con las pequeñas historias que había vivido tío Daniel como profeta involuntario. Pero lo que más entusiasmó al público fue la historia de la tabla parlante, que recibió un aplauso tan grande que dejó a mi tío muy emocionado.

Cuando llegué a casa me llamó la atención
que mi padre estuviese escuchando las
noticias en su cuarto. Me alarmó que
todavía estuviese despierto
tan tarde.

15
Magia callejera o cómo una pequeña astucia venció a la grosería



urante días circuló el rumor de que las tropas rebeldes del norte, al mando del cuñado del presidente, avanzaban rápidamente sobre

Morgana casi sin encontrar resistencia. En el sur, los defensores de la capital luchaban desesperadamente contra la superioridad del sobrino del presidente. Cuando se desmoronó el primer anillo defensivo, el presidente Hadahek urdió un plan diabólico. Envió a su hermana en un helicóptero al norte para que comunicase a su marido que sus tres hijos y sus dos hijas, que vivían en Morgana como todas las familias del generalato, serían fusilados en el acto si no retiraba inmediatamente sus tropas cien kilómetros y suspendía durante cinco semanas cualquier ataque contra Morgana. A cambio, podría seguir gobernando en el norte. El presidente Hadahek explicó a su pálida hermana que sólo disponía de un día para hacer entrar en razón a su marido.

Ese mismo día el presidente subió a bordo de otro helicóptero con su hermano mayor, el padre del sobrino que se había rebelado en el sur. Antes había dado, en presencia de su hermano, orden a su guardia de matar a la familia de éste si no regresaba antes de medianoche. Debían empezar por su mujer, a la que su hermano amaba con locura.

Después de un breve vuelo aterrizaron en la zona ocupada por el sobrino, que casi se encontraba a las puertas de Morgana. El hermano del presidente se dirigió hacia su hijo, le abofeteó delante de todos los oficiales y le ordenó en voz alta que besase la mano de su tío y le pidiese perdón, porque él, un Hadahek, se había aliado con su cuñado, un extraño, y alzado en armas contra otro Hadahek.

El hijo se negó al principio, pero tras una breve discusión con su padre, en la que éste le informó en voz baja sobre la determinación del presidente, el oficial rebelde se declaró conforme a condición de poder seguir gobernando en el sur. Se retiró con sus tropas cien kilómetros, pero no estuvo dispuesto a hacer más concesiones.

De esta manera, el presidente había ganado el tiempo necesario para que llegasen las modernas armas rusas a Morgana, y eso debía ocurrir en tres o cuatro semanas. Pero no mostró su satisfacción y estuvo callado durante el viaje de vuelta. Más tarde se sospechó incluso que había permanecido todo el tiempo en Morgana y que había enviado al sur con su hermano a uno de sus numerosos dobles. Eso de los dobles es una historia curiosa que contaré más adelante.

A los morganos sólo les anunciaron que las tropas del presidente

habían hecho retroceder cien kilómetros a los enemigos de la patria. Morgana fue asediada, pero los rostros de sus habitantes mostraban más esperanza.

Por la tarde me di una vuelta por la casa de mi tío Dschamil. Tío Dschamil había vivido en América. Se decía que allí había sido muy rico y tras una larga emigración había regresado convertido en un jubilado pobre. Aunque era muy pobre, las historias que contaba eran ricas y estaban bien urdidas, de manera que en ellas era imposible separar la realidad de la ficción y al final ni siquiera era seguro que hubiese existido Nueva York. Mi madre contaba que el tío había llegado a aficionarse tanto a ver películas que sólo abandonaba el cine para comer y dormir. Por eso no llegó más que a acomodador. Había visto miles de películas y sus comentarios solían ser citas de películas o alguna fantasía. Aquel día me recompensó con una historia de la época en que supuestamente había sido guía.

Un turista tejano descubrió en un bazar de Turquía una alfombra maravillosa que le dejó cautivado. El comerciante turco se dio cuenta en seguida de eso y pidió por ella siete mil dólares. El turista quiso, como muchos turistas, parecer muy listo y pagar sólo la mitad, pero el vendedor de alfombras permaneció inflexible. Después de mucho discutir, ambos se pusieron de acuerdo en cinco mil dólares. El americano pidió al comerciante turco que le hiciese para las autoridades aduaneras una factura por un precio inferior.

—Ponga quinientos. ¡Será suficiente! —dijo riéndose. El comerciante lo hizo encantado.

Orgulloso de su compra, el hombre llegó a la aduana a su regreso. El empleado preguntó malicioso:

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? ¿Cuánto ha costado esta maravillosa alfombra?

—Quinientos. ¡Fue bastante barata! —contestó el hombre sonriendo satisfecho.

—Ya, la historia de siempre —dijo el aduanero cuando cogió la factura que le tendió el turista—. Seguro que fue el comerciante joven que tiene su tienda en Estambul, al lado de la mezquita azul, ¿verdad?

—Sí, sí, era bastante joven —balbució el turista, inseguro.

—Y primero le pidió siete mil y usted quiso pagar la mitad, ¿no

es así? Y luego se pusieron de acuerdo en cinco mil y el comerciante pretendió que se desprendía de su última pieza muy a pesar suyo.

El turista se quedó helado.

—Y luego usted le rogó que pusiera un precio más bajo en la factura para que pudiese pasar por aquí sin pagar aduana, ¿no es así?

El hombre se quedó sin respiración. Empezó a sospechar aterrado que le había seguido todo el tiempo el servicio secreto. Sin saber qué hacer, miró alrededor, pero el empleado empujó la alfombra y sin dirigir una sola mirada al turista dijo:

—Para pasar con esta alfombra barata no necesita usted ninguna factura. A un par de calles de aquí puede encontrar las mismas alfombras por trescientos dólares.

El hombre de Tejas se dirigió completamente apabullado al cercano centro comercial y allí estuvo a punto de sufrir un infarto cuando vio la gran pila de alfombras turcas que se parecían todas a la suya y que estaban en oferta por trescientos cincuenta ridículos dólares.

Otros turistas se iban de Egipto con restos de cráneo de antiguos faraones y a menudo ocurría que dos rentistas iban en el mismo avión preocupados por el cráneo del famoso Tutankamón, que cada uno había escondido entre la ropa de su bolsa de mano.

Aquella tarde decidí que por la noche hablaría de mi tío Dschamil en el circo. Al principio había pensado contar algo de mi tía Cecilia y su papagayo, pero ahora me quemaba en la lengua la historia de aquel tío. Tía Cecilia podía esperar un día más. Ahora sólo tenía que encontrar al animal que fuese bien con mi tío Dschamil, en el circo o en el bosque de los animales de fábula.

Hasta la hora de mi actuación tenía mucho tiempo todavía. Me puse a pasear por las callejuelas de la pequeña ciudad que se había formado poco a poco alrededor del circo, compré un delicioso pan de falafel que me supo a gloria. Entonces mi mirada se detuvo en un mago joven que hacía cerca de la entrada principal del circo algunos juegos de prestidigitación. Un corro de personas se había formado alrededor suyo, pero la gente sólo se burlaba de él y comentaba con malicia y desdén sus prodigiosos números de magia. Eso sucedía a menudo en Morgana. Nada en el mundo estaba a salvo de la mordacidad y la burla de algunos morganos.

—¡Enséñale eso a mi abuela! ¡A ella le encantará! —gritó uno.

—¿A tu abuela, por qué a tu abuela? —preguntó aún más fuerte su vecino siguiéndole el juego.

—¡Porque está ciega! —y la gente se rió a carcajadas, pero el mago no se dejó confundir. Tomó tres pepitas de sandía, se las enseñó al público, las puso sobre una mesita y las tapó con un trapo rojo.

—Dentro de media hora habrán salido tres magníficas sandías de estas pepitas —dijo en un tono prometedor.

—¡No, tiene que ser ahora mismo! ¡Queremos esas sandías ya! —gritaron varios espectadores.

—¡Ignorantes! —gruñó el mago—. ¡Dios necesita tres meses para convertir las pepitas en frutas y vosotros no me concedéis siquiera media hora!

De repente empezó a moverse el trapo. Se abombó ante los ojos del público mientras el mago fingía estar ocupado con un juego de cartas. Las cartas se cayeron al suelo y, cuando las recogió, retrocedió de repente asustado, como si estuviese sorprendido, y retiró cuidadosamente el trapo de la mesa. Sobre la mesa había tres sandías. Un aplauso elogioso recompensó entonces al artista. Éste hizo una reverencia pero pronto sonó una voz estridente:

—¡Son de plástico y se inflan solas! ¡Conozco ese truco!

El mago pasó el plato, pero en lugar de dinero recibió a menudo el consejo irónico de que eligiese otra profesión. La ira hizo empalidecer su rostro. Volvió a poner el plato sobre la mesa y realizó un juego de cartas sencillo mientras buscaba a alguien del público. De repente vi cómo afloraba a sus labios una sonrisa diabólica.

—¡Damas y caballeros! —exclamó dando un paso hacia un matón odioso que era muy temido en nuestro barrio. El matón estaba en la primera fila y se había estado mofando todo el tiempo. Como un rayo, el mago agarró la mano del matón y más deprisa todavía le quitó un gran anillo que llevaba en el dedo—. ¡Damas y caballeros! ¡Estimado público, ahora mostraré un insólito número de prestidigitación, mirad este anillo! —dijo y sacó un martillo de una caja que tenía al lado—. Es un anillo precioso, antiguo y seguramente muy caro —el matón asintió aturdido. De repente, el mago puso el anillo encima de la mesa y, antes de que nadie

pudiese evitarlo, empezó a darle martillazos hasta convertirlo en pocos segundos en un amasijo informe.

El matón se puso lívido.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ronco. El mago le tranquilizó, cubrió los restos del anillo con un pañuelo amarillo, murmuró algunas frases ininteligibles y retiró el pañuelo. Pero el pequeño amasijo no quería convertirse de nuevo en un anillo. Los labios del matón temblaban. Yo sabía, como muchos espectadores de nuestro barrio, que aquel tipo era supersticioso y estaba convencido de que la fuerza de su padre, que le había entregado el anillo en su lecho de muerte, pasaría a él mientras llevase el anillo. Su padre había sido un famoso luchador de los años veinte. Pero, al contrario que su hijo, fue un vecino pacífico y agradable que en su vida hizo daño a nadie, excepto a sus adversarios del ring.

Los espectadores se rieron y pensaron que el matón convertiría ahora al delgado mago en un amasijo igual de miserable que el anillo. Todo lo contrario. Más bien suplicó al tranquilo mago que volviese a intentarlo y le susurró que había heredado el anillo de su padre. El mago asintió comprensivo con la cabeza y repitió el número.

—He olvidado la fórmula mágica. Antes este número siempre me salía a la primera. Debe de faltar alguna palabra en la fórmula.

—¡Haz memoria, por favor! —suplicó el matón.

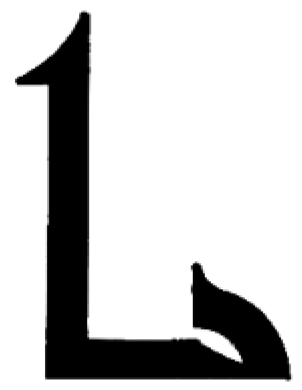
—¡Tengo un hambre atroz! ¡Recolecta dinero para mí y yo haré un esfuerzo! —dijo el mago impertérrito.

El matón cogió el plato y se volvió hacia el público.

—Bueno, ahora haced un donativo generoso para el maestro, si es que apreciáis vuestros dientes —exclamó y, cuando dos hombres de las últimas filas trataron de escabullirse, rugió—: ¡Quietos ahí! —los dos no se atrevieron a dar un paso más, extrajeron de mala gana una piastra del bolsillo y la arrojaron al plato. Al cabo de diez minutos el plato estaba lleno y el matón sólo tuvo que abofetear y tirar de las orejas a dos tacaños para que sacasen sus piastras—. Aquí hay tanto dinero que podrás hartarte de comer durante varios días. ¿Y ahora qué hay de mi anillo? —preguntó el matón impaciente. El mago metió las monedas en una bolsa, guardó ésta en su bolsillo, aseguró el bolsillo con un enorme imperdible y retiró el pañuelo de la mesa.

Y allí estaba el anillo brillando a la vista de todos.
En ese momento supe que, igual que aquel
mago, mi tío no podía ser representado
nunca con un solo
animal.

16
Dschamil
o el viaje al Paraíso



a delicada hija de doce años del domador Santosh entró en la jaula de los leones donde su padre estaba llamando a Benja, el león más joven y el último en la jerarquía. Benja saltó del taburete y dio primero un par de pasos vacilantes, pero luego acudió obediente y se apretó contra las piernas del domador. Santosh le acarició y la niña, que llevaba un maillot brillante, se tumbó encima del lomo del león. Sus pies estaban apoyados sobre su melena y su cabeza descansaba sobre sus cuartos traseros. El león caminó en círculo siguiendo las órdenes del domador. Las otras fieras miraban curiosas desde sus taburetes. Pachá soltó un rugido cuando Benja pasó delante de él. La niña permanecía completamente quieta. Un

movimiento en falso habría significado la muerte.

Mala me contó que un tío suyo, también domador, había perdido a su hija en una actuación parecida. El número era por entonces único en el mundo. La niña, que a sus ocho años no tenía ningún miedo al rey de los animales, se escurrió durante una representación del lomo del león y éste le partió el cuello de un bocado.

Santosh animaba todo el tiempo a Benja. Gritaba su nombre y también los de los tigres, panteras y leones delante de los que pasaba Benja. Así, acariciaba sus almas y apartaba su atención del almuerzo que pasaba una y otra vez delante de sus ojos y que hacía tantos esfuerzos por mantener el equilibrio y olvidar que las espantosas fauces que tenía a medio metro de su cabeza podían significar en cualquier momento su muerte.

Éste era el número nuevo de Santosh, con el que amplió su actuación en Morgana. Durante semanas había ensayado en secreto y sólo lo conocía el director del circo.

Aquella noche salí a la pista con dos pequeñas jaulas. En una había un zorro y en la otra un chacal. Coloqué una a la derecha y otra a la izquierda. El público ya conocía al zorro por el número en que daba dos vueltas a la pista empujando un cochecito de niño con un ganso dentro que parecía sentirse a gusto. Cuando caminaba demasiado deprisa, el ganso se ponía a graznar y el público se reía del zorro, que entonces se paraba. Pero entremedias se notaba perfectamente que el zorro y el ganso se llevaban bien.

Muy poca gente conocía en cambio al chacal, porque en realidad sólo estaba en su jaula en la tienda donde se exhibían los animales y observaba receloso a los espectadores con los ojos entreabiertos.

Saludé al público y los espectadores me recibieron con un aplauso.

—Damas y caballeros —comencé—, hoy vengo con dos animales: un chacal y un zorro. Le he estado dando muchas vueltas a la cabeza porque no sabía si venir sólo con un zorro o con un chacal cuando fuese a contarles mis historias del tío Dschamil. No, un zorro solo no es más que la mitad de astuto que mi tío y un chacal sólo la mitad de audaz que él.

»Hasta el fuego más salvaje termina por convertirse en ceniza inofensiva. Hoy, tío Dschamil, es un hombre viejo y pacífico, pero

antes era capaz de meterse al diablo en el bolsillo. Mi tío amaba la compañía como un chacal y sin embargo fue siempre solitario como un zorro. Tenía la audacia y el descaro del chacal y era astuto y taimado como el zorro. Y, aunque siempre tuvo suficiente dinero, le gustaba quejarse de su hambre a todo el mundo. En eso se parecía al chacal.

»Mi tío era tan listo que cuando era pequeño engañaba a todos los vecinos de su barrio. Pero como allí sólo vivían artesanos, traperos y leñadores miserables, su botín, al final de una artimaña grandiosa y complicada, sólo era un trago de té o una patata caliente.

»A los dieciocho años, mi tío Dschamil emigró a América. Había conocido en Morgana a un viejo matrimonio americano que, como muchos otros de entonces, creía en la reencarnación. Tío Dschamil, que hablaba correctamente francés e inglés, conoció a la pareja cuando quiso endosarle algo y ganarse de paso algunos dólares. Pero cuando tío Dschamil descubrió que ambos creían fanáticamente en la reencarnación, renunció a aquella estafa y decidió jugarse el todo por el todo. Bajando los ojos humildemente y con un hilo de voz, los convenció de que había sido su hijo en una vida anterior y les habló de sus vidas. Se había preparado bien y había estudiado en secreto sus papeles e incluso el diario del hombre. Así que conocía detalles de su infancia y sabía cómo había conocido a su mujer y lo que había pensado de ella y no había osado decirle. La pareja se convenció, adoptó al hijo y regresó a América.

»Tío Dschamil se despidió de sus padres con esta breve frase: “¡Ya veréis cómo vuelvo millonario!”. No pocos le envidiaron por sus padres adoptivos. Los americanos siempre han tenido fama de ricos entre los árabes.

»¡Pero quién podía imaginar que precisamente aquellos dos americanos eran pobres! Tío Dschamil, en todo caso, se quedó consternado cuando vio que el trayecto desde el aeropuerto duraba eternamente, que los rascacielos se volvían cada vez más bajos y las calles cada vez más miserables. Los padres adoptivos vivían en una casa vieja de un suburbio de Nueva York. Tío Dschamil no extrañó aquel entorno y por eso escribió al cabo de una semana a sus padres: “¡Aquí me siento como en casa!”. Sus padres pensaron que

exageraba como tantas otras veces, pero aquélla era la única frase verdadera que había pronunciado jamás tío Dschamil. Él se refería a la desolación que sentía en aquel barrio dejado de la mano de Dios. Tampoco le extrañaba ya que sus padres adoptivos se agarrasen a la idea de la reencarnación, pues peor que aquella vida no podía ser ninguna reencarnación, ni siquiera como gusano en cualquier parte.

»Tío Dschamil no creyó nunca ni por un segundo en la otra vida. Él quería conseguirlo todo en ésta. Los zorros y los chacales piensan que creer en la reencarnación es asunto de las gallinas. Por eso tío Dschamil abandonó para siempre a sus padres adoptivos el día en que se convirtió en ciudadano norteamericano.

»Buscando un puesto de trabajo, encontró una agencia de viajes bastante modesta que le admitió. Como la mayoría de los americanos, el bonacible propietario no sabía otro idioma que el inglés y admiraba a mi tío porque dominaba el inglés, el francés y el árabe. Como también chapurreaba un poco de turco, hizo ver al empresario que también lo hablaba perfectamente. “Usüm efendim köpek, ckmek su büyük süt bülbül gibi iyiyim, güle, güle, bir iki türlü, türlü”, decía tío Dschamil y dejaba asombrado al americano, que era un entusiasta de Oriente. Naturalmente, no sabía que tío Dschamil sólo decía tonterías.

»El hombre le contrató y tío Dschamil hizo que el negocio empezase a prosperar en poquísimo tiempo. Desarrolló ideas nuevas y se asoció con el propietario, pero eso no le bastaba.

»Para conseguir información de primera mano, tío Dschamil viajó como guía con los grupos de turistas por todos los países de Asia, África e Hispanoamérica y vivió muchas aventuras.

»Entonces fue observando que se producía una extraña evolución. Todos los países se parecían cada vez más. Los aviones, las azafatas, los aeropuertos, los centros de las ciudades, las playas, los restaurantes, las comidas y las bebidas eran similares en todas partes, ya fuese en Singapur, París o Túnez.

»Esa evolución se agravó con los años. Los turistas eran cada vez menos exigentes, y cuanto más volaban por el mundo más ignorantes se volvían. Por servicios ridículos se dejaban desplumar como gansos gordos.

»El negocio del turismo se convirtió en una auténtica mina de oro. Por todas partes surgían compañías de viajes. La competencia

se hacía cada vez más dura, las mentiras de las oficinas de viajes eran cada vez más audaces. "Con vistas al mar" significaba por regla general que, desde un edificio enorme situado a veinte o treinta kilómetros de la playa, se podía ver con prismáticos el mar a través de una jungla de bloques de hormigón.

»El bondadoso socio de mi tío era ya muy viejo. No podía seguir trabajando y le dejó todo el negocio por un precio irrisorio. "Viajes Paraíso" se llamó desde entonces la agencia de viajes. Eso ocurrió en una época en que mi tío hizo el descubrimiento de su vida.

»Había observado que muchos turistas no sabían siquiera en qué país estaban. Muchos iban directamente después del trabajo a una agencia de viajes, preguntaban por una oferta especial, reservaban inmediatamente los billetes y sólo sabían que les esperaban dos semanas junto al mar por quinientos o seiscientos dólares, con desayuno incluido.

»A veces la oferta decía: "Catorce países en siete días", y los turistas eran sometidos a un programa implacable. "¿Qué día es hoy?", preguntaba quizás un turista a su vecino en el autobús. Éste contestaba: "Martes". "Entonces esto debe de ser El Cairo", decía el primero.

»Ése fue el descubrimiento de mi tío Dschamil. Y su plan era muy sencillo: sólo había que llevar a los turistas a un lugar cualquiera donde pudiesen ver lo que ellos consideraban que era Arabia, España o África. Ya sólo la gasolina que se ahorraría en los vuelos supondría una fortuna.

»Mi tío compró una playa solitaria en América y construyó allí un gran complejo hotelero. Los terrenos todavía eran especialmente baratos en aquella zona. Cuando todo estaba listo, lanzó una gran campaña publicitaria de viajes a Arabia. Sus precios dejaron perplejos a las grandes compañías de viajes y originaron largas colas de clientes delante de su agencia. Entonces hizo saber a la competencia que recibía apoyo financiero debido a las relaciones especiales que mantenía con diversas casas reales árabes. De acuerdo, pensaron muchos agentes de viajes, que se quede ese árabe con Arabia.

»Los turistas de tío Dschamil aterrizaban felizmente en Arabia, donde amables árabes les daban la bienvenida y una bailarina ejecutaba la danza del vientre en su honor. Los turistas nunca

habían visto nada parecido.

Todo estaba limpio y la playa era un sueño. De cuando en cuando una caravana pasaba debajo de las ventanas del hotel y los beduinos hablaban perfectamente inglés, estaban bien afeitados y llevaban indumentarias muy coloridas. Muchos americanos suspiraban aliviados, pues antes de emprender el viaje habían tenido todavía cierto miedo a los árabes. El precio incluía incluso un desayuno con el jeque Abdulruhman Hallab Elnamle.

»Durante meses Arabia fue un verdadero éxito y mi tío nadaba literalmente en dinero. Reclutaba a sus empleados entre los estudiantes árabes que querían ganarse algunos dólares. Todos tenían que firmar un contrato en el que se comprometían a ser discretos.

»Luego aparecieron otros carteles de su empresa que anunciaban viajes económicos a España. De nuevo volvieron a formarse colas interminables de personas que querían hacer sus reservas y pronto la playa de ensueño en España llenó sus hoteles durante meses. A través de rumores hábilmente difundidos, mi tío hizo creer a la desconcertada competencia que había firmado también un acuerdo secreto con el gobierno español.

»El personal de la compañía recibía a los turistas con música de guitarra y por la noche ofrecía paella alrededor de un fuego y baile flamenco.

»En los años sucesivos surgieron ofertas similares para Japón. Tailandia, Francia y África, y mi tío compraba cada vez más terrenos y amplió tanto su empresa que Viajes Paraíso se convirtió pronto en la tercera compañía de viajes de Estados Unidos. Por unos miles de dólares, mi tío encargó a un autor desconocido que le escribiese su biografía con el título: *De friegaplatos a millonario*. Aquel libro fue un best-seller durante mucho tiempo y mi tío ganó millones con él.

»Mientras, el personal de su compañía era tan perfecto que los técnicos no sólo eran capaces de convertir “Arabia” en “África” y a ésta en “Tailandia” en dos días; era tan eficiente que hasta los árabes, los españoles y los africanos se encontraban como en casa cuando viajaban con él a sus supuestos países. Los detectives que contrató la competencia para averiguar el origen de aquel éxito sólo pudieron informar que todo era perfectamente legal.

»En cinco años, la oferta de mi tío se amplió a sesenta países, y sus empleados actuaban como esquimales, beduinos, habitantes de la selva y campesinos de los Alpes. Bailaban, cantaban como tiroleses, tragaban fuego y cuchillos y hacían girar sus caderas con tanta maestría que los fakires de Calcuta y las bailarinas orientales habrían empalidecido de envidia.

»En Estados Unidos estalló la fiebre del “Paraíso”. Y cuando empezaron a surgir las primeras dudas, floreció aún más la empresa. Tampoco la verdad, que se fue filtrando poco a poco, favoreció a la competencia. No, las verdaderas Arabia, España o Tailandia eran demasiado calurosas, ruidosas, sucias y peligrosas para los turistas que en el “Paraíso” de mi tío se encontraban tan a gusto como en su tierra.

Hasta aquí llegó la historia que conté a mi público, que estaba encantado de que un árabe hubiese sido capaz de engañar con su astucia incluso a los americanos.

Pero ni el público ni yo mismo nos podíamos
imaginar que un día veríamos hecha
realidad la invención
de mi tío Dschamil.

17

Sahar
o el carácter indigesto del estilo directo



l asedio continuaba, pero la población de Morgana seguía haciendo su vida de siempre. Todos los días se oían rumores nuevos sobre las purgas que se habían producido en el ejército de los partidarios de los jefes rebeldes. El abastecimiento de la ciudad seguía siendo bueno, pues, a través de negociaciones secretas, el cuñado y el sobrino habían acordado con el presidente hacer llegar a Morgana trigo, verdura y fruta de sus fértiles territorios. A cambio, los rebeldes recibirían máquinas, aparatos eléctricos y medicinas de los repletos almacenes de Morgana.

Pero hubo una cosa que empeoró claramente durante el asedio: los programas de televisión. Si hasta entonces el gobierno se había reservado dos horas de emisión de un total de diez, ahora ocupaba seis horas en nombre de la propaganda. Todos los días algún ministro discutía con varios periodistas sobre la genial conducción por parte del presidente Hadahek y, para que el aburrimiento fuese

completo, aquellos interminables debates se transmitían también por todas las emisoras de la radio estatal. Altavoces difundían a la calle los himnos de alabanza. Ése fue el asedio más atroz que le tocó sufrir a Morgana, por eso cada vez más gente huía al río, o al circo.

A los pocos días, los artistas ya no parecían los mismos. Estaban radiantes y brillaban en las representaciones ante las graderías repletas de público, y se esforzaban en desarrollar siempre números distintos y, por si todo eso no hubiese bastado, restauraban, pintaban y pulían las roulottes y los aparatos, de manera que todo estaba resplandeciente y nuevo. Por primera vez se podía apreciar toda la belleza de las veinticuatro rejas de la jaula circular central donde tenían lugar los números de fieras. Las artísticas y antiguas rejas de hierro forjado lucían ahora con un nuevo esplendor. La noticia de todo aquello corrió de boca en boca y cada vez venía más gente. Los números de fieras de Santosh tenían cada vez más aceptación, también en la prensa, pero lo que atraía a muchos espectadores al circo eran mis relatos y los maravillosos caballos de la troupe.

A ningún animal se le quiere y respeta en este mundo como al caballo en Arabia; volúmenes enteros de poesías y de canciones le han sido dedicados. Por eso todos los circos que venían a Arabia tenían que traer en primer lugar caballos bonitos, y el Circo India trajo los pura sangre más nobles. Dos alazanes dorados, tres tordos árabes, tres caballos castaños, dos caballos blancos y un caballo negro como un cuervo.

Cuando noche tras noche aquellas maravillosas criaturas salían como exhalaciones a la pista y se ponían a galopar, muchos espectadores sentían cómo les latía el corazón y a algunos se les llenaban los ojos de lágrimas. Hussein, que presentaba el número de los caballos, fue pronto un personaje conocido por todos los morganos. La gente apenas se interesaba por su número del paraíso, que era mucho más difícil y que consistía en un juego entre un cordero y un lobo. Pero su talento para manejar a aquellos caballos fogosos, cuyos cascos hacían temblar la tierra, se hizo pronto famoso.

Al contrario que los elefantes, cuyas hembras son preferidas en los circos porque los machos se vuelven muy peligrosos en la época de celo, los corceles son más apreciados en la pista que las yeguas y

los caballos castrados. Son más vigorosos y bellos. Hussein amaba a sus caballos más que nada en el mundo y daba a cada uno un trato completamente individual, pues ninguno se parecía al otro en cuanto a humor, temperamento y fuerza.

Sus números eran enérgicos, elegantes, a menudo peligrosos, pero nunca carentes de ingenio. Muchos espectadores sabían lo suficiente de caballos para disfrutar aquel arte, y tributaban un aplauso entusiasta al artista y a sus protegidos. Cada vez que el caballo negro galopaba primero en círculo con los demás caballos y luego se daba la vuelta a una pequeña señal de Hussein y corría en la dirección contraria, la admiración no conocía límites. Eso era cien veces más difícil que cuando los caballos se empinaban sobre sus patas traseras. Esto fascinaba a los niños, pero los entendidos ya conocían, de la naturaleza, esa actitud de combate de los caballos.

Representaciones que habían requerido semanas y meses del más duro trabajo parecían fáciles y juguetonas. Pero cuando un alazán trotaba en el sitio y sonaba la música, el público se entusiasmaba con el caballo, que parecía bailar al son de la música. Y cuando luego el caballo hacía cabriolas y su cuerpo se mantenía un instante en el aire, el público gritaba de entusiasmo. Pero en el fondo casi nadie se imaginaba cuánto trabajo había metido Hussein en aquel número.

El número de Amal vestido de payaso encima del caballo también tenía mucho éxito. Montaba de espaldas, caía al suelo y volvía a saltar como una pluma sobre el caballo.

Como tantas otras veces, aquella noche tampoco quise perderme el número de Hussein y sus caballos. Me senté al lado de mi hermana Sahar. Cuando el número llegaba a su fin, se marcharon todos los caballos al galope y sólo se quedó en la pista un caballo blanco. Hussein miró al caballo un poco sorprendido, pero éste caminó tambaleándose hasta el centro de la pista y se desplomó. El caballo trató de levantarse desesperado, pero no pudo. Hussein parecía preocupado, trató de ayudar al caballo a ponerse en pie, pero fue inútil. El caballo estaba tumbado, sin moverse. Ni siquiera reaccionó cuando Hussein hizo restallar su látigo. La música empezó a tocar muy bajo una melodía triste. En la carpa reinaba un silencio espantoso.

No es fácil presenciar la agonía de un caballo. Es como el

intento impotente de un ser orgulloso que trata de erguirse una vez más. Mi corazón también empezó a latir con fuerza. En ese instante vi cómo el marido de Mala, el impávido lanzador de cuchillos y malabarista Ashok, se secaba disimuladamente una lágrima.

De repente, y eso no había ocurrido en las veladas anteriores, una muchacha empezó a llorar desconsoladamente.

—¡El caballo está muerto! —sollozaba, y nada en el mundo podía calmarla. Hussein captó en seguida la situación y corrió a través de las filas hasta la muchacha, la cogió de la mano y regresó con ella a la pista. Allí la animó a que acariciase al caballo.

La muchacha vaciló un instante, luego se acercó al caballo y le acarició el vientre. Lentamente la vida volvió al poderoso cuerpo y el caballo se puso de pie mientras la orquesta tocaba ritmos alegres. La muchacha estaba radiante de alegría, los aplausos se multiplicaron y cuando la muchacha vio cómo se inclinaba Hussein ella hizo también una reverencia rápida y muchos se rieron y pensaron que la escena estaba preparada. Pero no lo estaba, y Hussein era realmente un gran artista.

Como ya he dicho antes, yo estaba sentado al lado de mi hermana Sahar, que venía dos veces a la semana al circo y crispaba siempre a los artistas con sus preguntas.

—¿A qué venía esa tontería? —dijo después de la actuación de Hussein—. Estaba claro que el caballo no podía estar muerto.

Los sueños no le interesaban. En Arabia se considera una sabiduría pensar que la fábula es un puente hacia la verdad. Sahar no parecía necesitar puentes. Ya de pequeña era insoportable y amaba tanto la verdad que nos causaba continuamente problemas. Cuando iba a pasear con ella tenía que tener cuidado de que no nos diesen una paliza por culpa de su lengua despiadada. Si veía a un hombre que alzaba un poco la voz a su mujer, se dirigía hacia él, le tiraba de la chaqueta y le decía con desparpajo: «Me parece muy feo que grites a tu mujer en la calle». Todos los que tenían barriga, orejas grandes, ningún pelo o demasiado pelo en la cabeza, también recibían gratis la valoración de Sahar.

Ella siempre dudaba de la sinceridad de los mendigos, y una vez desenmascaró a uno que no era ciego ni inválido. Primero le hizo reír con toda clase de muecas. Luego cogió su platillo lleno de monedas y echó a correr a través de la techumbre del bazar. El

mendigo se levantó de un salto y salió corriendo detrás de ella. Fue violento para él y para mí.

No, no era ningún placer ir con ella a parte alguna. Las visitas a los parientes también eran un verdadero suplicio. A los cinco minutos de llegar, decía en voz alta: «¿Qué hay esta vez para beber y para picar? ¡Espero que no sea el zumo templado de la última vez y las nueces rancias!».

Mi madre deseaba tener en tales momentos un gorro mágico para hacerse invisible, o que se produjese un terremoto, pero los anfitriones en Arabia tenían más paciencia que el santo Job y tomaban la visita de mi hermana como una especie de prueba divina.

Yo soltaba en mi desesperación maldiciones fantásticas contra Sahar. Rogaba a Dios que la convirtiese en una lagartija o en un enchufe. Le deseaba las más desagradables ventosidades cada vez que se tomase un rollo de pistachos. Un día, mi madre, Sahar y yo regresábamos a casa de hacer una visita a tío Gibran y a tía Rosa y yo me puse a maldecir a Sahar y su lengua. Mi madre se paró. Me cogió del brazo y se rió.

—Ahora que es pequeña se desfoga a costa nuestra, pero ya verás, cuando sea mayor no soportará la verdad ni un solo día seguido. Mi hermano Faris ni siquiera pudo soportar la verdad durante una semana. ¿No te he contado nunca lo que le ocurrió con la verdad? —y como yo no había oído hablar mucho de mi tío Faris, que había pasado una temporada en un manicomio y después de salir había vivido solo hasta su muerte, mi madre me contó su triste historia.

Así que cuando Sahar me estropeó el número de Hussein, decidí contar una noche la historia de mi tío Faris, que sólo buscaba la verdad y se volvió loco. Sólo me faltaba el animal apropiado para aquella historia. Pensé que tenía tiempo de sobra y que con tiempo se podía encontrar un animal apropiado para cada sentimiento humano. Pero las cosas siguieron otro curso.

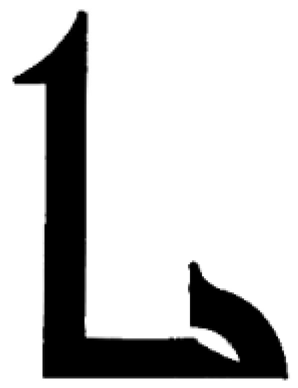
Para aquella noche ya tenía mi programa. Pensaba contar la historia del San José número trece y el correspondiente animal me lo trajo Miguel, el cazador. Yo le di a cambio una entrada de palco y él se alegró mucho de que su búho fuese a ocupar por fin un lugar de honor, pues ningún otro animal encarna en Arabia la

superstición como el búho. A la gente le entra un miedo terrible cuando ve un búho. Creen que esas aves traen la destrucción y la muerte. Sólo Miguel amaba a los búhos y coleccionaba figuras de búhos de todo el mundo. Sin embargo, todo su orgullo era aquel búho que él mismo había criado. Miguel era un hombre pobre y tuvo la mala suerte de que le atropellase dos veces un coche.

Eso confirmaba a los vecinos en su superstición, aunque,
en el fondo, Miguel tuvo suerte y sobrevivió a ambos
accidentes. Hasta muy tarde permanecí
despierto pensando qué animal
podría enloquecer con
la verdad.

18

El fakir
o por qué no debe uno tragarse todo



a pequeña ciudad que había surgido alrededor del circo atraía con sus atracciones cada vez a más morganos. Todavía seguían instalándose puestos; los limpiabotas, los vendedores de lotería y de molinillos poblaban todos los rincones. Los niños jugaban en las callejuelas de aquella ciudad como si estuviesen en su barrio. Venían de todas las zonas de Morgana y del país entero y jugaban juntos con los niños indios que cada vez hablaban mejor el árabe. A mí me gustaba observarlos en sus juegos. Pero no hay nada en el mundo que cambie más deprisa que los juegos infantiles. Yo mismo había jugado diez años antes en la calleja. Entonces a cada época del año le correspondía un juego que sólo se podía jugar en esa

época. Únicamente las canicas estaban permitidas siempre como un puente entre las estaciones.

A la sombra de un tenderete, dos jóvenes limpiabotas jugaban a golpear huevos. ¡En pleno verano! Aquello me sorprendió pues en mi infancia ese juego con huevos cocidos sólo se jugaba en tiempo de Pascua. Triunfante recibió un muchacho delgado el huevo de su rival.

—¡Mi gallina come todas las mañanas bolitas de acero! —alardeó, se volvió hacia mí y atisbó mis zapatos polvorientos—. ¿Limpia? —preguntó.

Cuando veo a los niños jugar a golpear huevos se despierta dentro de mí un recuerdo singular. Se trata de una trampa que hice, sin pensar, cuando tenía doce años y que podría haberme costado la vida.

Como en todos los juegos, en el de golpear huevos también se hacían trampas. Los huevos se perforaban por un extremo, se extraía todo el contenido con una jeringuilla y se rellenaba el cascarón con yeso. Cuando la masa estaba seca se teñía el huevo, que quedaba al final duro como una piedra. Pero no había que soltarlo, para que el adversario no descubriese el orificio que tenía en el otro extremo. A menudo no sólo se jugaba por el huevo del contrario, sino por otros diez, veinte o treinta huevos más.

Dos días antes de Pascua me abordó un señor en la calle y me ofreció una lira por un sencillo servicio. Quería que yo diese una lección con un huevo preparado a un fanfarrón que ganaba a todos los jugadores con los huevos que había traído de Egipto. El desconocido me dio el huevo, una lira de recompensa y diez huevos cocidos para la apuesta. Me enseñó a mi adversario, que estaba sentado de espaldas a nosotros jugando con otra persona, y me encareció que fingiese ser un niño de mamá incauto.

Yo fui e hice lo que me había encargado el hombre. Su rival tenía una boca repugnante y dientes podridos. Los hombres se echaron a reír cuando le desafié. El fanfarrón aceptó en seguida y ambos entregamos la apuesta de veinte huevos a un espectador neutral, el árbitro. Todos nos miraban llenos de curiosidad.

Mi adversario no exigió examinar mi huevo. Probablemente pensó que no era digno de él. Entonces extrajo un huevo de su bolsillo.

—Este huevo es de Egipto —dijo—, hace prodigios. Los egipcios son tan pobres que sus gallinas comen piedras. ¡En seguida terminamos, muchacho, pero luego no llores, eh! —levantó la mano y golpeó tan fuerte mi huevo que creí que me hundía en el suelo como una cuña. Su huevo no sólo se rompió sino que quedó completamente machacado. Los circunstantes le miraron con regocijo.

—Tienes razón —se burló un hombre corpulento—, las gallinas egipcias comen piedras y ponen huevos de mármol, ¡pero lo que sostenías en tu mano era una caca blanda!

A mi rival le temblaba el bigote de rabia. Y yo, Dios es mi testigo, tomé la bolsa de papel con los veinte huevos que me entregó el árbitro.

—Son tuyos —dijo. No había dado todavía un paso, cuando oí una voz silbante, gutural y amenazadora detrás de mí.

—¡Alto, enséñame tu huevo!

—No, eso es imposible —dije, porque sabía que mi huevo estaba lleno de yeso. Mi rival se abalanzó sobre mi bolsa y sacó violentamente el huevo, pero se le escapó de los dedos y salió volando por encima de las cabezas de los espectadores para caer en algún lugar.

—¡Ahora veremos! —rugió el hombre y corrió en busca del huevo apartando a la gente. Yo salí a toda velocidad de la multitud de curiosos que se había congregado y vi cómo el hombre que me había contratado doblaba hacia una callejuela lejana. En un santiamén llegué a casa con los huevos que había ganado y observé sin respiración la calle desde mi pequeña ventana. Pero nadie me había seguido.

Durante varios días no me atreví a salir a la calle. Nunca más volví a ver a mi cliente, pero mi rival fue a parar a la cárcel pocos días después. Yo no sabía que jugaba contra un hombre que era buscado por un triple asesinato. Cuando me enteré me quedé de una pieza.

Como decía, la explanada que había alrededor del circo estaba cada vez más animada. Muchas personas recorrían largas distancias, cruzaban ríos y valles y atravesaban las líneas de los golpistas y las del gobierno para hacerse con un par de metros cuadrados del terreno del circo para montar un puesto donde pudiesen vender sus

mercancías o sus juegos. Viejos conocidos se volvían a encontrar aquí al cabo de los años. También había tres mendigos que se repartían el terreno, el más poderoso consiguió su territorio directamente delante de la entrada del circo.

Los propietarios de los puestos no ganaban mucho y su trabajo era agotador, pero casi ninguno se daba cuenta de ello. Cuando todo el mundo se había divertido y se marchaba a casa, los propietarios de los puestos todavía tenían que recoger: limpiaban, amasaban, mezclaban y adobaban lo que querían vender al día siguiente.

Había entonces algunas atracciones que no he vuelto a ver en ningún lugar del mundo. Un curdo del norte se puso delante de un tenderete; alrededor de su muñeca derecha llevaba una argolla y de ésta colgaban tres largas cuerdas. Tres espectadores decidieron poner a prueba sus fuerzas. Los hombres tuvieron que apostar que entre los tres impedirían que el curdo levantase un vaso de agua de una mesa pequeña, se lo llevase a la boca y se lo bebiese. Cada uno arrojó una lira a un plato y agarró una de las cuerdas. La gente contuvo la respiración. Los hombres empezaron a tirar con todas sus fuerzas, gimieron y escupieron; pero, como si hubiesen tirado de otra persona, el hombre cogió el vaso sin inmutarse, se lo llevó despacio a los labios y lo bebió, entre los aplausos de los presentes, sin derramar una sola gota.

—Lo más difícil de mi profesión —me dijo más tarde— es soportar en la tripa tanta agua.

Algunos días eran más de cinco litros los que Sansón el Curdo, pues así se llamaba, tenía que beber al cabo de una hora para vencer a todos los que le desafiaban.

Mi madre me había pedido aquel día que la ayudase a encurtir las berenjenas rellenas. Había que preparar más de cinco kilos de ajos y doscientas nueces. Fadi y Sahar también ayudaban. Para hacer un almuerzo tranquilo no había tiempo. Comí sólo un trozo de pan con queso de oveja y aceitunas y me fui corriendo al circo.

—Mi mujer te ha estado buscando por todas partes. ¿Dónde estabas? —me preguntó Amal, el director del circo.

—Tenía que ayudar a mi madre. ¿Qué ha ocurrido?

—No ha ocurrido nada. Pero hoy había cuarenta niños esperándote delante de mi roulotte —dijo Amal, y entramos en el

circo cuando Mala estaba anunciando a Ajay:

—Damas y caballeros, como todos los días, nuestro prodigioso fakir tomará su almuerzo delante de todos ustedes.

Dos ayudantes sacaron a la pista una mesita sobre la que había una fuente vacía y una botella llena de petróleo. El fakir echó casi medio litro de la botella en la fuente y encendió el petróleo, que empezó a arder haciendo un humo espantoso. Ajay apagó el fuego, luego cogió un puñado de serrín del suelo, lo mezcló con el petróleo y se puso a comer la papilla a cucharadas como si tal cosa.

—Ésa ha sido la sopa. ¿Estaba buena? —preguntó Mala por el micrófono, y aunque preguntaba en árabe y el fakir no entendía una sola palabra, dijo que sí con la cabeza y se limpió la boca satisfecho—. Ahora viene el plato principal. Al señor Ajay le encantan el vidrio y las piedras, sobre todo cuando están maduras. Y, como todos sabemos, el pan podrá escasear pero siempre habrá piedras de sobra en el mundo —dijo Mala.

El público miraba fijamente al hombre, que se acercó a los espectadores de las primeras filas para que comprobasen que la botella verde y los guijarros eran auténticos. Cuando después de un examen minucioso recuperó sus utensilios, mordió la botella y delante de los ojos de la gente el cuello de la botella se hizo añicos entre sus dientes. Luego masticó el vidrio, bebió entremedias un trago de agua y siguió comiéndose la botella. De cuando en cuando cogía un guijarro y mordía un trozo, como si fuera una manzana, haciendo un ruido terrible. Trozo a trozo trituró y engulló la botella y, como todas las noches, regaló trocitos de cristal verde a algunos espectadores como recuerdo.

Luego siguió su nuevo número. Un muchacho trepó por una cuerda y desapareció por el otro extremo en la oscuridad. El fakir llamó a su aprendiz, pero éste no volvió. Entonces el fakir se puso furioso, agarró un cuchillo de carnicero y trepó detrás de su fámulo, desapareciendo a su vez al cabo de un rato. De repente la cabeza del muchacho cayó sobre la pista, luego siguieron los miembros y el tronco. Aquello me parecía repugnante y me quedé horrorizado cuando vi los ojos entusiasmados de Mala. Finalmente el fakir volvió a bajar manchado de sangre, recogió los miembros cortados y los tapó con un paño oscuro. Murmuró una fórmula mágica, la manta empezó a moverse y poco después salió el muchacho sano y

salvo dando un salto. El aplauso del público llegó titubeante y remiso. Ajay abandonó rápidamente la pista con su ayudante y mis ojos expertos se dieron cuenta de que estaba muy decepcionado.

No, aquello no funcionaba. Por alguna razón Ajay no terminaba de gustar en Morgana. Cuando soltaba a las boas y las dejaba hipnotizadas en el último momento delante de la primera fila, obligándolas a volver con el poder de su mirada, sólo conseguía que los espectadores chillasen y echasen a correr aterrados.

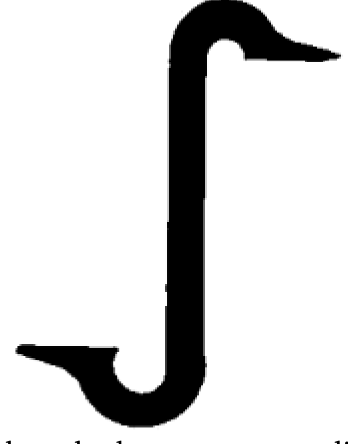
Ajay no lograba cautivar el alma de los árabes con sus ideas. Con el número en que comía piedras y mascaba cristales también imitaba a muchos espectadores. Más de uno hacía comentarios ofensivos que afortunadamente no entendía Ajay.

Amal, que tenía un olfato muy fino para las reacciones del público, retiró el número. Desde entonces Ajay actuó sólo como devorador de fuego, un número que siempre producía una fascinación enorme a los niños.

Amal me dijo aquella tarde confidencialmente
que si las noticias eran ciertas. Morgana
y el circo se hallaban en
gran peligro.

19

La mosca o cómo se puede amasar una fortuna soltando pedos



obresaltado por una pesadilla, sentí al levantarme que me invadía una sensación extraña. Temblaba y caminaba distraído, chocándome con los cantos y las esquinas. Hasta mis padres me parecían insoportables aquella mañana.

No tenía intención de ver a Mala hasta el mediodía, pero una fuerza indefinida me hizo ir inmediatamente al circo. Allí se confirmó mi presentimiento. Shanti, Amal y Mala estaban delante de la entrada con caras tristes y preocupadas.

Nizamuddin, un hombre joven que siempre estaba riéndose y

tocaba maravillosamente la trompeta, había trabajado en el circo de encargado del atrezzo y de músico. La noche anterior había muerto apuñalado por un borracho tras una disputa en un local nocturno.

La policía había hecho algunas preguntas a Amal y a los amigos del joven músico y había dado por concluido el asunto. Las declaraciones de los testigos contra el autor del asesinato no dejaban lugar a dudas. Éste se había enfurecido cuando su amiga, una bailarina, había mostrado ostensiblemente su afecto hacia el joven indio con objeto de humillar a su antiguo amante.

Como Nizamuddin era musulmán, fue enterrado dos días más tarde en el cementerio islámico. Todo se desarrolló de manera rápida y miserable, como suele ocurrir con la muerte de muchos pobres en Arabia. Amal, Hussein, Santosh, Ashok, algunos trabajadores del circo y los músicos acompañaron a Nizamuddin al cementerio, mientras Ganesh, Shambhu y yo tuvimos que quedarnos en el circo.

Una vida maravillosa se había extinguido y la rutina de todos los días tenía que continuar. Aquel día me acerqué en un momento a la calle de la seda, donde se podían comprar botones, hilos y telas. Shanti me había dado el dinero necesario. Quería hacerme un segundo traje oriental de seda negra para mis actuaciones. Shanti sabía coser y dirigía la sastrería del circo.

Cuando la mañana empieza con un montón de estiércol, el mediodía no puede oler a agua de rosas. Cuando volví con la seda ya era por la tarde. En el circo reinaba la calma habitual. Ashok ensayaba en la carpa un número nuevo con seis pelotas. Mala bailaba sobre una cuerda tendida a poca altura del suelo. Arriba, en el trapecio, Sharmila y Simal, que parecían vivir en un estado de enamoramiento permanente, hacían sus ejercicios. Nunca había imaginado que unas personas que vivían juntas desde hacía más de diez años pudiesen enamorarse la una de la otra cada día.

Fui a ver a Shanti y a Amal y no sospeché nada cuando vi a sus hijos jugando delante de la roulotte. Llamé a la puerta y ésta sólo se entreabrió.

—Ah, eres tú, Sadik. Qué bien que ya estés de vuelta, entra —dijo Shanti con voz débil.

Dentro, en la penumbra, estaba sentado Amal, sujetándose la cabeza con ambas manos.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté mirando a uno y a otro.

—No puedo más. Es inútil, ¡no puedo más! —gemía Amal desesperado.

—¡Nos han robado el dinero! —murmuró Shanti.

—¿El dinero? —exclamé. Una punzada atravesó mi cabeza como un rayo—. ¿Cuándo ha ocurrido? —pregunté perplejo.

—Hoy, a mediodía. Había pagado al hombre del matadero y al frutero, y por fin había podido entregar a todos los empleados las pagas que les adeudaba. Me alegraba hacerlo porque así se distraían un poco de la muerte de Nizamuddin. Al fin y al cabo esta noche tienen que salir a la pista radiantes de alegría. Hemos vendido todas las entradas.

»En algún momento me llamó Santosh para que le ayudase a curar a Benja. El león está enfermo desde ayer y había que ponerle una inyección. Entonces olvidé por unos minutos que la caja fuerte estaba abierta y, cuando volví, se lo habían llevado todo —contó Amal abatido. Debía de haber sido uno de los numerosos empleados, pues todos habían visto los fajos de billetes en la caja fuerte. Los ingresos habían aumentado espectacularmente en los últimos días. Sólo con el bar habíamos ganado más que con el circo en todo el viaje desde la India a Morgana. Ahora había desaparecido todo.

—¡No, todo no! —trató Shanti de consolarle—. ¡Yo tengo apartadas cinco mil libras inglesas, y el rubí que heredaste de tu madre tampoco se lo han llevado! —ella sonreía y yo veía la sabiduría de la India reflejada en aquella mujer; nada en el mundo podía arrebatarle su serenidad, su sonrisa. Amal, en cambio, seguía desesperado.

Todavía no sé de dónde saqué los ánimos.

—¿Se lo habéis contado a alguien? —pregunté. Shanti me miró.

—No, ¿por qué?

—¡Menuda suerte! —exclamé, terminando de desconcertar a Amal—. Acabas de pagar a todos y ahora todos los comerciantes te aprecian y te fían como comprador importante de carne, heno, cebada, bebidas, medicinas y hielo y podrás seguir trabajando y haciendo pedidos tranquilamente como si tuvieses dinero a montones. Pero nadie aparte de nosotros debe enterarse del robo. Tenemos que conservar la calma, sonreír y seguir trabajando como

si no hubiese ocurrido nada, y ya verás como en un par de días volvemos a disponer de medios suficientes.

—¿Estás seguro de que me estiman tanto? —preguntó Amal cauteloso.

—¡Por supuesto! Y esta noche después de la función invitaremos a una ronda de refrescos a todos los empleados y comerciantes. Así pensarán que tenemos mucho dinero —respondió Shanti; se volvió hacia mí y como de pasada, como si hubiese querido decirme la hora, añadió—: Y ni una palabra a Mala, pues aunque es una mujer extraordinaria, a veces no sabe controlar su lengua.

Yo me quedé helado.

—No te preocupes. Nadie lo sabe aparte de mí. Desde su niñez, Mala me confía todos sus secretos.

En el fondo aquello me puso furioso, pero ahora tenía otras preocupaciones. En silencio bebimos nuestro té. Amal me estrechó entre sus brazos antes de marcharse. Yo me quedé todavía con Shanti hasta que terminó de tomarme las medidas para el traje de seda. No dijo ni una palabra más sobre Mala, sólo me sonreía tímidamente, como tratando de disculparse por estar al tanto de mi secreto.

Más tarde, cuando corría por los campos, me reía pensando cómo nosotros tres íbamos a engañar a todos los demás. Había decidido no decir nada ni a Mala ni a mis padres.

Por la noche dimos después de la función una pequeña fiesta para los comerciantes.

La representación fue otra vez un éxito. Era un día de tormenta. La carpa se hinchó como una vela y la gente pensó que arrastraría a todo el circo como un barco a otro mundo. Amal ordenó mojar la carpa de algodón con agua para que se empapase y se volviese más pesada. Así se conjuró aquel peligro, pero el fuerte viento hacía vibrar con tanta violencia los postes, y con ellos las cuerdas, que temíamos por la vida de Mala, que realizaba impávida sus acrobacias sobre la cuerda. Sólo cuando saludó sobre el suelo firme respiré aliviado.

La noche anterior había tenido aquella terrible pesadilla. El marido de Mala la acababa de herir en la frente con un cuchillo cuando me desperté bañado en sudor. Mi madre me tranquilizó: «Si ves sangre en sueños, significa que todo lo malo se ha agotado en el

sueño. ¡No tengas miedo!», pero yo no lo creí hasta que Mala bajó de la cuerda sin sufrir ningún percance.

Aquella noche Mala rogó al director del circo que suprimiese del programa el número del lanzador de cuchillos aduciendo que estaba agotada. Sólo yo conocía la verdadera razón que Mala no podía contar a nadie. Había tenido una violenta discusión con su celoso marido, que sospechaba que le traicionaba. Con razón temía por su vida.

El director del circo concedió a Mala ese descanso y le dio permiso para que se retirase a su roulotte. En su lugar volvió a actuar Amal como payaso bailando sobre la cuerda floja. Una y otra vez daba traspiés y gritaba gesticulando aparatosamente, haciendo que el público llorase de risa. El hueco que se había creado suprimiendo el número del lanzador de cuchillos se llenó así perfectamente. Ésa era una de las razones por la que los artistas querían al director del circo. Él era uno más cuando había que sustituir a un colega y no escatimaba esfuerzos para que el programa no sufriese ningún recorte y resultase entretenido hasta el último momento.

Cuando llegó mi turno, Shanti me apretó la mano antes de que saliese corriendo a la pista desde el pasillo. Saludé y di las gracias por los aplausos.

—¡Damas y caballeros! —dije—. Hoy no traigo ningún animal pues quería hablar de un animal inútil y no he encontrado ninguno, porque hasta el insecto más pequeño tiene un sitio en la naturaleza y una misión y, cuando falta, la naturaleza se resiente.

—¡Pero los mosquitos sí que son un invento malo! —exclamó un hombre delgado desde las primeras filas.

—¡No, no! Los mosquitos sirven de alimento a las golondrinas —respondió su vecino en voz alta—. Pero a nadie le gustan las babosas que se comen todos los años mis lechugas. ¿Para qué sirven esos malditos bichos?

Un murmullo cada vez más fuerte recorrió las gradas. Se podían oír los nombres de toda clase de animales. De vez en cuando se oía el nombre del presidente seguido de grandes risotadas. Entonces alcé la mano.

—Si os dejo seguir terminaréis por nombrar a todos los animales. No, yo creo que hasta el animal más pequeño resulta ser

útil cuando uno lo conoce mejor. Yo también tuve que cambiar de opinión sobre mi primo José, llamado Abu Fassue.

»Si hace diez años alguien hubiese preguntado a los habitantes de mi calle quién era el inútil más perezoso y tonto del barrio, habría oído decir a niños y a ancianos desdentados un solo nombre: Abu Fassue, pues Abu Fassue no sabía hacer otra cosa que soltar pedos. Casi nadie sabía que mi primo se llamaba José, pues los jóvenes y los viejos le llamaban Abu Fassue, el Padre del pedo.

Los espectadores se rieron, pues soltar pedos estaba tan mal visto en Morgana como en el resto de Arabia.

—¡También los burros saben soltar pedos! —oí gritar a uno.

—Pero no como mi primo Abu Fassue —contesté y proseguí—. Abu Fassue tenía la extraña capacidad de soltar ventosidades todo el tiempo que quería.

—¡Deja que coma judías, ajos y cebollas y te llenaré el circo de pedos! —gritó un hombre atragantándose con su propia risa.

—Pero jamás podrás hacerlo como Abu Fassue, que sin comer judías, cebollas ni ajos podía imitar durante horas cualquier voz y cualquier sonido, y además sin olor.

—Sólo falta que digas que era capaz de imitar las canciones de nuestra querida cantante Um Kulthum. ¿Acaso tenía ese hombre un ruiseñor en el trasero?

—¡No, un filtro! —contestó otro.

La gente rugía de risa, pero yo seguí contando mi historia sin inmutarme. Fue una de las pruebas más difíciles que he pasado jamás contando historias. Hablar a los árabes de pedos es casi imposible, unos ponen los ojos en blanco y se tapan los oídos y los otros no pueden oír de tanta risa. Pero, a pesar de las interrupciones, seguí adelante con la historia de mi primo Abu Fassue.

—La manera cómo Abu Fassue hizo dinero y se enriqueció más que todos sus parientes parece un cuento. En mi numerosa familia había médicos, arquitectos y comerciantes, escultores y artesanos prósperos, pero de la noche a la mañana Abu Fassue se hizo más rico que todos ellos gracias a su prodigioso talento.

En el circo reinaba ahora un silencio absoluto, todo el mundo escuchaba atentamente. Me di cuenta de que tenía al público en mis manos.

—Abu Fassue descubrió su capacidad cuando era pequeño, pero en sus primeros intentos sólo cosechó bofetadas de su padre. Abu Fassue imitó con tal perfección el canto de un canario que su padre le bajó los pantalones para ver si sujetaba un canario entre las piernas. Entonces ordenó a su hijo que repitiese con el trasero al aire el canto del canario y, a pesar del susto que tenía Abu Fassue, pudo reproducir el trino deseado con tanta gracia que mi vecino, el empleado de correos Elías, lo grabó con su radiocassete para animar a sus canarios perezosos.

»Con el tiempo, sus padres comenzaron a sentirse muy decepcionados de aquel hijo que no medraba en el colegio ni en ningún oficio y que a los diecisiete años no sabía hacer otra cosa que soltar pedos.

»Pero, en lugar de avergonzarse, Abu Fassue ensayaba día y noche, de manera que al cabo de tres años de durísimos ejercicios era capaz de imitar todas las canciones y melodías famosas del país, todos los ruidos de los animales e insectos, todos los sonidos de los instrumentos, incluso el trueno, el viento y la lluvia. Aparte de eso Abu Fassue no sabía hacer nada, absolutamente nada.

»Cuando después de veinte años de prisión su tío materno fue puesto en libertad, Abu Fassue tenía veinticinco años. Aquel tío había sido en su juventud un poeta mordaz y temerario que comprendía el sufrimiento humano y escribió un poema con un lenguaje genial que parecía ligero y divertido, pero que conmovió de tal modo a las personas que el propio Hadahek ordenó personalmente su prohibición. Sin embargo, el poeta no se dejó intimidar y compuso una canción que ridiculizaba al presidente. La canción fue de boca en boca y pronto se convirtió en la canción más popular del país. Al poco tiempo, el poeta fue detenido y condenado a setenta y dos cadenas perpetuas por supuesto espionaje al servicio de Israel.

»El poeta se consumió en la cárcel durante veinte años hasta que fue amnistiado por intercesión de la Iglesia con la condición de no volver a pronunciar una palabra política. Se atuvo a ello toda su vida y sólo escribió novelas de amor que siempre tenían un principio prometedor y siempre terminaban con un matrimonio feliz. Su éxito fue inmenso, sus libros se hicieron famosos en toda Arabia y fueron adaptados al cine en varias ocasiones. El tío, sin

embargo, vivía retirado y se negaba a asistir a recepciones y a conceder entrevistas. Vivía en una casa pequeña y de todos sus parientes el que más le gustaba era precisamente Abu Fassue.

»En sus primeros años de libertad, mi tío era muy pobre y Abu Fassue acarreaba, Dios sabe cómo y de dónde, vituallas para el tío, que había enfermado en la cárcel. Los parientes compadecían a aquellos dos personajes extraños y también hay que decir que muchos tenían miedo de tratar con el ex recluso. Abu Fassue, en cambio, se declaraba en público y en voz alta partidario de su tío y, cuando algún vecino o pariente quería prevenirle en contra del poeta, soltaba un pedo. Visitaba todos los días a su tío y le hacía una demostración de sus artes pedescas que divertían de lo lindo al poeta.

»Cuando más tarde el poeta se hizo famoso y sus novelas estaban en todas las bibliotecas, fue él quien no quiso saber nada de sus parientes y de sus invitaciones. Sólo Abu Fassue podía ir a verle cuando quería.

»Desgraciadamente, el tío ya no pudo disfrutar mucho tiempo la fama y la riqueza, pues la enfermedad de los huesos que había contraído en la cárcel resultó ser maligna e incurable. Viajó por todo el mundo buscando la curación, pero, cuando volvió al cabo de un año, llevaba la muerte reflejada en el rostro.

»Nunca se había visto en Morgana un cortejo fúnebre parecido. Más de doscientas mil personas acompañaron el féretro al cementerio. La familia iba de luto en la primera fila. Dos ministros y más de treinta altos oficiales de uniforme rindieron los últimos honores al muerto.

»Ante la tumba abierta se pronunciaron discursos de alabanza, y la tristeza y la emoción embargaban la voz de los oradores que trataban de mostrar así lo estrechamente que habían estado unidos al difunto poeta.

»De repente sonó la melodía del himno nacional. Las fanfarrias tocaron los primeros acordes, luego siguieron las trompetas, los timbales, los trombones y toda clase de pífanos. Los presentes se volvieron buscando la banda que había estado oculta hasta aquel momento, pero no se veía un solo músico a la redonda. Poco a poco algunos descubrieron el origen de la música. Era Abu Fassue, que interpretaba el himno nacional soltando pedos.

La gente no se tenía de risa y muchos se sujetaban la tripa. Como una ola sobre un estanque, la risa se propagó estruendosa desde las primeras filas hacia los lados y volvió otra vez. Sólo los oficiales seguían en posición de firmes saludando militarmente, lo que provocó en los demás aún mayores carcajadas. El cura y los cinco monaguillos, que hasta ese momento habían permanecido ceremoniosos y dignos, dejaron caer por fin los cirios y los incensarios y lloraban de risa. Algunos oficiales se preguntaron si debían saludar o no durante un himno nacional tan peculiar, pero la mirada severa de sus superiores, que permanecían inquebrantablemente firmes, les hizo cuadrarse otra vez.

»Impasible y sin pestañear, Abu Fassue seguía soltando los aires exactamente dosificados de nuestro himno nacional. Interpretó una tras otra todas las estrofas, desde el primer verso que decía: “Ayer conquistamos el cielo…”, hasta el último verso que concluye poderoso y heroico entre redobles de timbales con las palabras: “Y mañana la tierra será la cuadra de nuestros caballos”.

»Éste había sido el último deseo del difunto poeta, y durante su cumplimiento fue nombrado Abu Fassue heredero universal de toda la fortuna. El notario estaba presente y, sólo por una cuestión de forma, necesitó escuchar las declaraciones de los testigos nombrados en vida por el poeta.

»Pero por prodigiosa que pueda ser esta historia, no es nada comparada con lo que contaré mañana de mi tía Cecilia.

Nunca se habían reído los espectadores del circo tanto
y tan fuerte como aquella noche. Pero eso sólo
fue para mí un acicate para ofrecer
a la noche siguiente una
historia aún más
divertida.

20

El papagayo o la voluntad de tener una propia palabra



uy poca gente sabe hoy en Morgana y en otros lugares lo que es un escribiente callejero. En cada familia existe al menos una persona que sabe leer y escribir. Pero eso no fue siempre así. Antiguamente las letras eran para la mayoría de la población un misterio insondable.

Las autoridades de Morgana no atendían nunca las solicitudes ni las quejas que eran presentadas de manera oral. Uno podía llorar, echarse ceniza encima de la cabeza o cortarse las venas; los funcionarios no hacían caso de las representaciones trágicas y a menudo lacrimosas.

«Presenta tu queja por escrito y entonces estudiaremos tu caso», era su respuesta invariable.

Así que el que sabía escribir tenía a la entrada de las oficinas públicas los suficientes clientes, que le pagaban por hacerlo. El oficio de escribiente callejero pertenecía a los más antiguos de la ciudad. Algunas familias lo ejercieron durante siglos.

Como en todos los trabajos manuales antiguos, los escribientes callejeros también habían evolucionado en distintas direcciones a lo largo de los siglos. Había amanuenses poderosos y había pobres diablos. Los poderosos estaban sentados justo al lado de la puerta principal de las oficinas públicas y abrían grandes sombrillas para protegerse del sol abrasador. A menudo disponían incluso de una silla para el cliente, de manera que, aunque estaban en la calle, parecía que tenían un despacho serio donde también se servía café, té y refrescos.

Cuanto más alejados de la entrada se encontraban los escribientes, más miserable era su aspecto y más pequeñas eran sus mesas y sombrillas. Los más pobres no tenían siquiera una silla para sentarse. Escribían de pie. Una tabla de madera que llevaban consigo les servía de apoyo para escribir, eso cuando recibían un encargo. Eran los nómadas de los escribientes callejeros. Muchos solicitantes optaban por los escribientes sentados, que inspiraban mayor confianza que los escribientes sudorosos y hambrientos que iban gritando detrás de los transeúntes con voz lastimera: «¿Le escribo una queja? ¿Le escribo una solicitud? ¿Una carta?».

Aquellos escribientes ambulantes que vagaban de un lado para otro eran despreciados por sus colegas sentados. A menudo les lanzaban los insultos más obscenos y no era raro que azuzasen a la policía contra ellos.

Instalar en la acera una mesa, una silla y una sombrilla estaba prohibido en Morgana. En cualquier momento la policía podía expulsar del lugar a cualquier escribiente. Pero no lo hacía. En veinte años mi tío Tanius cambió de casa tres veces, pero su mesa siempre estuvo delante de la gran entrada del tribunal de justicia. A cambio pagaba al tesorero de la policía setenta liras al mes para que hiciese la vista gorda. El dinero se lo repartían los policías y hacían como si fuera la cosa más natural del mundo que alguien ocupase permanentemente la acera. Ellos se encargaban incluso de que el número de escribientes nómadas se mantuviese reducido para no estropear el negocio.

Tío Tanius pagaba regularmente y podía llegar a las ocho, a las diez o incluso a las doce: su sitio siempre estaba reservado. Ningún colega suyo se atrevía a ocupar un solo centímetro de aquel lugar en su ausencia. A lo sumo vagaba por él algún escribiente

ambulante que tenía puesto un ojo en su hoja y otro en la lejanía para que no le sorprendiese tío Tanius y le abofetease delante de sus clientes.

Mi tío no sólo tenía una escritura maravillosa, también era un extraordinario conocedor de las personas. Durante veinte años había oído hablar de los destinos humanos, de infamias, dramas amorosos y tragedias familiares. Con los años desarrolló un instinto que le permitía predecir el final de una historia después de escuchar un par de frases. Sabía exactamente si las quejas, peticiones o solicitudes tenían probabilidad de éxito o no. Era, por así decirlo, escribiente, abogado y juez en una persona. Si pensaba que la demanda de un cliente estaba condenada al fracaso, dejaba que siguiese hablando y escribía con letra artística: «¡En nombre de Alá, el compasivo, el misericordioso!».

Esto lo escribía siempre, aunque era cristiano. La mayoría de los jueces y funcionarios eran sin embargo musulmanes, y un musulmán piadoso no empieza nada sin pronunciar esa frase. Y si un juez no era piadoso, se alegraba al menos de ver aquella letra. Para tío Tanius, la caligrafía era también una manera de ganar tiempo. Mientras el cliente pintaba su historia con los colores más vivos, tío Tanius escribía la fecha y luego muy, muy despacio:

> Admirado y estimado funcionario,
> este pobre diablo sólo necesita un poco de consuelo, pues sólo Dios Todopoderoso con su infinita misericordia puede ayudarle.
>
> Con los mejores saludos, la paz sea con vos, con la bendición y la piedad de Dios.
>
> Su fiel
> Tanius.

El cliente cogía el papel y se iba corriendo a ver al funcionario. Luego estaba feliz de que éste, en contra de lo esperado, moviese amablemente la cabeza durante la lectura y le enviase a casa con palabras atentas y los mejores deseos.

Si tío Tanius consideraba que una demanda tenía probabilidades de éxito, resumía los llantos y gritos de sus clientes en varios puntos concretos. A menudo proponía soluciones al juez o al funcionario y éstos le respetaban por su ayuda, que les ahorraba un tiempo

precioso.

Pero tío Tanius no sólo escribía instancias y quejas para sus clientes, sino también cartas, sobre todo para familiares que habían emigrado a América. Sin embargo, no escribía todo lo que se le ocurría a la gente. Algunos padres querían informar durante horas a su hijo de América de una pelea con los vecinos. Cien veces repetían: «Nosotros dijimos…, y ellos dijeron…». Otros dictaban con toda la seriedad del mundo. «Escribe a mi hijo que venga el domingo de América. Voy a hacer hojas de vid rellenas, y a él le gustan mucho».

Sin replicar, tío Tanius enviaba al hijo muchos recuerdos y le suplicaba que escribiese a sus padres y les enviase dinero. Pero algunos clientes desconfiaban del escribiente desconocido y al final querían comprobar si éste había escrito todo. Le pedían que les leyese la carta y él, Dios es mi testigo, repetía palabra por palabra el farragoso texto que le habían dictado. Nunca olvidaba una palabra. Mentir bien requiere ingenio, la verdad puede decirla cualquier simplón.

En Morgana había entonces cientos de escribientes callejeros, pero sólo unos pocos eran respetados. A este grupo pertenecía tío Tanius. Poco antes de su muerte me regaló tres gruesos cuadernos llenos de historias, extraños y curiosos destinos que él había escrito noche tras noche para distraerse. Sólo la historia del hombre para el cual mi tío estuvo escribiendo cartas de amor durante años, y al que leía las contestaciones de su adorada, ocupa cien páginas. La mujer se enamoró perdidamente del lenguaje florido y fogoso de las cartas, y cuando se encontró por primera vez con aquel hombre y vio que era tan torpe y tosco se quedó tan decepcionada que decidió encontrar y castigar a mi tío. Pero ésa es otra historia.

El pariente más cercano de un escribiente callejero es el papagayo. Muchas personas creen que los papagayos sólo repiten lo que les dicen. Pero eso es un error.

Era mi séptima noche y salí a la pista con un papagayo. En la carpa, hasta los pasillos que había entre las filas estaban ocupados. El circo estaba tan lleno que si una hormiga hubiese querido asistir al espectáculo habría tenido que hacerlo de pie. Saludé al público y exclamé:

—Hoy es una noche especial, la séptima. Vosotros sabéis lo

sagrado que es el número siete. Yo creo firmemente que el número siete es misterioso y místico, al igual que lo son los números tres, nueve, ocho, cuatro, cinco, dos, doce y trece. Todos estos números son bastante enigmáticos y desde un punto de vista místico sólo son superados por los números veintitrés, seis, mil novecientos y cuarenta y seis.

»Si alguien me pregunta por qué me acompaña hoy un papagayo, sólo puedo decir que los papagayos me han fascinado desde mi niñez por sus fantásticos colores. La primera vez que vi un papagayo fue en casa de mi tía Cecilia, la hermana de mi madre. Cuando mi tía tenía quince años se casó con un rico brasileño de origen árabe que había estado de visita en Morgana. Ella se fue con él a Brasil. Al cabo de treinta años regresó. Lo único que trajo de Brasil fue un papagayo llamado Coco y una historia trágica que, dicho sea de paso, solía contar de sí mismo uno de cada dos emigrantes indigentes.

»Se decía que tía Cecilia había sido muy rica en Brasil. Su marido era al principio tratante en ganado. Para contar sus vacas cuando pasaban en filas de a cuatro delante de él, tenía que permanecer sentado sobre su caballo desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde.

»De tanto estar sentado le salieron hemorroides, así que se puso a comerciar con azúcar hasta que murió de diabetes, al cabo de los años. Tía Cecilia transformó su fortuna en lingotes de oro y guardó en cajas todos los enseres de su casa, pieza por pieza, para transportarlo todo a Morgana. Para ello fletó un gran carguero. Ella era el único pasajero. El barco puso rumbo a Morgana. Poco antes de llegar a la costa, se fue de repente a pique sin que nadie supiese cómo ni por qué. Era una noche suave de verano. Tía Cecilia pudo salvarse con su papagayo Coco nadando hasta la costa.

»Nosotros la llamábamos "tía papagayo". Con su Coco había vivido miles de aventuras. Mi tía era guapa pero, para sorpresa de muchos hombres, sólo estaba enamorada de su papagayo.

»Más tarde se volvió loca por su culpa. Sólo repetía lo que decía el papagayo y pasó sus últimos días tratando de cruzar gallinas con papagayos.

»Obsesionada con la idea de criar la primera papagallina capaz de avisar a su dueño cuando pusiese un huevo, encerró a su

papagayo con cerca de diez gallinas en el corral. Ella confiaba en que cogiese el gusto a las gallinas y le proporcionase abundante descendencia. Para ayudarle un poco tiñó de rojo y de verde algunas plumas de las gallinas.

»Un mes entero dejo al papagayo en el corral de las gallinas. Cuando por fin le sacó de allí, estaba muy agotado y de momento durmió varios días y varias noches sin interrupción. Este agotamiento le hizo concebir esperanzas a mi tía, pero se equivocó completamente, pues el papagayo sólo estaba agotado porque había hablado ininterrumpidamente. Las gallinas no sólo sabían hablar después perfectamente el portugués con acento brasileño, sino que, y esto es lo verdaderamente extraño, podían contar la famosa historia de amor brasileña *Gabriela, clavo y canela* palabra por palabra, desde “En aquel año de 1925” hasta “Aquí termina la historia de Nacib y Gabriela, cuando renace la llama del amor de una brasa dormida en las cenizas del pecho”. El gallo ya no cantaba, sino que gritaba siempre a medianoche: “¡Ayayaya! ¡Bahiya!”.

»Los primeros polluelos parecían cumplir el sueño de la tía. Picoteaban el cascarón del huevo por dentro y decían con dulce acento portugués: “¡Quiero salir de aquí! ¡Quiero salir de aquí!”.

»Sin embargo, al poco tiempo el gallo volvía a cantar con su viejo quiquiriquí, las gallinas cacareaban como siempre y ponían huevos de los que salían polluelos que, con gran pesar de mi tía, ya no entendían el portugués. Las gallinas tienen mala memoria, eso puede ser a veces una bendición, pero no ayuda a aprender un idioma.

»Los papagayos pueden llegar a los doscientos años. Coco era todavía joven. Tía Cecilia decía que sólo tenía ciento treinta años. Pero no sólo había aprendido árabe en poco tiempo, sino que hablaba dos idiomas de unos pueblos indios desaparecidos de la región amazónica que sólo entendían algunos expertos.

»Cuando tía Cecilia cayó gravemente enferma siendo ya muy mayor, pasábamos mucho tiempo con ella. Sin que nadie se lo hubiese enseñado antes, el papagayo repetía continuamente: “¡Mi Ceci está enferma! ¡Pobre Ceci! ¡Pobre Ceci! ¡Coco está triste!”.

»Un domingo, un vecino de mi tía vino a casa y le comunicó a mi madre que su hermana había muerto. Nosotros fuimos corriendo a su casa y, aunque no se lo crean, el papagayo yacía muerto al lado

de su amiga. Y eso sí que no se lo había dicho nadie antes.

»No cabe duda de que los papagayos tienen mucho carácter y son muy inteligentes. No repiten todo lo que se les dice. Casualmente conozco una historia muy apropiada.

—¡Dios bendiga tus casualidades! ¡Dios sabrá de dónde las sacas! —dijo en voz alta una mujer vieja de las filas centrales. La gente se echó a reír.

—¿Cómo puedes recordar todas esas historias? —preguntó un hombre gordo de mejillas encarnadas.

—¡Ésa es otra historia! —contesté y todos se rieron. Mala me hizo una seña disimulada detrás de su marido.

—Bueno, como iba diciendo, conozco casualmente una historia que demuestra que los papagayos no dicen todo lo que uno quiere que digan. Es la historia del papagayo y el profesor.

»Nuestro actual presidente Hadahek es liberal. Muchos de vosotros no sabéis ya lo cruel que era el dictador Hadahek que gobernaba en los años cincuenta. Hasta su destitución fue un asesino despiadado. El miedo reinaba en el país.

»Tras su destitución, huyó al extranjero y lo que sucedió con él es una historia muy interesante que os contaré con mucho gusto algún día.

»Un profesor miedoso odiaba a aquel Hadahek y le insultaba en voz alta en su corazón y en voz baja en su habitación cien veces al día exactamente. Tenía el profesor dos tazas grandes, en una había cien guijarros, la otra estaba vacía. Antes de acostarse se sentaba en el borde de la cama y empezaba a maldecir cien veces a Hadahek. Para no maldecirle de menos por cansancio, cogía con cada “Dios maldiga al canalla de Hadahek” un pequeño guijarro de una taza y lo echaba en la otra.

»Resulta que este profesor tenía un papagayo que con el tiempo aprendió de memoria los insultos más vulgares contra el dictador y, para alegría del profesor, los graznaba por la mañana y por la noche. Un día, el director del colegio quiso visitar al profesor. Aquel director del colegio era leal al régimen y adoraba a Hadahek. No desaprovechaba ninguna ocasión para espiar a sus subalternos, incluso en sus casas.

»Naturalmente, la idea de la visita no entusiasmó al profesor. De buena gana habría propinado un puñetazo a aquel indeseable, pero

el miedo le hizo actuar como un entusiasmado anfitrión. A toda prisa ordenó su piso y lo limpió no sólo de cualquier publicación clandestina, sino del más mínimo rastro de la aversión que sentía por el gobierno. Escondió incluso los guijarros en un armario por temor a que las piedras hablasen y le delatasen. Sólo se olvidó del papagayo, hasta que llamaron a la puerta.

»Justo en ese momento el pájaro gritó claramente: “¡Muera el canalla de Hadahek!”. El profesor se puso lívido, pero ya no disponía de mucho tiempo. Y como no tenía una jaula y temía que el papagayo pudiese escapar, lo ató con una cuerda de tender la ropa y lo dejó colgando cabeza abajo en el vacío sujeto al alféizar de la ventana. Con un suspiro de alivio, abrió entonces la puerta. El director del colegio entró, dio una vuelta por la casa, dirigió miradas escrutadoras a la estantería de los libros y se sentó en el pequeño sofá del cuarto de estar debajo de la foto del dictador, que el profesor había colgado rápidamente en la pared.

»Cuando a altas horas el visitante abandonó por fin la casa, gratamente impresionado por las ideas políticas del profesor, éste estaba tan agotado del pesado vino y de tanto fingir que cayó en la cama como un saco de patatas.

»A la mañana siguiente, el profesor no oyó el despertador. De repente se despertó. Echó una mirada desesperada al reloj y vio que si quería llegar a tiempo al colegio tenía que salir corriendo sin desayunar ni afeitarse.

»En el camino de vuelta a su casa vio un gran retrato del dictador y en seguida le insultó en su corazón. Sólo entonces se acordó de su papagayo, que todavía seguía colgado del alféizar de su ventana al calor del mediodía. El profesor corrió a su casa, abrió la ventana y subió al papagayo.

»Durante horas el papagayo permaneció callado. El profesor le dio de comer la fruta y los frutos secos que aman los papagayos. Le sirvió agua fresca y se disculpó mil veces por haberle tratado mal. Pero el papagayo siguió sin decir una palabra durante toda la tarde y durante la cena.

»A altas horas de la noche, el profesor se fue a la cama, pero antes de dormirse insultó al dictador cien veces. Era una noche de verano calurosa y las ventanas estaban abiertas de par en par.

»Precisamente cuando el profesor estaba a punto de quedarse

dormido, oyó cómo el papagayo, que se había posado sin hacer ruido en el alféizar de la ventana, chillaba con fuerza: "¡Viva Hadahek! ¡Larga vida a Hadahek! ¡Viva Hadahek!".

»El profesor saltó de la cama y trató de hacer callar al papagayo, pero éste se posó en una antena de televisión cercana y gritó en el silencio de la noche: "¡Viva Hadahek! ¡Larga vida a Hadahek!".

»Por todas partes se encendieron luces y los vecinos gritaban al profesor que cogiese a su papagayo y que si quería tanto al presidente que se guardase su opinión.

»El papagayo estuvo hasta el amanecer dando vivas al dictador y después desapareció para siempre. A partir de aquel día todos tomaron al profesor por un soplón y le evitaron.

»Como he dicho antes, los papagayos no repiten todo lo que se les dice, como tío Tanius, el escribiente callejero, que tampoco escribía todo lo que exigían de él.

Durante veinte años había tenido su despacho
en la calle y día tras día había escuchado
y vivido las historias más fantásticas
Pero lo que le contó un mendigo
es una historia increíble que
mañana os contaré
gustosamente.

21
El perro
o por qué ninguna sociedad puede vivir sin mendigos



s increíble la desfachatez que tienen los médicos. Ayer decía el médico jefe que todo estaba en orden, hoy no ha venido, y su suplente quiere que me quede aquí tres días en observación. Y lo peor es que ni siquiera puedo excitarme, porque dicen que cualquier subida de la tensión podría dañarme el ojo.

De niño atraje varias veces a la muerte sin querer con la enfermedad, pero ahora reconozco que también he provocado algunas veces a la muerte personalmente con absurdas pruebas de valor. Una de las provocaciones más temerarias fue la búsqueda de la fuente del río Kalamun, que pasa por Morgana.

Un vecino me contó un día que hacía varios siglos la ciudad de Morgana había estado a punto de morir de sed. Sus habitantes invocaron a todos los santos, pero fue en vano. Sólo cuando un cura viejo pidió ayuda a la Virgen ésta descendió del cielo y con los

dedos de su mano derecha hizo brotar agua de una roca y así se salvó la ciudad. «Y aquel que bebe directamente el agua de la roca, no enferma en toda su vida», terminó su historia el vecino y nombró a algunos amigos de su difunto padre que habían probado el agua sagrada y no habían estado jamás enfermos. Mi madre se rió de él.

—Si uno cita sólo a testigos muertos puede contar incluso que un día abofeteó al sultán.

Yo no había cumplido aún los catorce años y mi hermano Fadi no había alcanzado los diez.

—Por qué no recorremos el río subterráneo hasta que veamos la mano de la Virgen, quizás nosotros también nos haríamos inmortales si bebiésemos el agua directamente de la roca —soñaba yo despierto al lado de Fadi, que para espanto de mis padres pensaba entonces día y noche en la muerte.

—¡Sí, cómo me gustaría ser inmortal! —exclamó él y vimos claramente que nos esperaba una aventura.

Llevamos con nosotros una pequeña cuerda de unos dos metros, una linterna y una minúscula navaja. En casa dijimos que nos íbamos a montar en bicicleta a la explanada que había delante de la puerta oriental. Estábamos de vacaciones y partimos por la mañana temprano después del desayuno.

Llegamos al manantial. Dejamos nuestras bicicletas atadas cerca de allí y esperamos un rato para que nadie pudiese observar cómo nos introducíamos en la roca a través de una grieta.

En aquella época había muchas casas que carecían de agua corriente. En cántaros y bidones metálicos se acarreaba desde el manantial la cantidad necesaria para el consumo diario y nadie derrochaba ni una sola gota de agua.

En la roca se abría, para nuestra sorpresa, una especie de caverna en cuyo extremo salía agua de la roca por un agujero situado a ras del suelo. Dentro se podía avanzar en cuclillas sujetando la linterna con la boca. Aquella galería era una especie de túnel de más de cincuenta metros de longitud. Luego, llegamos a un gran recinto de techo alto. Caminamos por el agua primero derechos, luego agachados y al final tuvimos que andar a gatas.

Gateamos y gateamos, a ratos sin luz, para no gastar las pilas. De pronto Fadi gritó:

—¡Enciende la luz, rápido!

Me volví hacia donde estaba mi hermano y encendí la linterna. Lo que vi me dejó aterrado. Nos hallábamos encima de una especie de acueducto de piedra. A la izquierda y a la derecha, el abismo abría sus fauces oscuras e infinitamente profundas.

—¡De repente había desaparecido la pared! —balbució Fadi horrorizado.

—¡No tengas miedo, en seguida llegamos! —dije señalando el final del riachuelo que salía de una roca. Gateamos muy despacio, ya que el suelo estaba ahora muy resbaladizo. Nos introdujimos por la abertura y llegamos a una cueva con luz. Allí estaba la fuente. El agua brotaba de más de veinte agujeros y realmente parecía como si un ser mítico hubiese hincado sus dedos en la masa rocosa antes de que ésta se secase. Aunque, a decir verdad, aquello no tenía nada que ver con una mano de la Virgen. Arriba del todo había una grieta por la que entraba la luz del sol. Pero nadie podía trepar por aquella roca lisa. Fadi estaba muy pálido.

—Quiero irme a casa —dijo conteniendo valientemente las lágrimas. A pesar de nuestra desesperación, bebimos un buen trago directamente de los agujeros que estaban situados bastante cerca del suelo.

—Ahora mismo volvemos —tranquilicé a Fadi.

Entonces quise encender la luz, pero la linterna ya no funcionaba. No había nada que hacer. Quizás le había entrado agua o se habían agotado las pilas. Así que teníamos que buscar el camino a tientas, en la oscuridad más absoluta. Fadi propuso atar con la cuerda mi pie a su brazo derecho. Pensaba que era nuestra salvación, pero yo me sentía como un prisionero. Entonces salí a gatas de la cueva y Fadi me siguió.

Despacio como tortugas recorrimos todo el camino de vuelta y, aunque ya hacía tiempo que habíamos dejado atrás el abismo, no nos atrevimos a andar derechos o a abandonar el curso del agua hasta que alcanzamos la última cueva y vimos que estábamos a salvo.

Mientras desatábamos la cuerda oímos voces airadas detrás de la grieta de la roca. Nos miramos y comprendimos que aquella gente nos quería pegar. Fadi sonrió de una manera tan maravillosa que todavía veo delante de mí aquella sonrisa astuta y resuelta.

—Vivos y libres o muertos y cautivos —me susurró. Aquélla fue

la frase más bonita que había inventado Fadi en su vida.

Nos dimos la mano y Fadi asumió el mando. Se agachó detrás de la grieta, contó en voz baja hasta tres y salió afuera dando gritos desaforados y agitando los brazos; yo le seguí gritando también como un demonio y dando patadas hacia todos los lados. Las mujeres y los dos policías que habían aguardado delante de la puerta retrocedieron asustados y nosotros escapamos corriendo a toda velocidad bajo una lluvia de piedras. No paramos hasta que estuvimos lejos del manantial. Entonces nos abrazamos aliviados y nos reímos a carcajadas hasta rodar por el suelo.

Cuando terminé de contar a Mala la historia de mi imprudente búsqueda de la fuente, se quedó pensativa. Le pregunté el motivo. Al principio no quiso hablar, pero cuando le pregunté por segunda vez dijo que mi recorrido por la cueva había sido una prueba de valor tan temeraria como aquélla en la que había perdido a su primer amigo Jatin. Mala me contó la siguiente historia:

—En realidad él se llamaba Jatindranath. Era un enano y yo tenía trece años y le adoraba. Decía que pronto, cuando fuese mayor, dejaría de amarle. Pero yo sólo quería amarle a él siempre. Actuaba con su hermano gemelo en el circo donde yo trabajaba también de niña, antes de irme con Amal y Shanti. Mi familia se dedica desde hace generaciones a la prestidigitación y a la magia. Un día el hermano de Jatin se murió de fiebre amarilla y su muerte afectó profundamente a Jatin, que empezó a beber. Yo era entonces una pequeña celebridad. Cuando Amal y Shanti me propusieron que me fuese con ellos, acepté con la condición de que admitiesen a Jatin en el circo, aunque no hacía otra cosa que vagar de un lado a otro borracho. Ellos se declararon conformes y yo me hice cargo de Jatin y confié en que se recuperaría en el nuevo circo. Pero él bebía cada vez más y no quería creer que le amaba. ¿Qué se puede hacer cuando el corazón de una persona está tan herido que ya no puede contener el amor, como no puede contener el agua un cántaro roto? Jatin bebía y bebía y todos se reían de él y le atormentaban.

»Un día que estaba borracho, unos hombres empezaron a burlarse de él y le llamaron cobarde. Jatin era tan pequeño y débil que no podía pegar a ninguno de ellos. Sólo le quedó una salida: demostrar su valor.

»En aquella época Amal y Shanti habían comprado un oso

enorme que les había costado mucho dinero. Los niños le querían, pero era difícil trabajar con él. Ni siquiera Santosh, el hombre más valiente de la India, quería acercarse al oso. De todos modos los osos, con su aspecto suave, parecen mansos. Pero es el animal más imprevisible, y a su lado los leones son gatos cariñosos. Además, tiene mala memoria y esos animales son los peores, porque no reconocen a los amigos. La gente del circo tampoco le quiere porque ataca de manera completamente inesperada. No echa las orejas hacia atrás ni enseña los dientes.

»Jatin quería demostrar su valor, y él era muy valiente, pero los hombres seguían burlándose de él hasta que dijo que no tenía miedo al oso. Entonces se metió en la jaula y, azuzado por el aplauso de sus acompañantes, atacó a la bestia. El oso le destrozó en seguida.

»El animal fue muerto a tiros en el acto. Amal tenía una ley de hierro: la fiera que mataba a un artista debía morir inmediatamente.

»Yo no me enteré de la muerte de Jatin hasta la mañana siguiente, y durante semanas estuve como aturdida, delirando y sin poder ingerir más que agua, pues antes de amarte a ti sólo amé a Jatin. Estaba completamente deshecha. Shanti y Amal me cuidaron como unos padres. Tres años más tarde me enteré de quién había empujado a Jatin a la muerte aquella noche. Ashok, mi marido, se encontraba entre ellos. Y entretanto yo me había casado con él y ya teníamos tres hijos.

Durante el relato de Mala, habíamos ido caminando a través de los campos hasta llegar a las inmediaciones del circo. Entonces nos separamos, ella se fue al circo y yo me volví y fui paseando muy triste y pensativo por la orilla del río.

Por la noche decidí contar una historia de mi tío Tanius, que había sido toda su vida un escribiente callejero y que me había regalado muchas historias. La más triste era la de la mujer que se había enamorado de las cartas de mi tío y la más ingeniosa la de Salam, el mendigo, y ésa fue la que rememoré para olvidar un poco las desdichas de Jatin y alegrarme un poco.

La búsqueda de un animal que encajase con mi tío Faris, que se había vuelto loco con la verdad, también fue infructuosa aquel día.

En el circo todo el mundo estaba trabajando. A lo lejos vi a Mala

con sus tres hijos. Me introduje en la carpa y observé a Amal, que estaba haciendo su ronda de todos los días. Noche tras noche el director del circo examinaba los aparatos, preguntaba por la salud de los animales y se dejaba informar de todo detenidamente. A la mañana siguiente daba instrucciones precisas sobre el aparato que había que pintar, reparar o renovar a fondo y, sobre todo, decidía qué animal no debía actuar. Y lo que él ordenaba se cumplía a rajatabla.

Aquel día me puse por primera vez mi nuevo traje de seda negro. Antes se lo había dicho a mi madre y ella vino ex profeso a la función para verme. Amal y Shanti la recibieron, la acompañaron a un palco como si fuese una reina y mi madre se sonrojó tímidamente.

El traje era muy elegante. Me lo puse cuando todavía no era de noche y fui corriendo a ver el cocodrilo. Sin embargo, éste meneó pesadamente la cabeza como diciendo que el traje le parecía regular. Después de la función mi madre me dijo bromeando que yo tenía el aspecto de una persona que asistía a un entierro.

Salí a la pista con un perro. Pertenecía a uno de los músicos y había viajado con el circo por todo el mundo haciendo de perro guardián.

El can buscó un sitio y se sentó. Yo saludé al público, que llenaba otra vez la carpa hasta la última fila.

—¡Damas y caballeros! ¡Estimado público! —dije—. Este perro es un auténtico ejemplar de raza —algunos se echaron a reír a carcajadas, pues el chucho no tenía aspecto de ello—. En serio, su dueño me ha asegurado que no existe una raza canina que no esté representada en él.

Todos rieron.

—Y si buscamos al mendigo entre los animales, nos encontramos con el perro —proseguí—. Él es el maestro más experto de este antiguo oficio. Últimamente los monos también están aprendiendo este arte, pero necesitarán mucho tiempo para alcanzar la astucia del perro. Ya su movimiento de rabo es una artimaña infame con la que ablanda el corazón de los humanos desde hace miles de años. Pero cómo se le ocurrió al perro esta artimaña en el arca de Noé es otra historia.

»Todos creen que conocen al perro, pero para la mayoría su

alma es un misterio. Ni siquiera está claro su origen. Con el mendigo ocurre lo mismo.

»Han existido y existen muchas sociedades humanas que no conocían a determinados animales, pero no ha existido ninguna sin perros. Los indios ignoraban, hasta la conquista de América, lo que era un caballo; los árabes no sabían hasta una época muy reciente qué aspecto tenía un oso polar, y las primeras jirafas que regaló en 1827 el soberano de Egipto a los monarcas de Inglaterra y Francia fueron recibidas en París y Londres como seres de fábula. No tengo noticia de que gatos, burros y cabras se hayan alojado jamás en los iglús de los esquimales. En cambio, los perros siempre.

»Muchas sociedades han carecido en determinadas épocas de numerosos oficios, pero nunca ha existido una sociedad, por pobre o rica que fuese, que no tuviese mendigos.

»Los perros han dividido nuestra ciudad en territorios, y si viniese un perro extraño a nuestra calleja, sería destrozado por los tres perros que mandan aquí. Los mendigos también dividen la ciudad en territorios para que ninguno se cruce en el camino del otro, pero a pesar de sus rivalidades los mendigos se informan mutuamente con señales secretas sobre los lugares donde pueden conseguir algo. Los perros también lo hacen cuando descubren un buen botín.

»Mi padre me contó la historia de un viejo rey que intentó por todos los medios librar a su capital de los perros vagabundos. Lanzó un ejército entero contra los perros y mandó capturarlos y matarlos a todos. Pero un día después de su exterminio total apareció un perro, a los pocos días fueron dos y al cabo de tres meses había otra vez perros delante de todos los restaurantes y de todas las carnicerías. La historia de este rey es triste, pues él también terminó de mala manera, pero ésa es otra historia.

»Nuestros gobiernos tratan desde hace cuarenta años de librar a Morgana de mendigos y perros para que los turistas no sean molestados. Todos han fracasado. Ahora nuestro gobierno se contenta desde hace dos años con echar a los mendigos de la capital poco antes de que llegue una visita oficial. Sin embargo, los mendigos lo averiguan más deprisa que la policía encargada de echarlos, y dos días antes de que comience la limpieza no se ve en Morgana un solo mendigo porque todos se toman unas largas

vacaciones hasta que termina la visita oficial.

»Mi tío Tanius, el escribiente callejero del que hablé ayer, está seguro de que, mientras haya vida en Morgana, habrá perros y mendigos. Él tiene que saberlo, pues se ha pasado toda su vida en la calle. Como en todos los oficios, también existen distintos tipos entre los mendigos: hay algunos que mendigan por pobreza y por sus enfermedades, otros porque nunca pueden o quieren trabajar de manera continuada, y sólo unos pocos, como Salman, ejercen la profesión por vocación.

»Salman era un hombre con experiencia que no quería demasiado a las personas, pero que sentía un placer especial en quitar el dinero a los transeúntes. No necesitaba observar a una persona más de diez segundos para saber cómo podía conmoverla para que le diera una limosna. A menudo hacía apuestas con mi tío Tanius y ganaba siempre.

»Los transeúntes sabían defenderse también con diversas mentiras: "¡Lo siento, ahora no tengo suelto!". Los mendigos principiantes se creían la excusa: "¡Yo puedo darle cambio, señor!", decían, poniéndose en evidencia. Salman escudriñaba al caballero o a la señora: "¡Gracias, volveré a estar aquí mañana, sería bonito que os acordaseis de mí!".

»Salman se había inventado una frase especial que gritaba detrás de uno de los tacaños más incorregibles, de manera que incluso éste se paraba de vez en cuando y le daba una piastra: "¡Dios te libre de lo que tengo que ver y comer todas las mañanas!". El tacaño no sabía que todas las mañanas, antes de salir, Salman comía miel y miraba una moneda de oro.

»Salman era cristiano el domingo, en Pascua y Navidades y sobre todo cuando había vino. Era musulmán el viernes, en las noches del Ramadán, en la fiesta del sacrificio y en la fiesta del cumpleaños del profeta Mahoma. Y judío el sábado, en el año nuevo judío, en el rosh ha-schana, en el jom kippur y en el pessach. Todos los lunes aparecía maravillosamente peinado y afeitado a pesar de su ropa pobre, porque ese día salían a pasear muchos peluqueros y quería complacerlos. Delante de la universidad citaba profusamente a los filósofos y poetas famosos, y el día del mercado era un campesino arruinado que había perdido su familia y su hacienda. Mendigaba en El Cairo con la misma discreción que en Beirut o en

Amán. Y mi tío contaba que donde más ganaba Salman era en la Riviera, en Atenas y en Gran Canaria en otoño. Los mendigos no tienen patria, las calles de la tierra son su hogar —concluí mi relato.

El público aplaudió. En una esquina sonó de repente un coro que se propagó como una ola por todo el circo:

—¡Otra historia! ¡Otra historia!

Complacido, me dispuse a satisfacer el deseo de mis oyentes.

—Salman, damas y caballeros, conoció un día a un mendigo aún más viejo y experto que él y decidió asociarse con éste. El viejo mendigo estaba harto de correr detrás de la gente y de estar expuesto a los rigores del frío y del calor. Durante un paseo descubrió una cabaña abandonada cerca de Morgana y le vino la idea de erigir un sepulcro para un santo. Así que se instaló en la cabaña, la reparó de arriba abajo y la encaló. Y como el trabajo era excesivo para él solo contó sus planes a Salman, que todavía era joven y fuerte. Entre los dos buscaron unos huesos viejos y podridos de cordero, los enterraron en medio de la choza y construyeron encima un sepulcro. Esa noche nació el profeta Yunan ben Adnan y los dos pícaros se morían de risa pensando en las especialidades de aquel profeta de época prejudía, precristiana y preislámica. El profeta curaba de todas las enfermedades a los adeptos de todas las religiones, solucionaba sus problemas financieros, educativos, familiares y matrimoniales.

»Antes de que hubiese transcurrido una semana, llegó el primer visitante a la santa tumba. Éste contó que su abuelo le había hablado del profeta Yunan. Hizo un donativo y pidió a los dos religiosos que rezasen por él. Ellos quemaron incienso, rezaron hasta que el hombre se fue a su casa y luego se abalanzaron sobre el dinero.

»Cada día venía más gente en busca de ayuda y consuelo del nuevo santo Yunan ben Adnan. Y cuando de cien visitantes se curaba uno, le tocaba la lotería o recibía por fin una carta de su hijo desaparecido en América, el benefactor no era otro que Yunan. Hasta la prensa llegó a ocuparse del tema. Los restantes noventa y siete casos no interesaban a nadie.

»Un día vino una mujer. Salman estaba solo. Ella le regaló un cordero y él prometió que rezaría al santo para que se hiciese justicia a su marido en el juicio que le esperaba. Salman vendió el

cordero pero no le dijo nada a su socio.

»Unos días después vino la mujer decepcionada a la tumba, pues su marido había perdido el pleito. Esta vez sólo estaba junto a la tumba el segundo tramposo, que no sabía nada del cordero. Así que tranquilizó a la mujer y la mandó a casa. Cuando Salman regresó, su socio le pidió explicaciones. Pero Salman dijo que no había visto ningún cordero.

»—¡Jura que no me has engañado! —se enfureció el viejo tramposo.

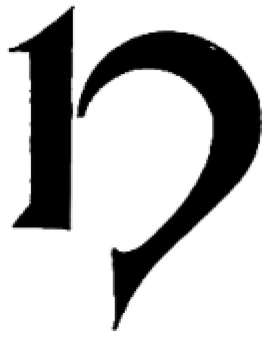
»—¡Te juro por san Yunan que no he recibido ningún cordero!

»—¡Oye! —gritó el tramposo—. ¿Estás jurando por los huesos del maldito cordero que enterramos juntos? ¡Largo de aquí o te envío con san Yunan!

»Y entonces aganó su bastón para pegar
a Salman, pero éste salió volando
más deprisa que un
gorrión.

22

El gato o por qué se debe insistir en que una sandía sea roja



aturalmente, yo no podía contar en el circo todas las historias que conocía. Me habría gustado hablar de mi tía María, que siempre había sido misteriosa, callada y valiente como un gato. Pero aparte de esto no sabía mucho de ella.

Mi admiración nació el día en que, a mis diez años, decepcioné amargamente a mi padre. Aquel caluroso día de verano, le apetecía una sandía de postre y se le hacía la boca agua cuando pensaba en la carne dulce y fresca de esa fruta. Antes de darme el dinero, me preguntó si sabía cómo se escogía una sandía. Yo le dije que sí, precipitándome un poco porque no quería decepcionarle, y él accedió a que fuese a comprar una. Cuando llegué al puesto de las sandias pedí ingenuamente al vendedor que escogiese una sandía

especial para mi padre.

Con cara de asco, mi padre apartó la fuente después de partir la sandía. No estaba madura. En lugar de ser roja y dulce, era blanca, estaba salpicada de manchas verdes y no sabía a nada. La tiramos a la basura. Las sandías son frutas traicioneras: por fuera son todas iguales y al abrirlas se lleva uno la sorpresa. Claro que eso no les ocurre a los entendidos, que toman la sandía en una mano, pegan la oreja a la corteza como si tratasen de escuchar una conversación en su interior y luego le dan unos golpecitos con los nudillos de la otra mano. El que tiene práctica y un oído fino puede distinguir tres ecos distintos: uno para la sandía dulce y roja, otro para la harinosa, casi podrida, y un tercero para la blanquiverde inmadura. Mi padre me lo había explicado más de diez veces y yo fingía cada vez que lo había comprendido. Pero lo cierto es que nunca oía la diferencia.

Para los compradores inseguros existía aún otra posibilidad. Iban al puesto de las sandías y pedían una sandía calada. En este caso, la sandía costaba un poco más, pero el vendedor corría un riesgo, ya que nadie compraba sin haber echado antes una mirada escrutadora al interior de la sandía y, en cualquier caso, sólo se llevaban una que fuese roja y jugosa. Cuando la sandía era blanquiverde, blanquecina o incluso rosa, el vendedor tenía que echarla a las ovejas o a los burros.

Pero resulta que los vendedores de sandías no eran propietarios de tiendas, sino campesinos que llevaban a Morgana toda su carga en un camión, la vendían en unos pocos días y luego regresaban al campo. Solían ser hombres gigantescos, corpulentos y de respiración dificultosa. No tenían la elocuencia de los comerciantes de Morgana y temían las ágiles lenguas de los morganos. Por eso se irritaban aún más cuando alguien trataba de regatear con ellos.

Cuando vi lo decepcionado que estaba mi padre, que desapareció sin postre y malhumorado en su habitación y se echó a dormir una siesta, rompí mi hucha, cogí las tres liras que había ahorrado piastra a piastra y corrí una vez más al puesto del melonero. Esta vez quería estar completamente seguro, esta vez la sandía tenía que ser dulce y de color rojo oscuro.

Cuando llegué al puesto vi que el vendedor tenía muchas sandías malas o simplemente mala suerte. El cliente que estaba delante de mí era un oficial y los campesinos siempre han tenido un

miedo especial a todos los uniformados. El oficial se dejaba calar una sandia detrás de otra. Tres eran de color rosa. Sólo la cuarta salió roja y, naturalmente, el oficial sólo pagó ésa, la cogió sin dar las gracias y se marchó. El campesino maldijo en voz baja a la madre del oficial y se volvió hacia mí. En la mano llevaba un cuchillo grande y afilado.

—Qué, ¿te gustó mi sandía? —preguntó, y vi sus grandes dientes amarillos por encima de mí.

—No, estaba blanca y la tiramos a la basura, por eso quiero ahora una que esté completamente roja. Quiero una sandía grande y roja, calada, por favor.

El vendedor cogió una sandía, le dio unos golpecitos, escuchó y volvió a dejarla en su sitio, y yo compadecí al pobre cliente que comprase esa sandía por ahorrar un poco y se llevase un chasco al abrirla.

—¡Aquí tenemos una bien hermosa! —me sacó de mis reflexiones la voz del vendedor. Acto seguido empuñó su cuchillo y en un abrir y cerrar de ojos hizo una cata en la sandía y sin soltar el cuchillo apretó la sandía contra mi nariz y dijo echándome su repugnante aliento—: Maravillosamente roja, ¿verdad?

Yo eché una mirada a la abertura, pero el interior era indiscutiblemente de color rosa pálido.

—¡No está roja! —dije en voz baja.

—¿Que no está roja? —me gritó—. ¿Te estás burlando de mí? —descargó sobre mí toda la ira que había acumulado con el oficial—. ¡Habráse visto el descaro del niño! Esto es una sandía roja y aquí cualquier imbécil cree que puede robarnos a nosotros los campesinos, ¿es que no existe la justicia?

—Pero, señor, es verdad que no está roja —le supliqué. Un hombre que estaba detrás de mí, al parecer de origen campesino, me agarró de la camisa.

—A la gente de la ciudad le divierte reírse de los honrados campesinos. ¡Anda, mira bien! —dijo con una sonrisa amenazadora. El vendedor apretó un poco la sandía por ambos lados de manera que la abertura se ensanchó por un instante. Rosa, sin lugar a dudas.

—¿Está roja o no? —rugió el campesino ahora también con una sonrisita. Yo sacudí la cabeza, pero del susto no pude hablar—. ¡Y

ahora me pagas dos liras y te largas!

El hombre que tenía detrás no me soltó hasta que saqué las piastras del bolsillo y pagué al vendedor veinticinco. Veinticinco veces sentí un pinchazo en el corazón.

—El muy granuja debe de haber limpiado alguna caja. ¡Has visto cómo paga sólo con calderilla! —dijo el vendedor al tiempo que escogía una sandía para su ayudante voluntario. Yo me senté un par de calles más lejos, en el bordillo, y me puse a llorar desesperado. No sólo había perdido mis piastras, el mundo entero se me había venido abajo.

No sé quién envió a mi tía María. De repente apareció delante de mí.

—Querido Sadik —dijo suavemente—, ¿qué haces aquí con este calor? ¿Y por qué estás llorando?

Y como solía hacer siempre, tomó mi cabeza entre sus pálidos brazos y besó mi frente. Yo le conté la historia de las dos sandías.

—Ven, enséñame a ese bruto, tal vez necesite un par de bofetadas que completen su educación —dijo, y yo sentí un miedo terrible por ella. Pensé que el campesino la amenazaría con su cuchillo. Ella ya estaba entonces muy enferma.

Mi tía echó a andar con paso rápido y yo iba corriendo detrás indicándole el camino. El vendedor de sandías estaba sentado como un sultán encima de una caja y tomaba el té que acababa de preparar en un infiernillo.

—Esta sandía no está roja, te ruego que te la quedes y le des al chico otra sandía, que esté roja —dijo tía María sin alzar la voz.

—Vete a tu casa, mujercita, y mándame a tu marido —respondió el campesino sin moverse del sitio, y siguió sorbiendo su té ruidosamente.

—Yo no me voy a ninguna parte. Esta sandía no está roja y si tú confundes los colores no deberías vender sandías sino cemento.

—Mujercita, vete a casa o si no… —trató de amenazar el vendedor.

—¡Descarado, yo no soy «mujercita» —le bufó tía María—, pero espera aquí si eres valiente, que en seguida vuelvo!

Yo me sentía muy orgulloso de tía María, a la que el vendedor gritó, lleno de furia, «¡puta!» cuando ya nos íbamos. Fuimos corriendo a la comisaría de policía. Allí el oficial de guardia estaba

durmiendo su siesta, pero tía María insistió en hablar con él. Como habíamos interrumpido su sueño, vino dando gritos destemplados que se oían ya de lejos, pero con mi tía estuvo sumamente cortés, examinó la sandía y meneó la cabeza.

—Acompaña inmediatamente a la señora —ordenó a un oficial adormilado— y dile al vendedor de sandías que le dé otra, roja, si no lo denunciaré por estafa, aparcamiento indebido, etcétera. ¿Entendido?

—¡Sí, señor! —contestó el policía y, maldiciendo a todos los vendedores y ladrones del mundo, salió con nosotros a la solana. Las calles estaban desiertas. Nuestros pasos resonaban en las paredes. Sólo un par de perros famélicos y escuálidos merodeaban en aquel calor sofocante.

El vendedor de sandías se puso pálido cuando divisó al policía, que iba resoplando de rabia. De repente sólo podía hablar entrecortadamente y con un movimiento rápido extrajo una gran sandía que el policía, mi tía y yo pudimos examinar detenidamente. Era de color rojo oscuro y desprendía un aroma maravilloso.

Loco de alegría llevé la sandía a casa y, de tanta alegría, olvidé darle las gracias a mi tía María. Mi padre se quedó asombrado cuando mi madre sacó de la nevera la sandía, que era dulce como la miel, y la partió en dos mitades.

Unas semanas más tarde tía María murió de leucemia.

Por desgracia, yo no sabía de ella mucho más que esta pequeña historia y que le gustaban los gatos. De mi madre averigüé que tía María tenía alma de gato y que no había en el mundo nada que odiase más que las órdenes. De pequeña contenía incluso la respiración cuando alguien le ordenaba, para gastar una broma, que respirase. Los gatos no obedecen órdenes a pesar de que llevan tres mil años tratando con el hombre. A ver quién es capaz de imitarlos.

Pero yo no quería elogiar a los gatos en el circo, porque Fadi y yo habíamos sufrido una vez una dura derrota infligida por un gato Cómo sucedió es una pequeña historia.

Dos o tres meses antes de la llegada del Circo India, encontré un mirlo herido cuando iba paseando con Fadi por la orilla del río. De niño me fascinaban todos los pájaros negros y me habría gustado tener un cuervo, pero mis deseos horrorizaron a mis padres y capturar un cuervo en el campo no era nada fácil. Así que me hice a

la idea de que aquel mirlo era un cuervo y un regalo del cielo. En seguida fuimos a ver a nuestro vecino, el empleado de correos Elías, que sabía mucho de pájaros. El vecino curó y puso una venda al mirlo, luego nos dijo lo que debíamos darle de comer y nosotros le trajimos tantas lombrices y otros manjares que pronto perdió la desconfianza y empezó a comer de nuestras manos. El mirlo daba saltitos por la casa y dormía en un cobertizo de madera. Pero arrastraba las alas y todavía no podía volar.

Un día vine del colegio y subí las escaleras corriendo para dar de comer a nuestro mirlo. Entonces vi un gato sentado cerca del cobertizo lamiéndose las patas. Presentí que algo malo había ocurrido y entré corriendo en el cobertizo, cuya puerta no se podía cerrar del todo, y me encontré con un espectáculo aterrador. Por todas partes había sangre y plumas negras. Yo estaba fuera de mí de rabia. Esperé a que llegase Fadi del colegio y en el descansillo de la escalera le conté la catástrofe que había ocurrido señalando al gato, que seguía sentado en el muro limpiándose después de su almuerzo. Mi madre había ido a ver a tío Gibran y se había llevado a Sahar.

—El gato tiene que morir —sentenció Fadi, y yo me declaré conforme y fijé el lugar de la ejecución: nuestra sala de estar, para que no se enterasen los vecinos. El gato no pertenecía a nadie y merodeaba como muchos otros gatos por todos los tejados de la ciudad, pero no había nada que odiasen más nuestros vecinos que la muerte de un gato.

Por suerte encontramos restos de pescado del día anterior en la nevera. Fadi se escondió detrás de la puerta entreabierta y yo fui atrayendo paso a paso al desconfiado gato hasta que entró en la sala de estar; entonces Fadi cerró la puerta rápidamente. El gato estaba atrapado.

Acordamos torturarlo y luego matarlo, y como nunca habíamos torturado a un gato ni a ningún otro ser, decidimos, tal como lo habíamos visto en una película, darle primero unos latigazos. Como no teníamos látigo, Fadi se quitó el cinturón, se lo enrolló alrededor de la mano y lo sacudió en el aire. El efecto era bastante impresionante.

—¡Gato! ¡Reza tu última oración! —imitó Fadi al héroe de una película del Oeste. Pero aquello no pareció gustarle al gato. Antes de que se produjese el primer golpe, soltó un bufido a Fadi y se

subió, Dios es mi testigo, por la pared lisa hasta la ventana que había por encima de la puerta. A partir de ese momento la catástrofe siguió su curso.

Sobre la ancha repisa de esta ventana semicircular que corona muchas puertas en Arabia y deja entrar la luz en las habitaciones, mi madre colocaba, como la mayoría de las vecinas, su colección de óleos valiosos y raros.

Nos quedamos lívidos cuando el gato, espantado, derribó las dos primeras botellas que contenían aceite etéreo. Fadi trató de atrapar en el aire las botellas, pero eso asustó aún más al gato, que arrojó al suelo otras dos botellas con óleo bendito de Jerusalén.

—¡Atrás! —grité, y Fadi rodó como en las películas de guerra hasta donde yo estaba.

—Tenemos que abrir la ventana que da a la calle para que salte afuera —propuso Fadi.

Abrimos la ventana, nos alejamos todo lo que pudimos y esperamos sin movernos. El gato permaneció todavía un rato encaramado a la repisa, luego saltó a la ventana y desde allí cinco metros hasta la calle, justo cuando salía nuestro vecino Elías por la puerta montado en su bicicleta. El gato cayó directamente encima de su espalda, maulló como un demonio, le arañó salvajemente, dio un brinco y salió corriendo como alma que lleva el diablo.

Elías, que no necesitaba un gato en la nuca para sostenerse mal encima de su enorme bicicleta, dio con su cuerpo en el suelo y la bicicleta encima de él. Maldijo a la madre de los culpables.

—Ésta es una señal del fin de los siglos —rugió, colocándose su gorra—, la gente empieza arrojando sus gatos por la ventana y termina tirando también a su abuela.

Historias de gatos no me faltaban, pero de tía María y su alma de gato, nadie, ni siquiera mi madre, sabía más que había contraído a los diez años «aquella enfermedad», como por superstición llama la gente al cáncer.

A Mala le gustó lo que había contado de los gatos, y me aconsejó que inventase cualquier historia de mi tía María y llenase con ella una velada, pero yo me negué.

Para mentir de una manera verosímil
hay que conocer exactamente la
verdad sobre la que se miente.

Ni el amor ni la buena
voluntad bastan.

23

Faris
o cómo se puede exagerar
con todo


omo si las guiase una mano mágica, las actuaciones y las tareas de montar y desmontar los aparatos en la pista se realizaban sin problemas. La música armonizaba con la actuación de los artistas y de los animales. No faltaban los contratiempos, pero cada vez eran menos importantes.

Cuando sonaron las fanfarrias anunciando la actuación de Amal y su hermano, el cocodrilo Nirmal, respiré aliviado, pues hasta el último momento nadie estaba seguro de que pudiese actuar el cocodrilo. Durante seis días Nirmal no se había encontrado bien y no había probado bocado y Amal había empezado a preocuparse por su hermano. Pero ahora salían por fin a la pista caminando alegremente, el cocodrilo Nirmal con las patas separadas y Amal radiante de alegría.

El cocodrilo realizó su número de siempre. Dio unas vueltas por

la pista y bufó a los espectadores de la primera fila, mientras la gente chillaba más por diversión que por miedo.

Luego Amal abrió de par en par las mandíbulas del cocodrilo y metió la cabeza dentro de la boca de su hermano. Muchos espectadores gemían con este número, aunque era uno de los más inofensivos. Porque cuando uno abre la boca de una fiera y rebasa un ángulo determinado, el animal se queda sin fuerza en la mandíbula y no puede morder. Pero parece muy peligroso.

Santosh, el domador, no introducía nunca la cabeza en la boca del león por la sencilla razón de que la boca del león, como la de todas las fieras, tiene un olor espantoso.

El número con el cocodrilo siempre tenía éxito. El público respiraba aliviado cuando Amal sacaba la cabeza de las fauces de la bestia. Eso también es circo, hacer que lo fácil parezca difícil y lo difícil fácil.

Después, el director del circo puso al cocodrilo boca arriba y le pasó una vez la mano por el vientre. De repente el cocodrilo se quedó rígido como un muñeco de plástico. Una mujer del público exclamó: «Eso lo voy a probar esta noche con mi marido».

Los espectadores rieron y mis pensamientos volvieron a aquella tarde en que Mala se encontraba junto al cocodrilo y temía por su vida. Estábamos con varios artistas alrededor de la jaula. Todos parecían querer contar historias de cocodrilos. Historias terribles, de las que no he podido olvidar una sola. Sólo mucho más tarde comprendí por qué estaban todos aquellos artistas reunidos alrededor de la jaula contando historias de cocodrilos. Ashok, el marido de Mala, empezó a contar la primera historia:

—Un brahmán que vivía en la India atraía todos los días con su llamada a los cocodrilos del río, que salían a la orilla y se colocaban alrededor de él con las bocas abiertas hasta que les daba de comer restos de carne, y en cuanto él quería volvían al agua. Los cocodrilos obedecían al brahmán como si hubiesen sido sus perros.

»Los habitantes de los pueblos y de las ciudades de alrededor creían en el brahmán y le nombraron juez supremo de toda la región. Cuando en un pueblo alguien era acusado de haber cometido un crimen, el brahmán le hacía atravesar el río y volver. Los cocodrilos del río debían juzgarle. Si regresaba sano y salvo, era inocente. Pero a menudo los acusados eran devorados por los

insaciables cocodrilos. Sin embargo, cuando en diez años alguno regresaba ileso, la comunidad de los creyentes se veía confirmada en su fe y alababa al brahmán por la justa salvación de un inocente. Los cocodrilos del lugar eran, por lo tanto, completamente dóciles y sumisos con el brahmán. Un día los llamó y todos vinieron y escucharon sus palabras, todos menos uno. Éste se dirigió directamente hacia el santo y le devoró. Aquel cocodrilo acababa de llegar río abajo procedente del norte. Se quedó asombrado de que los otros cocodrilos no le disputasen su presa y se pusieran a llorar. El cocodrilo extranjero se sintió incómodo en aquel lugar, se metió rápidamente en el agua y prosiguió su viaje hacia el sur.

Hasta la sensible Mala, que temblaba cada noche cuando oía un ruido debajo de la roulotte, disfrutó contando la historia de los defensores de una ciudad que habían empleado cocodrilos contra los sitiadores. Y describió la matanza con tanto detalle que estuve a punto de irme de allí asqueado. Pero la proximidad de Mala era demasiado valiosa para mí y soporté la cruel descripción.

Ganseh, el domador de elefantes, contó una historia espeluznante de unas lavanderas que habían sido devoradas una tras otra por un cocodrilo que, escondido entre los juncos, había atraído a las mujeres imitando el gemido y el llanto de un niño. No, no quiero contar esa historia.

Mucho más tarde comprendí que los artistas habían curado al cocodrilo con sus historias. Nirmal era, después de todo, el hermano del director del circo y entendía el lenguaje humano, pero no podía hablar debido a su reducido cerebro. Sólo los jugos gástricos influyen, animan o entristecen el cerebro de los cocodrilos. Eso lo sabían los indios que contaron a Nirmal aquellas hazañas de los cocodrilos para estimular sus jugos gástricos, vigorizar sus nervios y darle ánimos. Estuvieron rivalizando con esas historias tan crueles para los humanos hasta que el cocodrilo Nirmal volvió a abrir los ojos. Entonces todos los presentes se rieron contentos y volvieron a sus trabajos. Y cuando vi a Nirmal en la pista al lado de Amal, comprendí lo sabio que había sido el tratamiento.

—Buenas noches, damas y caballeros, querido público —saludé aquella noche a mis oyentes—. Después de una larga búsqueda, vengo sin animal porque, aparte del hombre, no ha existido jamás en el reino de la fábula o en la tierra un animal capaz de volverse

loco con la verdad. Sólo el hombre posee esa capacidad. Todos los animales de la Tierra y de las fábulas son veraces, pero su verdad es una necesidad, como el aire, el agua, la reproducción y el alimento.

»Sin embargo, mi tío Faris enloqueció realmente con la verdad. Cómo sucedió es una historia larga que, no obstante, espero que os resulte entretenida.

—¡Lo conseguirás! ¡Un aplauso! —exclamó un hombre.

—Tío Faris —comencé mi historia— era un hombre difícil. Desde pequeño se preciaba de amar la verdad e irritaba así a su familia.

»Durante treinta años repitió que amaba sólo y exclusivamente la verdad, y cuando venía a visitar a sus padres un tío lejano por el que no sentían mucho afecto y al que sólo recibían una vez cada diez años, el hijo desaparecía como si le hubiese picado una tarántula. Los padres tenían que mentir por culpa suya para ocultar el comportamiento hostil de su hijo. Más tarde sus padres se quedaron aliviados cuando se casó con una mujer inteligente. Pero tío Faris no se volvió más sabio sino aún más obstinado en su amor a la verdad.

»Una noche tío Faris se fue pronto a la cama y no tardó en quedarse dormido. Entonces se le apareció la Verdad. Era una mujer vieja con la cara llena de cicatrices y el pelo gris y enmarañado.

»—Faris, despierta y sígueme, así no molestaremos a tu mujer —dijo.

»Mi tío se levantó y siguió a la vieja. Ella fue a la cocina, encendió la luz, sacó la botella de arrak de la nevera y la dejó medio vacía de un trago.

»—¿Quieres un poco? —preguntó.

»—No, gracias. No bebo nunca. Las cinco botellas que hay en la nevera las hemos comprado porque el domingo celebramos una fiesta. Yo no bebo nunca —contestó tío Faris.

»—Te asusta un poco mi aspecto, ¿verdad? —retomó la mujer la palabra. Tío Faris asintió con la cabeza.

»—¿Qué esperabas? ¿Una mujer hermosa de brazos suaves? ¡Precisamente vengo de un interrogatorio donde se tortura a la gente en nombre mío!

»—¿Y todas esas heridas? —se asombró tío Faris.

»—Son las grandes mentiras de la historia, con las que se atenta

en nombre mío contra las personas y su dignidad. Las tres heridas más profundas que ves aquí me las causaron en nombre del amor, de la libertad y de la justicia. Todos los días maldigo a las personas que no dejan que se curen mis heridas y las abren cada vez que sale el sol. Y ahora escúchame bien para que no digas que no te he avisado. Somos noventa y nueve hermanas y estamos siempre al lado de las personas aunque no repitan día y noche que nos aman como haces tú, que eres un pesado. Pero cuando alguien nos quiere poseer, sólo posee a una de nosotras, las otras noventa y ocho le abandonan para siempre. ¿Quieres poseerme a pesar de todo?

»—No me asustas. Sólo te amo a ti, pues para mí sólo existe una verdad —contestó tío Faris decidido.

»En lugar de alegrarse de aquella declaración de amor, la Verdad meneó la cabeza con resignación.

»—Dentro de un par de días querrás deshacerte de mí —suspiró, vació la botella, la puso encima de la mesa de la cocina y sacó una segunda botella de la nevera—. ¡Y luego —prosiguió— me maltratarás y odiarás!

»—¡Jamás en la vida! —exclamó tío Faris.

»La Verdad apuró la segunda botella.

»—Te penetraré de manera que todo tu ser dirá sólo la verdad. ¿Quieres eso?

»—Eso es lo que siempre he deseado —dijo tío Faris, y vio cómo la mujer se esfumaba en el aire. De pronto sintió que la cocina empezaba a dar vueltas delante de sus ojos. Su cabeza se volvió más pesada que una rueda de molino y ya no pudo siquiera arrastrarse hasta la cama. Cayó al suelo y pronto se quedó dormido.

»Cuando su mujer se despertó a la mañana siguiente, echó de menos a su marido. Le descubrió debajo de la mesa de la cocina, examinó desconfiada las dos botellas de arrak vacías y se quedó asombrada de su marido, que siempre decía que no bebía.

»—¡Faris, Faris! —le llamó preocupada. Entonces él se despertó y su mujer juró que había visto en seguida la locura en sus ojos. Olía intensamente a alcohol—. Buenos días, ¿qué te ocurre? ¿Qué hacías durmiendo debajo de la mesa?

»—¡Pero qué fea eres! —contestó tío Faris indiferente. Ésas fueron sus primeras palabras—. Y tu olor de boca me aturde desde hace diez años.

»Su mujer se quedó perpleja, pero tío Faris no podía tenerse en pie, caminó con paso vacilante hasta su cama y durmió un día entero. La mujer llamó al jefe de la fábrica textil estatal y avisó de que su marido no podía ir a trabajar porque sufría una extraña fiebre. Luego recogió las botellas, indignada por las ofensas que había tenido que escuchar de tío Faris.

»A la mañana siguiente, su marido se despertó a la hora habitual.

»—¡Hay que ver qué gorda estás! ¿Siempre has sido así? —la saludó nada más levantarse.

»—Todavía estás borracho. Ayer recogí dos botellas de arrak —contestó ella con un cierto desdén.

»—No fui yo, sino la Verdad. Ella tuvo que emborracharse para olvidar lo que se hacen unas personas a otras en su nombre.

»—Tú te has vuelto loco —dijo su mujer estremeciéndose.

»—¡Loco! —exclamó mi tío entusiasmado—. Nunca he estado más cuerdo, pero he regalado mi lengua a la Verdad.

»—¿Regalado a la Verdad? Creo que voy a llamar a mi hermano. ¡Tú te quedas en la cama! Él te aprecia y, si le digo que desde ayer no te encuentras bien, vendrá rápidamente —dijo la mujer con calma.

»—Tu hermano me importa un bledo. ¡Menudo médico! Ni siquiera los carniceros le aceptarían en su gremio. Si figurase el número de muertos en las puertas de los médicos, como en la China antigua, no volvería a visitarle jamás un paciente.

—¡Ésa sí que es una idea maravillosa! ¿Pero será verdad? —preguntó un hombre viejo desde las gradas. Algunos espectadores se rieron.

—Naturalmente que es verdad, ¿no conocéis la historia del emperador chino que estaba enfermo?

—No, cuéntala, por favor —gritaron varios espectadores.

—A un emperador chino —empecé— le llegaban muchas quejas sobre los médicos y sus chapuzas. El emperador consultó largamente con sus sabios y luego promulgó un decreto imperial que obligaba a todos los médicos a escribir con letra grande y clara junto a sus puertas el número de muertos que habían causado. Los médicos murmuraron, pero tuvieron que obedecer. Pronto aparecieron por todas partes las cifras claramente legibles y los

pacientes pudieron saber, antes de entrar, a lo que se exponían.

»Al cabo de algunos años había médicos que ya tenían números de tres cifras junto a sus puertas. A sus consultas sólo acudían los que estaban cansados de vivir y los miopes, pues entonces no existían todavía las gafas.

»Un día cayó enfermo el propio emperador y envió a sus criados en busca del médico que tuviese el menor número de fallecidos. Y he aquí que los criados encontraron a un médico que todavía no había causado la muerte de ningún paciente. Le pidieron que fuese rápidamente a ver al emperador enfermo y aseguraron a su soberano que le habían traído el mejor médico. Éste parecía muy inseguro, palpó al emperador con manos temblorosas y le atendió durante muchos días hasta que recuperó sus fuerzas y le dio las gracias.

»—Has estado magnífico. Ya me encuentro bien, pero ¿cómo es posible que todavía no tengas ningún muerto sobre tu conciencia?

»—Alteza imperial, vos habéis sido mi primer paciente —contestó el médico.

El público aplaudió lleno de júbilo.

—Pero volvamos a mi historia. Tío Faris gritó a su mujer:

»—Si aquí se hiciesen las cosas como en la China, tu hermano se moriría de hambre. Pero como vivimos en Arabia, puede escribir encima de su placa todas las mentiras del mundo. ¡Especialista de Oxford, París y Berlín! ¡No te digo! Y además tampoco me gustan tus padres, son más falsos que los mendigos que pordiosean delante de la mezquita y, cuando nos visitan, se me revuelve el estómago. Tu padre, ese hipopótamo…

»—¡No se te ocurra mentar a mis padres con tu sucia boca! —le interrumpió su mujer, y sin cambiarse de ropa se fue corriendo con sus hijos a la casa de sus padres.

»Tío Faris se levantó silbando. Sentía un cierto alivio en el corazón. Tomó café con toda la tranquilidad, cogió su cartera y bajó las escaleras.

»—Que tengas una mañana feliz y venturosa —le saludó un vecino. Un peluquero sumamente amable que siempre parecía estar feliz y que metía las manos en todas las intrigas.

»—¿Me deseas una mañana feliz y venturosa? ¡Anda, déjate de tonterías! Tú sólo estás deseando que me resbale en alguna parte y

me rompa la cabeza, ¿y por qué? Porque dejo que tu enemigo me corte el pelo. ¿Y por qué? Porque no es tan falso como tú. Tu lengua es tan empalagosa que se me queda pegada a la garganta.

»—¡Pero por Dios, señor vecino! ¡No debes decir esas cosas! El señor Adnan sólo te ha saludado amablemente —intervino una vecina que acababa de pedir prestadas diez libras al peluquero.

»—Estoy harto de mentir —contestó tío Faris—, y antes de decirme a mí lo que debo hacer, deberías dejar de vivir tú de prestado. Y más vale que tu marido me devuelva las veinte libras que le presté hace tres meses en lugar de pasar el día en el café jugando a las cartas con niños pequeños a los que pervierte y esquilma.

»—¡Oh, que Dios paralice tu desvergonzada lengua! Nosotros somos gente honrada —dijo la mujer en voz alta—. Sin embargo, a la gorda de tu mujer y a ti os evitan hasta los mosquitos para no envenenarse con vuestra sangre —añadió furiosa y desapareció en su habitación dando un portazo.

»Tío Faris trabajaba en la contabilidad de una fábrica textil estatal. Cuando llegó allí sus colegas le preguntaron por su enfermedad. Que había estado perfectamente sano y que su mujer había mentido, dijo con desfachatez y, de paso, hizo saber claramente a cada colega lo que había pensado de él en aquellos años. Cuando llegó la pausa del mediodía, había conseguido que ningún colega le dirigiese ya la palabra. A primeras horas de la tarde, la secretaria le comunicó que su jefe deseaba hablar con él sobre los balances de beneficios.

»—¡Balances de beneficios! Ahora va a ver ése lo que es bueno —dijo en voz alta y corrió al despacho de su jefe. Éste se quedó perplejo cuando mi tío le gritó a la cara que no estaba dispuesto a colaborar en las mentiras del año anterior. La fábrica tenía millones de pérdidas todos los años y un departamento entero se dedicaba a falsear continuamente las cifras para que, al final, la dirección pudiese presentar beneficios al gobierno. Éste sabía, sin embargo, que todo era mentira. Y entonces mi tío dijo vociferando que los trabajadores sólo fingían que trabajaban y que el gobierno pagaba con dinero de papel que no tenía ningún valor. ¡Un círculo de mentiras! Lo mejor era que la firma cerrase lo antes posible. Su jefe sólo sacudía la cabeza y despidió inmediatamente a mi tío.

»A partir de ese día, tío Faris se peleó con todos los vecinos, con las autoridades, los curas y los jeques. Cada vez estaba más solo y amargado. Y cuando su vecino, el peluquero, le denunció por insultar al dictador Hadahek, nadie movió un dedo por él aunque muchos odiaban al dictador, al que nuestra prensa y los libros de texto actuales llegan a calificar de asesino y del que hablaré más adelante.

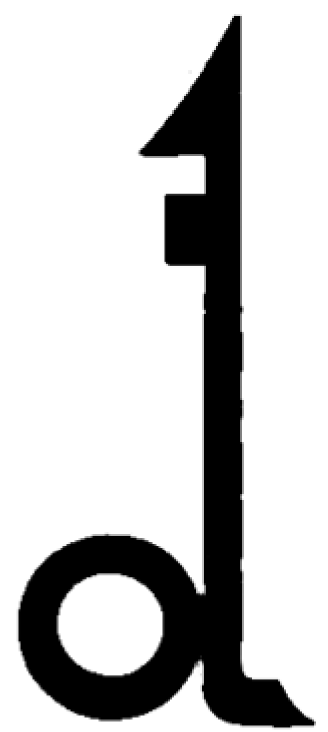
»Como iba diciendo, tío Faris fue detenido. Cuando le llevaban al edificio de la policía secreta sintió mucho miedo por su vida y decidió no decir nada, pero su lengua no le obedeció. Estaba enajenada y obsesionada por la Verdad. Los oficiales que le interrogaron se quedaron asombrados de la franqueza de su prisionero, pues sin darle siquiera las habituales bofetadas y patadas que propinaban a todos los detenidos antes de que dijesen una palabra, tío Faris hablaba como un torrente. Contó casi con regodeo que odiaba al dictador Hadahek y que tenía ganas de retorcerle el cuello.

»La policía le metió en la cárcel y le golpeó, y la gente contaba que un fuerte golpe en la cabeza le había vuelto loco. Su mujer afirmaba, sin embargo, que la noche en que había bebido dos botellas de arrak para ahogar sus penas había sufrido un ataque cerebral. Sólo Dios sabe lo que había sucedido exactamente. Al cabo de unas semanas, la policía secreta le envió a casa. Era un hombre acabado. A partir de entonces padeció manía persecutoria y vivió retirado hasta su muerte.

»Pero basta ya de tristezas, os
prometo que mañana os
contaré una historia
alegre.

24

La cabra o cómo cambian los tiempos



ios mío, cómo cambia todo! La enfermera me ha contado que en realidad era maestra, pero que no encontraba trabajo. Antes había que buscar a los educadores con lupa.

Pero ni ella es enfermera ni esto que me ha traído es leche. Esto es agua con yeso. La leche es otra cosa. O al menos era otra cosa en la época en que tío Nadim recorría todavía las calles de Morgana.

Tío Nadim, un primo de mi madre, poseía, además de un bonito bigote, cuarenta cabras. Durante veinte años condujo sus cabras todas las mañanas por las calles de Morgana y vendió su leche delante de las puertas de sus clientes. Y como no sólo era extremadamente limpio y generoso, sino que la leche de sus cabras sabía aún a los ricos pastos silvestres, los habitantes de nuestro barrio sólo le compraban a él y durante muchos años hablaron de él y de sus cabras con admiración.

Él era un hombre pequeño y nervudo y tenía el bigote más bonito del mundo. Tío Nadim vivía solo en un pueblo próximo a Morgana. De pequeño me gustaba cuando llegaba a nuestra calle con sus cabras rojizas y se ponía a vocear muy bajo «leche, leleche, leleleche». Lo recuerdo perfectamente. Él llegaba siempre un cuarto de hora antes que el vendedor de moras, que pregonaba su mercancía amontonada sobre una gran tabla de madera redonda. Las moras tenían mucha aceptación como refresco para el desayuno.

Las moras eran también un emblema de Morgana, y en muchos países árabes la gente soñaba con las jugosas moras de Morgana. Pero la prosperidad y la riqueza no venían de las moras sino de las hojas de su árbol. Éstas alimentaban a los gusanos de seda, que proporcionaban los codiciados hilos a la antiquísima industria de seda del país. La seda morgana había conquistado incluso algunas casas reales de Europa. Los vendedores de moras desaparecieron de las calles de Morgana poco después que las cabras, pues los árboles fueron talados. Los pequeños campesinos no podían competir con la avalancha de seda procedente de Japón. Pero ésa es otra historia, yo quería hablar de tío Nadim.

Cuando llegaba a nuestra callejuela, las mujeres y los niños estaban, todavía en camisón, esperando con jarras y fuentes junto a los portales. Tío Nadim saludaba y preguntaba por los padres y parientes. Conocía a todos los vecinos de la calle y a menudo asistía a las bodas y a los entierros y festejaba y lloraba con los habitantes de nuestro barrio. Cuando llegaba a la puerta de un cliente, silbaba entre dientes y las cabras se detenían. Entonces elegía a una de ellas

y la ordeñaba delante de los ojos del cliente, luego pasaba la leche por un colador dejándola caer a chorro y medía la cantidad en un recipiente de metal resplandeciente.

A mediodía regresaba a la pradera con sus cabras, cuyas ubres se bamboleaban vacías y lacias como globos desinflados.

A pesar de las continuas recomendaciones de nuestra familia, tío Nadim nunca quiso casarse. Tampoco quiso poseer nunca más de cuarenta cabras y tres machos cabríos. Año tras año vendía los cabritos a buen precio, ya que sus cabras eran famosas por su excelente leche. Nunca se deshizo de las cabras viejas, las cuidaba cariñosamente en su establo hasta que se las llevaba la muerte. Tío Nadim era un vegetariano fanático y detestaba a los carniceros.

«Él quería tener nada más que cuarenta cabras», contaba mi madre, «se reía de los que le aconsejaban que ampliase su rebaño y contratase pastores para poder disfrutar libremente de su tiempo. Tío Nadim desconcertaba a sus familiares con su risa sonora y contestaba que él ya era libre y que sólo los dementes podían ser más libres».

Ésa era una leyenda popular que se solía contar de los pescadores, pastores y vendedores de fruta felices y sencillos, y que posiblemente se atribuía el propio Nadim. Pero él vivía contento. Nunca pasaba hambre ni frío, pero sus cuarenta cabras exigían mucho trabajo y cuidados. No en vano la gente llama hijas del diablo a las cabras. Sin embargo, tío Nadim tenía siempre tiempo para pasear, para visitar a tío Gibran o a nosotros y sobre todo para cuidar su bigote.

Un día el gobierno prohibió la venta ambulante de leche fresca. La razón por la que se cumplía con tanto rigor la nueva norma, hasta el extremo de que los policías andaban por la mañana temprano a la caza de las cabras por las calles de Morgana, no se sabía exactamente. Algunos aseguraban que el presidente Hadahek quería dar gusto a los franceses dando a Morgana un rostro más occidental. Para ello tenían que desaparecer las cabras. Una segunda historia, un poco más verosímil, decía que el hermano del presidente había comprado doscientas vacas lecheras holandesas, llamadas popularmente «bombas lecheras». A cambio, el ministerio de agricultura le había regalado una central lechera búlgara automatizada. Los miles de litros de leche tenían que ser vendidos.

Pero a los morganos no les gustaba la leche embotellada y decían irónicamente que era «leche prisionera» y que debilitaba. Tío Nadim también difundía ese rumor de puerta en puerta y pronto los expertos del ministerio de sanidad tuvieron que comparecer en la televisión para demostrar con tablas de valor nutritivo que la leche de las vacas holandesas era muy sana.

Al principio todas estas actuaciones consiguieron lo contrario de lo que se proponían, hasta que el gobierno echó de las calles por la fuerza a las cabras. Entonces la población se pasó a regañadientes a la botella de leche.

Poco importaba cuál de las dos historias se acercaba más a la verdad, el caso es que tío Nadim tuvo que separarse de sus cabras, ya que estuvo a punto de que se las confiscasen cuando recorrió con ellas las calles de Morgana haciendo por segunda vez caso omiso de la prohibición. Vendió, pues, a sus queridas compañeras a un comprador del norte y con el dinero de la venta compró un pequeño piso cerca de nuestra casa.

Aquel día tío Nadim se quitó su ropa árabe y se vistió como un hombre de ciudad. Una semana más tarde, se afeitó el bigote. Su aspecto era ahora extremadamente desnudo, delgado y desvalido.

De todos nosotros, a quien más quería tío Nadim era a mi prima Josefina. La trataba como si fuese su hija, y Josefina pasaba más tiempo con él que con sus padres. Para tía Rosa y tío Gibran aquello era una pequeña ayuda. Tenían que alimentar a nueve hijos y tío Nadim se alegró mucho de poder ocuparse por fin de alguien después de que le hubiesen quitado las cabras. Él crió a Josefina y más tarde le dejó todos sus bienes. Tío Nadim vivió sin embargo muchos años y pudo alegrarse el corazón con el primogénito de Josefina, que llevaba su nombre.

No sé si fue una casualidad, pero al mismo tiempo que desaparecieron las cabras de las calles, orientalistas venidos de todo el mundo llenaron de repente las calles de Morgana. Supuestamente habían venido por nuestro interés y querían observarnos. Nada era para ellos valioso o sagrado. Querían saberlo todo, cómo llorábamos a los muertos y lo que hacíamos en la noche de bodas, cómo comíamos y cómo bebíamos, cómo cantábamos y bailábamos y por qué no hablábamos como lo exigían las reglas gramaticales. Investigaban lo que hacíamos en nuestro tiempo libre y por qué no

nos íbamos de vacaciones. Ni siquiera nuestros mendigos se libraron de su curiosidad.

Una multitud de ayudantes conocedores del lugar, trabajadores y sobre todo discretos, hacía falta para ese ejército de orientalistas.

Cuando Nadim se quedó sin trabajo, conoció casualmente
al orientalista alemán Schirrmacher, que acababa
de llegar y que simpatizó con el pacífico y
silencioso pastor. De este Schirrmacher
y de mi prima Josefina hay
mucho que
contar.

25

El burro
o por qué Tarzana abandonó Morgana



ué mala suerte. No puedo comunicarme con mi amigo de Tania. ¿Podré enviarle un telegrama desde el hospital? Ya veremos.

Pero ahora pasemos a la historia que cuenta por qué tío Nadim, que no tenía hijos, envió a Josefina a Alemania para vengarse del orientalista Schirrmacher.

Tío Gibran y tía Rosa tenían ocho hijos y una hija. Sólo la hija

era sumamente inteligente de nacimiento, los hijos eran unos infelices. Todos se convirtieron en buenos padres de familia y en artesanos. Josefina desempeñaba una cátedra, pero no en su propio país, valiéndose de alguna oscura relación, sino a tres mil kilómetros de Morgana, en Alemania. Cuando se hablaba de Josefina no se solía emplear su verdadero nombre, sino el de Tarzana, porque Josefina era ya de niña no sólo inteligente, sino fuerte como un oso. Pero para contar bien la historia tengo que empezar desde el principio y hablar del trabajo que realizaba tío Nadim para el orientalista alemán Schirrmacher, pues ahí comenzó la historia de Tarzana.

Cuando yo trabajaba en el Circo India pensaba que el burro era el ser que más se parecía al orientalista Schirrmacher, para el que había trabajado tío Nadim durante quince años. Yo, como la mayoría de los habitantes de las ciudades, no tenía experiencia con los burros. Sin embargo, era lo bastante altivo como para considerar al burro la criatura más necia de Dios y utilizar su nombre solamente como insulto.

Pero a pesar de mi ingenuidad, aprendí de Hussein, el domador de caballos, un pequeño truco con el que conseguí que el burro se pusiese a dar coces cuando oía el nombre «Schirrmacher», como si rechazase cualquier comparación con él. El público se reía y yo pedía cada vez disculpas al burro.

Por desgracia, tardé demasiado en darme cuenta de lo injusto que había sido con el burro. Mi primo Miguel no sólo me contó numerosas anécdotas sobre las ingeniosas artimañas de su burro, que no era aficionado al trabajo, sino también sobre su capacidad para aprender. Pues un burro que ve una vez un hoyo o una zanja en un camino evitará para siempre ese lugar aunque haya sido ya tapado y nivelado.

Como decía, los burros son, en contra de su fama, animales listos, modestos y agradecidos. De todas esas nobles virtudes, Schirrmacher no poseía ninguna.

Si al principio aquel orientalista había sido tímido y amable cuando tío Nadim le llevaba de casa en casa para presentarle a nuestra familia numerosa, y se ruborizaba cada vez que alguien elogiaba su pésimo árabe, no tardó en convertirse con el tiempo en un sabelotodo que despreciaba a todo el mundo. Pronto no se

conformaba ya con tratar a tío Nadim como a un esclavo, sino que pretendía poner a su servicio a toda la familia. Al principio muchos de nosotros le ayudábamos de manera ingenua y bondadosa, pero luego fue mi madre la primera en rebelarse contra aquel hombre molesto y arrogante que invadía nuestras casas día y noche. Así que le echó a la calle. Dos días después, tía Rosa siguió su ejemplo y no habían pasado tres meses cuando, Schirrmacher y sus diez colaboradores europeos, no podían entrar ya en ninguna casa de nuestra parentela.

Sólo tío Nadim lo aguantaba todo. Paciente como un burro sirvió durante quince años a ese necio engreído. Más tarde contaría lo odioso que había sido aquel Schirrmacher, que no sólo exprimía a las personas hasta sonsacarlas los secretos más íntimos y sagrados, sino que había robado rollos de escrituras antiquísimas y obras de arte impagables de más de dos mil años de antigüedad y las había enviado en secreto a Europa. Tío Nadim le ayudó a cometer esos crímenes. Ninguna oveja entregaría el cuchillo al carnicero, pero a veces los hombres son más tontos que las ovejas.

Casi al mismo tiempo que desaparecieron las cabras de las calles de Morgana, sufrió el país una terrible inflación. Nuestro dinero carecía de valor frente a las monedas extranjeras, de manera que en el mercado negro se llegaban a pagar cuarenta liras por un marco.

Cerca de donde nosotros vivíamos había un restaurante que servía los platos más maravillosos y exquisitos de Morgana. Por un dólar un orientalista americano podía comer allí con postre de frutas y moca árabe. Pronto el personal sólo atendía amablemente a los orientalistas y a los turistas, a nosotros sólo nos gruñían cuando encargábamos humildemente un té.

Schirrmacher dispuso pronto no sólo de mi tío Nadim, que hacía de guardaespaldas, agente, contrabandista y confidente, sino también de un chófer, dos mujeres de la limpieza y tres recaderos. Todo el personal le costaba la ridícula suma de ciento setenta marcos al mes. Los alemanes no le retiraron de su puesto hasta que descubrieron que Schirrmacher también abastecía a coleccionistas americanos y a museos ingleses cuando éstos pagaban más. De un día a otro Schirrmacher perdió todos sus cargos. Pero eso ocurrió mucho después.

Cuando todavía vivía en Morgana y se dejaba abrir la puerta de

su coche como un aristócrata, le interesaban, además de los hallazgos arqueológicos, los iconos y los rollos de pergamino, sobre todo las historias que trataban de la vida de las familias árabes. Especialmente le gustaban los relatos de aquellos hombres que le contaban de Oriente lo que él deseaba escuchar.

En el barrio se sabía que Schirrmacher, al igual que muchos otros orientalistas franceses, ingleses y americanos, se entusiasmaba con historias como: «Mi padre se casó con siete mujeres y por la noche ellas tenían que bailar hasta que elegía a una, pero en el fondo él sólo amaba a su caballo. Todas las mujeres, salvo mi madre, eran maltratadas a diario porque sólo le daban hijas». Le contaban cientos de historias parecidas, y a juzgar por lo que decían aquellos mentirosos, no existía en Morgana una sola persona normal. La gente recibía un marco como pago por un relato, y así procuraban conseguir nuevas historias.

Schirrmacher seguía sacando, sin embargo, el mayor provecho de tío Nadim, que le servía de manera leal y discreta. El alemán le regalaba los más modernos aparatos electrodomésticos, que mi tío nos mostraba orgulloso y que vendía pronto por mucho dinero, ya que él no los utilizaba. Y como llevaba cada vez más a menudo a mi prima Josefina a casa de los Schirrmacher, ella aprendió del matrimonio y de sus hijos a hablar perfectamente el alemán. Los hijos de Schirrmacher hablaban el árabe sin acento y todos los querían en el barrio porque eran rubios y tenían los ojos azules. Muchas mujeres embarazadas apretujaban a estos niños siempre que podían y deseaban con los ojos cerrados tener bebés que tuviesen el mismo aspecto.

Para nuestra sorpresa, tío Nadim perdió poco a poco el respeto a Schirrmacher y empezó a despreciarle y a hablar mal de él. Schirrmacher se dio cuenta y le aumentó el sueldo a casi treinta marcos al mes. Pero él ya estaba harto. Sólo tenía un objetivo: que Josefina se fuese a Alemania, estudiase a los alemanes y publicase un gran libro en Morgana para vengarse de los orientalistas.

Con el dinero que había ahorrado en aquellos quince años abrió una pequeña frutería que pronto gozó de una excelente reputación. También se dejó crecer otra vez el bigote, que ya estaba gris. Vivía ya sólo para Josefina.

Josefina no sólo era la única hija inteligente de mi tío Gibran,

sino también la única que había salido a él. De niña era fuerte, tenía ojos grandes y negros y cejas pobladas. Era, como su padre, sumamente valiente. Sólo peleaba con los chicos. Las niñas, también las mayores, eran demasiado débiles para ella. Un día vi cómo cinco chicos no podían sujetarla en el suelo. Ella se los quitó de encima y empezó a repartir bofetadas. No dio más que una botetada a cada chico, pero fue suficiente para que aquellos muchachotes corriesen a sus casas llorando.

En aquella época el cine se había convertido en una auténtica pasión de los jóvenes. Nosotros veíamos varias películas a la semana, árabes y extranjeras. También las películas de Tarzán eran muy populares, aunque estaban mal hechas y mal ingeniadas. El blanco Tarzán pegaba a los malvados negros hasta que éstos se rendían. Los leones se convertían en vegetarianos y en animalitos dóciles en cuanto se sometían a Tarzán. Lo curioso es que, además de los leones, también se dejaban someter los elefantes y las águilas; el único que no colaboraba era el cocodrilo. Éste acechaba con ojos traicioneros, y en cuanto Tarzán metía un pie en el agua el cocodrilo no veía en él más que un apetitoso desayuno.

Nosotros solíamos reírnos en el cine de las mentiras exageradas de las películas de Tarzán, donde los africanos sólo sabían decir «humba, humba, gagalumo». Tarzán tenía que traducir a los otros blancos lo que habían dicho supuestamente los negros. Pero he de reconocer que, por mala y burda que fuese la mentira de las películas, en el cine me sentía como en otro mundo. Cuando salía de la sesión de la tarde todavía era de día en la calle. Necesitaba en la luz deslumbrante algunos minutos hasta orientarme otra vez en la vida de la ciudad.

A Josefina la llamábamos la Tarzana por su fuerza y su combatividad. Como era una niña, no podía ir con nosotros al cine y yo le tenía que contar las películas escena por escena y repetirle algún episodio durante los días siguientes. Ella me quería mucho y decía que yo era quien contaba mejor las películas. Un día le describí cómo gritaba Tarzán en cada situación importante «AAAA-EEYA-AA-EEOOO». Tarzana me preguntó intrigada por el motivo. «Sabes», le dije con aire significativo, «eso le da valor porque siempre ataca a varios enemigos al mismo tiempo».

Tarzana repitió el grito en voz baja, me pidió una nueva

demostración y luego exclamó: «¡AAAA-EEYAAA-EEYAA-EEOOO!». A partir de entonces lanzaba siempre aquel alarido antes de abalanzarse sobre los chicos. Pronto se convirtió en la protectora de todas las chicas del barrio, asumiendo así, más bien, el papel de una Zorra vengadora. Algunas chicas se divertían acusando a otros chicos sólo para que Tarzana les propinase una paliza.

Esta niña impetuosa dejó, sin embargo, de pelearse de un día a otro. La enviaron a un colegio distinguido, empezó a llevar vestidos elegantes y se puso más esbelta. Yo no la veía desde hacía un mes. De pronto vino a vernos y estuvo sentada delante de nosotros tímidamente como su padre e igual de callada que él. Hoy pienso que entonces nos amábamos, pero no nos atrevíamos a hablar de ello.

De repente me parecía tímida y distante. En el barrio la echábamos mucho de menos. Su súbita desaparición dejó un hueco que nadie pudo llenar. No sólo yo, también los otros muchachos notaron mucho la falta de Tarzana.

Cuando terminó el bachillerato, Tarzana se fue a Colonia y estudió Sociología e Historia. Ella fue la primera mujer de nuestro barrio que viajó sola a Europa. En Colonia realizó investigaciones profundas sobre la sociedad alemana y tuvo la suerte de tener de guía a un erudito sabio y afable.

Los estudios de Josefina fueron publicados en Morgana en forma de libro bajo un título equívoco. En Alemania el libro se titulaba escuetamente *Usos y costumbres de los alemanes desde una perspectiva extranjera*. Ella me lo dedicó a mí y a los muchachos del barrio, y debajo de la dedicatoria no puso Josefina, sino Tarzana.

El editor árabe quiso que el libro causase sensación y eligió el título llamativo de *Tarzana en el país de los bimbos rubios*. Y el libro se convirtió en un best-seller. Tarzana describía en él la vida de los alemanes. El libro era divertido y estaba bien escrito. Pero, en el fondo, yo ya conocía el contenido de antemano. El motivo era el siguiente: A la semana de haberse ido Tarzana, recibí una carta de Alemania. Remitente: Josefina. Todavía recuerdo hoy todas sus cartas textualmente, pues las releía a diario hasta que llegaba la siguiente.

«Querido primo», escribía, «¿te acuerdas de que hace años me

llamabais Tarzana? Bueno, pues ahora vivo entre alemanes y, aunque te cueste creerlo, apenas saben alemán y hablan como Tarzán. “Tú marchar. Todo en orden. Yo hoy trabajo, mañana estación”».

Durante todos aquellos años se indignaba en sus cartas de que muchos académicos no supiesen si Morgana se encontraba en Asia o en África. Pero Tarzana sabía defenderse bien de la ignorancia.

Un día la invitaron a un congreso importante donde tenía que pronunciar una conferencia sobre la situación de la mujer árabe. El congreso se inauguró con un banquete. Tarzana estaba sentada al lado de un hombre que la miraba fijamente sin decir una palabra. Cuando trajeron el champán ella bebió de su copa con agrado.

«¿Glubglub bueno?», preguntó el hombre. Tarzana asintió con la cabeza. Luego trajeron la comida. Tarzana probó un bocado.

«¿Ñamñam bueno?», se interesó su compañero de mesa. Tarzana asintió de nuevo. Después de la comida un profesor pronunció el discurso inaugural e inmediatamente después fue invitada la doctora Josefina Baladi a subir al estrado. Josefina era una oradora extraordinaria. Pronunció un discurso apasionado en defensa de la mujer árabe y en contra de la marginación y los malos tratos. Cuando terminó, recibió un gran aplauso. Tarzana volvió a su sitio, miró a su atónito compañero de mesa y le preguntó: «¿Bla bla bueno?».

Nos escribimos cartas durante una década y a través de ellas me llegué a hacer una idea bastante exacta de Alemania.

Años después fui a visitarla. Ya daba clases en la universidad. Pero, en contra de lo esperado, no aguanté a su lado más de una semana. Mi prima era la impaciencia en persona, siempre estaba con prisas y corría de una cita a otra. Regresé al poco tiempo y de esa manera seguí unido a ella amistosamente.

Las cartas engañan a menudo y muchos no escriben con su alma y su propia mano, sino con la de la persona encantadora que desearían ser. Pero ésa es otra historia.

Aquel martes por la noche conté un montón de cosas de tío Nadim y de Schirrmacher. De Tarzana no pude hablar mucho porque por entonces ella todavía iba al colegio.

Los espectadores del circo se reían, sobre todo cada vez
que yo pellizcaba ligeramente la oreja del burro y

éste empezaba a dar coces para quedarse
seguidamente quieto, casi
petrificado, a mi
lado.

26

El doble
o por qué la imagen reflejada
nunca es idéntica al original



quel día Mala estuvo llorando largamente; de repente, se le saltaron las lágrimas cuando terminé de hablar de mi tristeza. Ella también se dio cuenta de que nuestra separación no sería tan sencilla. Cuando luego volvió a reírse yo también me sentí aliviado. Le expliqué la sabiduría de mi abuela, la tigresa, y Mala quiso que a partir de ese día la llamase tigresa.

Mi abuela echaba siempre un poco de sal a las berenjenas recién cortadas, las dejaba rezumar un rato y luego las secaba y freía.

—¿Por qué echas sal a las berenjenas? —pregunté a mi abuela.

—Porque así la berenjena llora y, como las personas, pierde su amargura después de las lágrimas —contestó.

Mala tuvo que darse un poco de prisa, pues quería ir con su marido Ashok al bazar. Pero acordamos que un día yo le enseñaría las viejas callejuelas de Morgana.

Regresé al circo un poco más tarde que ella. Pero no tenía ganas de hablar con nadie y me fui al campo de deporte que había cerca de allí y que, con el calor del mediodía, solía estar vacío. Pero aquel día jugaban algunos jóvenes al fútbol. Eran indios y árabes, pero se entendían perfectamente —maldecían, reían y discutían como vecinos—. Todos conocían las reglas del juego.

Desde hace algún tiempo los juegos de todo el mundo son parecidos y las reglas no cambian con el tiempo ni con las costumbres de cada país. El fútbol se juega hoy en Suecia de la misma manera que en Japón y Tanzania. Eso era diferente cuando yo era pequeño. Entonces cada barrio jugaba de otra manera.

¿Cómo puedo explicar que he vivido dos épocas en Morgana? Dos épocas diferentes, sucesivas e irreconciliables. No se las puede definir exactamente y, sin embargo, cada una es radicalmente distinta de la otra.

Yo llamo a esas dos épocas: la época antes de la desaparición de las cabras de las calles de Morgana y la época de después.

Los muchachos del campo de deporte jugaban con la misma alegría y discutían y gritaban igual que nosotros, pero no conocían al comodín de todos los juegos de pelota, un elemento obligado en la época anterior a la desaparición de las cabras en las calles de Morgana. El comodín consistía en uno o varios niños demasiado pequeños para intervenir en un juego pero que, a pesar de todo, querían jugar. Podían acompañar a los mayores al campo, y corrían y jugaban apasionadamente con un equipo o con sus adversarios, disparaban los balones a diestro y siniestro, se reían, se empleaban a fondo y siempre eran aceptados y tratados con cariño porque no pertenecían a ninguno de los dos equipos. Sus goles no contaban, pero ellos jugaban, cambiaban de bando y se reían contentos creyendo que estaban jugando al fútbol, y todos se divertían con los comodines. Cuando las cabras desaparecieron de las calles por orden del gobierno, desapareció el comodín de todos los juegos de pelota.

Entonces también había pobreza, pero muy poco petróleo. Pero cuando desaparecieron las cabras, se descubrió petróleo por toda Arabia y la miseria fue terrible. Morgana sólo había conocido la miseria pasajeramente cuando había epidemias, guerras o épocas de sequía, pero ahora la miseria se había instalado de manera

permanente y los barrios pobres surgieron delante de Morgana el día después de que desapareciesen de las calles las cabras.

Antes de la desaparición de las cabras en las calles de Morgana no había conservas de carne. Los árabes comían, viajaban, se casaban, se morían y tenían hijos, hacían la guerra y firmaban la paz siempre de acuerdo con las estaciones del año. La conserva de carne fue la primera destrucción de la armonía entre el hombre y las estaciones. Pues se podía adquirir en cualquier época. La verdura inodora e insípida de los invernaderos que se extendió más tarde sólo fue la continuación de la destrucción, la sucesora de la carne en conserva.

Las primeras conservas de carne venían de América y muchos vecinos se hacían cortes terribles al abrir aquel invento diabólico, pues las primeras latas tenían una chapa dura como los automóviles antiguos. Un viejo cazador cogió su escopeta y destrozó una lata a tiros después de intentar abrirla durante media hora con su viejo cuchillo.

Después, los argentinos trajeron su corned beef que tuvo buena aceptación, pero luego los chinos invadieron el mercado con latas más baratas. Entonces estalló una guerra secreta entre las conservas, una guerra en la que se emplearon todos los medios. Los adversarios no retrocedían ante el soborno, el sabotaje, ni el robo de almacenes enteros de latas de carne. Los americanos empezaron a perder terreno, pues los chinos lanzaban sus latas al mercado a precios irrisorios. Los representantes de las firmas americanas y argentinas recurrieron entonces a un truco sucio. De repente corrió el rumor de que la carne de las latas chinas no era sólo carne de vaca, sino que estaba mezclada con carne de cerdo. Los chinos reaccionaron de una manera tan genial que todas las demás firmas les imitaron después. «Esta carne de vaca», decía en árabe la etiqueta de la lata, «ha sido elaborada respetando las leyes y las normas islámicas».

Esto es, naturalmente, una pura y absoluta mentira. Según la ley islámica, al sacrificar la res, el carnicero tiene que decir en árabe «¡bismillah arrahman arrahim!» y tiene que existir la garantía de que la res sacrificada ha sido desangrada. ¿Se imagina alguien que todo eso ocurra en una fábrica de carne china? Pero, como decía antes, esta mentira fue tan perfecta que todavía figura hoy encima

de todas las latas de carne que llegan a Arabia.

Antes de que desapareciesen de las calles las cabras, se podían oír en las calles de Morgana diversas lenguas y dialectos que eran en parte antiquísimos, pero muchas de aquellas lenguas antiguas desaparecieron con las cabras. Sólo se oía un árabe cuyo rostro iba quedando tapado progresivamente por palabras inglesas y francesas, y un día un idiota propuso que se escribiese el árabe con caracteres latinos para apartar el último obstáculo que nos conducía al progreso. Que no me pregunte por lo tanto nadie por qué me gustan las cabras y por qué me manifesté yo solo ante el palacio del presidente en favor de su vuelta a las calles de Morgana. Aquel día me detuvieron y el oficial que me interrogó se rió cuando le hablé del amor que sentía por las cabras. Él era hijo de un campesino del norte que había venido a Morgana por una historia de amor, amaba también a las cabras y en el fondo me admiraba en secreto, pero ésa es realmente otra historia.

Estaba muy cansado, y cuando llegué a casa me eché a dormir una hora. Luego me fui al circo. Al atardecer, las personas parecían más alegres bajo las luces multicolores de los puestos y los tenderetes. Deambulé entre los puestos, comí aquí un poco, bebí allí un té y oí que la gente contaba que varios barcos rusos se dirigían hacia Morgana y que se esperaba su llegada en pocos días. Uno de los hombres dijo que se trataba de una noticia confidencial que había escuchado a través de la radio israelí.

La diversidad de cosas curiosas que ofrecía nuestro mundo me causaba siempre asombro. A diario atravesaba la explanada del circo y a diario descubría puestos nuevos. El área se había ido ampliando hasta convertirse en una pequeña ciudad. Había un hombre con un extraño papagayo, un pájaro fascinante, que no sólo repetía en voz alta y clara todas las órdenes que le daba su maestro, sino que también las ejecutaba. Su propietario contaba historias de este noble pájaro que Alejandro Magno había traído a Grecia desde la India, el país de origen de los papagayos.

«As de oros», gritó un espectador y depositó su piastra. El papagayo no se movió ni repitió las palabras, y eso era lo asombroso. Sólo cuando su viejo amo le habló en voz baja, el hermoso pájaro graznó: «¡As de oros!», y con su pico extrajo de los naipes extendidos la carta deseada.

Y entonces descubrí la atracción del día. Nunca había visto nada igual. Un hombre dominaba el arte de convertirse en tres minutos en cualquier persona. Costaba una lira. La persona pagaba y se ponía delante de una pequeña tienda de campaña. El hombre desaparecía en ella, pero miraba al candidato una y otra vez a través de una ventana y en menos de tres minutos salía pareciéndose, de manera pasmosa, al candidato. La gente lloraba de risa.

El aspecto que uno tiene es en el fondo indiferente, pero también en el aspecto existen mentiras. No me refiero a esas horribles operaciones de nariz, pecho y ojos que también se realizaban ya en Morgana en aquella época. Tampoco me refiero al teñido del pelo que, antes de que las cabras desapareciesen de las calles, abundaba en todos los colores y después solamente en uno: el rubio. No, me refiero a otra mentira, a la mentira de parecerse por casualidad a una celebridad. A menudo eso es una bendición inesperada e inmerecida, y a veces es una desgracia. Para mi vecino Muhssin, el policía de tráfico, la mentira con su cara empezó como una bendición y acabó como una desgracia. Cómo sucedió aquello es una pequeña historia.

Cuando el presidente Hadahek de entonces sobrevivió a tres atentados, sus consejeros le sugirieron que formase un equipo de dobles que no pudiesen ser distinguidos siquiera por sus parientes. La idea no le pareció mal al presidente Hadahek, que ordenó a su servicio secreto que buscase los dobles idóneos.

Por entonces Muhssin acababa de ser trasladado a Morgana. Su mujer fue la primera que descubrió el enorme parecido. Pronto empezó a alardear de ello en voz alta y consiguió que todos los vecinos empalideciesen de envidia, pues efectivamente su marido era confundido con el presidente y hasta el tráfico caótico se arreglaba donde él aparecía. Había corrido la voz de que el presidente se disfrazaba de policía de tráfico para descubrir personalmente a los infractores y ya nadie tocaba la bocina, ni maldecía, ni adelantaba a los demás subiéndose a la acera.

En el barrio circuló la noticia de boca en boca, la gente venía a ver a Muhssin y algunos querían fotografiarse a su lado para impresionar a sus padres, a sus amigos o Dios sabe a quién. Muhssin siempre había sido vanidoso y, cuanto más le confundían con el

presidente, más aumentaba su vanidad, y de pronto empezó a adoptar delante del espejo sus actitudes o a gesticular como imaginaba que fumaban, hablaban o reían los presidentes. También empezó a caminar de otra manera. Parecía más alto, fuerte y sano.

Un día vinieron dos señores que pidieron amablemente a Muhssin que los acompañase. Él se fue con ellos y cuando regresó parecía otra persona. A partir de entonces sólo iba de civil, llevaba gafas de sol y se comportaba como un general. Nadie sabía en qué trabajaba ahora, pero todos lo sospechaban: era uno de los dobles del presidente. Le pagaban tan bien que él, su mujer y sus hijos empezaron a comportarse como nuevos ricos.

Su mujer, que al principio había pregonado a los cuatro vientos lo mucho que se parecía su marido al presidente, se puso pálida, y cuando un día su marido regresó a casa herido de bala, estaba desesperada. No pudo contar a nadie que su marido no había sido herido en un enfrentamiento con los contrabandistas, sino por un sobrino del presidente Hadahek, que pensó que era su tío. Muhssin trataba cada vez peor a su mujer, a la que echaba la culpa de su desgracia. La mujer lloraba amargamente delante de las mujeres del patio, pues a veces su marido desaparecía una semana entera y ella no estaba segura de que todavía estuviese vivo. Mi madre no tenía ni pizca de lástima de Muhssin ni de su mujer.

A partir de entonces la mujer temblaba siempre que el presidente Hadahek recibía a invitados extranjeros, inauguraba escuelas, piscinas o fábricas o asistía a partidos de fútbol. Sabía que en alguna parte su marido y los otros dobles tenían que jugarse la cabeza.

Un día el presidente quiso dar una fiesta en honor de todos sus dobles en un lugar secreto. Aquel encuentro estuvo rodeado de un mayor secreto que el programa atómico del gobierno. Cuando llegó el momento, los cuarenta y tres dobles fueron sacados de sus escondites y conducidos con los ojos vendados a aquel lugar después de hacerles dar tantos rodeos en automóviles y helicópteros que, algunos dobles, temieron que habían caído en manos del servicio secreto israelí y que eran trasladados a Israel. Respiraron aliviados cuando fueron recibidos por el presidente como invitados en un gran palacio. Bueno, probablemente por el presidente, pues los dobles se parecían a su Excelencia como un huevo a otro.

Los guardianes, los criados e incluso la mujer del presidente se armaron al poco tiempo un lío y no sabían ya quién era el auténtico Hadahek y quién era un miserable doble. Un bromista dijo en voz alta: «¿Cómo te atreves a hablar así conmigo? ¡Ándate con cuidado si no quieres que mande detenerte inmediatamente!». El silencio ahogó cualquier murmullo. La mujer de Hadahek, los guardianes y los criados miraron a los cuarenta y cuatro Hadahek, que llevaban todos el mismo uniforme, el mismo bigote, la misma cicatriz debajo de la oreja izquierda y hasta el mismo anillo de boda con las iniciales de la mujer de Hadahek. «¡Un momento!», gritó uno, «¡tú eres yo. Él es yo! ¿Quién soy yo?».

Nadie contestó. Aquel Hadahek sacó su pistola y apuntó al grupo de dobles que tenía delante. «¿Quién soy yo?».

«¡Ése es mi Hadahek! ¡Es él!», respiró aliviada la primera dama del Estado.

«¡Tú eres nosotros!», se apresuró a aplacar uno de los dobles al auténtico Hadahek.

Ése fue el primer y último encuentro de los dobles de Hadahek. Dos semanas más tarde, el presidente y su mujer morían en un terrible accidente con un tanque. La gente dudó mucho tiempo si había ocupado el coche el presidente o uno de sus dobles.

Entonces comenzó una época horrible para nuestro vecino Muhssin. Al día siguiente le degradaron a policía municipal. Pero los enemigos del antiguo presidente no le dejaron en paz, le escupían y le arrojaban cáscaras de plátano, huevos podridos y tomates estropeados. Nunca se sabía si los ataques iban dirigidos contra el propio Muhssin o contra la imagen del presidente. Pasaron más de dos años antes de que pudiese volver a desempeñar su oficio de policía municipal sin ser reconocido.

Y casualmente soñé anoche con Muhssin. Él me miraba,
sacudía compasivo la cabeza y decía: «Tienes
cáncer en el ojo derecho». Me desperté
asustado. ¿Será ésa la razón por la
que los médicos no me
quieren dar de
alta?

27

Mona
o cómo se pierde uno en su propio laberinto



n aquella época esperaba noche tras noche en el pasillo y temblaba por Mala hasta que su marido clavaba sin titubear el último cuchillo en la madera. El pasillo se encontraba detrás del telón de la pista. Desde allí salían los artistas y allí regresaban después de su actuación, contentos o descontentos. Allí eran recibidos por sus colegas con felicitaciones o eran consolados con palabras cariñosas. Shanti siempre esperaba allí al director del circo y le recibía con abrazos cuando terminaba de hacer sus payasadas. Allí, en aquella pequeña tienda, se distraían los artistas y esperaban el momento de su actuación al lado de los domadores, que decían palabras apaciguadoras a sus animales. Los trabajadores y los ayudantes esperaban allí y bromeaban siempre en un tono un poco rudo y jocoso. Allí eran sujetados también los caballos que salían a todo galope de la pista.

En el pasillo de los artistas se mezclaban los ruidos de los

aparatos con el del viento en la lona de la carpa y con el olor acre de las fieras.

Estoy seguro de que Ashok amaba a Mala, pero desde aquella distancia el error de un milímetro habría colocado el cuchillo justo en su corazón. Noche tras noche salían lanzados los cuchillos de la mano segura del marido y se hundían con precisión milimétrica en la madera por encima de la frente, cerca del pecho, alrededor de la delicada mano y a lo largo de las piernas. Un juego con la muerte.

Mala permanecía inmóvil delante de la tabla con boca sonriente. Sus ojos seguían los movimientos de la mano de su marido, que con rostro impávido lanzaba un cuchillo detrás de otro. E igual que el amor y el odio de Mala no tenían límite, tampoco lo tenía su valor.

Ashok había inventado un nuevo número y lo ensayó hasta dominarlo totalmente. Amal, el director del circo, llamó a Mala, bebió té con ella y le preguntó si estaba de acuerdo con el número. Para gran disgusto mío, lo estaba. El director del circo autorizó entonces aquella nueva y asombrosa actuación.

Ashok se subió de pie encima del lomo desnudo de un alazán dorado y dio dos vueltas a la pista cabalgando de esa manera. Dos hombres trajeron a la pista un tablero blanco. Mala los siguió y se colocó al lado del tablero con un grueso lápiz rojo, mientras Ashok cabalgaba en círculo.

Mala dibujó con su lápiz un círculo rojo del tamaño aproximado de una mano sobre el tablero. Un cuchillo salió volando de la mano de Ashok y se clavó ruidosamente en el centro del círculo. Un aplauso atronador se elevó de las gradas. Ashok dijo algo a Mala y ella dibujó un segundo círculo, se colocó de tal manera que éste parecía un sol encima de su cabeza y el segundo cuchillo voló y dio en la mitad superior del círculo. Creí que se me paraba el corazón.

De repente se apagaron las luces y Ashok encendió varias pequeñas antorchas que estaban sujetas a cuchillos afilados. Arrojó los cuchillos en la oscuridad sin dejar de cabalgar de pie sobre el caballo y dio en los círculos. Los cuchillos cortaron el aire como rayos y golpearon la tabla como puñetazos.

Las luces se encendieron de nuevo. La tensión acumulada se desahogó en un aplauso frenético del público. Y mientras los dos artistas desaparecían de la pista, salió Amal disfrazado de payaso dando traspiés entre las risas alborozadas de los niños.

Naturalmente, en el lanzamiento de cuchillos había también numerosos trucos en los que los cuchillos de verdad pasaban volando al lado de la tabla y desaparecían en los decorados mientras simultáneamente salían de la tabla preparada cuchillos con la ayuda de resortes. Pero Ashok no era partidario de esas cosas.

Se dice que mucha gente va al circo porque allí siempre está presente la muerte. Yo no lo creo. En nuestra vida, la muerte es tan omnipresente que uno no necesita presenciar un número peligroso en el circo para sentir su cosquilleo; recorriendo algunos cientos de kilómetros con el coche se ven más muertos de los que podría ofrecer un circo en diez años. En la televisión sería actualmente una bendición no tener que ver ningún muerto durante una velada. No, la muerte acompaña a la vida como la sombra a la luz.

Mucho antes de que conociese a Mala traté con la muerte y la olvidé como ella me ignoró. Pero ahora estaba siempre presente con todo su poder.

La muerte es el ser más terrible de todos los tiempos. Los antiguos egipcios trataron de engañarla con el arte de la medicina. Lo que consiguieron involuntariamente con sus asombrosas momias fue demostrar su carácter invencible.

Otros pueblos siguieron caminos más cómodos para quitarle importancia. Inventaron la segunda vida, unos con la reencarnación y otros con la vida invisible en el cielo, en el infierno o Dios sabe dónde. Todos estos pensamientos no revelan más que el miedo tan atroz que tiene la humanidad a la muerte. No, la muerte es un corte definitivo y yo la maldigo desde el día en que me arrebató prematuramente a mi querida tía Marta.

Desde tiempos inmemoriales no hay pregunta que ponga en mayor aprieto a los padres que la pregunta acerca de la muerte. Desde su aparición en el mundo la muerte es inaccesible a nuestra experiencia. Yo di todos los pasos hasta las puertas de la nada y luego regresé a la vida, y curiosamente he amado la vida con todas sus insuficiencias y me hizo feliz estar otra vez sano y poder respirar, sencillamente poder respirar. Cuánto agradecimiento sentía en aquellos instantes.

Mi hermana Sahar, que ya de pequeña quería saberlo todo y no se dejaba engañar con medias verdades, se libró afortunadamente

del amargo destino que tuvo mi tío Faris, pero el cielo la castigó con una hija que era aún más curiosa que ella. Se llamaba Mona, y torturaba a Sahar con sus preguntas como ella había atormentado de niña nuestros nervios. «¿Podrás amarme también cuando esté muerta?». Así empezaban inofensivamente las preguntas de Mona, y ay de Sahar si contestaba a la ligera con un sí o un no. «¿Dónde se quedará mi voz después de mi muerte? ¿Se morirá también? Y lo que está en mis ojos, la ventana y la mesa, ¿se morirá cuando se mueran mis ojos? ¿Y mis sueños? ¿Se morirán también?». Poco a poco las preguntas conducían a Sahar a un punto en el que casi empezaba a pedir piedad y sugería desesperada a su hija que preguntase por favor a su padre. Pero éste tampoco sabía qué hacer.

Un día Sahar me contó cómo se había enredado en una mentira ridícula.

—Una noche estaba sentada delante de mi escritorio. Mi marido había ido a una reunión importante. Mona se había metido pacíficamente en la cama con su biberón de cacao. Qué tranquilidad tan maravillosa, pensé cuando cogí casi con voluptuosidad y temblorosa de curiosidad un grueso libro sobre el asesinato del presidente John F. Kennedy. El libro prometía pruebas nuevas sobre la implicación de los altos cargos de la administración americana en aquel caso misterioso. Acababa de leer tres o cuatro páginas cuando oí de repente sollozar a Mona. Fui corriendo a su habitación. Mona estaba sentada en la cama y lloraba desconsoladamente.

»—¿Pero qué te pasa? —pregunté preocupada.

»—Estoy tan triste porque la bisabuela ya está muerta.

»Yo la tranquilicé y le acaricié la cabeza. ¡Qué ocurrencia! Mona no conocía en absoluto a su bisabuela. Hacía dos meses, en el entierro de nuestro padre, una mujer muy vieja, pero llena de vitalidad, había cantado las alabanzas de nuestra abuela Hanan, la tigresa, y Mona oyó hablar de ella por primera vez. Ése debía de ser el motivo, pensé.

»Aquella noche Mona, que entonces tenía tres años, me preguntó si yo había querido a mi madre; una pregunta inofensiva que desemboco en un interrogatorio sobre el amor que yo sentía por todos los parientes hasta una tataratía de tercer grado. A mí no me

extraña que los padres más amantes de la verdad mientan de puro cansancio. Yo ya estaba agotada, pero Mona estaba completamente despierta. Preguntó si había querido a mi abuela. ¡Naturalmente que quería a nuestra abuela Hanan! Mona volvió a expresar su pena por la muerte de su bisabuela. Yo quería volver con Kennedy y sus numerosos asesinos.

»—Mira, no debes ponerte tan triste, la bisabuela está ahora en el cielo, te puede ver y se pondrá contenta si dejas de estar triste y te ríes y te duermes pronto.

»Al decir aquella frase pensé en nuestra madre, que también solía contarnos esa clase de cuentos. Seguro que recuerdas la canción que cantábamos con ella en la cama. "Duerme, hija mía, duerme", cantaba nuestra madre, "si te duermes te asaré una paloma. Pero tú no temas, paloma, estoy mintiendo a Sahar para que se duerma". Así conté la historia de la abuela que está allí arriba y no se va a dormir hasta que Mona se quede dormida sonriendo contenta.

»—¿Sí? —preguntó Mona con los ojos muy abiertos.

»Yo pensaba mientras tanto en Jacqueline Kennedy, que se inclinaba sobre su marido herido de muerte.

»—Sí, túmbate ya. Puedes contarle algo a la bisabuela. Ella puede oírte.

»Mona se tumbó boca arriba con los brazos cruzados y las piernas estiradas. Miraba fijamente el techo.

»—Ahora digo —exclamó excitada—, ahora digo: ¡bisabuela, quiero que vivas!

»Respiró profundamente y entonces pronunció la frase como si estuviese dando una orden furiosa a un sordo:

»—Ahora digo. ¡Bisabuela! ¡Quiero! ¡Que! ¡Vivas!

»Aquella reacción me desconcertó. ¿Qué iba a decirle ahora? No tenía mucho tiempo para pensarlo.

»—¿Dónde está la bisabuela? —preguntó Mona decepcionada.

»—No, no —me apresuré a decirle—, eso no es posible. No puedes devolverle la vida.

»—¿Por qué no? —quiso saber Mona.

»—Ella vive ahora entre los muertos.

»—¿Allí puede moverse? —preguntó Mona con cara inocente, y yo me di cuenta de que me estaba metiendo en un callejón sin

salida, pero ya no podía dar marcha atrás. Todavía recordaba cómo había tenido que claudicar en Navidades. Entonces había intentado desmontar un poco la historia del Niño Jesús que trae los regalos. Todo terminó con una catástrofe de lágrimas. La fiesta estuvo a punto de irse al traste si no le hubiera asegurado, en el último momento, que mi modesto intento había sido una broma tonta y no le hubiese dado piadosamente las gracias al Niño celestial por los regalos que había traído a Mona. ¡Como si Dios no tuviese otra cosa que hacer que repartir regalos en mi casa!

»¡No, un burro no se cae dos veces en la misma zanja! Esta vez no cedí, le conté a Mona con toda seriedad que la bisabuela paseaba en el cielo en compañía de todos los amigos y parientes difuntos y en algún momento también disfruté describiendo a mi abuela deambulando con su cara sabia y sonriente por las largas avenidas.

»—Y cuando nosotros también estemos muertos, podremos pasear con la bisabuela —proseguí sin saber en el lío en que me había metido.

»—¡Yo quiero estar en la tumba con la bisabuela! —dijo Mona, saltó de su cama, corrió a su armario y, antes de que yo pudiese cerrar la boca, se había puesto su vestido.

»—¡Quiero morirme contigo, mamá! —dijo solemne.

»—No, ahora no —dije, y corrí hacia ella. La estreché contra mi pecho—. ¡No, no debemos morir ahora! —dije llorando. Mona me miró asombrada.

»—¿Mamá, es que no quieres a la bisabuela?

»—Claro que sí, pero no quiero morir —dije secándome avergonzada las lágrimas.

»—Si tienes miedo, lo haremos más adelante —dijo Mona tranquilamente, metió su vestido en el armario, volvió a ponerse el camisón y se fue a la cama. Todavía la oí decir en voz baja—: Bisabuela, mamá tiene miedo. Iremos más adelante. ¡Adiós!

Por desgracia no pude contar esta historia en el circo, pues Sahar era todavía una niña. Una lástima, pues en aquella época conocía un gran número de animales para los que no encontraba posibilidades de comparación entre las personas de mi entorno. Uno de estos animales estaba hecho para hablar de las personas que cada vez se enredaban más en las mentiras aunque desearan salir de ellas. La historia de Sahar habría sido muy apropiada. Yo había

puesto a ese animal el nombre de enrederix.

Para mi público había preparado una historia sensacional.
Quería contar la verdadera historia de Caperucita Roja
vista desde la perspectiva del lobo. Estaba seguro
de que iba a entusiasmar a mis oyentes,
pero las cosas no salieron
como yo había
pensado.

28

El lobo
o sobre la hipocresía de los corderos



l presidente Hadahek que estaba al frente del gobierno cuando actuaba el circo indio en Morgana era un hombre sumamente liberal. Era un zorro astuto para mantenerse en el poder, pero no sabía pronunciar discursos y, cuando lo hacía, resultaba torpe y casi ridículo. No le gustaban los libros ni sus autores.

Lo que más le atraía era pasar sus ratos libres rodeado de juguetes infantiles, y nunca sintió aprecio por los poetas ni los cantantes. Debido a su cargo, tenía que dar una recepción el día de su cumpleaños y entonces permitía que un poeta recitase un poema. Eso era todo lo que estaba dispuesto a soportar.

Un día le tocó declamar a un poeta que era famoso por sus adulaciones. Elogió al presidente durante media hora hasta que éste exclamó:

—A ti te regalaré mañana cien mil liras.

El poeta se puso loco de alegría y cantó con versos aun más

encendidos la sabiduría, magnificencia y el poder del presidente. Éste, sin embargo, bostezó:

—A ti, oh poeta, te concedo quinientas mil liras en lugar de cien mil —dijo.

El poeta se puso completamente fuera de sí y ensalzó aún más al presidente, entonces éste bramó:

—¡Basta ya, mañana te daré un millón de liras, y ahora vete a tu casa!

El poeta se inclinó y se marchó volando.

—¿Por esas sandeces vas a pagar un millón de liras? Yo podría proporcionarte a un poeta de la calle que, por diez liras, te recitaría versos mucho más bellos que ese pegajoso —se indignó el ministro de Cultura.

—¡Diez liras! ¿Te has vuelto loco? Tú te encargarás de que no reciba ni una sola lira por esas zalamerías. Puede estar contento de haberlas dejado salir de su alma, si no se habría envenenado con ellas. Mira, amigo mío, mi inteligencia no brilla más fuerte que el sol y puedes estar seguro de que de recién nacido no mamé leche de leona. Mi padre se llamaba Hadahek, pero murió de una enfermedad del hígado siendo un pequeño funcionario desconocido y no bajo las banderas ondeantes de algún campo de batalla, y mi madre nunca hizo empalidecer las rosas con su belleza. Era bondadosa pero tenía nariz de patata y orejas de soplillo como yo. No soy más sabio que Sócrates y nuestro ejército apenas puede defenderse de los israelíes. Y el mentiroso ha tenido la desfachatez de decir que Alejandro Magno y Julio César temblarían ante mi poderío si viviesen. Me parece que más bien se atragantarían de risa. No soy tan estúpido como para prestar oídos a un poeta de la Corte. En fin, ese hombre ha halagado nuestra vanidad con sus mentiras, aunque sólo haya sido por un instante, y aparentemente nos ha dado una alegría y nosotros le hemos deparado una alegría de la misma clase con una mentira equivalente.

»Así que cuando venga mañana le haces entregar a través de mi secretario un libro de gramática y otro sobre los clásicos árabes, para que aprenda algo de ellos.

Aquello sucedió de verdad. Mi tío Daniel me lo contó después de visitar al presidente. Le llevó una muñeca de madera en cuyo cuerpo había montado un mecanismo tan ingenioso que, cuando se

le daba cuerda, sonaba una música maravillosa y al mismo tiempo la figura movía la mano con la pluma hacia el tintero, la metía en la tinta, la escurría ligeramente en el borde del tintero y escribía en una hoja de papel: «El simpático presidente Hadahek». Pero tío Daniel no le había revelado al presidente que había construido su autómata de tal manera que toda la maquinaria se desarmaba sola cuando alguien la abría.

Mi tío me rogó, sin embargo, que evitase contar esa historia ante un público numeroso, ya que el poeta tenía suficientes admiradores entre los militares, a los que tenía deslumbrados, y éstos podían perjudicarme.

Mala sentía una predilección especial por los dos lobos del circo y le gustaba darles de comer personalmente:

—El lobo —me dijo— es el tigre en un circo pobre.

Con uno de esos lobos salí el día siguiente a la pista. Era muy manso. Cuando el público aplaudió, hice mis reverencias y entonces el lobo giró varias veces hacia un lado y hacia otro y dobló una rodilla como una bailarina gentil. Yo di las gracias al público. El lobo se sentó a mi lado y se puso a observarlo orgulloso y atento.

—Esta noche —empecé a hablar— pensaba hablar de mi primo Chalil y del rinooreja, un animal simpático pero desdichado, pero cuando pasé al lado de la jaula de los lobos, oí que alguien me llamaba.

Mala se rió y señaló varias veces su pecho con el dedo índice. Yo también me reí.

—Me di la vuelta y vi que el lobo me sonreía.

»—¡Acércate! —me dijo—. No corras tanto, hombre. Escucha primero mi historia. Y si te gusta, podrías sacarme una vez a la pista para que pueda contemplar una velada entera a los espectadores. Aquí los animales dicen que es afortunado el que puede ser comparado con uno de tus familiares o amigos. ¿Es cierto que eliges así a los animales para tus historias?

»—Sí —contesté un poco inseguro.

»—Entonces te ruego que escuches mi historia. A veces una similitud en la historia de los animales es mucho más interesante que la de su aspecto. Mírame a mí, por ejemplo. La historia de mi vida se parece a la de una araña que me encontré en un bosque cercano a la ciudad francesa de Lyon antes de que me capturase

aquel maldito médico y me llevase a Calcuta. Quería ayudar en la India a los enfermos hasta que se curase su alma enferma de penas de amor. Por qué buscan tantos europeos fracasados su felicidad en la miseria de Calcuta es otra historia, como dirías tú.

»Pero en fin, el primer día en la India pude escapar aprovechando el jaleo de la llegada y dejé al médico una buena cagada en la jaula. ¿Pero a dónde podía ir en el infierno de Calcuta? Dos calles más lejos me cogió un muchacho de catorce años que luego me malvendió por una entrada de circo. Desde entonces vivo con esta compañía de circo. Cada noche represento ese número aburrido del paraíso, en el que el cordero se recrea malignamente contemplando mi desgracia. Se apoya en mí, me pisotea, me da golpes con sus cuernos, que cada vez son más grandes y duros, y al final tengo que arrodillarme para que esa bola de sebo pueda subirse encima de mi lomo. Así damos una vuelta a la pista y por fin nos vamos. Te aseguro que el bueno de Hussein, que ha inventado este abominable número, no tiene ni idea del alma de los lobos. Mi mujer dice que sabe mucho de caballos. No digo que no, pero de nosotros entiende tanto como yo del alma de los peces.

»Sólo una vez le di una dentellada al cordero durante un ensayo, fue una simple broma —dijo el lobo relamiéndose—, y entonces el cielo dejó caer sobre mi cabeza una lluvia de palos. Cuando recobré el conocimiento, vi flotando sobre mí como una luna fea: la cara de Hussein, ese fanático de los caballos. "¡No se muerde, no se muerde! ¡Cordero buen amigo! ¡No se muerde!", dijo blandiendo delante de mis ojos el palo que todavía estaba manchado con mi sangre. Desde entonces realizo el número como si fuese un vegetariano. Qué le vamos a hacer. Así tengo mi pan y mi tranquilidad y los espectadores reciben su paraíso asqueroso. Pero desde que al jefe le regalaron en Afganistán esa loba tan buena me va mejor. Dentro de poco tendremos lobeznos. Ahora tu amigo Amal también nos trata bien.

»—Eso es lo que me contó este lobo. ¿Queréis escuchar la historia de Caperucita Roja tal como la vivió el lobo? —pregunté a los espectadores.

Me alegré mucho cuando vi que asentían entusiasmados y me puse a contar mi historia inmediatamente. Pero ya al poco tiempo no quisieron oír hablar de la inocencia del lobo y me increparon

llenos de ira e indignación. Cuando iba por la mitad de mi historia ya se había marchado la mayoría de los oyentes y yo estaba contento de poder pronunciar las últimas frases y anunciar la historia de mi primo Miguel para la próxima función, antes del abucheo final.

Nunca he sufrido una derrota más amarga en
el circo. Abrumado, corrí a casa. Nadie
sospechaba que al circo le
esperaba una gran
sorpresa.

29

Los fuegos artificiales o cómo mandar a casa a los espectadores molestos



ra medianoche cuando todo el terreno del circo fue rodeado por los soldados de la guardia nacional. Un oficial se dirigió con su jeep a la roulotte del director. Amal estaba todavía despierto. El oficial llamó a la puerta de la roulotte y esperó a que Amal abriera. Amal estaba visiblemente consternado. Cerró la puerta detrás de sí para que no se asustasen Shanti y los niños, y bajó la escalerilla.

—Su Excelencia está muy contento por el valor que habéis mostrado al entretener a Morgana durante estos meses difíciles y desea acudir mañana al circo con su mujer y toda la familia Hadahek.

Amal respiró aliviado.

—Es un honor para mí y para mi familia —contestó—. ¿Cuándo piensa honrarnos con su visita Su Excelencia? —preguntó.

—Mañana a las siete de la tarde. Su Excelencia desea presenciar

una función especial que, naturalmente, será remunerada. Nosotros nos ocuparemos de la seguridad y para ello necesitaremos toda la carpa. Yo vendré mañana temprano. Mis hombres pasarán aquí la noche.

Amal vio que los soldados estaban curioseando por todas partes y que sacaban detectores de sus furgonetas. Poco a poco se encendieron las luces de las roulottes que estaban alrededor.

—¿No podrían dejar sus soldados el registro para mañana? Van a despenar a todos los artistas y a los animales, y así no puedo garantizar nada —dijo terminante. El oficial miró alrededor, llamó a un joven suboficial y le ordenó retirar del circo a los soldados y apostarlos fuera del recinto formando un ancho cinturón. El registro quedó aplazado hasta la mañana siguiente.

—¿Estás satisfecho? —preguntó el oficial sonriendo a Amal.

—Sí, gracias, ¿pero qué haremos con el público? Hemos vendido todas las entradas para la función de mañana —preguntó preocupado Amal.

—Mandas a la gente a casa y al que se resista le hago visitar a su tía —contestó el oficial y se echó a reír.

—Sí, sí —dijo Amal, aunque no comprendía que «visitar a su tía» significaba en Morgana «ir a la cárcel». Yo se lo expliqué al día siguiente.

Amal no pudo dormirse. Le tranquilizó, sin embargo, que su gente no se hubiese dado cuenta de nada, pues pronto volvieron a apagarse las luces. Pero para él era la primera actuación delante de un jefe de Estado. ¿Saldría todo bien? ¿Serían capaces sus expertos artistas de conservar la serenidad delante de tantos soldados y tantos fusiles? Hasta el amanecer estuvo dando vueltas en la cama intranquilo.

Shanti se despertó muy temprano y en seguida se dio cuenta de la intranquilidad de su marido.

—¿Qué te ocurre? Estás muy pálido —dijo, y tapó a los niños.

—¡Va a venir el presidente! Quiere que demos una representación especial para él, su familia, sus ministros y su guardia personal —dijo Amal casi desesperado.

—Pues te pones tus mejores galas y asunto concluido —dijo Shanti enérgica, como siempre que notaba con sus antenas invisibles que Amal necesitaba un empujoncito para perder el

miedo al agua fría.

—Eso es muy fácil decirlo, pero ¿qué ocurre si justo hoy sale todo mal?

—Nada va a salir mal. Tú te bebes ahora una taza de té y das tu vuelta por Morgana, y ya verás cómo tu gente se arrojará al fuego para que el presidente esté contento. He oído decir a Sadik que es muy aficionado a los juguetes, así que tiene que ser un amigo del circo.

Amal bebió su taza de té y dio su vuelta por las callejuelas de Morgana. Allí le saludó tanta gente cariñosamente que de pronto se sintió como en casa. Aspiró profundamente el aire fresco y regresó rápidamente al circo.

Cuando llegué a las doce a la explanada del circo, me llevé un susto. Todavía tenía grabado en la mente el asesinato del músico. Inmediatamente pensé en Mala, pero afortunadamente la vi en seguida. Los soldados no me quisieron dejar entrar en el circo hasta que Amal habló con su oficial. Escuché sus palabras y me quedé muy emocionado.

—Aquí no funciona nada sin Sadik. Te hago responsable de lo que ocurra —dijo enérgicamente. El oficial gritó a sus soldados que estaban en la entrada:

—¡Dejad entrar al señor Sadik!

Yo entré y el oficial me miró de arriba abajo.

—¿Y tú qué vendes? —me preguntó displicente.

—Historias —contesté.

—¿Aquí, en el circo?

—Sí —dije yo, y acompañé a Amal a su roulotte. Allí estaba Shanti preparando un maravilloso traje de seda rojo. Me miró radiante de alegría.

—¡Va a venir el presidente! —dijo.

—Han removido toda la explanada con sus detectores en busca de bombas, han hurgado en cada montón de heno y a mediodía registrarán todas las roulottes. Nosotros no podremos estar presentes. ¡Esto es un atropello! —gimió Amal—. Y a las dos viene un grupo de oficiales de la guardia republicana que quiere ver la representación que daremos a Su Excelencia. Alguien tendrá que mandar a casa al público al mismo tiempo. ¡Una catástrofe!

—No te preocupes, ahora mismo voy a mi calleja y pido a cuatro

vecinos, a mi hermano y a dos primos míos que vengan a última hora de la tarde y que se encarguen de recibir a la gente y de mandarla a casa —le tranquilicé. Realmente aquello no era ningún problema.

—¿Qué te dije? ¡Sadik lo hará perfectamente! —confirmó su mujer.

Fui corriendo a nuestra calleja. Fadi exigió una lira por sus servicios, la recibió y luego hizo su trabajo mejor que los vecinos y los primos, que eran mayores que él. Realmente no fue ningún problema trasladar la función al día siguiente. El problema empezó durante el ensayo general delante de los oficiales de seguridad de la guardia republicana, que miraban tan desconfiados por encima de sus bigotes como si los artistas fuesen asesinos escogidos que sólo perseguían un objetivo en su vida y que habían atravesado medio continente para cumplirlo: asesinar al presidente Hadahek.

Fue verdaderamente difícil explicar a aquellos caballeros que Ashok podía lanzar esos cuchillos y no otros distintos, más pequeños o de madera, pues sólo los cuchillos que utilizaba desde hacía años servían para su número. Eso lo sabe cualquier lanzador de cuchillos. No se pueden coger cuchillos de madera unas horas antes de la actuación.

—Entonces utiliza dardos —gritó un oficial que miraba con aprensión los cuchillos amenazadores de Ashok.

—No puedo —respondió Ashok. Tras una larga y tenaz discusión, Amal pudo salvar algo del número de Ashok. Éste prescindiría de la parte en que montaba a caballo y durante el lanzamiento de los cuchillos permanecería de espaldas al presidente; no se volvería ni una sola vez mientras tuviese un cuchillo en la mano. En cuanto terminase su número, aplaudiría sosteniendo las manos por encima de su cabeza y giraría lentamente, luego se inclinaría y saldría de la pista caminando hacia atrás.

Yo estuve presente durante toda la discusión y ayudé a Mala a superar las dificultades de entendimiento. Dos de los oficiales hablaban perfectamente en inglés, pero en el ardor de la discusión se producían a menudo malentendidos.

Los oficiales eran obstinados, pero no obstante fueron razonables. Apenas amenazaron, y no se repitieron en ningún

momento. En total hablaron muy poco. Sólo su mirada era desconfiada. Al contrario que el estúpido oficial de la guardia nacional que me había preguntado aquella mañana lo que iba a vender allí, los hombres de la guardia republicana estaban muy bien informados acerca de mí y de mis actuaciones. Eso era debido a que en Morgana existían entonces seis servicios secretos distintos que a veces colaboraban, y a menudo rivalizaban entre sí, y la mejor sección del servicio secreto era la que dependía directamente del presidente. La guardia nacional se encargaba solamente del trabajo sucio y su servicio secreto era conforme a esa tarea.

El registro de las roulottes de los artistas y trabajadores se desarrolló sin incidentes. No apareció ni una sola arma. Las más de veinte pistolas y las cajas de munición que los indios siempre llevaban consigo en sus peligrosos viajes habían desaparecido como por ensalmo. Yo no hice preguntas porque no quería saber nada para no poder perjudicar a nadie en caso de que me interrogasen. Amal explicó voluntariamente a los oficiales que en la caja fuerte tenía una pistola que guardaba durante el número de las fieras debajo de la ropa para poder acudir en ayuda del domador si se producía una situación peligrosa. No podía dejar que disparase otro, ya que a menudo había que reaccionar en un solo segundo. El mejor tirador atinaría probablemente a cualquier fiera, pero la mataría demasiado pronto porque era un tirador y no un director de circo que amaba a todos aquellos animales como a sus hijos.

Yo me quedé de una pieza cuando los oficiales, que habían hecho tantos aspavientos por los cuchillos voladores de Ashok, asintieron compasivos y sólo impusieron una condición parecida a la que habían impuesto para la actuación de Ashok. Amal permanecería junto a la jaula central donde tenía lugar el número de las fieras, de espaldas al presidente y, en cuanto finalizase el número, se dirigiría a un lado, hacia el pasillo, donde un oficial le estaría esperando para quitarle la pistola.

—A Su Excelencia no le gustan las historias largas. Será mejor que cuentes varios relatos cortos —me advirtió el oficial. Curiosamente yo no tenía miedo, pero tampoco ganas de contar historias.

—Podemos prescindir del número si así lo prefiere Su Excelencia —propuse al oficial, y vi el disgusto reflejado en la cara de Mala

mientras se lo traducía a Amal y éste sacudía la cabeza en silencio.

—No, no. Su Excelencia insiste en escuchar una de tus historias —declaró el oficial en tono imperioso, pero amable. Mala sonrió satisfecha y tradujo a Amal lo que había dicho el oficial.

—Sadik pertenece a la parte principal del programa —le confirmó en tono serio al oficial.

—Además, el presidente es amigo de su tío Daniel —añadió en voz alta el oficial. Yo deseé que me tragase la tierra.

El tío Daniel se encontraba entre los invitados que podían asistir a la representación del presidente. Mis padres también habían sido invitados, pero mi padre no quiso ir. Dijo que estar sentado cerca de un Hadahek era como caminar por un campo de minas. Las cosas podían salir bien noventa y nueve veces y salir mal una, y como conocía su mala suerte, esa vez sería cuando él estuviese presente.

Por la tarde me retiré a casa, revolví todos los libros y periódicos viejos en busca de historias cortas y pregunté también a mi madre, a mi padre y a algunos vecinos viejos. Generosamente me contaron muchas historias cortas y cortísimas, curiosidades y cosas extrañas.

Luego llegaron las limusinas oficiales, y una gente que no habíamos visto nunca en nuestro barrio descendió de los coches. Por primera vez vi de cerca al presidente Hadahek. Un hombre bajo y obeso, de mirada inteligente y desconfiada y manos diminutas. Su mujer era un poco más alta que él y en ella se veía claramente que su ascenso a primera dama de la sociedad había sido demasiado rápido. Parecía una campesina despistada a la que habían vestido con ropa de fiesta. Por todas partes había tiradores apostados y, cuando la pareja presidencial dio el primer paso fuera del coche, sonaron vivas desde las filas de los miembros de la guardia que interpretaban el papel de espectadores normales.

Por fin llegó el momento esperado. El director del circo salió a la pista lleno de dignidad con un traje rojo de seda finísima y un turbante blanco con un enorme rubí que había heredado de su madre. Como un maharajá de *Las mil y una noches*.

Los presentes aplaudieron amablemente cuando Mala anunció el programa después de dar la bienvenida al público con gran solemnidad. En el pasillo, todos los artistas tuvieron que someterse a un cacheo minucioso antes de salir a la pista. Fue molesto y creó confusión entre los indios, que no tenían experiencias dictatoriales

en su historia reciente.

Santosh ofreció aquel día una doma completa de los grandes felinos. Un espectáculo de luz, movimiento y valor. Yo pensé que Santosh daría a los animales un tranquilizante, pero él rechazó la idea.

—Al contrario, en días como hoy necesito toda la atención de mis animales —me dijo.

Aquel día admiré a Santosh más que nunca, pues por algún motivo reinaba en la jaula central una gran tensión.

Desde luego siempre había tensión, y los animales más fuertes aprovechaban cualquier ocasión para mejorar su posición dentro de la jerarquía. Durante la representación de un conjunto tan agresivo, Santosh tenía que tener en cuenta muchas cosas al mismo tiempo. Tenía que cuidar de su propia seguridad pues el león Pachá, el animal más fuerte entre los felinos, trataba constantemente de disputarle el poder. Y, luego, Santosh tenía que cuidar también de la seguridad de los animales para que no se atacasen mutuamente y terminaran despedazándose. Una tensión que flotaba constantemente en el aire y que pasó inadvertida al presidente y a su guardia personal. Y, como si todo aquello hubiese sido poco, Santosh tenía que seducir a sus bestias para que realizasen juegos maravillosos. Todo en sus movimientos y reacciones parecía fácil y elegante, como si la muerte no le estuviese acechando al mismo tiempo por delante con las fieras y por detrás con los rifles de los tiradores, que apuntaban a cada artista durante el número.

Santosh gritaba a los tigres y éstos bufaban enseñando los colmillos y echando las orejas hacia atrás. Todos los entendidos sabían que a partir de ese momento los tigres no le permitirían a Santosh que se acercase un solo centímetro más. La carpa temblaba con los rugidos de los tigres de Bengala.

Y, aunque cueste creerlo, el mejor de todos aquel día fue Benja, el león más débil, que estaba tan juguetón que no se daba cuenta de la importancia de sus espectadores. Hábilmente caminó por encima de una larga fila de botellas sin derribar ni una sola. El presidente Hadahek gritó entusiasmado en aquel número.

También Mala estuvo sublime. Hizo el clavo sobre la cuerda y dejó a la mujer del presidente paralizada de miedo con la mano delante de la boca. Su paseo sobre la cuerda con los ojos vendados

no sólo entusiasmó a la pareja presidencial, sino también a los hombres del servicio secreto, a los miembros de la guardia, a los altos oficiales y a los ministros; en una palabra, al público más extraño que yo había visto jamás, que a ratos parecía transformado, reía y se angustiaba como cualquier público y luego volvía a su acostumbrada afectación.

Mala bailó sobre la cuerda con la gracia inigualable de una primera bailarina; luego, interrumpió el baile con un salto y, mientras volaba por el aire, se quitó las zapatillas y cayó con los pies descalzos sobre la cuerda. Aquello levantó a todo el público de sus asientos y el presidente se puso de pie y aplaudió frenéticamente cuando Mala regresó a la pista.

También Sharmila y Bimal, la pareja de enamorados del trapecio, se superaron en su número. La carpa quedó a oscuras. Un foco los iluminó cuando salieron a la pista. Un joven ayudante les quitó la capa de los hombros y ambos treparon rápidamente por una escalera de cuerda hasta el trapecio. Al cabo de dos minutos estaban en la barra del trapecio debajo del techo de la carpa. Empezaron a balancearse, primero de pie, luego de rodillas y finalmente hicieron el clavo sobre la barra del trapecio. Los espectadores retuvieron la respiración.

Sharmila y Bimal saltaron de nuevo sobre sus pies y se balancearon una, dos veces de un lado a otro. El público ya se disponía a respirar aliviado cuando ambos dieron una rapidísima voltereta y quedaron suspendidos del trapecio por las rodillas. Y entonces sucedió lo más increíble. Los dos se balancearon una vez más y de repente se deslizaron del trapecio con las piernas estiradas, y yo pensé que se precipitaban al vacío. Muchos espectadores se asustaron y algunos exclamaron: «¡Dios misericordioso!», pero Sharmila y Bimal quedaron colgados de sus talones. Aquello no era un truco barato. No era una trampa ni un simulacro. Era un ejercicio nuevo que no habían exhibido nunca. «¡¡¡Bravo!!! ¡¡Allahu akbar!!», se fundieron los gritos de alivio con los aplausos entusiastas.

Es cierto que había una red de seguridad, ya que después del accidente mortal de su hermano, Amal no permitía que ningún artista trabajase en la cuerda o en el trapecio sin red. Pero una caída sobre la red también es dolorosa, no sólo para el alma, sino

también para el cuerpo si el artista cae mal. Sin embargo, la perfección con que ambos realizaron su número rayó en la magia.

Tuvimos mucha suerte, pues en el bar donde se servían bebidas, avellanas y helados, se vendió hasta la última bolsita de caramelos. La gente gastaba los billetes con generosidad y no quería saber nada de calderillas. Ya en el descanso el presidente mandó llamar a Amal y le hizo entrega de un cheque por más de veinte mil liras. Aquello equivalía a la recaudación de diez días. Amal se quedó muy conmovido. Yo le recomendé, sin embargo, que retirase inmediatamente el dinero antes de que fuese depuesto el presidente. Éste prometió también una condecoración, pero luego olvidó su promesa.

Entonces llegó mi número, que cerraba el espectáculo. Yo estaba contento de que todo hubiese salido tan bien. Mala me dio muchos ánimos aquella noche. Al salir a la pista me recibió una ovación unánime y vi cómo el presidente se inclinaba hacia adelante y saludaba a mi tío Daniel satisfecho de mi aparición y con una cierta admiración. Los fotógrafos me deslumbraron durante algunos instantes.

—¡Daos prisa que no voy a volverme más guapo! —les dije.

—Tienes razón, son más molestos que las suegras y los mosquitos —comentó el presidente Hadahek.

—Excelencia, señora de Hadahek, querido tío Daniel, damas y caballeros —empecé, y vi los rostros expectantes de los ministros, que deseaban que les saludase con sus nombres—. Lo que contaré hoy es mentira desde la primera palabra.

—¿Es eso verdad? —preguntó la señora de Hadahek, y el presidente se rió tan fuerte que su mujer se puso roja de vergüenza. Me di cuenta por primera vez de que el himno nacional se parecía mucho a la risa del presidente.

—Sí, señora —contesté—, y quien extraiga de mi mentira una verdad será un buen oyente. Pero en vuestro honor he querido dejaros la elección. Nombradme un tema y yo contaré una brevísima historia, pues sé que a Su Excelencia no le agradan las historias largas.

—¡Qué bien informado estás! ¡Te felicito! ¿Tienes un servicio secreto propio? —se rió el presidente—. De acuerdo, empezaré yo. Cuéntame una pequeña historia sobre los que se engañan a sí

mismos.

—Con mucho gusto. Hace mucho, mucho tiempo oí la historia siguiente. Un gorrión vivía con su mujer en un bosque y todos los días discutían. Un día la mujer echó en cara a su marido que era un cobarde. Furioso, éste se precipitó fuera del nido y juró en voz alta que estrangularía en el acto al primer animal con que se topase. En secreto confiaba que fuese una lombriz, un pequeño escarabajo o una mariposa. Pero aquel día tuvo mala suerte, pues el primer animal que se cruzó en su camino fue un enorme elefante. Pero el gorrión no quiso faltar a su palabra, sobre todo porque su mujer le podía ver desde el nido. Así que se lanzó sobre el elefante y le agarró en un punto diminuto del cuello. Un mono que se llevaba mal con el elefante vio pasar a su enemigo por debajo de un cocotero. Cogió un coco tan grande como una sandía y se lo arrojó al elefante. Le dio justo entre los ojos. «¡Oh Dios mío, auxilio, me muero!», gritó de dolor el elefante. «¿Qué culpa tengo yo», respondió el gorrión, que no había visto el coco, «de que hayas tenido la desgracia de ser el primero en cruzarte en mi camino?», dijo con voz cantarina, y se fue volando convencido de haber estrangulado a un elefante.

—¡Muy bonito! —comentó Hadahek. Los aplausos sonaron automáticamente y me asustaron porque les faltaba lo más importante: vida.

—Un día una mosca me contó un desvarío más audaz aún —proseguí con mis historias cortas—. La mosca se sentía poderosa porque podía dejar sus cagadas encima de la cabeza de un elefante; cuando le apetecía, dormía encima de almohadas de reyes e incluso le sujetaba continuamente el volante a un camionero cuando éste se rascaba la cabeza. Desgraciadamente, no pude seguir escuchando la historia de la mosca porque, de repente, fue atrapada por la lengua de una rana.

—¡Le estuvo bien empleado, por presumida! Mi abuelo me contó la historia de un mosquito que siempre decía a la palmera: «Palmera, sujétate bien que voy a emprender el vuelo» —dijo el presidente, y pidió a su mujer que propusiese el siguiente tema.

—Dime un deseo sencillo que sea muy difícil de satisfacer.

—Señora, dejando aparte la vida eterna, desearía que Oriente fuese como este circo. Aquí, en el Circo India, trabajan y conviven

pacíficamente más de diez pueblos desde hace quince años. Se pelean y se reconcilian, lloran, ríen y trabajan juntos. Eso es lo que deseo para nosotros aquí en Oriente. Tenemos sitio de sobra, pues Oriente es grande, pero nuestro corazón es estrecho. Pero eso no fue siempre así y la razón por la que hemos llegado a esta situación es una larga historia.

—¿Puedes contarnos una historia de una mentira ridícula? —preguntó el ministro de Cultura.

—Oh, señor ministro, por desgracia ése es el grupo más grande dentro de la familia de las mentiras. En Arabia Saudí el alcohol no sólo está prohibido en las tiendas y en los locales públicos, sino también que se mencione en las películas. Mi primo estuvo trabajando cinco años en Arabia Saudí. Allí el cine y la televisión se nutren de la última morralla americana. Películas del Oeste donde los héroes beben, naturalmente, whisky. Pero no en Arabia Saudí. Allí el pistolero entra con sus piernas arqueadas en el bar, se apoya con su chaqueta sebosa en la barra y pide con un cigarro apagado en la comisura de los labios: «¡Oye viejo, ponme un té!». Ésta es una de las mentiras más estúpidas que contemplan millones de personas a diario.

—¿Ocurre eso realmente? ¿O estás mintiendo otra vez? —preguntó el presidente. Su secretario se apresuró a confirmar a Su Excelencia que yo había contado realmente la verdad.

Después de aquella historia corta sobre Arabia Saudí, tomó la palabra el ministro de Exteriores.

—¿Puedes contar una historia sobre cualidades extrañas?

—Señor ministro, no voy a hablar de los maravillosos artistas. Afuera en la plaza he visto personas que tienen tales capacidades que difícilmente las puede comprender una mente normal. Muchos conocen al anciano que sabe calcular más deprisa que un ordenador. Pero casi nadie conoce al oficial panadero que una vez trabajó durante algún tiempo con mi padre. Con los años se había acostumbrado de tal manera al calor que un día se puso en la palma de la mano una torta de masa y dio con ella una vuelta corriendo dentro del horno. Luego salió y el pan estaba hecho.

—A Su Excelencia le gustan las historias antiguas de los fenicios. ¿Puedes contarnos alguna? —preguntó el ministro de Defensa. El presidente se rió.

—Ya sé, Excelencia —comencé—, que amáis a los fenicios, pero los venerables fenicios fueron los más grandes mentirosos de todos los navegantes. Poseían una flota poderosa con la que recorrían los mares desde el Líbano actual hasta Inglaterra por el norte, y hasta Sudáfrica por el sur, dedicándose con provecho al comercio. Como no deseaban tener competencia, cada vez que desembarcaban en algún lugar difundían historias sobre animales fantásticos que surgían del fondo del mar y que ya habían engullido numerosos barcos. Cuanto más convincente es la manera de mentir, más se cree la gente la mentira. Así surgieron las figuras legendarias de muchos monstruos marinos.

—Quizás debería inventar nuestro ministro de Comercio historias igual de astutas para vender mejor nuestras cosechas —comentó el presidente, y el ministro aludido sonrió pálido.

—¿Puedes contarnos una mentira que se te haya ocurrido rápidamente? —quiso saber el ministro de Investigación e Industria.

—Sí, creo que sí Todavía no me explico cómo me vino la idea de la oveja de Noé. Mi vecino Bulos era un jugador de ajedrez famoso. Pero era tan avaro que de buena gana no se habría lavado nunca para no perder grasa. Un día se anunció un campeonato que podía reportarle mucho dinero. Juró por la Virgen que si ganaba compraría siete corderos para los vecinos de la calle y celebraría una gran fiesta. Ganó el campeonato y cerca de cincuenta mil dólares. Pero los siete corderos se convirtieron primero en tres y después en uno. Sólo cuando la mitad del vecindario dejó de saludarle, cumplió su promesa e invitó a sus vecinos.

»No fue un cordero lo que sirvió finalmente, sino la carne correosa de una oveja que había conseguido casi gratis de un pastor. Los invitados apenas podían tragar aquella carne dura. Yo no había cumplido aún los trece y mis padres insistieron en que los acompañase. Ellos también luchaban por pasar la carne bebiendo grandes cantidades de agua, y mi padre maldecía en voz baja al tatarabuelo de aquel tacaño. Cuando vi que mi afilado cuchillo ni siquiera podía arañar la carne, puse el tenedor y el cuchillo a un lado y no toqué la comida. El anfitrión vino a nuestra mesa, me miró radiante y dijo: “¡Vamos Sadik, dale fuerte! En vuestra familia pobre no habréis comido nunca nada parecido”.

»Mi padre era, como ya he dicho, muy tímido. Se puso colorado,

pero no dijo ni una palabra.

»—¡No puedo tocar la carne! —contesté.

»—¿Por qué no?, come tranquilo: hay de sobra para todos —exclamó tan alto que pudieron oírle los vecinos que vivían dos calles más lejos.

»—La oveja es sagrada —respondí.

»—¿Sagrada? —se asombró el avaro.

»—Sí, sagrada, porque es tan vieja que estoy seguro de que fue la oveja que embarcó Noé en su Arca.

»Aquel día se rieron todos los invitados y nosotros abandonamos al poco rato la casa de aquel ordeñador de piastras cuyas últimas palabras en su lecho de muerte no fueron ni "¡Ten piedad de mí, Dios mío!", ni "¡Misericordia!", sino "¡Jaque mate!". Espero, señor ministro, que esta historia satisfaga sus deseos.

—¡Por supuesto, por supuesto! —contestó éste.

Yo empezaba a cansarme pero no así el presidente, que quiso oír una historia más. Yo vi llegado el momento de hablarle de aquel emperador chino que era tan justo, pues nadie había planteado todavía el tema de la justicia.

—Un emperador chino que era muy justo —empecé por mi cuenta— se quedó sordo de la noche a la mañana. Lloró largamente, pues temía no poder oír ya las quejas de su pueblo. Un viejo y sabio tío suyo fue a verle al poco tiempo, escuchó su preocupación y le escribió una sola frase: «Debes adivinar con tus ojos el sufrimiento de las personas». Y el emperador sabio mandó anunciar que se había quedado sordo y que todos los que tuviesen alguna queja llevasen un vestido rojo y se paseasen por la tarde por una avenida próxima al palacio. El emperador iba todas las tardes a caballo a aquel lugar, se detenía delante de las personas que iban vestidas de rojo y dejaba que su secretario tomase nota de sus quejas.

—Qué hombre más tonto —comentó el presidente—, sólo hubiese tenido que organizarse un buen servicio secreto.

Entonces se me fueron las ganas de seguir contando. Mi abuela, la tigresa, me enseñó una vez cómo podía obligar a ir al cuarto de baño a cualquier oyente. En aquella época yo sabía hacerlo tan bien que ganaba todas las apuestas. Cuando le hablé a Mala de mis capacidades no me creyó. Entonces me aposté con ella que antes de

que terminase de contar aquella historia habrían tenido que ir varias personas a los servicios. Ella se rió de mí y me invitó a que lo intentase con ella en la cabaña. Naturalmente el truco no funciona si uno está preparado. Acordamos que cuando yo fuese a hacer la prueba la miraría y daría tres palmadas y ella me enseñaría el puño, lo que significaría: ¡Acepto la apuesta! Y así es como sucedió.

Cuando al presidente Hadahek no se le ocurrió decir sobre el emperador justo, del que me había hablado mi padre, nada mejor que lo del servicio secreto, sentí ganas de echarle del circo. Pero él parecía disfrutar con mis historias, quería cada vez más y de cuando en cuando decía en voz alta que la prensa debería hablar de mí. Eso lo hicieron hasta la saciedad los plumíferos durante semanas y meses y llegaron incluso a citarme más a menudo que al presidente Hadahek Pero eso ya lo he contado.

—Excelencia, un muchacho de mi vecindario se orinaba siempre en la cama. Sus padres pensaron que sus hermanos tenían la culpa de aquella incontinencia. Todos sabéis que si uno sumerge en agua fría la mano de alguien que está dormido (el agua tiene que estar muy fría, y al mismo tiempo hay que decir «vissvissviss» en voz baja), éste no puede contener las ganas de orinar. Pero cuando los hermanos llevaban ya durmiendo tranquilamente un buen rato, el niño gimió con visible alivio y los padres vieron la mancha de humedad que se extendió debajo de él.

»Los padres pusieron fuera del alcance de su hijo las bebidas ácidas y dulces, el té y la cerveza. Vosotros ya sabéis que esas bebidas apagan agradablemente la sed, pero ejercen una presión especial sobre nuestra vejiga, ¿verdad? Y entonces tenemos que aliviarnos.

Dos miembros de la guardia del presidente y un ministro abandonaron aparatosamente sus asientos y salieron en busca de los servicios.

Mala y yo habíamos convenido que si se levantaban diez espectadores para ir al servicio yo habría ganado, pues en el circo nadie se levanta sin necesidad durante una representación. Ésa es realmente la magia del circo, a diferencia del cine o del teatro, de la inauguración de una exposición o de un entierro; nadie sale un metro fuera de la carpa durante una función de circo. Nadie observa a su vecino, todos permanecen como clavados en sus asientos con

los ojos fijos en la pista.

Habíamos acordado que tenían que levantarse diez espectadores como mínimo para que no hubiese ninguna duda.

—Así que los padres llevaron a su hijo al médico Éste le examinó detenidamente, le apretó la tripa y luego la vejiga, primero con suavidad y después con más fuerza.

»“Todo está en orden”, constató. Pero el muchacho, que también sufría con aquella incontinencia, contó al médico lo que soñaba todas las noches antes de mojar la cama:

»—Todas las noches tengo el mismo sueño: el viento sopla suavemente haciendo vissvissviss. Un camello viene y me lame la mano mientras el viento hace vissvissviss. Yo estoy de pie junto al camello y bebo un vaso de agua fría y noto cómo el agua refresca mi estómago y el viento sigue haciendo vissvissviss, entonces me monto encima de su lomo y él empieza a galopar. Al poco tiempo ya no puedo controlarle y atravesamos como una exhalación la puerta de un gran palacio cuyos muros se alzan sobre un acantilado. El viento sopla con más fuerza haciendo vissvissviss. El camello sube por una escalinata hasta el tejado, que está tan alto que las personas que son arrojadas desde allí se despedazan por el aire antes de alcanzar el suelo. Esto se repite todas las noches, también con el viento que hace vissvissviss, y de repente el camello corre hasta el borde del tejado e intenta inclinarse hacia adelante para alcanzar el agua. Y yo miro hacia abajo y el viento hace vissvissviss.

»—¡Basta! —bramó el médico, se levantó y corrió a los servicios.

Mientras tanto ya habían salido precipitadamente más de quince hombres y Mala no pudo contener la risa cuando vio desde su sitio cómo el presidente y varios ministros empezaban a moverse intranquilos en sus asientos. Eso significaba mi salvación.

Agradecí en nombre de todos la visita del presidente, hice varias reverencias y me fui por el pasillo de los artistas. Antes vi todavía cómo la guardia abría un camino para el presidente que, dejando sola y confusa a su mujer, desapareció en los servicios. Mi tío Daniel me estrechó la mano y me dio un beso en la frente. «Daría todos los relojes del mundo por saber mentir como tú», dijo modestamente, y yo me sentí muy honrado.

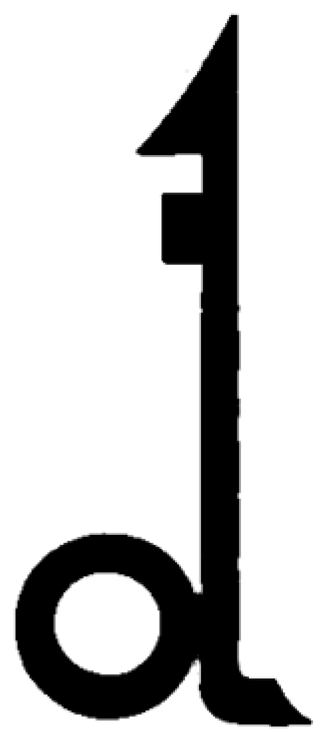
Cuando se acabó aquel engaño y el último policía abandonó el circo, nos abrazamos bajo la gran carpa y nos reímos hasta llorar de

todos los que no habían aguantado esperar la cola delante de los servicios y habían buscado rápidamente un rincón oscuro para aliviarse.

Amal dio generosamente las gracias a sus héroes y mandó
servir las bebidas y los manjares que había encargado
en el mejor restaurante de Morgana después
del descanso. Nunca olvidaré
aquella noche.

30

El cobarde
o de la dificultad de ser un modelo



e todos los hijos del empleado de correos Elías y su mujer Faride, el más inteligente y divertido era también el más joven, su hijo

Scharif. Con el fuego en el espíritu y los jardines de la tierra en la lengua, tenía un lenguaje que podía hacer empalidecer a nuestros escritores más famosos. Cuando tenía cuatro años susurró una vez al contemplar la luna:

—La tierra ha encendido su linterna.

Todos los vecinos querían a aquel muchacho. Para mi padre, Scharif era la prueba de que la madre de la rosa era una planta de espinas y las espinas eran la prueba de que las maravillosas rosas tenían padres feos y vulgares. Era encantador ver cómo Scharif esperaba al principio de la calleja a mi padre y luego le acompañaba hasta la escalera que conducía al segundo piso. Preguntaba siempre por el trabajo de la panadería y asentía atento cuando mi padre explicaba algo. Delante de la escalera se despedía con las palabras: «Que Dios te dé mil veces salud por el pan que nos das a todos, tío». Mi padre, que fue toda su vida una persona tímida, se ponía siempre encarnado cuando oía aquellas palabras, balbucía cualquier cosa y daba de cuando en cuando una piastra al muchacho.

Scharif era, sin embargo, muy desdichado porque era el más joven de su familia. Estaba muy descuidado y se habría muerto de hambre si los vecinos no le hubiesen dado de comer.

Un día vino a verme y me preguntó si podía darle todos los días un trozo de levadura de la panadería de mi padre. Al principio pensé que su madre se avergonzaba de pedir aquella pequeñez. La familia era muy pobre. Así que a diario partía un trozo del tamaño de una nuez del bloque de levadura y se lo entregaba al muchacho. Él me daba las gracias y se iba corriendo a su casa. Un día, habían transcurrido ya más de tres meses, sentí curiosidad por conocer el arte panadero de su madre Faride, que al parecer hacía todos los días una masa de pan pero nunca la traía a nuestro horno. Todos los vecinos hacían sus tartas y sus panes en nuestro horno. Apenas había alguien que tuviese un horno en nuestra calle. Pero el pobre muchacho contestó:

—La levadura no es para mi madre. Me la como yo.

—¿Y por qué comes levadura?

—¡Para crecer muy deprisa! —contestó Scharif. No sé lo que fue de él más tarde, pero siempre que veo niños desdichados me acuerdo de aquel muchacho.

Un día vino triste del colegio y me enseñó su cuaderno de redacciones. Había descrito un paseo con una fuerza lírica que no olvidaré en mi vida. Su redacción terminaba con las palabras: «aquel día saqué a pasear al sol por la pradera y no regresé hasta que el padre de los colores se fue a dormir».

Yo conocía a Sabri, su maestro, porque también había pasado algunos años en aquella maldita escuela de San Nicolás para hijos de familias cristianas pobres. Sabri era un relicto viejo y anquilosado de la época colonial. Había sido suboficial del ejército francés que había ocupado Morgana, y cuando los franceses se marcharon le dejaron allí. Los escolares solían decir entonces: «Los franceses han dejado a Sabri para castigar a Morgana». Mientras tanto se había hecho aún más viejo.

Después de leer la redacción de Scharif, no se le ocurrió ningún comentario mejor que: «¡Exagerado! ¡Irreal!». Y le puso un cuatro.

Era una familia curiosa la de aquellos vecinos. Faride, la madre, medía dos metros, tenía hombros anchos y una cabeza grande de pelo rizado. Diariamente se dejaba maltratar por su escuchimizado marido. Él la pegaba y ella lloraba, y cuando él decía alguna palabra amable, ella le miraba agradecida y sumisa, como diciendo que aquello era demasiado.

Nada en el mundo se parecía a aquella vecina más que los elefantes. Esos colosos que se dejan humillar por una persona diminuta. Si el coloso gris supiese cómo teme su cólera ese Ganesh que actúa con tanta seguridad, se negaría a cumplir muchas órdenes.

A menudo me quedaba a ver los ensayos de los elefantes. La elefanta Nelly, que podría haber destrozado el circo entero, con carpa y jaulas incluidas, era obligada por Ganesh a hacer el clavo. Ella le miraba desde abajo llena de mansedumbre y él recompensaba su esfuerzo con una sola palabra: «¡Good!», mascullaba casi imperceptiblemente.

Cuántas veces venía Faride a pedir ayuda a mi madre. Mi madre siempre le repetía: «Siéntate una vez encima de él, a ser posible encima de su pecho, y ya verás cómo escarmienta. Tienes que armarte de valor y darle una lección. Mientras esté despierto podrá pegarte, pero todo el mundo tiene que dormir en algún momento, y cuando esté dormido te vuelves a sentar encima de él».

Durante mucho tiempo Faride no se atrevió siquiera a alzar la voz, pero un día que su marido estaba durmiendo en el suelo encima de un colchón delgado aprovechó para sentarse encima de su pecho. Elías dio un grito y se desmayó en el acto. Se le habían roto cinco costillas. Pero en lugar de aprovechar la ocasión, la mujer empezó a gritar y a llorar en el patio.

—¡He matado a mi marido, a mi amado! ¡Dios mío, he destrozado la joya, la corona de mi cabeza, oh, qué miserable soy! ¡Merecería que me ahorcasen!

Los vecinos corrieron en su ayuda y uno trasladó a Elías al hospital.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó el médico.

—Estaba cansada y caí desmayada encima de mi marido —contestó Faride, y se puso a llorar como una Magdalena hasta que su joya volvió en sí y le gruñó:

—Me querías matar, ¿verdad? —Faride lloró y dijo que se le había nublado la vista.

—¡Espera a que recupere mis fuerzas y verás cómo te pongo los ojos nublados y morados! —dijo aquella gallina pequeña y escuálida al elefante que, en lugar de empujarle con su dedo fuera de la cama para que se le rompiesen las costillas que le quedaban sanas, se puso a gimotear.

—Me merezco que pienses tan mal de mí. Prefiero morir antes que verte sufrir.

Elías abandonó pronto el hospital y la vida volvió a sus cauces de siempre. Elías descargó su ira en su mujer. Eso ocurría a menudo cuando se burlaban de él en la oficina o reñía con su vecino Muhssin, el policía de tráfico, y estos dos reñían a menudo. Pero Elías no se atrevía nunca a ponerle las manos encima al atlético policía. Cerraba de un portazo la puerta de la habitación que daba al patio y al poco rato oíamos gritos. También solía pegar a Faride cada vez que se escapaba o moría un canario. Entonces ella venía corriendo a casa y Elías no se atrevía a perseguirla. Una vez lo hizo y entonces mi padre le agarró del cuello y le sacó tranquilamente fuera de casa.

—Ya sé que es tu mujer —dijo—, pero está bajo la protección de mi techo y de aquí no la saca nadie, ni siquiera el ejército.

Nunca olvidaré aquel día. ¡Me sentí tan orgulloso de mi padre!

Scharif era el único que no lloraba, como los demás hijos del empleado de correos. Él observó atentamente aquel incidente y a partir de aquel día esperaba a mi padre al principio de la calleja.

Todos los trucos y estratagemas de las vecinas y los vecinos, parientes y amigos fueron inútiles. Faride estaba a merced de su marido y no se valía de su fuerza ni había sido dotada con la mejor cualidad de los elefantes: la memoria. Elías le pegaba por la noche, y por la mañana ella hablaba a las vecinas de las grandes virtudes de su marido. Con el tiempo, los vecinos dejaron de sentir lástima por ella.

Scharif fue el que con doce años puso fin a la miseria de su madre. Los otros hijos ya tenían más de veinte, pero se asustaban y lloraban cuando su padre abofeteaba a su madre. Scharif, que había averiguado a través de mi padre que el obispo había conseguido a su padre el empleo en correos, se levantó un día, se lavó y fue a ver al obispo. Su actuación debió de causar un efecto tan fulminante que el obispo mandó llamar inmediatamente a Elías. El empleado de correos fue con cara lívida a presentarse ante el obispo de Morgana y no regresó a casa hasta muy tarde. Pidió perdón a su mujer. Y desde aquel día no volvió a atreverse a pegar a Faride. Pero todo esto no sucedió hasta muchos años más tarde. Ahora voy a seguir contando cosas del circo.

Los periódicos publicaron páginas enteras sobre la visita del presidente, y las fotos que acompañaban los reportajes eran realmente bonitas. Por entonces apareció mi nombre por primera vez en la prensa. Uno de aquellos periódicos de la corte citó a Hadahek con estas palabras: «La gallardía que habéis demostrado ayudando a Morgana en estos días quedará para siempre grabada en nuestra memoria y, dondequiera que estéis, recordad ¡que os habéis ganado mi amistad y la de nuestro pueblo!». Eso era una mentira descarada porque Hadahek nunca habría sido capaz de pronunciar unas frases tan pulidas que parecían salidas de un folletín patriótico.

Los artistas del circo se alegraron y Amal, que a primeras horas de la mañana había ido al banco a cobrar el cheque del presidente en libras esterlinas, regaló periódicos a todos.

El tiempo que pasé con Mala en nuestro escondite fue maravilloso. Y fue ella quien descubrió primero el gorrión. Cuando

llegábamos ya estaba allí esperándonos, nos miraba con curiosidad desde el alféizar de la ventana durante un rato, luego echaba a volar y antes de que nos desvistiésemos regresaba con otros tres gorriones, que se posaban sobre el alféizar y fingían estar muy atareados.

Yo había ganado el día anterior un puñado de pasas en nuestra apuesta y Mala no lo había olvidado. Cuando estábamos acostados en la cabaña, se levantó de repente y sacó del vestido, que había colocado encima de un taburete, un puñado de pasas y me las fue metiendo una a una en la boca. Con cada pasa me regaló un beso.

Mala me preguntó qué pensaba contar por la noche y yo le hablé de mi primo Miguel, que era muy valiente pero que nunca presumía de ello. Mala se rió y me habló de su tía Mina, que no tenía miedo a los tigres ni a los leones, pero que sentía verdadero pavor cuando veía un caracol. Su tía era tan valiente que una vez, durante una comida en el campo, golpeó en el morro a un tigre que la atacó y le llamó gato molesto. Luego siguió comiendo como si tal cosa. Los hombres y las mujeres que estaban con ella se quedaron asombrados y la felicitaron, pero Mina opinó que un tigre no era más que un gato que había crecido demasiado y que nadie debía tener miedo a un gato. Pero cuando veía un caracol no podía hablar ni salir corriendo. Yo me reí de aquella curiosa extravagancia y le hablé a Mala de mi vecina Alicia, que coleccionaba caracoles, pintaba sus conchas y les ponía nombres. Nos reímos mucho aquella tarde y luego nos fuimos al circo cada uno por su lado.

Cuando llegué compré un pan de falafel y me puse a mirar lo que hacía un hombre de extraordinaria fuerza. Era realmente un personaje insólito. En cuanto la gente depositaba tres liras en su plato, realizaba un número que hacía temblar a todo el mundo. Primero dejó que los espectadores examinasen una pesada cadena de hierro, luego tres hombres le ataron con ella y unieron los extremos con un candado.

El reventador de cadenas empezó a hinchar el pecho. Sus mejillas se pusieron rojas como la sangre, sus venas se convirtieron en maromas. El sudor caía de su frente. Entonces bramó como un toro y la cadena cayó ruidosamente al suelo. Los espectadores le aplaudieron y algunos arrojaron más monedas al plato, pero él ya no se daba cuenta de nada. Parecía aturdido. Agotado, se sentó en

el suelo y apoyó la cabeza en sus manos mientras los espectadores se alejaron en silencio en busca de otras atracciones.

Las noches empezaron a refrescar y los espectadores pudieron disfrutar aún más de las representaciones en la carpa del circo.

—Damas y caballeros —empecé después del saludo—, hoy quisiera hablaros de mi primo Miguel. En el fondo he conocido a pocas personas tan valientes como él. Mi primo Miguel se ha marchado de Morgana y ahora vive, a causa de una mujer, cerca de la frontera con Israel, donde ha empezado una nueva vida. Su mujer trabaja allí de maestra y ama su profesión. Él es electricista pero en ese pueblo no necesitan electricistas forasteros, ya tienen dos que apenas trabajan porque la gente repara ella misma los pocos aparatos eléctricos que poseen. Además, el fluido eléctrico se interrumpe después de cada escaramuza con Israel y el pueblo se queda sin luz semanas enteras. Pero como muchos campesinos dejan sus tierras sin cultivar y prefieren ganarse el dinero haciendo contrabando de cigarrillos, armas y hachís, mi primo Miguel pudo arrendar varias tierras y cultivar verdura, trigo y tabaco.

»Como ya he dicho, mi primo Miguel vivía de joven en la capital Morgana y un día fue con sus amigos a la piscina, que acababa de ser inaugurada a las afueras de la ciudad. Él no nadaba muy bien, pero le gustaba el agua. Sin embargo su diversión se acabó de golpe cuando sus amigos y otros jóvenes empezaron a saltar al agua desde los trampolines. Algunos eran tan grandes y gordos que su salto al agua era como un fenómeno de la naturaleza. El agua de la piscina formaba grandes olas, salpicaba y sepultaba a los bañistas. Mi primo Miguel no quería saltar. Se quedó nadando en su rincón y sólo cosechó las risas de sus amigos.

»Los primeros saltos de los amigos fueron desde el trampolín más bajo. Cuanto mayor era la altura menor era el número de los que estaban dispuestos a saltar, y en el trampolín de diez metros sólo quedó el orfebre Nabil. Éste saltó al agua y fue llevado a hombros como un héroe. Mi primo recibió el título de “gallina de la calle”. Nabil murió años después al saltar desde un balcón que había junto a la piscina de un amigo suyo arquitecto cuyos invitados azuzaron a Nabil hasta que saltó desde el balcón del tercer piso. No cayó en el agua. Pero de pequeño era considerado el niño más valiente.

»Existían en aquella época pruebas de valor insensatas en las que, desgraciadamente, yo también intervine más tarde. El juego más peligroso con la muerte era la prueba de valor delante de una escopeta de caza. Un buen tirador se ponía en campo abierto con una escopeta de caza y entonces los jóvenes hacían sus apuestas. El que se acercaba más al cañón de la escopeta y aguantaba el disparo, protegiéndose los ojos con las manos, era el héroe. Un juego terrible. A menudo los muchachos se desmayaban antes de que sonase el disparo, a veces después. En ese caso perdían la apuesta. Mi primo Miguel tiene quince años más que yo. Yo sentí aquel día vergüenza porque se habían reído de él llamándole cobarde y él no había hecho nada para evitarlo, sólo había permanecido sentado moviendo la cabeza con resignación. “Odio la muerte, incluso en una cama blanda y caliente. Qué clase de necios son los que buscan la muerte con esa estupidez”, fue su respuesta cuando le pregunté más tarde por qué no participaba nunca en nuestros juegos.

»Yo también me enfrenté más tarde a la prueba de la escopeta y recibí el disparo en el pecho. Como por la noche no podía dormir de dolor, ni ocultar el motivo, mi madre me tuvo que extraer con unas pinzas todos los perdigones que se habían incrustado en mi piel. Las numerosas heridas tardaron mucho tiempo en curar debido a la intoxicación producida por el plomo de los perdigones.

»En cualquier caso, mi primo Miguel abandonó Morgana con fama de cobarde. Pero quien le visite en su pueblo del sur, podría oír contar a los vecinos una y otra vez historias de su valor. Una tarde salvó la vida a catorce niños. Nunca olvidaré una visita que le hice en aquel lejano pueblo de la frontera con Israel. Fui solo y él se alegró mucho de verme y me enseñó la posición de los israelíes, que se encontraban a menos de quinientos metros de su jardín.

»Al cabo de algunas horas conocí a su vecino Hamad, un hijo de campesinos del norte, que prestaba desde hacía dos años su servicio militar en el frente. Era ingenuo pero valiente y audaz. Su pelo estaba cortado al rape. Hamad había tenido dos días antes un altercado con la policía militar. Cómo sucedió es una pequeña historia.

»Una famosa bailarina iba a actuar en un cine miserable del frente para levantar el ánimo de los soldados. ¡Qué excitación! Hamad no había visto en su vida a una bailarina y le pareció muy

bien que el gobierno organizase semejante espectáculo para divertir a los soldados.

»La sala del cine estaba abarrotada, pero la primera fila había quedado vacía para los altos oficiales. En la parte de atrás, los soldados estaban casi sentados unos encima de otros. Había muy poco sitio y olía bastante mal a pies sudados. Hamad se dirigió con toda naturalidad hacia adelante y se sentó en la primera fila. El policía militar encargado de mantener el orden vino y le dijo que se fuese atrás, que aquellos asientos estaban reservados para los oficiales. Hamad se puso a gritar: "¡Cuando hay tiros en la frontera, los oficiales se quedan atrás y Hamad tiene que correr hacia adelante, y cuando se agitan las carnes hermosas los oficiales están delante y él tiene que irse atrás!", y se quedó donde estaba. Así comenzó la pelea entre los soldados y los policías militares. La bailarina no actuó y sólo mostró sus artes a algunos oficiales y regresó esa misma noche a Morgana.

»Hamad y varios soldados tuvieron que pasar dos noches en el calabozo del cuartel. Luego le soltaron con el pelo rapado.

»Hamad sentía simpatía por mi primo Miguel. Todos los días pasaba por su casa y le llevaba mercancías de contrabando. Cigarrillos finos, chocolate, camisas y pantalones. Es increíble lo que pude ver allí, aquí en Morgana no os lo podéis imaginar. Los campos de minas son un misterio para todos los soldados, pero no para los contrabandistas que van y vienen regularmente de Israel a Morgana. Mi primo Miguel me contó que, en los diez años que estuvo viviendo allí, no había estallado una sola mina. Los contrabandistas también sabían dónde estaban los puntos de control y cuándo se producían los relevos de la guardia. Increíble, ¿verdad?

»Lloramos de risa con las historias que contaba Hamad con incomparable frescura. No sólo chistes de oficiales, sino también historias reales sobre todos los personajes oficiales que habían visitado el frente.

»Yasemin, la mujer de Miguel, es aún más callada que él y aún más valiente. Ella es de ese pueblo que ahora está dividido en dos partes a causa de la guerra. El pueblo estaba situado de manera pintoresca entre dos colinas. Ahora, la nueva frontera discurría por el valle entre ambas colinas y separaba a primos, hermanas y hermanos. El segundo día de mi visita fui con Yasemin hasta una

roca que sobresalía de la tierra unos cuatro metros. Yasemin subió ligera como un gato. Yo trepé penosamente detrás de ella. Cuando llegó arriba, llamó con voz clara a su hermana por encima de los alambres de espino y los campos de minas, y en seguida su hermana subió a la azotea de su casa, hizo señas con un trapo blanco y saludó.

»—¡Un primo muy simpático de Miguel ha venido a vernos! —gritó Yasemin—. ¡Qué lástima que no podáis estar aquí! ¿Qué hace Amira, todavía está enferma?

»—¡No, hoy ha ido a la escuela! ¡El domingo bautizamos a nuestro Sarkis! ¿Cómo se llama el primo de tu marido? —sonó su voz.

»—Se llama Sadik. ¿Cuándo es el bautizo?

»—¡Bendito nombre! Sé bienvenido, Sadik. Beberemos un vaso de vino a tu salud. El bautizo es el domingo a las diez. ¿Hay alguna noticia más? ¡Tengo que ocuparme de la lavadora!

»—No, saluda a los tuyos —contestó Yasemin, y bajó de la roca. Yo bajé detrás de ella. Nunca había visto una cosa parecida. La división duraba ya diez años y la familia se seguía comunicando cada visita y juntos celebraban las fiestas y guardaban luto.

»El domingo a las diez Miguel encendió tres velas, una para cada uno de nosotros, y sacó un libro del cajón. Leyó los mismos pasajes que se estaban leyendo en aquel preciso momento en la iglesia, que estaba al otro lado, mientras era bautizado el pequeño Sarkis. El año anterior Yasemin había llevado luto durante seis meses por la muerte de una tía que vivía al otro lado.

»Un día antes de mi partida, presencié unos hechos que hasta entonces me habían parecido una broma, pues Hamad había contado una historia similar que había sucedido hacía un año.

»El gobierno había lanzado con la ayuda de los rusos una campaña que costaba muchos millones y que se titulaba: Programa para los pueblos del frente; para que resistan. Pero no llegaron medicamentos, dulces o harina, que era lo que faltaba en aquella región, sino una compañía de teatro que viajaba en un autobús especial.

»En cuanto llegó, se abrió un lado del autobús y rápidamente quedó instalado un pequeño escenario, ya que con un par de maniobras se desmontaban los asientos de estos vehículos, se

colgaba un telón y el autobús se convertía en un pequeño teatro. La compañía estaba formada por tres actores, un director y una actriz.

»Aquel día el colegio cerró sus puertas dos horas antes para que los alumnos pudiesen anunciar calle por calle y casa por casa que había llegado el teatro de la resistencia. Otros alumnos se pusieron en seguida a quitar los cardos y las piedras que había en el terreno que había elegido el director, para que los espectadores se pudiesen sentar en el suelo, ya que apenas había sillas en aquella aldea.

»Por la tarde me acerqué con mi primo hasta el lugar donde estaba el autobús, que ya había atraído a numerosas personas que observaban con admiración la instalación de los altavoces, grupos electrógenos y focos halógenos o que ya estaban sentadas en círculo esperando la función.

»Pocas veces he visto tanto respeto al teatro como en los espectadores que se hallaban en aquel terreno abandonado. Lentamente fue llenándose el lugar. De repente la tierra tembló a lo lejos. El director corrió el telón y miró preocupado al cielo.

»—¿Qué es eso? —preguntó cuando sonó el tableteo de una ametralladora.

»—Los israelíes están haciendo ejercicios —contestó un campesino sin ninguna emoción.

»—¡Ejercicios! ¿Qué clase de ejercicios? ¡Cada vez suena más cerca!

»—Sí, hoy es martes y los martes hacen ejercicios cerca del río. Los helicópteros del tercer ejército prueban sus misiles tierra-aire mientras los tanques intentan asaltar las posiciones de artillería. Los martes es sin niebla artificial, los jueves con niebla —explicó tranquilamente el conserje del colegio, señalando con la mano en la dirección de donde venía el ataque. Pero mientras hablaba se hacía cada vez más intenso el ruido de los helicópteros y los tanques.

»—¿Misiles, misiles auténticos? —preguntó uno de los actores.

»—Por supuesto, auténticos, a veces cae alguno que otro en nuestras tierras —contestó el conserje—. Hassan, mi cuñado, ha recogido hasta ahora cinco.

»Una palidez cadavérica cubrió los rostros de los actores.

»—¡Por Dios Todopoderoso, yo tengo tres hijas en Morgana! —dijo excitado el director—. ¿Qué se me ha perdido a mí aquí? —preguntó asustado con la garganta seca. Poco después bajó del

autobús, dio orden de plegar el escenario, recoger los focos y partir inmediatamente. La gente trató de calmarle explicando que los israelíes nunca atacarían un martes, cuando tenían maniobras.

»—Cuando atacan lo hacen con la velocidad del rayo, sin armar antes tanto jaleo —quiso tranquilizar uno de los campesinos al director.

»—Con la velocidad del rayo, ¿eh? Mi actriz se ha desmayado hoy dos veces. ¿Cómo voy a explicárselo a su marido? —contestó el director, y aunque habían necesitado tres horas para montar el teatro, la compañía recogió sus cosas en media hora y el autobús emprendió el regreso a Morgana envuelto en una nube de polvo.

»Mi primo Miguel vive todavía callado, modesto y lleno de ilusión en ese pueblo del sur.

Pero lo que no conté en el circo, por miedo, fue que aquella visita me había abierto para siempre los ojos sobre la atrocidad de la guerra. Mi primo Miguel me contó el sufrimiento que causaba aquella guerra continua a lo largo de la frontera, un sufrimiento que era ignorado por los israelíes y los árabes. Todos los días morían jóvenes de ambos lados de la frontera, en secreto, como si fuesen criminales.

Durante aquellos días mi aversión a los militares se convirtió
en repugnancia y juré que no empuñaría jamás
un arma. He mantenido mi palabra hasta
hoy, aunque me ha costado mucho,
pero ésa es otra
historia.

31

El rinooreja o por qué no se debe escuchar siempre



organa había perdido de repente el juicio. Una foto publicada en el periódico oficial desencadenó un fuego que prendió en las almas hambrientas de milagros de los habitantes de la capital. Y en pocas horas los morganos sólo hablaban de un tema: la aparición de la Virgen.

En la foto de la primera página se veía una mancha clara que flotaba sobre el tejado de un edificio de cuatro pisos. La mancha tenía la forma de un óvalo vertical, y con mucha buena voluntad se podía intuir en ella el cuerpo de una mujer envuelta en ropajes ondeantes. Pero, realmente, se necesitaba esa clase de buena voluntad que es capaz de ver en un charco de lluvia un océano con barcos, pero los morganos eran famosos por su imaginación.

El título de la noticia lo decía todo sin querer: «La Virgen también apoya a Morgana en su lucha contra los enemigos».

Aquello era algo completamente nuevo que no se había producido en miles de años: los santos no sólo se aparecían en los tejados, sino que tomaban partido en una disputa familiar entre el

presidente, su cuñado y su sobrino. Evidentemente, el presidente Hadahek era un zorro y su instinto de poder era subestimado por sus enemigos. Su aspecto tosco y rechoncho, su lenguaje torpe y su afición a los juguetes engañaban. Él sabía siempre cuándo tenía que hacer lo necesario en el momento oportuno.

La calma estival aseguró la amplia difusión de la noticia. La aparición de la Virgen ocupó el primer lugar indiscutible de la prensa sensacionalista de todo el mundo. Mejor no se podía haber urdido una mentira. Si la Virgen hubiese aparecido en Italia o en Francia poco antes de las Navidades, no se habría dejado engañar siquiera la prensa sensacionalista. Pero la Virgen aparecía en pleno verano, en un país musulmán sacudido por una guerra civil.

A los pocos días muchos contaban que habían visto a la Virgen y que ella les había dicho que el presidente Hadahek derrotaría a sus enemigos porque la Virgen había puesto Morgana en sus manos. Como si la Virgen no hubiese tenido nada mejor que hacer que volar en Morgana de un balcón a otro y de un chamizo a un corral de conejos y jugar al escondite con la chusma de Morgana. Pero, aunque parezca increíble, al poco tiempo la gente se sentía sumamente orgullosa de su ciudad y de su Hadahek, que ese mismo día se dejó fotografiar rezando en una gran mezquita y en la iglesia más importante.

El tío Daniel, que conocía como nadie al presidente, me contó que Hadahek sólo era musulmán sobre el papel. Pero que ni siquiera sabía cómo se rezaba. De lo único que entendía era de juguetes. Con una mirada podía decir la marca y el año de un modelo, y raramente se equivocaba. De repente se volvió tan religioso que terminó por desconcertar a sus amigos y enemigos.

Los turistas no tardaron en invadir Morgana, aunque la ciudad estaba asediada. Venían de América y de todos los países de Europa. Un comercio febril con estampas de una mujer que flotaba sobre los tejados y con extraños trozos de tela de un vestido blanco proporcionó a algunos granujas dinero contante en moneda extranjera. Se decía que el trozo del vestido de la Virgen se había quedado enganchado en una antena de televisión. Al principio el trozo era blanco, pero luego empezaron a venderse jirones de tela de todos los colores. Mi madre decía en broma que la Virgen no habría podido volar con una pieza de tela tan gigantesca.

Mientras tanto corrió silenciosamente la noticia de que los camiones rusos habían llegado a Morgana con los misiles más modernos, y que sólo necesitarían diez días para transportar la pesada carga hasta el frente.

Mis padres se echaron a temblar cuando escucharon esa noticia por la radio, pues sabían por la BBC de Londres que en el sur los israelíes habían equipado al sobrino del presidente con armas americanas capaces de acertar con precisión milimétrica blancos situados a cincuenta kilómetros.

—Que Dios se apiade de nosotros si los cohetes rusos y americanos chocan sobre nuestras cabezas —dijo mi padre, que no se había creído ni un solo instante la aparición de la Virgen y que sabía perfectamente que el golpe decisivo no tardaría en llegar. Sin llamar la atención, y mientras otros compraban óleos y trozos del vestido de la Virgen, se puso a acumular alimentos, que guardaba en cajas que almacenaba debajo de nuestras camas, ya que no teníamos sótano.

El circo tenía cada vez más éxito y su director Amal estaba cada vez más seguro de sí mismo y optimista. Pagaba con mano ligera todas sus deudas y los sueldos de sus empleados como si no hubiese sufrido un robo. Cuando la prensa empezó a hablar a diario del circo, el embajador indio decidió un día hacerle una visita. Vino con su mujer y sus tres hijos. Tampoco olvidó informar de su visita a los periódicos morganos a través de la oficina de prensa de la embajada. El director Amal le hizo pagar en la entrada y le ignoró durante la función. Pero pidió a sus empleados que apareciesen con sus mejores trajes y mandó cepillar y lavar a todos los animales.

Sin embargo, Amal tenía miedo, mucho miedo incluso a la catástrofe que se avecinaba. Escuchaba todos los días la BBC de Londres en lengua inglesa. Mala me había contado que ella tenía pesadillas y que Ashok, su marido, lloraba a menudo por la noche. Pero el circo no podía abandonar la ciudad. A pesar de todo, los artistas del circo tenían la extraña capacidad de olvidar rápidamente la trampa en que se encontraban, y salían a la pista radiantes. Era un autoengaño necesario para sobrevivir. Los días no carecían, sin embargo, de sorpresas divertidas. Mira, la gran mamá

y jefa de los elefantes, se enfrió. Tosía cada vez más a menudo y empezó a preocupar a Ganesh. Después de consultar con Amal, administró a la elefanta un ponche: un cubo de agua caliente mezclado con un litro de ron. Los demás elefantes lo olieron rápidamente y todos empezaron a toser.

Un día que estaba en la cabaña tumbado al lado de Mala, me pregunté en voz alta si los animales sabían mentir. Mi primo Miguel, que ahora era campesino en el sur, opinaba que todos los animales mentían. Aristóteles, el genial pensador griego, suponía que los animales soñaban y decían que quien tenía memoria podía soñar. Yo estoy seguro de que los animales, que tienen memoria, saben mentir. Mi primo Miguel me contó muchas cosas de su burro, que hacía travesuras y a veces fingía incluso que estaba enfermo para no tener que trabajar. Mi primo Miguel es muy piadoso y, por respeto a una criatura de Dios, no sólo no pegaba nunca a su burro, sino que tampoco le llevaba a trabajar mientras estaba comiendo. Cuando el burro se dio cuenta de ello empezó a quedarse en el campo de pie o tumbado sin comer hasta que mi primo terminaba su descanso y hacía ademán de volver al trabajo, entonces el burro se ponía a comer y mi primo tenía que esperar.

Algunos animales se camuflan, otros se hinchan para simular un mayor tamaño cuando otro animal amenaza su vida. El alcaraván y los patos simulan un ala rota para desviar la atención del zorro o de una hiena y evitar que se apoderen de sus nidos, huevos o polluelos que están en el suelo. El astuto zorro cae en la trampa y corre con la lengua fuera detrás de la presa supuestamente fácil. Pero en cuanto ésta ve que sus nidos están a salvo, echa a volar como una flecha y el zorro la maldice hasta su tercera generación.

Mala me habló también de los numerosos trucos de los elefantes, que todavía llenaban de asombro a Ganesh a pesar de su experiencia. Mira le hizo en Morgana la trastada siguiente.

Todos los días faltaban de una caja de pienso concentrado varios cubos de pienso. El pienso era bastante caro. Ganesh sospechó de varios empleados pero no se atrevió a decir nada. Un día se escondió en la tienda de los animales donde estaban encadenados los elefantes. De repente Mira se quitó la cadena que rodeaba su pata, se dirigió hacia la caja, la abrió con la trompa y se puso a comer hasta que Ganesh hizo ruido. El domador permaneció, sin

embargo, escondido y observó cómo Mira regresaba rápidamente a su sitio, deslizaba el pie dentro de la cadena y ponía cara adormilada como los demás elefantes.

Aquella noche pude hablar por fin de mi primo Chalil, que era muy sensible.

—Buenas noches, damas y caballeros —empecé mi relato—. En tiempos remotos ya olvidados vivía un animal llamado rinooreja. Era un animal fabuloso, inteligente como un elefante y pacífico como una oveja. Un malentendido fue la causa de que se extinguiese aquel delicado ser. El rinooreja tenía una forma extraña. Su cuerpo estaba formado por una nariz en forma de embudo y cuatro patas pequeñas. El rinooreja era ciego. Su boca se encontraba en el extremo inferior del embudo. El embudo era oreja y nariz al mismo tiempo. Ésa fue su perdición.

»El rinooreja se alimentaba de las hojas y los frutos que caían en su embudo. Siempre que se chocaba contra un árbol recogía algo con el embudo y, como el rinooreja vivía exclusivamente en los bosques, nunca pasaba hambre. El rinooreja parecía realmente una oreja andante dispuesta a escuchar los lamentos de todo el mundo. Eso no habría sido grave si los que se lamentaban no se hubiesen agarrado al borde del embudo y hubiesen dejado caer dentro sus lágrimas, su odio y su saliva, provocando así la asfixia de más de un rinooreja. Lo peor de todo era cuando un animal fuerte ahuyentaba a los demás e introducía su cabeza en el embudo para poderle contar todo al rinooreja confidencialmente. El rinooreja pataleaba y gritaba. Pero era inútil porque los que quieren lamentarse y contarle sus penas a los demás no suelen escuchar nunca. A medida que fue disminuyendo el número de rinoorejas, éstos se convirtieron en unos seres tan codiciados que los animales organizaban verdaderas cacerías para capturarlos.

»Mi primo Chalil sabía hablar cuatro idiomas, pero nunca aprendió a decir no. Era amable y paciente, por eso le llevaba la gente sus radios, planchas y lavadoras que no funcionaban. Chalil se inclinaba durante horas pacientemente sobre aquellos aparatos, a menudo antediluvianos, e infundía vida a sus achacosos órganos. Las radios berreaban después más fuerte que antes, las lavadoras dejaban la ropa más limpia que nunca y las planchas no provocaban ya cortocircuitos.

»Cuando en el barrio pobre varias personas perdieron la vida al intentar robar corriente del tendido eléctrico, Chalil sintió mucho sus muertes. Fueron inútiles sus repetidas advertencias de que se instalasen acometidas de electricidad adecuadas. El gobierno no reconoció durante largos años la existencia de aquel suburbio. Oficialmente, la enorme zona donde vivían doscientas cincuenta mil personas era terreno agrícola que no necesitaba canalización ni electricidad. No había nada que hacer. Y los habitantes del barrio pobre no tenían más remedio que vivir allí.

»Para obtener electricidad, lanzaban cables a la línea de alta tensión y, cuando el cable cogía corriente, morían varias personas por la descarga. Chalil acudió al lugar donde ocurrían aquellos hechos, estudió el asunto durante media hora y desarrolló un eficaz gancho de toma de corriente que era seguro y podía retirarse fácilmente cuando aparecían los coches patrulla de la policía.

»Chalil, que era capaz de salvar a tantas personas y tantos aparatos, no sabía ayudarse a sí mismo. Se murió de escuchar las penas de los demás, pues todo el mundo sabía que mi primo no sólo era un artesano de manos privilegiadas, sino también un oyente extraordinario con el que cualquiera podía deshacerse de la mitad de sus penas contándoselas, y si alguien se las contaba tres veces se quedaba casi sin penas.

»Si al principio los vecinos sólo se desahogaban mientras él reparaba sus aparatos, pronto fueron a verle a todas las horas del día. Les daba igual que estuviese desayunando o leyendo, se ponían a hablar y mi primo Chalil no podía pronunciar la palabra “no”, como si la hubiese inventado el diablo. Escuchaba con sus cinco sentidos y lloraba con la gente. Pero él no fingía como las plañideras que se ponen tristes por encargo y van de un entierro a otro, preguntan por el nombre del difunto, al que apenas conocen, y luego sueltan sus versos quejumbrosos y sus lágrimas.

»Chalil era una persona sincera que lloraba de corazón con los vencidos. Y de hecho la gente se sentía aliviada cuando él compartía sus penas, pero ninguno le invitó jamás a una fiesta o a una boda. Yo conocía a un vecino que iba continuamente a su casa a quejarse de la mala suerte que tenía con su mujer. Chalil le escuchaba y le daba consejos siempre en tono bonacible y sabio, y el hombre se iba y se reconciliaba con su mujer, se divertía con ella

y los dos viajaban por todo el mundo hasta que volvían a regañar. Entonces iba corriendo a ver a Chalil y se lamentaba hasta que éste se echaba a llorar por su desgracia Pero a aquel molesto vecino nunca se le ocurrió la idea de visitar a Chalil e invitarle cuando estaba contento.

»El alegre Chalil, que caminaba como una gacela joven, empezó a cambiar con el paso del tiempo. Cada vez estaba más triste, se arrastraba sin fuerzas por la calle, fumaba y bebía día y noche. A veces yo tenía la sensación de que sólo comía ya para después poder fumar y beber más todavía. Se volvió desconfiado de ver tanta maldad en las personas. Pero el ser humano no es ni bueno ni malo. ¿Conocéis la historia de los dos sabios y su disputa sobre el carácter del hombre?

—No —contestaron varios espectadores.

—¡Qué historia! Había una vez dos monjes sabios que vivían retirados en dos montañas próximas. Llevaban la vida ruda y llena de privaciones de los ermitaños. Una vez al año se visitaban y pecaban un día entero. En el fondo su pecado era inofensivo, pues no hacían daño a nadie, aquel día sólo comían abundantemente y bebían grandes cantidades de vino, cantaban canciones vulgares y decían barbaridades. Anualmente trataban de evocar así los recuerdos de todas las cosas a las que habían renunciado. Quizás lo hacían también para demostrar a Dios cuánto le amaban durante los restantes trescientos sesenta y cuatro días. Sea como fuere, un día se pusieron a discutir si el hombre era intrínsecamente bueno o malo. En realidad, no era la primera vez que lo hacían. Un año antes habían discutido si para el hombre era más útil la fortuna o la razón, pero ésa es otra historia. Como iba diciendo, discutieron si el hombre era en el fondo de su alma bueno o malo. La discusión se prolongaba y, al contrario que en su debate sobre la razón y la fortuna, los libros de los sabios, profetas y eruditos les sirvieron de poca ayuda. Y como por las soledades donde vivían raramente pasaban personas, decidieron salir al mundo y comprobar si el hombre era un ser bueno o malo. Acordaron encontrarse de nuevo al cabo de un año a la misma hora y en el mismo lugar.

»Los monjes se separaron. ¿Queréis que siga contando? —pregunté, ya que la historia estaba resultando más larga de lo que había pensado.

—Por supuesto, tu primo Chalil puede esperar un poco. ¿Qué sucedió con aquellos dos? —preguntó un señor viejo y corpulento de voz profunda.

—El monje que tenía a las personas por seres buenos —proseguí mi historia cuando el público aplaudió al viejo— se dirigió hacia el este y predicó el amor al prójimo. Pero las personas le escupieron y le metieron en la cárcel, donde fue sometido a los tormentos más brutales, pero él no se rindió porque en su corazón amaba a las personas. En cuanto le pusieron en libertad predicó el amor y la sinceridad y cosechó risas y bofetadas. Después de tres detenciones le encerraron en un manicomio, donde sufrió penalidades durante casi medio año. Por fin se alegró de que le soltasen una semana antes de la cita que tenía con su amigo y se dirigió a toda prisa hacia las montañas.

»Es difícil describir la alegría que se llevaron los dos monjes cuando volvieron a verse. El monje que opinaba que las personas eran malas bestias, rebosaba salud, abrió un gran saco y puso sobre la mesa vino, un jamón y un queso enorme. A eso añadió dos maravillosos panes, tomates y pepinos procedentes de un segundo saco.

»—Tenías razón —empezó a hablar mientras su amigo, dominado por el hambre, devoraba grandes trozos de queso y de jamón—, cómo me avergüenzo de haber tenido un concepto tan malo de las personas. Cuando nos separamos, me dirigí hacia el oeste. Recorrí muchos países e insultaba a las personas para que mostrasen su auténtico rostro malvado, pero la gente siempre me recibía con cariño o me evitaba con temor. Un día atravesé la puerta de una ciudad y grité a los transeúntes: "¡Criminales, gandules, perros miserables!". En lugar de puñetazos y patadas coseché el júbilo de la gente. "Por fin ha llegado alguien que dice la verdad sin disfrazarla", respondieron, y me condujeron ante el rey.

»"¿Qué opinas de mí, gran profeta?", me preguntó éste.

»"¡Opino de ti lo que opino de un burro!", dije. Yo ignoraba que la gente de aquella ciudad adorase a los burros.

»"¿De verdad?", preguntó el rey emocionado.

»"¡Eres un burro, hijo de un burro!", grité, porque quería provocar la ira de aquel hombre.

»"¡Dios mío! ¡Pesadle en oro!", exclamó el rey. "¿Y dónde

encontraré mi fortuna?”, me preguntó expectante.

»“¡En el culo del mundo!”, le respondí sin saber que en aquel país había una región remota que tenía ese nombre. Tú ya sabes que existen los nombres más disparatados en este mundo.

»Entonces el rey envió a sus hombres y éstos cavaron la tierra buscando la fortuna del rey y encontraron un gran tesoro de oro y piedras preciosas. La gente me llevaba en palmitas, pero mi alma pertenece a las montañas y por eso estoy aquí para decirte que tenías razón.

»—¿Razón? —se horrorizó el otro monje, y bebió un buen trago de vino—. El hombre es el ser más desleal, maldito y desagradecido de la tierra —dijo furioso, y otra vez los dos monjes no pudieron ponerse de acuerdo. Pero aquel día pecaron y se separaron con la esperanza de volverse a encontrar al cabo de un año.

—¡Bravo! —exclamó un hombre de las últimas filas, y se puso a aplaudir, pero los demás le mandaron callar.

—¡Espera a que termine de contar la historia de su primo, luego aplaude cuanto quieras! —oí que decían, y me eché a reír.

—Mi primo Chalil llegó con el tiempo a la conclusión de que el mundo estaba formado por malvados y por personas que descargaban sus penas en él. Cuando le vi por última vez, me quedé asombrado. Aunque todavía no había cumplido los treinta y siete años, parecía ya un octogenario. A los treinta y ocho murió. El médico que examinó la causa de su muerte descubrió que Chalil tenía más de cuarenta cicatrices en el corazón. Cada cicatriz equivale en medicina a un pequeño infarto de miocardio. Dios os libre de esas enfermedades que no conocíamos antes de que desapareciesen las cabras de las calles y que ahora nos matan como si fuésemos europeos. Pero la razón de que los árabes no conociesen antes las enfermedades del corazón es otra historia, pero más interesante que ésta es la historia de mi primo Nasib, que después de más de diez años se vengó del asesinato de sus padres y que por eso era llamado el elefante de la familia.

La gente aplaudió frenéticamente y yo hice una reverencia, y cuando salí de la pista y me dirigía hacia el pasillo de los artistas, me detuvo un hombre.

—Yo conozco a tu primo Chalil. No está muerto, vive cerca de la puerta de Jerusalén. ¿No es ése tu primo?

—Claro que sí —respondí—, pero todavía tengo once primos más que se llaman Chalil. El que murió era el duodécimo.

—¿Tantos Chalil? —se asombró el hombre—. ¿Y por qué, si me permites que te lo pregunte?

—Bueno, ésa es otra historia
—me reí y desaparecí
detrás del
telón.

32

El elefante o sobre la memoria asesina



anesh, el domador de elefantes, era un hombre viejo y sabio. La vida en las calles del mundo había marcado su rostro para siempre. Y cada calle en la que había vivido algo especial, había grabado en su piel todos sus rincones y recovecos, para evitar que los olvidase y para que su aspecto se pareciese cada vez más al de los elefantes.

Desde hacía siglos los conocimientos sobre los elefantes se guardaban y transmitían en su familia como un secreto.

Ganesh actuaba vestido de negro y con un turbante blanco e irradiaba así una severidad que no era del todo ajena a su carácter. Desde el centro de la pista saludaba inclinándose lleno de dignidad.

Con sus guantes blancos parecía más bien un mago dispuesto a

jugar con cosas ligeras como plumas y no con aquellos colosos grises. Hacía restallar el látigo y en ese momento la pequeña orquesta se ponía a interpretar música india. El telón se abría y Mira, la elefanta, conducía a la pista a su familia: tres elefantes adultos y dos jóvenes. También en los adornos que llevaban los elefantes sobre la frente triunfaba Mira sobre los demás con vistosas perlas de cristal, metal bruñido y cuero brillante.

Los elefantes salían trotando uno detrás del otro a la pista. Cada uno sujetaba con su trompa el rabo del compañero que le precedía.

Con voces suaves y movimientos rápidos, el domador dirigía a sus gigantes y éstos realizaban diversos juegos: trotaban, bailaban en círculo, formaban pirámides, se sentaban sobre toneles y se levantaban sobre sus patas delanteras y traseras.

El truco más bonito, que incluso después de su décima repetición hacía que la gente contuviese la respiración, era el número del espectador patoso y su esposa. Una mujer perseguía a su marido por el borde de la pista. La mujer golpeaba con el bolso a su marido y éste salía a la pista dando traspiés. Corriendo hacia atrás, sin perder de vista a su enfurecida mujer, el hombre trataba de escapar. La mujer veía de repente a los elefantes y, desde el borde de la pista, trataba de avisar a su marido con gestos y ademanes exagerados y hacerle salir de ella. Pero el hombre no comprendía nada y seguía caminando hacia atrás. De repente tropezaba y caía a los pies de los elefantes, que pasaban por encima de él elegantemente. El hombre se quedaba aterrado sin moverse, pero cuando había pasado el último elefante, se levantaba, se sacudía las virutas de madera y se dirigía hacia su mujer caminando muy ufano. Un elefante le seguía silenciosamente y la mujer hacía unos gestos cada vez más aparatosos, pero el hombre le contaba gesticulando que él era capaz de agarrar a cualquier elefante por la trompa, darle una vuelta por el aire y lanzarlo contra el suelo. Justo cuando se disponía a explicarle cómo agarraría la trompa del elefante, éste le colocaba la trompa encima del hombro. El hombre daba entonces un respingo y abandonaba precipitadamente la pista con su mujer y se mezclaba con el público.

La idea de otro número espectacular que hizo famoso a Ganesh en Morgana surgió por casualidad.

Un empleado del circo que limpiaba el suelo delante de la tienda

de los animales estaba escuchando música de baile árabe. Ganesh entró en la tienda para comenzar los ejercicios con sus elefantes y entonces vio cómo Nelly, la segunda elefanta más joven, estaba de pie sobre las patas traseras y movía la tripa al son del tambor que marcaba el ritmo de la música.

Entonces el domador encargó al empleado árabe que comprase unas cuantas cassettes y Nelly fue la primera elefanta en la historia de Arabia que ejecutó una danza del vientre. El público gritaba de júbilo y bailaba en las gradas. Fue un verdadero éxito. En cambio, el número arduo de Mira con el tigre montado encima de su lomo empalideció tanto que Ganesh tuvo que eliminarlo de su repertorio para ampliar un poco el número de la danza, que tanto entusiasmaba al público.

Yo disfrutaba a menudo contemplando al viejo Ganesh mientras ensayaba con los elefantes, y sobre todo escuchándole cuando contaba historias de sus favoritos, y eso podía hacerlo durante horas.

A través de él averigüé que los elefantes montan la guardia noche tras noche en el circo. Uno permanece despierto mientras los otros duermen y luego vela el siguiente y el primero se pone a dormir, y, en cuanto ocurre algo, el elefante que hace la guardia grita fuerte y en poco tiempo todos los elefantes están de pie.

Cuando le pregunté a Ganesh cuál era la mejor cualidad del elefante, aquel hombre sabio contestó:

—Su memoria, pero al mismo tiempo también es la peor porque no le deja olvidar la injusticia y el odio, de manera que a veces se venga de un mortificador al cabo de cinco años.

Eso fue lo que decidió que eligiese la historia que iba a contar por la noche en la pista. No hablaría ya de Faride, la mujer del empleado de correos, sino de mi primo Nasib. Faride era un coloso como un elefante y compartía con éste el hecho de ignorar su propia fuerza, pero su memoria era muy mala.

A Mala le entusiasmó la historia de Nasib. Pero me preguntó si no me daba miedo hablar tan mal de un antiguo presidente. Yo la tranquilicé, ya que los Hadahek no se preocupaban demasiado de la fama de sus predecesores.

Aquel día me llamo la atención que poco a poco los indios se estaban volviendo muy temerosos con la policía. Hasta qué punto se

les había contagiado el miedo imperante en el país lo demostraba no sólo la preocupación de Mala, sino también el hecho de que incluso el valiente Amal empezase a mirar alrededor antes de hablar.

Me fui a la explanada del circo y tuve ganas de comer un guiso de patatas, una especialidad del norte. Encargué un plato y esperé junto a un matrimonio que cogía en ese momento uno lleno y humeante que desprendía un olor delicioso. El hombre metía prisa a su mujer, ya que quería ver a los animales antes de que empezase la función. La mujer tomó una cucharada y se quemó la lengua con los trozos de patata, que estaban ardiendo. Las lágrimas se le saltaron de los ojos.

—¿Pero qué sucede? —le preguntó su marido mirando avergonzado alrededor.

—Estaba pensando en mi madre, que podría estar tomando ahora este exquisito guiso con nosotros si no se hubiese muerto hace un año —contestó la mujer llorando, y le pasó a su marido el plato. El hombre llenó la cuchara precipitadamente y se la metió en la boca. Entonces se quemó también y empezó a gritar.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó la mujer.

—Me lamento porque, por desgracia, no te fuiste con tu madre —contestó el hombre apartando el plato. Yo me reí y comí con cuidado.

Mi actuación comenzó aquella noche con una acogida cordial del público. Saludé a mi madre, que quería ver otra vez la representación aquel día, y agradecí al público su cariñoso aplauso.

—Todos vosotros conocéis la historia del antiguo presidente Hadahek —comencé—. Hoy se le puede llamar incluso asesino en voz alta. Sólo gobernó brevemente en Morgana, pero asesinó a muchos enemigos. Sobre todo cometió crímenes contra los drusos en el sur del país. Bombardeó sus pueblos. Pero cuando sus manos estaban demasiado manchadas de sangre, su sobrino, un oficial desconocido del ejército del aire, dio un golpe de Estado. En pocos días se hizo con el control de todo el país; sólo la guarnición de la capital se negó a entregar las armas.

»Para ahorrar a Morgana derramamientos de sangre y destrucción, el oficial insurrecto hizo una oferta inteligente a su primo, que todavía gobernaba en la ciudad. Le propuso que cogiese

todo el dinero que pudiese llevar en dos maletas y abandonase el país sin ser molestado. El dictador accedió, llenó dos maletas con ochenta kilos de lingotes de oro y abandonó Morgana. La gente acogió la noticia de su partida con muestras de júbilo y alivio.

»Pero antes de que pudiesen terminar de celebrar la victoria del simpático oficial del ejército del aire, un ejército de detectives, asesinos a sueldo y aventureros se lanzó a la persecución del presidente depuesto. Unos lo hacían por orden del nuevo presidente, que quería recuperar el oro; otros por encargo de las familias ricas, que querían vengarse del dictador, ahora que estaba desprotegido, por el asesinato de sus hijas e hijos; y los terceros con la esperanza de apoderarse del tesoro. Se sabía que Hadahek había huido a Sudamérica. Pero nadie era capaz de averiguar dónde se escondía.

»Los esfuerzos de los servicios secretos sudamericanos, a los que el simpático presidente Hadahek había prometido una importante recompensa, también fueron inútiles. Sólo se sabía que el ex dictador Hadahek había aterrizado en Bogotá, la capital de Colombia, y que tres días después había volado a Barranquilla, el puerto situado al norte a orillas del río Magdalena. Allí, según los informes de la policía local, había acudido al puerto durante una semana en compañía de un viejo coronel y, al parecer, había esperado la llegada de un barco especial. Pero cuando los agentes de la brigada criminal de Bogotá llegaron a Barranquilla y averiguaron quién era el coronel y dónde vivía, éste ya había muerto. Desde Barranquilla había miles de caminos que conducían a la nada. El ex dictador había logrado escapar a sus perseguidores sin dejar rastro.

»Mi primo Nasib no había cumplido aún los once años cuando aquel dictador mandó asesinar a sus padres. Nasib se crió con sus abuelos paternos, que vivían en el sur del país. Allí, aparte de enseñarle a leer y escribir, le inculcaron que la misión de su vida era encontrar al asesino de sus padres y vengar su muerte. Con el paso del tiempo se convirtió en un hombre joven y sólo se ocupaba ya del ex presidente Hadahek, aunque mientras tanto ya había llegado al poder su quinto sucesor. Buscó fotografías y artículos sobre las costumbres del asesino de sus padres en todas las revistas antiguas.

»Con poco dinero viajó a Sudamérica y trabajó en diversos locales nocturnos. Fue de ciudad en ciudad hasta que, por fin, descubrió en Goiás, un estado central de Brasil, al ex presidente. Éste se había convertido en un rico terrateniente, vivía con nombre falso, naturalmente, y se creía fuera de peligro ya que llevaba más de diez años viviendo en Brasil sin que nadie le molestase.

»Durante un año el vengador estuvo acercándose con tenacidad y paciencia al asesino de sus padres, que era más desconfiado que un zorro. Ni siquiera su mujer francesa conocía su verdadera identidad.

»Sólo poco a poco, y con mucha cautela, el ex presidente llegó a confiar en mi primo Nasib. Mandó comprobar todos los datos y las declaraciones de mi primo. Y cuando vio que todo era cierto, se hizo lentamente amigo suyo. Todo se desarrollaba como lo había previsto mi primo. El dictador invitaba a su vengador cada vez más a menudo sin ver al ángel de la muerte encima de sus hombros. A partir de entonces mi primo tardó aún medio año en estar totalmente seguro de que aquel terrateniente era en realidad el ex dictador que buscaba. Después de tantos años no quería cometer ningún error y matar a un doble o a un impostor. El ex dictador le confesó, después de varios años de amistad, que de apellido no se llamaba Siman sino Hadahek y que era un antiguo presidente de Morgana. El primo Nasib se rió de su amigo para obligarle a presentar pruebas. Es cierto que entonces vivían muchos ex dictadores en Sudamérica, pero los locales nocturnos estaban llenos de fracasados venidos de Arabia que supuestamente eran antiguos presidentes y ministros importantes.

»El ex dictador se sintió ofendido por las dudas de Nasib. Se levantó y fue a buscar un álbum de fotos en el que había guardado fotografías antiguas. Al verlas, Nasib tuvo inmediatamente la certeza de que tenía delante al asesino de sus padres. Sacó su pistola y mató a tiros al ex dictador.

»Poco después se entregó a las autoridades brasileñas. Una oleada de simpatía se alzó en Morgana en favor de aquel hombre sencillo que no había aprendido en su vida otra cosa que buscar al asesino de sus padres y que, en su empeño, había triunfado donde había fracasado un ejército de detectives, asesinos a sueldo y policías secretos.

»El gobierno de Morgana solicitó al gobierno brasileño la extradición del héroe nacional Nasib. Los brasileños, que tradicionalmente mantenían buenas relaciones con Morgana, expulsaron al asesino discretamente del país. Nasib fue llevado a hombros desde el aeropuerto de Morgana hasta la casa de sus abuelos, que se encontraba en el sur. Mi primo besó las manos de sus abuelos y éstos le dieron su bendición. Tenían ya más de noventa años y abrazaron a su nieto con lágrimas de orgullo. Poco después murieron ambos en un intervalo de poco tiempo.

»La prensa se lanzó sobre Nasib, añadió a la historia de su venganza el condimento de los servicios secretos y los locales nocturnos, y la sazonó con una pizca de orgullo nacional. Pero mi primo Nasib era un hombre sencillo que no sabía contar historias y que daba respuestas torpes y breves a las preguntas de los periodistas. Eso hacía perder mucho interés a su proeza. A partir de entonces vivió sin una meta en la pequeña casa de sus abuelos. Se fue quedando cada vez más solo y cada vez bebía más, hasta que dos años después de su regreso murió completamente arruinado y solo.

Cuando terminé de contar mi historia, me reuní con Amal junto a la salida de la carpa. Mi madre me dio con el codo al salir.

—¡Vaya sobrino más simple que me has endosado, embustero! —dijo y se fue a casa.

Varios espectadores me preguntaron si se había publicado algún libro sobre mi primo Nasib y por qué el gobierno no le había erigido un monumento. Pero un hombre preguntó pensativo al cabo de un rato:

—Decías que Nasib era tu primo, pero yo recuerdo que el asesino de Hadahek era druso. ¿Cómo es posible que tú seas cristiano y tu primo druso?

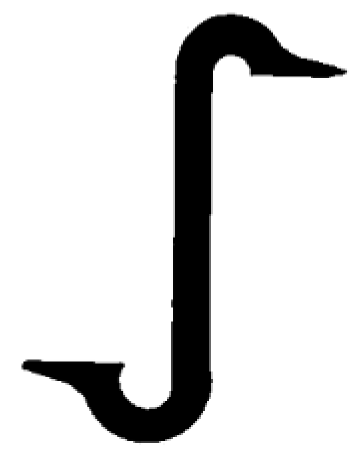
—Es cierto —respondí—, pero cómo fue eso posible es una larga historia, querido primo.

El hombre se rió y se dio una palmada en la frente.

—¡Ah, es eso! —exclamó—. Y yo, idiota de mí, me he perdido casi la mitad de tu historia haciendo las conjeturas más disparatadas sobre tu familia. Ahora lo veo todo claro, bueno, entonces hasta mañana, primo —dijo, me dio una palmada en el

hombro y desapareció en la oscuridad riéndose a carcajadas.

33
El metijón o los estragos que puede hacer una trompa curiosa



i la avidez y la curiosidad pudiesen casarse traerían al mundo al metijón. Es una suerte que este animal ya no habite entre nosotros. El molesto metijón era el único animal de la tierra que existía en todos los tamaños. El monstruo más pequeño de esta especie no era mayor que un mosquito. Así lo atestiguan las huellas conservadas en las rocas esquistosas del sur de Inglaterra. El ejemplar más grande era como dos elefantes juntos. Sus restos fueron descubiertos en el sur de Brasil. Allí se encontraron los fósiles de su trompa y la mitad de su tercera costilla izquierda, y los científicos estaban

totalmente seguros de que estos restos sólo podían provenir de un metijón. La causa de su muerte era típica, quedó reflejada en miles de esqueletos de metijón: trompas atrapadas entre dos rocas o ramas, con un nudo hecho por mano desconocida.

Ese nudo típico que aparecía constantemente y en todos los tamaños en el extremo de las trompas es llamado hasta hoy nudo-metijón por los paleontólogos. Algunos ejemplares magníficos de este nudo-metijón habían permanecido en Siberia bajo una capa de hielo de diez metros y estaban tan frescos como si el metijón acabase de ser capturado. En el Sahara meridional el calor ha conservado tan bien algunos ejemplares que no han perdido ni una sola arruga.

El metijón moría casi siempre encajado entre rocas o peñascos o atrapado en las ramas de los grandes árboles.

El animal recibió su significativo nombre por su molesta costumbre de meter su trompa en todas partes por avidez y curiosidad. Todo lo quería husmear y probar. Nadie estaba a salvo de él porque el metijón estaba por todas partes. Los animales, y más tarde las personas, sólo se podían defender matando al metijón o engañándolo para que introdujese su trompa en una grieta estrecha. Eso se conseguía con cuchicheos o risitas detrás de una roca o de un árbol, y ya al poco tiempo aparecía una trompa. A veces también se atraía al metijón quemando nuevas mezclas de hierbas que él todavía no conocía, y entonces tampoco tardaba mucho en anunciarse la primera trompa. La curiosidad del metijón fue, por lo tanto, su desastre.

Como las personas no tienen trompa, sobrevivieron las que eran curiosas y se multiplicaron sin trabas. Mi vecina Afifa era como un metijón pero sin trompa. Era sumamente curiosa y quería probar todo lo que caía en sus manos. Tenía ojos de águila. Con sus oídos podía oír toser a las hormigas, pero había algo que no era capaz de hacer: oler. Había perdido el olfato ya de niña después de una grave enfermedad.

La dentadura de Afifa era temible. Su fuerza rayaba lo milagroso. No le importaba morder zanahorias, tomates o pepinos aunque estuviesen sin lavar. La nuez más dura cedía bajo los dientes de acero de Afifa, y cuando ella aparecía la gente se apresuraba a guardar todos los comestibles antes de que fuesen

víctimas de su avidez.

También era muy difícil ocultarle un secreto. Con pies sigilosos andaba al acecho y en el momento menos pensado quedaba uno al desnudo delante de todo el vecindario.

Su curiosidad por conocer noticias con las que darse importancia era insaciable.

Un día asaltó a mi madre, que estaba muy ocupada trajinando en la cocina. Tenía que preparar diversos platos, ya que una tía lejana de América, que estaba de visita en Morgana, nos había querido honrar con su compañía invitándose a comer. La tía nos hizo saber en seguida los platos que prefería. Según ella, todos los americanos se comportaban así. Pero eso no se lo creía ninguno de los fastidiados parientes, pues la tía se daba más humos que una chimenea y cuando alguien le llevaba la contraria respondía con desparpajo: «Nosotros en América vivimos así». Como si los americanos fuesen seres primitivos que siempre le ponen a uno los pies delante de la cara, mascan chicle, eructan, echan ketchup a todo, hablan a todo el mundo en inglés y dejan que se las apañen como puedan.

No, los parientes defendían a los americanos y decían que sólo la tía era prepotente e insoportable. Y si ella no hubiese regresado a América al cabo de un mes, tres tíos, dos tías y cuatro primos habrían abandonado Morgana. Pero ésa es otra historia, yo sólo quería decir que mi madre estaba aquel día muy ocupada.

Como si no hubiese bastado con el trabajo de la cocina, tenía que llevar por la tarde al médico una prueba de orina de mi padre. La botellita estaba encima del alféizar de la ventana en la sala de estar y mi madre se encontraba en la cocina dando forma a las últimas albóndigas, que cocidas en yogur constituyen un plato exquisito, cuando apareció Afifa inesperadamente.

—¡Qué albóndigas tan maravillosas estás haciendo, con piñones y todo! ¡Hum, qué rico! Déjame que compruebe si llevan bastante sal. La sal es la vida y la muerte de los guisos.

Mi madre le dio en silencio una albóndiga, que Afifa devoró al instante.

—No te molesto más, voy a sentarme un rato en la sala de estar —dijo entonces.

Mi madre puso los ojos en blanco, pues tenía el tiempo muy

justo. Ya era mediodía, pero dejar marchar a un invitado sin ofrecerle un café era para mi madre un pecado imperdonable, así que preparó rápidamente un café con cardamomo, retiró el guiso de yogur del fuego y fue corriendo a llevar el café a Afifa.

Cuando entró en la sala de estar, mi madre vio que Afifa se había apoderado de la botella de orina y examinaba con curiosidad el líquido amarillo.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Perfume —bromeó mi madre—. Todavía tiene que permanecer un día y una noche a la intemperie para que el sol y las estrellas se introduzcan en su olor y pueda desarrollar su fragancia.

—Qué tontería —se indignó Afifa—, eso no es más que una mentira de los fabricantes de perfumes, que así justifican sus descarados beneficios. Tal como está ahora ya debe oler muy bien. Tiene el color amarillo de los limones. ¿Has destilado también una cáscara de limón?

—Sí, a él le gusta mucho el limón, sobre todo con pescado —contestó mi madre, que sabía que Afifa ya no la estaba escuchando.

Afifa se echó un poco de líquido de la botella en la mano y luego se humedeció el pelo y se dio unos toquecitos con los dedos detrás de las orejas, y como mi madre no le decía nada, se echó una porción en la mano y se frotó la cara con gesto de placer. Respiró profundamente pensando que el aroma sería refrescante.

Mi madre bebió rápidamente su café y le dijo a Afifa que estaba muy ocupada. Afifa quería ir de todos modos en busca de otras víctimas. Sabía que Elías, el empleado de correos, tenía vacaciones y que siempre después de comer se reunía con los vecinos a tomar café a la sombra del naranjo.

Era increíble cómo transformaban a Elías unos cuantos días de vacaciones. Se volvía considerado y complaciente con su mujer.

Era un caluroso día de verano y la tertulia debajo del viejo naranjo sudaba incluso a la sombra. Varias mujeres trataban desesperadamente de refrescar un poco sus caras cansadas con un abanico. Afifa se sentó con los vecinos. Al poco tiempo éstos empezaron a mirar intensamente alrededor suyo intentando localizar el olor penetrante que acababa de llegarles de repente.

En menos de cinco minutos descubrieron su origen. Con guiños

y sonrisas cómplices los que ya estaban al tanto informaron a los que todavía oliscaban buscando. Sus sonrisas se convirtieron pronto en carcajadas.

—¿Te has hecho tus necesidades encima? —preguntó Faride, la mujer del empleado de correos yendo al grano directamente, ya que no estaba dispuesta a que le estropeasen el café, cuyo intenso aroma llegaba ya desde la cocina. Afifa miró desconcertada a los circunstantes, que confirmaron la pregunta de Faride asintiendo con la cabeza.

—¿Qué pasa con vosotros? Me acabo de perfumar para venir aquí —dijo metiendo su cabeza debajo de la nariz de su vecina. Ésta exclamó asqueada:

—¡Pero si te estás meando por la cabeza!

Poco a poco Afifa comprendió que mi madre se había burlado de ella y se marchó a su casa soltando maldiciones.

Cuando Elías salió de la cocina con el café, subió una tacita a mi madre en señal de agradecimiento.

—Nunca nos habíamos librado tan deprisa de Afifa, ahora ya podremos charlar tranquilamente —dijo, y regresó contento a la tertulia de su mujer.

Como Afifa había gastado casi un tercio de la orina, mi madre tuvo que rellenar la botella, pues mi padre le había advertido encarecidamente que tuviese cuidado de no derramar ni una gota. Mi madre se vio, por lo tanto, obligada a completar la cantidad que faltaba con su propia orina. Además, lo hizo con la conciencia tranquila, ya que de todos modos no creía en los cuentos de los médicos. Así que cogió la botella y se fue al médico.

Cuando llegó, se dio cuenta de que el tiempo apremiaba y subió corriendo las escaleras que conducían a la consulta. Saludó y colocó la botella sobre la mesa de la enfermera. Ésta anotó con rutina el apellido y preguntó lo que había que analizar; mi madre contestó sin aliento:

—¡Todo! —y se marchó a toda prisa.

Apenas terminó de poner la mesa irrumpió en casa la tía parlanchina como una fuerza de la naturaleza.

Dos días después, mi padre llegó a casa hecho una furia. Despotricaba contra todos los médicos que habían estudiado la medicina occidental en Europa.

—¿Qué te dijo? —preguntó mi madre preocupada.

—El muy sinvergüenza primero me cobra y luego, imagínate, me dice que necesita otra prueba de orina porque según los resultados estoy embarazado.

A partir de entonces mi padre acudió sólo a los médicos árabes, que abundaban en Morgana antes de que las cabras desapareciesen de las calles. Y mi madre tuvo todavía el suficiente tiempo para informarle de su embarazo.

Pero si alguien pensó entonces que Afifa había recogido su trompa invisible después de la astuta lección que le había dado mi madre, se equivocó totalmente. Ella husmeaba e informaba sobre los defectos secretos de los vecinos, sobre los malos modos y las ofensas mutuas de los matrimonios que se sentían seguros detrás de las puertas cerradas, las cortinas pesadas y los gruesos muros, sin sospechar que ningún obstáculo podía impedir que Afifa viese a través de las cortinas y oyese a través de las paredes.

Ya habría sido bastante molesto si Afifa se hubiese contentado con crispar los nervios de sus vecinos, pero a medida que pasaron los años se volvió cada vez más entrometida.

Tras la prematura muerte de su marido. Afifa vivía en un piso de dos habitaciones en la segunda planta de una casa de alquiler en la que vivían cinco familias. Desde su cuarto de estar, podía ver la casa de un orfebre judío llamado Zaki. Un día Afifa descubrió desde su ventana a un espía en el cuarto de los niños del vecino judío. Rápidamente fue a ver a un policía secreto conocido en el barrio y le comunicó la sensacional noticia. Aquel hombre era, por cierto, hasta aquel día el único habitante de mi calle que recibía de buen grado a Afifa porque, por un café, podía averiguar de ella todo lo que ocurría en el barrio.

En cuanto oyó el nombre de Zaki corrió con Afifa a su casa. Desde allí observaron la habitación oscura de los niños. Reconocieron la silueta de Simón, el hijo de Zaki, que estaba sentado detrás de las cortinas cerradas en la habitación oscura delante de una pantalla que brillaba con luces verdes y rojas. Claramente escucharon su voz.

—Atención, aquí Simón. Quiero ir a Israel. Aquí Simón, vengan, por favor.

Afifa y el agente secreto no pudieron distinguir bien el aparato

luminoso, pero sí entendieron palabra por palabra las frases de Simón, ya que el callejón que había entre ambas casas no medía más de tres metros. El agente secreto pensó que podía hacer la captura más importante de su vida y avisó inmediatamente a la sección de espionaje. Ésta nunca se hacía esperar. En pocos minutos los soldados de la unidad especial ocuparon los tejados de alrededor.

La acción pasó inadvertida a los vecinos, pues se desarrolló con la velocidad del rayo y en absoluto silencio.

La familia judía estaba sentada en el cuarto de estar viendo tranquilamente la televisión cuando de repente se vio rodeada de cañones de fusil. Con una señal, el oficial ordenó a la familia que no abriese la boca. De repente los padres y los hermanos de Simón vieron aterrados cómo cinco soldados, vestidos como cosmonautas con trajes de seguridad, saltaban a través de la puerta del cuarto de los niños situada enfrente, cuyo cristal estalló en mil pedazos. Con los ojos desorbitados por el susto, Simón se levantó de un salto: nadie en el mundo habría podido quitarle de la cabeza la idea de que aquellos cosmonautas habían venido a salvarle volando a través del espacio desde Israel, en respuesta a su llamada. Dio un grito cuando de un puñetazo salió despedido contra la pared. Todo sucedió a oscuras y en pocos segundos. El soldado arrojó a Simón al suelo y le retorció los brazos sobre la espalda. Sólo cuando se encendió la luz, comprendió el soldado que aquel peligroso espía era un niño, un muchacho de doce años que estaba jugando con un aparato que había construido él mismo.

Sorprendidos y casi avergonzados, los oficiales y sus soldados, armados hasta los dientes, se quedaron sin saber qué hacer delante del rollizo hijo del orfebre judío y de su tabla con lucecitas de colores que se podían accionar con un primitivo interruptor. Simón llevaba en la cabeza unos auriculares viejos y había hablado por una lata de Coca Cola vacía sujeta a una tabla. Los dos oficiales daban vueltas a la tabla y miraban con caras pálidas al muchacho, que sangraba por la cabeza. Cuando el padre irrumpió en la habitación y dio una sonora bofetada a Simón delante de los soldados, el muchacho cayó al suelo. Borrosamente percibió todavía las sombras de los adultos, que bailaban diabólicamente de un lado a otro, ya que todavía seguía balanceándose la bombilla.

—¡Volamos! —gritó, y perdió el conocimiento.

En Morgana era a veces posible que un presidente de gobierno reconociese públicamente un error, pero nunca había ocurrido que lo hiciesen los agentes del servicio secreto. Soltando maldiciones abandonaron la casa de la familia judía, después de cometer aquella equivocación, y se llevaron consigo al agente secreto, pero no se molestaron en decir una sola palabra de explicación o de disculpa.

Más tarde el agente secreto acusó a Afifa de haberle azuzado para vengarse de Zaki. Éste confesó que el día anterior había echado a Afifa de su taller de orfebrería porque no paraba de toquetearlo todo y exasperaba a sus empleados.

Afifa lo negó con mucha desfachatez y siguió afirmando que Zaki alojaba a un espía, pero que le había ayudado a huir a tiempo y luego había hecho pagar el pato a su hijo.

Mi padre, que era amigo de Zaki, maldijo a Afifa y a los agentes del servicio secreto.

—Si Israel tuviese que fiarse de espías como Simón, los árabes ya estarían desde hace mucho tiempo a las puertas de Tel Aviv —dijo con sarcasmo.

La explanada del circo estaba tan poblada de quioscos y tenderetes que había que andarse con mucho cuidado para no perder hasta la camisa gastando en golosinas y en atracciones. Por la tarde aparecieron nubes y por fin amainó un poco el calor.

Aquel día sólo pude ver a Mala desde lejos, ya que había vuelto a pelearse con su marido. Así que me puse a pasear solo entre los puestos y descubrí a un hombre que no podía ser de carne y hueso, sin duda tenía que estar hecho de acero. Estaba tumbado entre dos sillas con la nuca apoyada encima de una silla y los talones encima de la otra. Entonces se subieron seis hombres encima de su cuerpo rígido. Por una piastra podía sentarse uno encima de él durante unos minutos.

Más tarde se puso un yunque enorme encima del pecho. Un espectador fuerte partió de un golpe sobre él una barra de hierro. Cuando aquel Hércules no tenía otra cosa que hacer, convertía gruesos clavos en sacacorchos retorciéndolos con los dedos, y luego los vendía por una piastra.

Aquella noche conté en el circo la historia del metijón y de Afifa. Para el episodio de la botella de orina me inventé a un vecino

y a su mujer porque no quería que nadie se burlase de mis padres.

También hablé de Simón y de su padre Zaki, peo no dije que eran judíos. Estaba prohibido y penado insinuar siquiera que la mayoría de los judíos morganos habría huido de buena gana a Israel.

Es cierto que los árabes y los judíos han realizado la proeza única en la historia de hacer una guerra estúpida que dura ya cuarenta años sin hostigar en el propio país a los miembros del otro bando. Pero ni los árabes de Israel ni los judíos de Arabia se sentían ligados a los respectivos gobiernos de los países en los que vivían y simpatizaban de manera abierta o secreta con el enemigo oficial. Sin embargo era una mentira habitual y muy extendida entre los israelíes presentar a árabes contentos. Los gobiernos árabes hacían exactamente lo mismo. Protegían a la minoría judía como prueba de la tradicional tolerancia árabe y mostraban a todos los visitantes extranjeros los negocios florecientes de los judíos.

Oficialmente la minoría judía se sentía a gusto en Morgana y, por supuesto, sólo deseaba quedarse allí para siempre. Curiosamente hasta la oposición compartía en este punto la opinión del gobierno. En su tan celebrada y «crítica» película *¿Alejandría, por qué?*, el conocido director de cine Yussef Schahin, todavía en 1978, hacía huir a una familia judía desde Egipto a Israel y luego la hacía volver voluntariamente y arrepentida. Esa mentira era tan cómica que los israelíes se reían con ella más que con los chistes de Woody Allen. Sin embargo, Yussef Schahin iba en serio y, como muchos árabes ingenuos, esperaba que los judíos orientales algún día se unirían con los árabes y se rebelarían con ellos. En realidad, en Israel nadie trataba de distanciarse más de los árabes que los judíos orientales, precisamente porque eran su vivo retrato y no deseaban de ningún modo que los confundiesen con ellos. La razón de que eso fuese así y de que siga siendo así es una larga historia. Yo sólo quería decir que en aquella época estaba prohibido decir que los judíos árabes querían marcharse a Israel.

Pero aquella noche conté con todo detalle cómo Afifa puso en apuros al vecino de enfrente con su manía de fisgonear. Luego cerré mi actuación con la historia de la venganza de aquel vecino y ésta tuvo una acogida fantástica por parte del público. La historia es breve y por eso puedo contarla rápidamente.

Zaki, cuyo hijo se había hecho sospechoso de ser espía de Israel por culpa de Afifa, decidió con tres amigos devolverle el golpe. Los tres amigos vivían en la misma casa que Afifa y no la soportaban, pues espiaba todos los murmullos de alcoba y luego los pregonaba a los cuatro vientos.

Zaki buscó una pata de caballo, la limpió y se tumbó en su cama justo enfrente de la ventana de Afifa. Era verano y Zaki dejó que la pata de caballo asomase un poco por debajo de la sábana. Luego fingió que dormía.

Afifa no podía creer lo que veían sus ojos. Llamó a uno de los vecinos para que se acercase a su ventana y el vecino, que estaba al tanto de todo, acudió al instante.

—Mira eso —dijo con los ojos desorbitados del susto.

—¿A qué te refieres? —preguntó el vecino sin inmutarse.

—A esa pezuña de diablo que sale por debajo de la sábana —balbució, señalando la pata del caballo. El vecino miró hacia donde le decía Afifa.

—¿Oye, qué te ocurre? Es un pie completamente normal. Hace calor y el vecino Zaki está durmiendo su siesta.

Afifa se puso a despotricar contra la ceguera del vecino y quiso echarle de casa, pero éste llamó rápidamente al segundo amigo.

—Ya verás, Afila, tú te has vuelto loca —dijo. El segundo vecino subió al poco rato.

—Seguro que tú no estás tan ciego como Salih. Acércate a la ventana, y ahora dime: ¿qué ves en la habitación de enfrente? —preguntó Afifa impaciente, casi imperiosa.

—Zaki duerme. Eso lo ve un ciego. ¿Y para eso me hacéis subir esas empinadas escaleras? —preguntó indignado.

—No, no me refiero a eso. ¿Qué asoma allí, debajo de la sábana? —bufó Afifa al segundo vecino.

—El pie de Zaki, si es eso a lo que te refieres —exclamó el vecino alzando la voz más de la cuenta para que acudiese también el tercer amigo, que vivía pared por medio. Afifa estaba ya pálida de ira.

—¿Qué jaleo es éste? ¿Es que ya no se puede descansar ni cinco minutos? —se anunció el vecino y se acercó a la ventana.

—Yo me estoy volviendo loca —gritaba Afifa—. Estos dos dicen que aquello es un pie normal, aunque se ve claramente que es una

pata de caballo. La ventana está a menos de tres metros de distancia.

—¡Como que es un pie completamente normal! —gritó el tercer vecino, tan alto que todo el callejón se congregó debajo de la ventana. Afifa rogó a la gente que subiese y fuese testigo de la desvergüenza y la ceguera de sus vecinos. Pero el portal estaba cerrado y Afifa tuvo que bajar a abrir. De esa manera Zaki, que había seguido la disputa palabra por palabra, tuvo tiempo suficiente para esconder la pata de caballo y tumbarse de manera que todo el mundo pudiese ver sus piernas desnudas. Afifa estaba segura de que tenía razón e invitó a la gente del callejón a que se asomasen a la ventana.

—¡Mirad qué vecinos tan ciegos tengo en casa! ¿Qué veis allí, en la casa del judío?

—Las piernas desnudas de Zaki —contestaron muchos, y Afifa perdió definitivamente los nervios y empezó a dar tortazos a diestro y siniestro. La gente se rió de ella y echó a correr. Dos días después, Afifa fue ingresada en el manicomio porque no dejaba de repetir que había visto a un vecino con pezuñas de diablo.

Desgraciadamente, aquella historia estaba inventada. Afifa
pudo husmear impunemente con su trompa invisible
en los asuntos de los vecinos hasta el final de
sus días, y Zaki se convirtió para siempre
en un hombre temeroso y desconfiado
de los agentes del servicio
secreto.

34

Otra vez Mala o cómo se puede vivir de la suerte sin que ésta mengüe



n aquella época no lo sabía, pero hoy estoy seguro: Mala fue mi primer y único amor, que empezó como un sueño, de repente, y terminó como un sueño cuando menos lo esperaba. Y, sin embargo, estoy seguro de que la mujer que hace unos días realizó el número sobre la cuerda floja era Mala. Nunca la he podido olvidar, y sin embargo el recuerdo no paralizó mi vida. Ella estaba sencillamente allí, en lo más profundo de mi corazón. Recuerdo nuestro paseo paso a paso, como si hubiese sido ayer. En aquel paseo me dijo por primera vez que me quería mucho y que ya no podría vivir sin quererme.

El paseo también fue un sueño. «Espérame mañana a mediodía junto a la mezquita de la Plaza de los Mártires», me dijo Mala al pasar a mi lado en el pasillo de los artistas. Mi corazón aleteaba como un pájaro enjaulado.

Citarse en una plaza pequeña bajo el sol del mediodía era en Morgana cosa de locos, pero mi abuela la tigresa decía siempre que la distancia que había entre el enamoramiento y la locura era menor que el grosor de un pelo.

Mala vino caminando despacio y rió satisfecha cuando me vio. Aquel día podía ir sola al bazar porque tenía que comprar tela para la ropa de sus tres hijos. Ashok, su marido, no tenía paciencia para cosas tan aburridas, aunque le gustaba regatear y todos los domingos compraba y vendía en el mercado como cualquier morgano, aunque no dominara su idioma.

Mala iba muy bien maquillada y llevaba un vestido con mucho colorido.

Los cazadores de turistas olían a un kilómetro de distancia que era extranjera, y se nos acercaban como atraídos por un imán. Con descaro y como si yo no existiese, le cuchicheaban cosas a Mala. Se ofrecían para defenderla de los embusteros y estafadores y le brindaban sus servicios desinteresadamente. Yo les decía de mal humor que si no se marchaban de una vez llamaría a la policía, y Mala se reía de mí, pues aquellos muchachos le parecían muy graciosos.

Las callejas de Morgana han vivido Historia e historias. Los barrios antiguos crecieron despacio y de manera orgánica, como los olivos. Como en estos árboles, las excrecencias, las sinuosidades y las ramas podridas pertenecían también al tronco vivo de esta ciudad. Las casas de Morgana eran poco llamativas. A menudo estaban hechas de adobe, no tenían más de dos pisos y resultaban más bien lúgubres. Pero ésa es la mentira de la modestia, pues los árabes viven de espaldas a la calle y de cara al patio que, contrastando con la monotonía de los muros exteriores, es a menudo un maravilloso juego de luces, sombras y colores. Naranjos, jazmines y rosas los adornan, sus fuentes humedecen el aire en medio de una decoración de piedras de colores, mármoles y azulejos bajo el cielo azul.

Por aquel entonces, las puertas de las casas todavía estaban abiertas y Mala podía echar una mirada a los patios. Sólo cuando las cabras desaparecieron de las calles de la ciudad, las personas tuvieron miedo y empezaron a cerrar sus puertas.

La gente saludaba amablemente a Mala y la invitaba a tomar un

café o una limonada. Aquel día aceptamos tres veces la invitación y descansamos en los sombreados patios con personas desconocidas pero de sonrisa pacífica que se alegraban de regalar un poco de tranquilidad a un transeúnte. Que nadie me cuente historias de la riqueza de nuestros países después del auge del petróleo. En realidad, nos hemos vuelto mucho más pobres. Las personas ya no dan nada a un pariente y mucho menos a un extraño.

A veces tenía que reírme, ya que los anfitriones se ponían tan excitados con la visita india que empezaban a chapurrear el francés aunque Mala les hablara en árabe.

Pasamos junto a un palacio, pero yo no quise entrar. Odiaba aquella atracción para turistas y le conté a Mala que el pachá que había construido aquel palacio había mandado arrancar y trasladar a su mansión muchas obras de arte, columnas, vigas talladas y hasta cipreses de las casas, los bazares e incluso de las mezquitas de la ciudad. A veces se hundían callejuelas enteras porque el pachá se había llevado demasiadas columnas sin que los habitantes de la ciudad pudieran evitarlo. Al contrario que a muchos de mis amigos, aquel palacio me parecía de una ostentación repugnante y, a mi modo de ver, tenía demasiadas caras, es decir, no tenía cara. Era uno de los pocos edificios capaces de mentir en piedra.

Un par de casas más adelante. Mala se detuvo delante de una puerta y me preguntó de repente quién vivía en aquella pequeña casa. Su pregunta me sorprendió, pues muy poca gente conocía esa casa discreta en cuya puerta no figuraba ninguna placa especial. Su habitante era el tataranieto de un gran sabio. De él se contaban las historias más extraordinarias y ya en el siglo XII sabía más que los científicos actuales de Morgana. Se decía que estaba escribiendo uno de sus tratados más importantes cuando los mongoles al mando de Timur Lenk pasaron por Arabia como un viento mortífero, arrasándolo todo. Timur Lenk sentía un odio especial contra los libros y los sabios, por eso quemó todas las bibliotecas y mando arrojar al agua los libros que no ardían fácilmente y con suficiente rapidez. Como en aquella época los libros estaban escritos con tinta, el agua se tiñó de negro como si los ríos estuviesen de luto por la destrucción de tesoros de siglos de meditación y experimentación de mujeres y hombres inteligentes de Arabia. Poco después de llegar a una ciudad, el príncipe mongol se hacía entregar las direcciones

de todos los sabios y enviaba inmediatamente a sus soldados con la orden de matar a los transmisores de la ciencia y de la literatura.

Cuando un soldado derribó de una patada la puerta de aquella casa y quiso matar al sabio, éste le dijo: «Todavía no puedes, muchacho, mi cabeza está aún llena de ideas. Tendrás que esperar a que escriba estas últimas ideas».

El soldado se rió del sabio y le decapitó, pero el sabio recogió su cabeza del suelo, la sostuvo en una mano y con la otra escribió el tratado hasta que terminó y dejó escrita su célebre frase: «Este tratado sobre las razones que hablan en favor de que la Tierra no es un disco sino una esfera queda así concluido. Espero que los lectores de este escrito lleguen a resultados más exactos». Luego escribió debajo con letras artísticas su nombre y la fecha, y de pronto su mano cayó a un lado sin vida y la cabeza rodó por el suelo. El soldado se volvió loco y perdió la voz.

En la tienda de los helados no nos quiso cobrar el propietario. A mí ya me había sorprendido el tamaño de las raciones y la abundancia de pistachos que adornaban nuestras copas. El propietario se rió amablemente.

—Para mí es una alegría poderos atender. He ido cuatro veces al circo con mis hijos. ¡Qué gacela es esta mujer! Pero no se lo traduzcas, por favor —dijo, y se puso encarnado cuando recordó que Mala anunciaba la función en árabe todas las noches.

Aquel hombre era uno de los últimos heladeros que aún batía el helado a mano. Su helado no sólo sabía mejor, sino que parecía que estaba hecho de finos hilos. Hoy apenas conoce alguien ese antiguo arte.

Le dimos las gracias y fuimos a ver a mi primo Sarkis, que comerciaba con tejidos. Aquel primo era quizás el comerciante más honrado del bazar, pero como narrador era el mentiroso más desastroso que he conocido jamás. Cuando empezaba a contar una historia, la gente se reía de él. Sin embargo, él estaba completamente convencido de que podía contar bien sus historias si ponía una cara muy seria. Y era lo más cómico de sus narraciones.

Aunque sus oyentes tenían, por ser árabes, un talento prodigioso para ver lo que escuchaban, no veían nada cuando narraba mi primo Sarkis. ¿Por qué no?

Esa pregunta no la pude contestar durante mucho tiempo hasta

que Mala y yo pasamos por un taller de alfombras. Nos quedamos mirando a las mujeres que empezaban a tejer una alfombra. ¡Con qué cuidado hacían el principio!

—Cuando el principio de una alfombra no sale bien, se malogra la alfombra entera —dijo Mala, y de repente caí en la cuenta, ése era precisamente el motivo de que las historias de mi primo Sarkis no fuesen aceptadas. Sus principios eran tan infames que los oyentes no encontraban la entrada al mundo de sus historias. Se quedaban fuera y se reían de sus esfuerzos tortuosos para crear un cuadro coherente de aquel caos. Sin embargo, no le dije nada a Mala. Quería comprobar lo que opinaba de él, pues Sarkis contaba espontáneamente a todo el mundo sus historias. Ése era otro error. Las historias son como esas frutas que antes existían solamente en determinadas épocas del año. La gente las deseaba porque las echaba de menos y las esperaba con impaciencia. Ya fuesen higos, uvas o melones, todas surgían durante un espacio de tiempo demasiado breve y desaparecían durante una eternidad. Eso era así cuando las cabras no habían desaparecido todavía de las calles de Morgana. Después había toda clase de frutas en cualquier época del año. Uno se podía atiborrar de uvas en invierno y de naranjas en verano y ambas sabían igual: a nada.

Cuando llegamos a su tienda, el primo Sarkis estaba radiante.

—Qué alegría —exclamó, y abrió sus brazos. Nos abrazamos y él saludó a Mala cordialmente. Sarkis la conocía bien del circo y ahora pienso que él ya sabía entonces lo que había entre nosotros dos.

Mala se puso a elegir telas tranquilamente y Sarkis me habló en voz baja de sus temores. Tenía tres hijos y su mujer era del sur. Sus suegros vivían ahora bajo el dominio del sobrino rebelde del presidente y Sarkis había oído que el presidente Hadahek exigía de los rusos que instalasen las armas rápidamente y las manejasen ellos mismos, ya que los especialistas y oficiales morganos tardarían tres meses por lo menos en comprender la complicada tecnología. El presidente tenía mucha prisa. Quería acabar en dos semanas con ambos parientes insurrectos.

—¿Se prestarán los rusos a sus planes? ¿Se mancharán las manos con nuestra sangre? ¿A ellos qué les importa todo esto? —preguntó Sarkis.

—No lo sé —dije yo estrechándole la mano. Entonces se fue a

ayudar a Mala y le mostró algunas piezas de tela que tenía guardadas para los clientes especiales. Mala estaba muy contenta y eligió varias telas preciosas que además eran baratas, ya que venían de las fábricas textiles de Morgana. Al poco rato Sarkis volvía a tener un aspecto más relajado y animado. Los rusos quedaban lejos y la preocupación por sus suegros también.

Sarkis encargó café y limonada. Mala había encontrado en su tienda todo lo que buscaba y así habíamos ahorrado mucho tiempo.

—Cuando todavía era joven fui jefe de la policía criminal —empezó. Mala se rió y yo me di cuenta de que el primer nudo de la alfombra de mi primo estaba mal atado—. Un día me llamaron desde El Cairo para que ayudase a capturar a un famoso ladrón. La policía egipcia estaba ya desesperada. Rápidamente me presenté allí y me dejé enseñar los lugares donde había actuado el ladrón. Tres bancos habían sido desvalijados y habían desaparecido hasta los cuadernos de notas, los bolígrafos y las gomas de borrar. Lo juro —se esforzó mi primo. Mala se rió amablemente y yo dejé de contar los nudos equivocados.

»En el mismo barrio —prosiguió Sarkis su historia— cuatro grandes almacenes, dos carnicerías e incluso los ataúdes de un carpintero habían sido robados por aquel ladrón que no dejaba a su paso más que bocas abiertas. El ladrón era tan hábil que al nacer había robado el reloj a su comadrona.

»Entonces solicité que me mostrasen su casa. Era un palacio realmente espléndido al sur de El Cairo, habitado por las cuatro mujeres del ladrón y sus treinta y tres hijos.

»“Muy bien”, les dije a mis ayudantes egipcios, “me gusta la casa. Me quedo aquí y sólo regresaré acompañado del ladrón”. Ellos se rieron y pensaron que estaba bromeando, pero yo había aprendido en mi época de comisario en Scotland Yard que los agentes de la brigada criminal no bromean aunque lo parezca. Me quedé y ordené a las mujeres que me trajesen las provisiones, sobre las que me abalancé inmediatamente. Al cabo de una semana los habitantes del palacio no tenían nada que llevarse a la boca excepto las mesas y las cortinas.

»Las mujeres vinieron entonces a verme llorando a lágrima viva. “Apiádate de nosotras, ten compasión de nuestros hijos”, suplicaron.

»“De acuerdo”, respondí, “enseñadme el escondite de vuestro marido y desapareceré en seguida”. La mujer más joven, que me comprendió perfectamente y sabía que hablaba en serio, me enseñó un túnel y dijo que al final del mismo había una puerta y que si llamaba tres veces su marido abriría.

»Mandé venir a dos soldados y recorrimos el túnel con las bayonetas caladas. Llamé tres veces a la puerta, como me había dicho la mujer, y efectivamente el ladrón abrió. Todavía estaba en pijama. “¿No te esperabas esto, eh?”, dije yo. “¿Quién eres? ¿Sarkis?”, exclamó aterrado el ladrón, y se desmayó. Mandé que se lo llevasen y yo me puse a pasear por el maravilloso jardín que había plantado el malhechor y al que nadie había tenido acceso hasta entonces, pues sólo la mujer más joven conocía el túnel y el ladrón no le había permitido entrar en él.

»En aquel jardín pululaban conejos del tamaño de un perro lobo. Me sorprendió que algunos no tuviesen orejas. Decidí llevarme algunos ejemplares para dedicarme a la cría del conejo. Los conejos eran mansos, pero cuando los agarraba por las orejas, echaban a correr y me quedaba con sus orejas en las manos. Lo intenté varias veces pero siempre me quedaba sólo con las orejas. Entonces comprendí por qué algunos conejos corrían por ahí desorejados. Recogí las orejas y las vendí en El Cairo a un esquimal que viajaba por el mundo buscando pieles para el frío. Todavía me llama hoy preguntando si dispongo aún de un par de cientos de orejas calientes. ¡Es la pura verdad! —terminó de contar Sarkis con cara seria, mientras Mala estaba a punto de estallar de risa.

Nos despedimos y salimos a toda prisa a la calle. Mala se moría de risa.

—¿Oye, tu primo está bien de la azotea? —preguntó, y sin esperar mi respuesta, prosiguió—: ¡Conejos sin orejas! ¡Conejos sin orejas! ¡Ese hombre está completamente chiflado! —y siguió riéndose.

Seguimos caminando hasta el café que había junto a la fuente y donde un hakavati contaba noche tras noche sus historias por capítulos. Pero el narrador no había llegado todavía porque aún era muy temprano. Un hombre tocaba un laúd sentado a la sombra delante del café. Estuvimos escuchándole un rato y sentí que poco a poco me ponía triste. Mala se quedó clavada en el sitio hasta que le

dije que siguiésemos. Recuerdo que siempre que veía a un hombre tocando un laúd pensaba en mi vecino José, que trabajaba contento y humilde de solador y que noche tras noche tocaba el laúd para sus hijos, para los vecinos o para él mismo. Estaba enamorado de su laúd y se inclinaba cariñosamente sobre él como si fuese un niño pequeño y le susurrara sus palabras de consuelo, sus consejos y sus elogios. Con los dedos en las cuerdas de su laúd podía cautivar a las personas hasta el extremo de que a veces los transeúntes se quedaban parados en medio de la calleja y escuchaban los sonidos embriagadores que venían del patio.

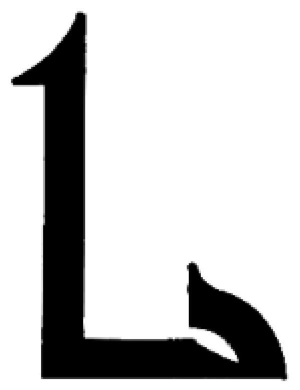
José era más pobre que un mendigo. Un día fue a visitarle un rico emigrante de América, le escuchó y le contrató por mucho dinero. José tenía que tocar en un local ante ricos emigrantes árabes. Él sólo quería quedarse fuera un año y volverse rico. ¡Esa maldita ilusión de todos los emigrantes! Ninguno ha dicho jamás: «¡Olvidadme amigos! ¡No volveré nunca!», todos repetían incansablemente esa dichosa mentira: «Sólo un año, madre, y cuando regrese te mimaré con mi riqueza». José no volvió jamás y nadie sabía lo que había sido de él.

Bueno, a Mala no le conté esta historia porque estábamos de muy buen humor y nos reíamos a carcajadas y pronto olvidé a José y su laúd. Mala no solía hablar mucho de ella misma.

A menudo actuaba con mucho más valor y decisión que yo,
pero le daba miedo hablar de las cosas que la
conmovían. Nunca comprendí el motivo,
pero a pesar de mi elocuencia
era demasiado tímido para
preguntárselo.

35

La risocuerna
o quién puede animar al payaso



a radio y la televisión estuvieron días enteros hablando de la batalla que se avecinaba y del camino correcto que seguía el presidente Hadahek. De repente el locutor anunció que era preciso realizar un referéndum porque el presidente Hadahek sólo quería actuar en nombre de todo el pueblo. Como en aquella época la mayoría de la población no sabía leer ni escribir, una joven presentadora explicaba todos los días en la televisión, después de las noticias, cómo tenían que votar los ciudadanos. En Morgana sólo había entonces televisores en blanco y negro, por eso la presentadora tenía que esforzar su voz. Con una sonrisa simpática, enseñaba la papeleta grande y roja para el voto positivo, sosteniéndola en la

mano derecha; luego mostraba la papeleta verde en su mano izquierda y mascullaba casi de mal humor: «Esto es para los votos negativos», y dejaba caer displicente la papeleta. Mi padre se reía.

—En Morgana las papeletas de voto son como la henna, por la noche son verdes y al día siguiente rojas.

Efectivamente, los colegios electorales fueron abiertos a las seis de la mañana y la población de Morgana se alegró del día libre que le había regalado el presidente, pues aquellas ridículas elecciones se realizaban sólo en Morgana, como si las demás ciudades no perteneciesen al país.

Pero antes del mediodía ya había nacido el primer chiste. «Los americanos», decía, «pueden conocer los resultados de la votación cinco horas después del cierre de los colegios electorales, los franceses después de cuatro y los alemanes ofrecen al cabo de una hora pronósticos fiables. En cambio en Morgana ya se saben los resultados cinco días antes».

A mediodía regresó mi padre y se rió aún más de los colegios electorales y de la farsa que se había montado allí. Mi padre había estado un rato divirtiéndose con un par de amigos y dijo que ya sólo por eso había valido la pena ir a votar.

Desde el principio faltaban las papeletas verdes. Un ciudadano viejo preguntó amablemente, sólo por curiosidad, como dijo, dónde estaban las papeletas verdes del «no». De repente un hombre con aspecto de boxeador salió de la habitación que estaba al lado del vestíbulo de la escuela que servía ese día de colegio electoral, y que estaba repleto de gente.

—¿Quién ha pedido aquí papeletas verdes? —rugió. De las cuatrocientas personas presentes ninguna se atrevió a decir «yo». Luego aparecieron algunas papeletas verdes que se agotaron en un santiamén. Al día siguiente se anunció que los tres millones de habitantes de Morgana habían expresado en un 99,9 por 100 su confianza y aprobación al presidente Hadahek. Mi padre tenía razón. De la noche a la mañana, las papeletas verdes se habían convertido como la henna en votos positivos. Era su amarga sabiduría, que él cubría con una cáscara de humor como muchos orientales. Yo estoy convencido de que en el mundo nada se menosprecia tanto como las cosas que se presentan flotando de manera ligera, divertida y brillante, y nada en el mundo se valora

tanto como las palabras hinchadas que destilan petulancia y además se pronuncian con la seriedad del burro.

Amo todo aquello que es gracioso, ligero y no superficial, que hace cosquillas a los corazones y abre, ante los ojos de los que saben, abismos peligrosos. Por eso me atraen también con tanta fuerza las caricaturas y los payasos. Buenos payasos como el director de circo Amal, Charlie Chaplin o Woody Allen son para mí tan geniales como Einstein, Gaber, el padre del álgebra, y Edison.

Mi admiración por Amal crecía de día en día, pues él había hecho todo lo posible por que su circo se convirtiese en un espectáculo fascinante. A pesar de preocuparse a diario por los artistas y los animales, era capaz de alegrar con sus payasadas al público noche tras noche.

Llorando de dolor a causa de una infección de la vejiga, tenía que reír ante su público y se esforzaba por que su número resultase ligero y juguetón. Ensayaba duramente a diario y yo le veía observando siempre con curiosidad a los niños y a veces descubría en sus actuaciones elementos nuevos que había copiado de ellos.

Ni el dolor de vientre ni la tristeza contaban para él. Como payaso no podía quejarse. Tenía que reír aunque se le partiese el corazón y tuviese hambre. Me contaba que su enemigo no era la tristeza sino la preocupación, que consumía su energía.

Aquella noche quise hablar de mi vecino Salah, una persona eternamente solitaria. Ya de pequeño era un niño despierto, pero de aspecto era francamente feo.

En el barrio hasta el último patán se creía con el derecho de decir en voz alta: «¡Dios mío, ése era más feo que Salah!», aunque Salah estuviese presente.

Yo me llevaba muy bien con él. Salah tenía treinta años más que yo, pero me trataba de igual a igual, como a un amigo. Poseía el corazón más bondadoso de Arabia y yo iba a verle a menudo, bebía té con él y trataba de reprimir la compasión que sentía dentro de mí, ya que era un sentimiento hipócrita hacia una persona extraordinaria que no lo necesitaba.

¡Si las personas de mi barrio no hubiesen sido tan estúpidas de menospreciar a la persona entera por tener un par de capas de grasa en el lugar equivocado! La época en que las grandes cantantes actuaban con dignidad y orgullo y regalaban a las personas el don

de su garganta y su maestría había terminado, y había llegado la época de las cantantes que se contoneaban. Cuesta trabajo creerlo, pero un poco de grasa en el trasero atraía a los habitantes de mi barrio más que las joyas del cerebro y el oro de la garganta.

Salah era un profesor de geografía extraordinario. Sus alumnos estaban encantados con sus clases, que eran más emocionantes que una historia de aventuras, pues Salah estudiaba continuamente los últimos descubrimientos de la investigación geográfica y libros de viajes. Pero, a escondidas, los alumnos se reían de su nariz grande y de sus ojos pequeños.

Salah vivía muy solo, pero tres años antes de su muerte aparecieron de repente en su vida las cartas de amor. A diario recibía una carta de una cierta Rita. El cartero le llamaba en voz alta y comentaba con gesto significativo los sobres perfumados, y al poco tiempo se asomaban las cabezas a las ventanas y las orejas sacaban sus antenas. La noticia agitó a la calle como si alguien se hubiese bebido el mar Mediterráneo. Salah recibía cartas de amor y por la ventana se le veía escribir hasta altas horas de la noche las contestaciones.

A partir de aquel día parecía otra persona. Empezó a vestirse de manera distinta y su nuevo corte de pelo fue calificado por los vecinos de elegante y varonil. Pero Salah no les prestaba atención, pues día tras día recibía una carta. Los vecinos averiguaron pronto que ella era una viuda joven y rica, no más alta que él y un poco coja, pero a cambio tenía, según se decía, los ojos azules más bonitos del mundo y un Rolls Royce delante de su mansión. Era hija de un árabe y de una holandesa. La gente contaba que una de las cartas había salido de la casa a través de la asistenta que limpiaba el piso de Salah una vez a la semana. Varias mujeres habían sobornado, al parecer, a la pobre mujer para que extrajese una carta de la caja donde estaban guardadas. Las mujeres comentaban con ojos brillantes las palabras apasionadas de la mencionada Rita, que hablaba con entusiasmo de la noche de amor que había pasado junto a Salah sin olvidar un solo beso. Le rogaba que fuese a verla esa misma noche, pues ardía en deseos de estar con él.

Todos los días llegaba una carta para Salah y al atardecer se vestía y salía de casa. Los hombres le miraban con envidia. Así pasaron tres años, hasta que un día Salah sintió una violenta

presión en el estómago. Se sometió a un examen médico y le descubrieron un cáncer que se estaba propagando rápidamente. Salah no sobrevivió a la operación.

Cuando su casera empaquetó las pertenencias del profesor para regalárselas al orfanato, cumpliendo así la última voluntad del difunto, descubrió que Salah no conocía a ninguna Rita y que él mismo había escrito las cartas de amor y había guardado ordenadamente los borradores en una carpeta.

Yo quise contar aquella noche, como ya he dicho, aquella historia, pero no pude encontrar en la tierra ni en el bosque de los animales de fábula un solo ser que se mintiese a sí mismo para huir de la miseria de la soledad. Sólo el ser humano es capaz de ello.

Me di una vuelta por el circo y me quedé mirando a los artistas que hacían sus ejercicios. Todos los días entrenaban durante varias horas y en los ejercicios hacían más cosas de las que mostraban al público. La economía es una regla de oro en el circo.

Como en cualquier arte, los espectadores del circo no quieren notar el esfuerzo que ha costado un número que parece salir con tanta facilidad. La ligereza que se presenta sonriendo, aunque no la separe de la muerte un parpadeo, un par de gotas de sudor o una pulgada, es el arte inmortal del circo.

Mala pasaba horas enteras perfeccionando el cálculo exacto de los movimientos de la cuerda, los giros, los pasos entrecruzados y los saltos. Y cuando un día desaprobé un ejercicio arriesgado, me dijo:

—Siempre llega un momento en que el demonio que llevo dentro no se contenta con lo que he conseguido ya y me impulsa a intentar lo que hasta entonces parecía imposible.

Yo sentía un miedo terrible por ella.

—Cuando me muera, no iré al cielo ni al infierno. Como todos los funámbulos, caminaré hasta el final de la eternidad sobre el borde del arco iris.

Sólo en la fantasía de los espectadores superaba Mala la fuerza de la gravedad, ligera como una mariposa cuando por la noche saltaba sobre la cuerda con una pequeña sombrilla en la mano. Caminaba hasta el final y volvía de espaldas. Mala, eso lo aprendí de ella, no soñaba con vencer la fuerza de la gravedad, jugaba con ella y con el público. A veces fingía que se caía. Muchos

espectadores gritaban entonces aterrados.

Desde la gran carpa fui a hacer una visita a mi amigo Nirmal, el cocodrilo, caminando por la sombra en el calor del mediodía. Amal estaba con él y ambos parecían conversar, y por primera vez oí gruñir satisfecho al cocodrilo. Amal se rió contento.

—Me alegro de verte —dijo—; no puedo marcharme de aquí, ha surgido un problema. ¿Podrías hacerme un favor? Necesito urgentemente setenta bombillas. El viento partió anoche un cable y se han roto todas. Pensaba encargar a mi hermano Nirmal que fuese a comprarlas, pero me preocupan los morganos —bromeó. El cocodrilo asintió con la cabeza y se lanzó contra la puerta de la jaula—. Ven, te daré el dinero —dijo Amal y fue por delante de mí hacia su roulotte. En ese momento supe que en honor de Amal hablaría por la noche de un payaso. A través de mi tío Said, el actor, conocía a un colega de Amal, el payaso y cómico morgano Abu Yassin.

Fui corriendo por las calles calurosas. Si hubiese seguido el consejo de mi madre, habría estado durmiendo una siesta reconfortante en una habitación fresca. En cambio corría por las calles ardientes, cuyo olor había desaparecido con el calor. Sólo durante esas horas del mediodía desaparece el olor aromático de las especias y las verduras de la animada calle comercial. El vendedor estaba de mal humor porque le había despertado de su siesta.

—Ahora resulta que la gente quiere bombillas. ¿Es que no pueden esperar hasta la tarde? Como si las bombillas fuesen como la fruta que por la tarde ya está arrugada. Pero quién sabe, tal vez quieren los ciegos encender la luz por la mañana —gruñó mientras sacaba las setenta bombillas de la caja una a una y comprobaba si funcionaban. Setenta veces suspiró.

Yo cogí las bombillas y me fui corriendo, pero antes de llegar al circo caí, medio cegado por la luz deslumbrante, en los brazos de tía Rahme. Ella era famosa por sus tentáculos. Sus víctimas se consideraban afortunados si se libraban de ellos en menos de media hora. Era inútil decirle que uno tenía prisa y que el calor del mediodía podía matar a cualquier burro en la calle. Ella contestaba sin piedad: «Sólo es un minuto», y el minuto paría una hora y, si uno no lograba escapar, la hora podía parir fácilmente medio día. Tía Rahme parecía no tener noción del tiempo.

Una vez atrapó incluso a mi impaciente padre. Él quería acercarse un momento al mercado para comprar coriandro fresco para mi madre. Tres horas después regresó sin coriandro. Con un último esfuerzo se arrastró escaleras arriba, se desplomó en el sofá y sólo pudo indicar con la mano que necesitaba un trago de agua. Nosotros le trajimos corriendo un vaso.

—¿Qué te ha ocurrido? —preguntó mi madre preocupada. Padre se bebió el vaso y nos miró totalmente ido.

—Rahme —susurró y se tumbó en el sofá. Madre nos echó de la habitación, cerró la puerta y rogó a los vecinos del patio que bajasen un poco la voz, que mi padre no se encontraba bien y tenía que descansar.

A mí no me gustaba tía Rahme ni su marido. Él era un beato, adulteraba el café con pan quemado y judías tostadas, aguaba la leche y el vino y, cuando había terminado, rezaba durante media hora el rosario antes de abrir su tienda.

Sus clientes no eran, por cierto, mejores que él. Robaban, lo tocaban todo con sus dedos sucios, picaban y probaban el género y escondían las cáscaras y las pepitas de las frutas en cualquier sitio entre las mercancías que estaban a la venta. A menudo no pagaban sus deudas. Los comerciantes que no apuntaban sus deudas por duplicado y triplicado eran víctimas de su honradez. Yo podría hablar basta el amanecer del comerciante Abdulkarim, que murió totalmente endeudado con un corazón honrado y roto, pero ésa es otra historia.

Como iba diciendo, me disponía a llevarle a Amal las bombillas y pensaba echarme después a descansar media hora, cuando la trampa de mi tía se cerró y quedé atrapado. Tuve que escuchar una historia sobre su mimado hijo Barakat, sobre lo fantástico que era y sobre la cantidad de cosas que hacía. El hijo era un desastre y arruinó más tarde a su padre, pero entonces sólo tenía dieciocho años. Era un Adonis. Y a mí me parecía un fanfarrón aburrido que no era capaz de distinguir entre las mentiras aceptables y las inaceptables.

—Ayer estaba comiendo con el hijo del presidente del gobierno después del partido de tenis y dio la casualidad de que entró en ese famoso local el príncipe heredero de Arabia Saudí. Al verme puso ojos de asombro. «¿Barakat, eres tú? ¡Menuda suerte! ¡Precisamente

pensaba llamarte! ¿Cómo te va, viejo amigo? ¿No te gustaría ir conmigo de compras a Londres?». Yo tuve que rehusar su invitación porque un minuto antes había prometido al hijo de Hadahek que volaría con él a París.

¡Era insoportable! Uno podía sonreír la primera vez, pero cuando estaba emparentado con Barakat y tenía que toparse con él en cada boda, pedida de mano y entierro, terminaba poniéndose enfermo.

—Mi Barakat quería tomar un baño —empezó tía Rahme aquel día y yo saltaba de un pie al otro—, así que dijo con cierta rudeza a sus dos amigos, que viven en la casa de al lado, que se fuesen y puso a llenar la bañera de agua caliente, pero al poco rato se enfrascó en una conversación telefónica. Ya llevaba hablando un cuarto de hora. La bañera se llenó y como charlaba con su amiga, la hija del embajador francés, me imaginé que tardaría una eternidad. Le pregunté si le importaba que yo me bañase antes. Para cuando él hubiese terminado de hablar yo ya me habría bañado y volvería a llenarle la bañera. Mi niño accedió y yo me metí en la bañera. Llevaba tumbada un buen rato disfrutando con los ojos cerrados del calor cuando, de repente, el cielo vació sobre mí un barril de agua fría. Yo miré asustada hacia arriba y vi con asombro que el tragaluz estaba cerrado y el techo seco. Sentí tanto miedo que ni siquiera pude gritar. No era una imaginación mía, el agua se había salido de la bañera y el suelo estaba inundado. Me santigüé y me levanté despacio y temblorosa, convencida de que algún duende me estaba jugando una mala pasada.

»Más tarde averigüé que el agua helada no iba destinada a mí sino a mi querido Barakat. Sus dos amigos, a los que había mandado a casa tan abruptamente, habían llenado un barril con agua fría, lo habían arrastrado por la azotea, habían abierto el tragaluz, echado el agua, y lo habían vuelto a cerrar sin mirar quién estaba abajo. Además, la ventana estaba empañada.

—¡Muy divertido! —mentí, y salí corriendo antes de que tía Rahme comprendiese lo que tenía de divertido su susto.

Amal se alegró de las bombillas, y más aún cuando se enteró de que yo quería dedicarle la noche.

En cada función Amal tenía varias actuaciones. Siempre después de los emocionantes números de fieras, de los peligrosos ejercicios

sobre la cuerda o de los saltos de trapecio, relajaba al público, preparándolo así para la próxima excitación. Sacando muelas con unas tenazas descomunales, dando traspiés sobre la cuerda o empapándose de agua él o a su compañero simplón, hacía que los espectadores, sobre todo los niños, llorasen de risa. Al contrario que en sus actuaciones en la India, hablaba poco en sus números.

—En la India —me contó un día— podía decirles, bajo el maquillaje, toda la verdad a los espectadores. Ellos no me lo tomaban a mal.

En Morgana era un extranjero y, por eso, más comedido.

Su número más divertido era el duelo. Salía a la pista caminando con las piernas arqueadas como el héroe de una película del oeste, mascaba chicle exageradamente y reñía con un adversario invisible. Un redoble de tambor elevaba la tensión, que culminaba en un golpe de timbal. El payaso recibía un disparo en el corazón. Daba unos pasos tambaleándose y caía al suelo. Dos enfermeros vestidos de blanco con gorros extraños provistos de luces intermitentes, que sugerían una ambulancia, salían a escena con una camilla gritando: «¡Tatitau! ¡Lalilalu!». Uno de ellos se arrodillaba delante del payaso.

—Dios mío, Dios mío. Hombre estar muerto —decía en árabe con mucho acento.

—Nada muerto —respondía el otro—, ¿quizás sólo dormir? ¡Pregunta!

—¿Estar muerti, muerti? —preguntaba el primero, y el público se reía. Amal asentía con la cabeza, estaba bien muerto. Los enfermeros le tumbaban encima de la camilla, apagaban las luces que llevaban en la cabeza y la banda tocaba una marcha fúnebre. Algunos empleados salían a la pista y caminaban llorando a voz en grito detrás de la camilla que ahora era llevada a hombros como un ataúd. Daban una vuelta a la pista, el payaso se erguía, contemplaba asombrado el cortejo y se bajaba de un salto, pero el cortejo no se daba cuenta y seguía caminando en círculo llorando detrás de la camilla vacía.

—Damas y caballeros —empecé después del saludo—, esta noche quisiera comenzar con una pequeña historia sobre Abu Yassin, el payaso y cómico. Él era un buen amigo de mi tío Said. Pero antes de empezar quisiera dedicar esta velada al gran payaso y

director de circo Amal, que en los últimos meses ha regalado risas y lágrimas a nuestra ciudad.

El público aplaudió frenéticamente. Amal salió a la pista, me abrazó y se inclinó delante de los espectadores. Luego, se retiró otra vez al pasillo de los artistas detrás de la pista mientras los empleados sostenían abierto el telón, y durante un instante vi cómo Shanti se secaba las lágrimas.

Si a veces me irritaba la estupidez de los morganos, aquella noche los amé porque sin tener que dar la odiosa orden de «¡Un aplauso, por favor, un aplauso!», tributaron al pequeño y valeroso director del circo aquella ovación entusiasta con que él había soñado durante quince años. Muchos aplaudieron de pie y por primera vez se me puso la carne de gallina con una ovación. Amal tuvo que salir de nuevo a la pista. Pero vino con Shanti y ambos hicieron una reverencia llenos de alegría. En ese breve instante me di cuenta de lo que significaba haber realizado un sueño. Y Morgana era la cuna del sueño de un hombre sabio y bonacible de la India.

—Damas y caballeros —volví a empezar cuando se hizo el silencio—, quiero hablar de Abu Yassin, pero me pregunto qué animal valdría para esta historia. Los animales saben reír como las personas. Los científicos han asegurado durante siglos que sólo las personas saben reír y los animales siempre se partían de risa cuando oían esa afirmación errónea. En realidad, sólo hay dos cosas que no saben hacer los animales: engañarse a sí mismos y fundar bancos, aparte de eso son capaces de todo.

»Como iba diciendo, todos los seres saben reír, pero no todos tienen el don de hacer reír a los demás. Sólo algunos pocos son capaces de hacerlo a la larga: son los animales y las personas que son atacados por una bacteria llamada risocuerna. Esta bacteria fue durante miles de años un misterio indescifrable. Los egipcios fueron los primeros que aventuraron que debía de tratarse de un ser que vivía en la zona del estómago, pero tuvieron que pasar muchos siglos antes de que la genial investigadora finlandesa Emily Beeltur descubriese en 1955 la risocuerna tras años de esfuerzos. Cómo lo logró es una larga historia, pero ella fue, en cualquier caso, la primera que desveló el misterio de que sólo algunos pocos seres sepan hacer reír en el mundo a las personas.

»La risocuerna no mide, según Beeltur, más de un milímetro y tiene forma de cuerno. De ahí su nombre. En su extremo puntiagudo se encuentra un gancho afilado con el que se agarra en la cavidad abdominal a la pared externa del estómago. Pertenece al grupo de bacterias que mueren en pocos segundos al contacto con el aire. El oxígeno la destruye, por eso su descubrimiento fue muy difícil. Pero, como iba diciendo, una vez que la risocuerna se sujeta a la pared del estómago impulsa a la persona, de una manera todavía desconocida, a hacer reír a los demás, provocándole a menudo una úlcera de estómago. Eso es algo que tienen en común todos los cómicos del mundo.

»Abu Yassin era de los que habían sido atacados por una colonia entera de risocuernas. Siempre que quería, podía hacer reír a la gente. Yo le conocí en casa de mi tío Halim.

»Su historia era aún más curiosa que su capacidad de hacer reír a las personas. Había sido un pediatra famoso. Un día visitó a un niño que estaba gravemente enfermo. Era un caso desesperado. Ningún médico quería ocuparse de él, ya que los padres y los vecinos de Morgana tenían la superstición de que el último médico que visitase a un moribundo tenía la culpa de su muerte, como si él, y no el ángel de la muerte, hubiese venido a llevarse su alma. Cuántas veces he visto a médicos salir por pies sin su maletín mientras los padres y los vecinos del difunto le arrojaban piedras. Ese médico, sin embargo, visitaba a aquel niño a diario y trataba de hacerle reír con algunas tonterías. Y tenía éxito, pues el niño lloraba de risa. El niño esperaba impaciente al médico y eso le salvó la vida. De día en día estaba más sano. Abu Yassin, que entonces se llamaba doctor Hassan Magrebi, cerró su consulta y se hizo payaso. Y poco después se convirtió en el mejor payaso del teatro y del cine.

»En casa estaba a menudo tan triste que su mujer le aconsejó que fuese a ver a un especialista que acababa de llegar de Francia. Abu Yassin, que en aquella época ya era muy famoso, siguió el consejo de su mujer y visitó al médico. Se quejó de opresiones, de abatimiento y de dolores en todos los miembros. Dijo que nada le hacía reír y que había perdido la alegría. El médico le examinó y no encontró nada inquietante excepto aquella profunda tristeza. Recomendó al alicaído paciente que saliese a pasear a menudo, que comiese bien y, si todo era inútil, que asistiese a una representación

de Abu Yassin para que su alma se aligerase. El hombre se rió amargamente. “Yo soy Abu Yassin”, dijo.

»Un día me encontraba en casa de mi tío. Abu Yassin había venido a verle y estábamos bebiendo té en el pequeño patio de la casa cuando un vecino, un empleado de hacienda sumamente ingenuo, se sentó con nosotros. “¡Cómo me gustaría tener tu profesión! ¡Poderse ganar la vida contando chistes!”, inició su conversación. “Te envidio por la facilidad con que te financias la vida”.

»Abu Yassin miró al hombre despectivamente. “Tú no tienes idea de lo que me cuestan esas risas. Halim, querido amigo, ¿tienes un trozo de papel y algo para escribir para este ingenuo?”. Tío Halim desapareció rápidamente en su cuarto de estar, regresó con una gran hoja de papel y un bolígrafo y entregó ambas cosas al sorprendido vecino.

»“¡Escribe!”, ordenó Abu Yassin. “Esas risas me han costado en veinte años de trabajo las siguientes insignificancias:

11.200 bofetadas.
8.700 patadas, la mitad sin cojín protector.
6.600 veces me quitaron la silla debajo del trasero.
5.000 veces se rompió una silla debajo de mí.
4.900 veces metí el pie en un cubo de agua.
4.200 veces me golpearon con una tabla preparada en la cabeza. Más de cien veces las tablas eran auténticas, pues alguien las había cambiado antes.
3.900 huevos se estrellaron contra mi cabeza. 2.000 huevos tuvieron que ser lanzados con más fuerza una segunda vez para que se rompiesen. Más de 500 por tercera vez y casi 100 por cuarta vez. Un solo huevo no se rompió tampoco a la décima vez. Era de yeso. Algún gracioso lo había introducido entre los otros huevos.
3.000 veces me ha abandonado mi gracia. El humor es por naturaleza un traidor que te abandona cuando más lo necesitas. La gracia es por naturaleza tímida, y cuanto más se la solicita más se esconde.
He tenido que tragarme 2.600 globos, 1.000 cordones de zapatos, 300 velas.
300 veces he salido a escena aunque me sentía cansado, débil, triste, malhumorado, solo y perdido.

»“Si lo has apuntado todo y lo has comprendido, sabrás la suerte que tienes de no ser un cómico”.

»“¡Por el amor de Dios, si eso es peor que los trabajos forzados!”, gimió el hombre. “Prefiero seguir con mis tablas”.

»“¡Naturalmente!”, respondió Abu Yassin. “Pero yo no quería dedicarme a otra cosa”, añadió, y sus ojos brillaban.

»Abu Yassin no sólo era gracioso en el escenario. Un día fue denunciado por un hipócrita porque en el mes de ayuno del Ramadán había comido un rollo de pistachos en medio de la calle. El presidente Hadahek, que estaba entonces en el poder, se hacía el piadoso mandando azotar quince veces delante de la gran mezquita a los que rompían el ayuno.

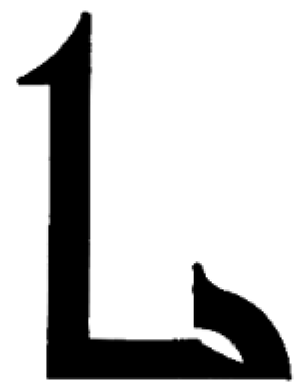
»Abu Yassin fue conducido ante el juez y éste reconoció al gran actor, por el que sentía un gran afecto, pero a pesar de ello tuvo que someterle a un interrogatorio severo. “¿Por qué has comido en el mes de ayuno del Ramadán? ¿Acaso estás enfermo o estás de viaje?”, preguntó brindándole una salida, pues ya sabéis que el ayuno puede ser interrumpido en estos dos casos, pero Abu Yassin no necesitaba ayudas.

»“Excelencia, no estoy de viaje ni estoy enfermo. Ni yo mismo sé cómo ha ocurrido. Cuando mi mano divisa un rollo de pistachos se desliza fuera del bolsillo de mi pantalón y entonces observo asombrado y boquiabierto cómo coge el delicioso rollo y lo introduce en mi boca, contra mi voluntad”.

Toda la sala se echó a reír, ni siquiera el hipócrita
denunciante pudo aguantarse la risa,
y el juez mandó marchar a
ambos sin dictar una
sentencia.

36

Abril
o cómo cambia una cabeza de propietario



a vida en el desierto árabe ha sido siempre muy dura. Obligaba a mentir. Sólo con el don de la mentira podían introducirse en el desierto la risa y los sueños. Hasta la naturaleza es allí una maestra en la mentira. Ni las cumbres nevadas, ni los bosques, ni los lagos, ni los valles verdes son capaces de producir con sus riquezas una fatamorgana, pero el desierto con su parquedad es un maestro en espejismos. Fata Morgana, el hada de Oriente, llamada Sarab en árabe, era la hija de un rey de los demonios del desierto. Ella amaba a su primo, pero el rey de los demonios odiaba a su hermano y a sus hijos, así que prohibió a su hija que viese al sobrino. Pero cuando Fata Morgana desobedeció la orden de su padre y se encontró varias

veces con su primo junto a la fuente, su padre la castigó y confinó en un gran palacio de cristal. Este palacio era un inmenso laberinto de cristal y espejos y Fata Morgana buscó desesperadamente el camino para salir, pero anduvo errando durante siglos por los pasillos y las habitaciones de aquella enorme cárcel. Fata Morgana deseó morir, pero los demonios son inmortales.

Para vengarse, el rey de los demonios hizo con su infinito poder que el amado de su hija adoptase para siempre el aspecto de un hombre mudo, sordo y ciego. Como éste también es un demonio, tiene que vivir eternamente y vaga hasta hoy por el mundo.

Fata Morgana una mañana averiguó de su padre que ella no podría verse jamás con su primo ya que él le había dado forma humana. Nunca le encontraría aunque examinase a las personas una por una. Fata Morgana dio un grito de dolor tan fuerte que el gran palacio estalló en miles de millones de trozos que a través de siglos de lluvia, sol y viento se convirtieron en pequeños granos de arena.

Fata sabía que, como oriental, su amado amaba el agua más que nada en el mundo, por eso cada vez que percibía en la lejanía los pasos de personas echaba a correr inmediatamente y creaba la engañosa ilusión de una superficie de agua con la esperanza de que su primo fuese en su busca y ella pudiese reconocerle. Siempre que hacía calor, Fata Morgana cobraba nuevas esperanzas y creaba imágenes de agua tan bellas que muchas personas erraban días enteros detrás de ellas. Pero nadie, excepto el padre, sabía que el primo era ciego, mudo y sordo.

Yo había inventado esta historia para Mala porque me preguntó de dónde venía el nombre de la capital Morgana.

Como había preparado para la noche una historia de mentiras, no quise apartarme del tema cuando Shanti me pidió por la tarde que les contase algo a los niños. A mí me gustaba mucho una historia que me había contado mi abuela la tigresa, pero cuando me disponía a contársela a los treinta niños del circo, vi que Amal había mandado venir a sus empleados desde todos los rincones del circo. De repente estaban todos allí y el espacio que había detrás de la gran carpa se quedó tan pequeño que Shanti propuso que entrasen todos en la gran carpa y disfrutasen de una representación en privado como regalo. Los hombres y las mujeres se rieron y me precedieron corriendo.

—Ellos también tienen derecho a disfrutar con una de tus historias, pues apenas entienden el árabe —me dijo Amal con una sonrisa pícara. Hasta entonces yo sólo había contado mis historias en inglés en el pequeño círculo de los niños. Aquélla era mi primera actuación en lengua extranjera ante un público numeroso.

—¡Entonces deja que traigan también a Nirmal en su jaula! —exigí yo, porque sabía que el cocodrilo entendía cada palabra.

Trajeron al cocodrilo, que estaba en su jaula mirando atentamente.

—Queridos niños, queridos amigos, hoy quiero regalaros una hora de cuentos porque habéis traído gran alegría a mi ciudad. Dios bendiga al que escucha bien.

»Nosotros los orientales somos muy prudentes con la verdad. Nunca decimos: “Érase una vez”, eso es demasiado veraz y es, en el fondo, una mentira muy grande, pues nada en el mundo es tal como lo contamos después. “Kan ya ma kan”, decimos al principio de nuestras historias, y el significado de esta frase sigue siendo objeto de controversias hasta el día de hoy. Un significado es: “Érase o no era”, y con estas palabras empiezo mis historias.

»Érase o no era un rey muy aficionado a escuchar historias. Podía pasarse un día entero sin comer, pero jamás se iba a la cama sin escuchar una historia. Con el paso de los años llegó a conocer todas las historias de *Las mil y una noches* y mil historias más. La gente hacía todo lo posible por contarle historias siempre nuevas y verdaderas.

»Un día el rey se hartó de las historias verdaderas y sintió deseos de escuchar un relato en el que no tuviese cabida una sola palabra de verdad. Mandó anunciar en todo el país que sólo quería escuchar historias llenas de mentiras, y que recompensaría con mucho oro al narrador que pudiese contar una historia entera sin atenerse a la verdad. De todos los rincones del país llegaron narradores, pero en cuanto empezaban con las fórmulas de cortesía “Oh, poderoso rey” y “Oh, afortunado rey”, el monarca decía: “Cállate, oh, narrador, pues ya has dicho una verdad, es cierto que soy un rey, que sea afortunado y poderoso es otra cuestión. Pero yo no deseo oír ninguna verdad. Desgraciadamente no sabes contar una auténtica historia de mentiras”.

»Decepcionado, el rey elevó el premio para el narrador que fuese

capaz de contarle una historia sin una sola verdad, pero ya a las pocas palabras los narradores eran expulsados del palacio. Bastaban frases como: “Érase una vez”, “He oído que” o “Me han contado que” para que el rey gritase furioso: “¡Basta, ya has dicho la verdad!”.

»Fue inútil que el rey prometiese que pesaría en oro a quien pudiese contarle una historia que estuviese totalmente basada en mentiras. El rey se amargó tanto que apenas podía dormir.

»Una mañana se despertó y se puso un ropaje rojo. Ésa era una señal de que estaba furioso. En tales días sus criados y su visir evitaban cruzarse en su camino, pues con demasiada facilidad mandaba ejecutar a los que cometían entonces un pequeño error. Cuando se vestía de blanco, significaba que estaba feliz y entonces los criados podían derramarle la salsa encima de la cabeza y él no decía nada. Pero aquel día llevaba su ropaje rojo. Mandó venir, malhumorado, a su visir. Éste saludó al rey y preguntó amablemente qué deseaba Su Majestad.

»“¿Preguntas qué deseo?”, gritó el rey. “Ya no puedo dormir. Cómo es posible que la gente me mienta día y noche, y cuando se les pide una mentira farfullen su verdad aburrida. ¡Cómo es posible, si mentir es la cosa más sencilla del mundo!”.

»“Majestad, tal vez sea fácil para los reyes, pero aunque uno se proponga contar sólo mentiras, la lengua termina por escaparse y dice la verdad”, respondió el visir.

»“No, el motivo es quizás la recompensa mezquina. Vete y anuncia que el que me cuente una historia que sea una pura mentira, podrá casarse con mi hija única y heredará mi reino, pero si se le escapa la lengua y dice alguna verdad, tendrá que morir”.

»El visir mando difundir esa noticia por todas partes y al poco tiempo apareció ante las puertas del palacio un ejército de aventureros y estafadores codiciosos. Todos deseaban a su hija y pensaban que el rey era un pobre idiota al que podían mentir fácilmente, pero hasta los más ingeniosos abandonaron el palacio cuando su alma ya había abandonado el cuerpo.

»Después de las primeras cien víctimas, corrió la voz de que en realidad el rey no quería casar a su hija y que había inventado aquella argucia infame para matar a los candidatos. Las filas de los hombres menguaban ya delante del palacio y sólo los más expertos

narradores se atrevían a poner a prueba sus artes. Pero el país también tuvo que prescindir pronto de ellos, pues a partir de entonces contaron sus historias en el reino de los muertos.

»La ira y la amargura se adueñaron del rey. Una mañana volvió a ponerse su ropaje rojo y mandó venir al visir.

»“De qué me sirve un ministro inteligente si no es capaz de encontrar a un mentiroso que sepa contarme una historia en la que no aparezca la verdad. Te doy tres días. O me traes un mentiroso o eres hombre muerto”, dijo el rey, y el visir se puso pálido.

»Apesadumbrado, se montó en su caballo y se fue a casa. Allí le quitó al caballo sus magníficos arreos y sustituyó la brida por una cuerda vieja y la silla de montar por un viejo trozo de alfombra. Disfrazado de comerciante, se puso en camino dispuesto a encontrar a un mentiroso. El caballo del visir era famoso en todo el país. Había costado la vida a varios propietarios antes de que el visir lo comprase por mucho oro. En aquel entonces no era raro que los criminales matasen al propietario de un caballo valioso para apoderarse de él. Pero ésa es otra historia.

»El visir se puso en camino, como iba diciendo, para encontrar a un mentiroso que pudiese librar al rey de su amargura y salvarle la vida a él. Cabalgó de pueblo en pueblo y preguntó por los mejores narradores, pero cuando quedaba alguno y empezaba a contar su historia, el visir le interrumpía: “Será mejor que te quedes en tu pueblo y conserves tu cabeza”. Después se marchaba rápidamente y el narrador se quedaba confuso por las palabras del presunto comerciante que ni siquiera había querido escuchar su historia hasta el final.

»El visir también visitó uno a uno los campamentos de los beduinos, pero aunque la gente sabía contar historias divertidas o tristes, el visir se dio muy pronto cuenta de que no eran los narradores que él buscaba. La primera noche no durmió apenas aunque el jeque de los beduinos le había dado de comer opíparamente. Cuando amaneció el segundo día, el visir prosiguió su viaje. Se hizo mediodía y el visir se sentía ya cansado cuando vio a lo lejos un árbol y debajo tres hombres sentados alrededor de un fuego. Fue corriendo hacia ellos, ya que le atormentaban la sed y el hambre.

»Los tres hombres acababan de asar tres perdices que habían

cazado. El visir los saludó y se hizo pasar por un comerciante que iba de pueblo en pueblo buscando especias. Los tres cazadores le invitaron a almorzar, pues tenían abundante comida.

»Cuando terminaron de comer, el visir preguntó quiénes eran y a qué se dedicaban. Entonces el más joven contestó: “Excelencia, somos tres hermanos; el mayor se llama Gibril, el segundo Derfil y un servidor se llama Abril. Vivimos de la caza y no hacemos mal a nadie”. Los otros dos se rieron del desparpajo de su hermano.

»“¿Qué Excelencia?”, le preguntó su hermano mayor Gibril en tono imperioso. “Este hombre dice que es un comerciante de especias”.

»“Su lengua miente”, contestó Abril, el cazador más joven, “él no es un comerciante de especias, pues éstos huelen siempre a cardamomo y comino a tres metros de distancia, y aunque Su Excelencia se haya disfrazado tan bien y haya ensillado miserablemente su caballo, el anillo de su mano lleva la piedra preciosa que le regaló Su Majestad hace dos años. En todo el país no se hablaba de otra cosa entonces. Y el caballo tiene un paso más ligero que el viento del que ha hecho Dios los caballos nobles. El caballo se llama Amanecer y no existen dos como él en nuestro país. Tampoco os habéis dado cuenta de que se ha bajado del caballo con una elegancia impropia de un comerciante. Como comíais con tanta prisa, no os habéis fijado en que mordisqueaba su perdiz de manera torpe y complicada. Un comerciante que come constantemente con campesinos no habría dejado más que huesos mondos, pero el visir siempre es atendido por sus criados. Pocas veces habrá comido sentado en el suelo polvoriento”.

»“Dios bendiga tus ojos”, dijo el visir.

»“¿Qué preocupación aflige tu corazón, Excelencia?”, preguntó Abril sin prestar atención al elogio del visir, y éste le habló de su desesperación.

»“Aligera tu corazón. Yo soy el mentiroso que puede satisfacer a Su Majestad y salvar tu vida. Los cazadores mienten a menudo y convierten al gorrión que han matado en un águila y al conejo en un león”, dijo Abril. El visir rió aliviado, los hermanos se sumaron a su risa aunque un poco apurados. En vano trataron de disuadir a su hermano de que no emprendiese el peligroso viaje. Antes de que el visir se pudiese levantar, Abril se subió encima de su mula de un

salto. “Excelencia, tenemos que apresurarnos, si quieres cumplir el plazo”.

»Abril se despidió de sus hermanos, que con lágrimas en los ojos le dijeron adiós con la mano durante mucho rato. El visir y el cazador cabalgaron un día entero hasta que llegaron a la capital, donde el visir invitó a Abril a su casa y ordenó a sus criados que bañasen al noble invitado en agua de rosas y le vistiesen con los mejores ropajes. Cuando Abril se presentó ante el visir, éste apenas pudo reconocerle.

»El rey esperaba impaciente y cuando el visir entró en la sala de audiencias, todos los presentes se quedaron atónitos.

»“Majestad”, exclamó el visir haciendo una reverencia, “he encontrado al mentiroso más grande de todos los tiempos. Se llama Abril, pero ni siquiera eso es seguro. Sin embargo, no dudo de que él te dará por fin la alegría con la que ha soñado tu corazón todas estas noches”.

»“Estoy muy intrigado, ¡manda entrar a tu mentiroso!”, ordenó el rey; y Abril, el cazador, irrumpió en la sala, subió los peldaños que conducían hasta el trono del rey y, sin inclinarse ni saludar al rey, tomó asiento en su trono y le miró unos instantes.

»“Por fin he encontrado mi cabeza. ¡Ahora devuélvemela!”, gritó al rey.

»“¿Tu cabeza? ¿De qué cabeza estás hablando?”, preguntó asombrado el rey.

»“Eso que llevas sobre tus hombros es mi cabeza. Me la quitaste en la peluquería en un momento de confusión cuando estaba mirando al hombre de las dos cabezas”.

»“¡Peluquería! ¡Hombre de dos cabezas! ¡Qué tonterías! ¡Oye, muchacho, tú deliras!”. El rey se rió.

»“No, no, ésa es mi cabeza, y desde hace mucho tiempo me atormenta la tuya y me agobian tantos pensamientos reales con los que, como cazador, no sé qué hacer. Y el hecho de que en los últimos tiempos hayas mandado ejecutar a tantas personas se debe también a que has prestado malos servicios a tu reino con la cabeza de un cazador. Ahora voy a contarte a ti y a los presentes cómo te quedaste con mi cabeza por un descuido del ayudante del peluquero, pero luego quiero que me la devuelvas de una vez”.

»El rey no salía de su asombro ante tanto descaro.

»“Cualquiera que sea la cosa que diga ahora, oh portador de mi cabeza, es mentira, pues nada de lo que se construye sobre la base de la mentira puede ser verdadero, ni las ventanas son ventanas, ni las puertas se abren y se cierran en realidad. Todo es falso. Ni siquiera el sol que brilla en alguna historia puede calentar las manos. Si das un mordisco a mis frutas sólo tendrás aire en la boca. La mentira es verdaderamente una gran tierra con lagos y montañas, y es ruin como la vida, hermosa como los niños y más astuta que un zorro, dulce y amarga, verde y seca, podrida y fresca, vieja y recién nacida al mismo tiempo. Es ni más ni menos que una mentira, pero nada en el mundo puede refrescar el corazón más que la risa de la mentira.

»“Nosotros éramos tres hermanos felices. Un día vino a buscarnos la muerte, pero estaba sedienta y nos pidió un trago de agua. Nosotros le dijimos que debíamos beber una última copa de vino juntos antes de que llevase nuestras almas a su creador. Ella no encontró mala la idea, ya que nosotros éramos los últimos en su lista del día. La muerte bebió hasta que su esqueleto se puso blando como la goma.

»“Existe la creencia de que el ángel de la muerte cosecha las almas con una hoz o una guadaña. Bueno, ésa es una mentira inofensiva para explicar la muerte a los niños de manera gráfica. En realidad, y eso puedes preguntárselo a cualquier muerto y ninguno te dará otra respuesta, la muerte no trabaja con hoces ni guadañas, eso sería demasiado incómodo; no, pronuncia una fórmula secreta y ésa es la última frase que oyen todos en la tierra. Y después el alma va a parar a un pequeño saco. Pero aquella noche el ángel de la muerte bebió tanto que pronunció una fórmula equivocada. En lugar de matarnos, nos duplicó. Salió volando y dejó en nuestra casa dos Abriles, dos Gibriles y dos Derfiles. Cuando llegó al cielo, su cabeza ya se había despejado con el viento y echó de menos nuestras almas. Regresó más rápido que un rayo a recogernos, pero nosotros nos habíamos escondido. Entró en la cocina, se llevó las almas de nuestros dobles, que todavía seguían sentados a la mesa comiendo y bebiendo vino, y voló satisfecho a la morada de su maestro todopoderoso. A nosotros nos tachó de sus cuadernos y por eso no podemos morir aunque queramos.

»“Un día mi hermano Gibril, después de tener una pelea con su

mujer, montó sobre un águila y voló tan alto que el calor del sol empezó a quemar las alas del águila y Gibril saltó desde aquella altura a la tierra. Él quería morir, pero sólo destrozó la cárcel de la ciudad. Los presos se repusieron rápidamente del susto y emprendieron la huida. Mi hermano se sacudió el polvo de la ropa y gritó desesperado: "¡He vuelto a fallar!", pues antes lo había intentado en vano desde una roca alta. Así que volvió otra vez con su mujer.

»"Mi hermano Derfil, cuyo nombre no significa otra cosa que delfín, se enamoró una vez de una sirena y se echó a nadar detrás de ella. Tres años vivió debajo del agua y, cuando salió, los dedos de sus manos y pies estaban unidos por membranas natatorias, pero él se sentía decepcionado porque en el país subacuático existían unas leyes aún más severas que entre nosotros, por eso no compensaba el esfuerzo de vivir sin aire, dijo, y escupió enfadado; y lo que sucedió con su saliva te lo contaré, oh portador de mi cabeza, en otra ocasión.

»"Yo no deseaba nadar ni volar. Estuve vagando por el país y no te imaginas lo que vi con los ojos con que miras ahora. Un día llegué a una ciudad llena de locos. Todos estaban locos. Su alcalde era el más demente de todos. Y como estaban tan locos no podían organizar un ejército y mucho menos hacer la guerra. Ni siquiera eran capaces de ponerse en fila y, cuando uno daba una orden, los locos empezaban a reírse en lugar de obedecer. Pero su locura los protegía de los ambiciosos reyes de los países vecinos mejor que cualquier arma.

»"Cuando llegaba un conquistador, podía entrar libremente en la ciudad y era recibido con grandes muestras de júbilo. El conquistador sonreía y no sabía que había caído en una trampa, pues los locos veían en su ejército un cortejo de bufones y obsequiaban al conquistador con comida y bebidas, haciendo que se sintiese a gusto al poco tiempo. Pero algo inexplicable sucedía con sus soldados. Algunos sospechaban que los hechiceros de la ciudad añadían algo a la comida que trastornaba a todos. A lo sumo después de tres comidas, los soldados empezaban a presentarse ante sus superiores sin afeitarse ni lavarse. Las amonestaciones y las órdenes eran inútiles, y cuanto más severa era una orden, más fuerte se reían los soldados. Más tarde los oficiales también cayeron

en una extraña locura y se pasaban el día filosofando acerca del sentido de la vida. Todos los conquistadores que permanecían más de tres semanas en la ciudad se volvían locos y se quedaban a vivir pacíficamente en aquella ciudad.

»“La ciudad de los locos admiraba a los extranjeros, pero no era fácil adquirir el derecho de ciudadanía. El extranjero tenía que cumplir un requisito indispensable. Tenía que saber contar una historia con tanta maestría que no sólo dejase despiertos a todos sus oyentes, sino también a la noche, y si a la mañana siguiente la noche se quedaba dormida sobre la ciudad, el narrador era admitido con todos los honores como nuevo ciudadano. Dos vigías esperaban el amanecer desde las murallas de la ciudad y, cuando aparecía el sol y bañaba todo con su luz hasta las puertas de la ciudad y la propia ciudad se quedaba a oscuras, entonces los vigías gritaban desde la muralla: “¡Oh, noche, es hora de levantarse!”. Entonces la noche se despertaba sobresaltada y la ciudad era inundada por la luz.

»“Los habitantes de aquella ciudad eran raros, no tenían secretos los unos con los otros y escribían todo lo que se les ocurría sobre el asfalto de la calle y sobre las paredes y los muros de su ciudad. Si a alguien le molestaba alguna cosa, iba al lugar donde se encontraba la casa, el comercio o la oficina donde vivían o trabajaban las personas que le molestaban y allí desahogaba su corazón escribiendo en la pared de enfrente. A menudo se podían leer también frases amorosas dedicadas a mujeres y hombres. ¡Buenos días!, ¡Te amo!, ¿Te has reído ya hoy? eran las más frecuentes. Sobre la calle sólo escribía la gente cuando daba las gracias a Dios o se quejaba a él, pues Dios podía leer fácilmente desde el cielo las letras escritas sobre el asfalto negro de la calle.

»“Poco a poco me di cuenta de que la vida me parecía mucho más alegre y que empezaba a reírme al menor motivo. Por eso abandoné rápidamente la ciudad antes de que la dulzura de su locura envenenase definitivamente mis nervios.

»“De la ciudad de los enrevesados más valdría no hablar. Los habitantes de esta ciudad se maravillaban de mis capacidades y me miraban boquiabiertos cuando enhebraba una aguja o clavaba un clavo en una tabla con dos o tres martillazos, pues los enrevesados llevaban una vida muy complicada. Cuando querían enhebrar una

aguja, cogían ésta con la mano izquierda y un extremo del hilo con la derecha, se inclinaban hacia adelante pasando ambas manos desde atrás entre las piernas abiertas y trataban de introducir en esa postura el hilo a través del agujero. A menudo perdían el conocimiento al hacerlo y caían de bruces, y algunos se mareaban cuando volvían a erguirse, pero ellos no querían hacerlo de otra manera.

»"Clavar un clavo en un sitio determinado era para ellos una empresa imposible. Colocaban los clavos sobre sus cabezas y estampaban encima la tabla, el estante o el armario. Y aunque les maravillaba el martillo que me hice con un palo y un trozo de hierro, no querían cambiar sus métodos.

»"Los enrevesados no podían disfrutar con las cosas sencillas. Ya sólo con verlos comer y beber le entraba a uno el hipo. Comer y beber era para los enrevesados un trabajo ímprobo que terminaba a menudo con luxaciones y dolores, pero Dios me libre de describirlo, sólo de pensarlo me entra el hipo».

»Abril bebió un buen trago de agua y prosiguió su historia.

»"De sus juegos no voy a hablar, pues eran tan complicados que estuve a punto de partirme la lengua cuando quise describírselos a un amigo.

»"Los nativos también hablaban de una manera embrollada. Ni siquiera sabían hablar claramente sobre la enfermedad o el amor. Hasta las cosas más sencillas de la vida cotidiana eran expresadas complicadamente. Se llegaba al extremo de que existían traductores de conversaciones que a veces eran llamados por familiares, vecinos o empresas cuando ambas partes empleaban el mismo lenguaje pero no podían entenderse mutuamente.

»"No pude aguantar más tiempo en aquella ciudad porque me di cuenta de que cuando veía una belleza sencilla me invadía la desconfianza. Así que proseguí mi viaje y llegué a la ciudad de los apresurados, y ahora me referiré al día en que te llevaste mi cabeza", dijo Abril.

»"Soy todo oídos", respondió el rey encantado.

»"Llegué a una ciudad y debería haberme quedado ante sus puertas o haberla rodeado, pues nada más entrar en ella me vi arrastrado por su vorágine y empecé a tener prisa. Poco a poco comprendí que los habitantes de aquella ciudad habían engañado,

como yo, a la muerte y que vivirían eternamente. En lugar de vivir despacio y disfrutando, corrían presurosos por las calles. A menudo dejaban su cabeza negociando en un lugar y corrían sin cabeza a otro encuentro donde no la necesitaban tanto.

»“Cuántas veces me había jurado: Abril, ahora que has burlado a la muerte y te has ganado una nueva vida, disfrútala despacio, pues vivirás eternamente. Todo fue inútil, llegué a aquella ciudad y pronto me convertí en uno de aquellos apresurados. Conocí nuevos temores que no había sentido nunca. Corría y siempre estaba ajetreado. El trabajo ha nacido, sin embargo, como una maldición de Dios. Para no desaparecer de la tierra, se duplica cuando uno ha realizado la mitad y así siempre sucesivamente. Eso lo descubrí por primera vez en aquella ciudad. Pronto me di cuenta de que necesitaba treinta horas para realizar mi jornada. Cuando se lo conté a un conocido, éste se rió de mí y dijo: “Yo tardo cuarenta y ocho horas desde hace tres años y todavía me falta tiempo. Mi cabeza y yo nos hemos separado para poder trabajar el doble, veinticuatro horas seguidas, pero el trabajo es cada vez mayor”.

»“¿Quién iba a tener así tiempo para bañarse, pasear o pasar una velada junto a la chimenea? ¡Y qué pecado era decir siquiera en voz baja en aquella ciudad que era maravilloso disfrutar el tiempo! Cuando ocurría eso se detenía casi el tráfico y se paraban todos los trenes. Yo aprendí también con el tiempo a dividirme, a recoger mi cabeza bien entrada la noche y a descansar con ella un par de horas.

»“Un día fui corriendo a la peluquería, dejé allí mi cabeza, di al peluquero las instrucciones oportunas y volví a marcharme rápidamente. Cuando regresé, vi por primera vez el nuevo modelo de persona con dos cabezas desmontables sobre un cuerpo. Pero éste sólo consiguió dar algunos pasos porque cuando llegó al primer cruce las cabezas empezaron a discutir. Una quería ir hacia la izquierda, la otra hacia la derecha. El cuerpo se desplomó debajo de ellas como si hubiese bebido dos litros de aguardiente. Con gran esfuerzo volvió a incorporarse. Pero las dos cabezas estaban furiosas y se abofetearon con tanta fuerza que el portador se tambaleó y volvió a caer al suelo. Un miedo extraño se apoderó de mí y de todos los que habían presenciado aquel espectáculo y nos precipitamos hacia los lugares donde habíamos dejado nuestras

cabezas. Cuando llegué a la peluquería, el local parecía un auténtico gallinero. Todos chillaban y arrebataban las cabezas a los empleados, que ya no podían controlar los resguardos. Yo nunca he sabido abrirme paso y al final encontré esta cabeza que ves aquí.

»"Desde entonces las cosas no me van bien. Pero ahora he reconocido mi cabeza por la nariz larga y la pequeña cicatriz que tiene detrás de la oreja. Ésta me la causó mi hermano Derfil con una piedra. Devuélveme, por favor, mi cabeza y estáte seguro de que tú y yo somos inmortales; pero como en la mayor parte de tu cuerpo eres un rey, cedo el paso respetuosamente a tu Majestad. Deja que te decapiten y yo me dejaré decapitar después, luego intercambiaremos las cabezas y quedaremos en paz".

»"¡Santo Cielo!", exclamó el rey divertido y se agarró a la cabeza. "Has ganado el premio desde la primera frase y has refrescado mi corazón con tus mentiras descaradas. Te concedo la mano de mi hija y te daré todo el oro que necesites. Sólo quiero que me satisfagas un deseo. Como has visto tantas ciudades, te pido que construyas en nuestro país una ciudad de la mentira. Quiero que nada sea verdad en ella, busca a los mentirosos más ingeniosos para realizar esta empresa y desde ahora hasta el fin de los tiempos tú serás el soberano de esa ciudad", dijo el rey.

»"¡Es una idea extraordinaria!", exclamó Abril entusiasmado. "¿Y cómo se llamará esa ciudad?", preguntó.

»"Abril, naturalmente, como tú. Sí, Abril", respondió el rey.

»Abril contrajo matrimonio con la hija del rey, que era muy inteligente y discreta, y ella se alegró de poder vivir con el ingenioso Abril lejos de su caprichoso padre. Abril tomó todo el dinero que necesitaba. Un edicto real le autorizaba a apropiarse del suelo necesario para erigir su ciudad de la mentira en cualquier lugar del país.

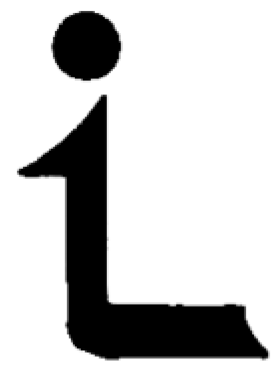
»Y esta noche contaré lo que sucedió con aquella ciudad falsa de los mentirosos.

—¡No, ahora! —exclamó Amal.

Los demás aplaudieron, pero yo hice una
reverencia y me retiré detrás del
telón al pasillo de
los artistas.

37

El semperpro
o por qué no se puede fiar uno ya de nada



ncreíble! Me encuentro en el pasillo con un hombre que está esperando al médico para despedirse y nos ponemos a hablar. Él ha sido sometido a la misma operación del ojo derecho que yo y poco a poco sale a relucir que es un primo lejano mío al que no veía desde hacía más de sesenta años. Él tenía prisa pues su hijo le estaba esperando afuera con un taxi. En realidad, tampoco teníamos mucho que decirnos. La única pregunta que quise hacerle me la hizo él.

—¿Te acuerdas del hielo de las montañas? —preguntó, y yo asentí con la cabeza. ¡Cómo iba a olvidarlo!

Mucho antes de que las cabras desapareciesen de las calles de Morgana, tío José, su padre, vivía como pequeño campesino en un

pueblo de las montañas. Yo era todavía un niño cuando fuimos a visitarle una vez. Él quería mucho a mi padre y esperaba ilusionado nuestra visita.

Cuando el autobús coronó la carretera serpenteante, se abrió ante nuestros ojos un panorama de cumbres nevadas. Fue un espectáculo que no olvidaré en mi vida. Estábamos en pleno verano y el sol se afanaba en derretir a las personas y a los animales como si fuesen de margarina. Sin embargo, allí a lo lejos se elevaban hacia el cielo aquellas cumbres con sus casquetes blancos.

Tío José lloró de alegría, pues mi padre no le visitaba desde hacía años, y se alegró de los regalos que le trajimos. Chaquetas y pantalones de abrigo que mi padre había escogido personalmente en el bazar para el tío. Su mujer se alegró del buen café que le trajo mi madre y sus diez hijos de los bombones que les entregamos llenos de envidia, pero sonrientes. Nosotros no teníamos permiso para tocar un solo bombón. Aunque los hijos del tío nos hubiesen ofrecido uno, teníamos que decir que los bombones nos sentaban mal. Pero no tuvimos necesidad de fingir, los hijos del tío eran unos consumados tacaños. La caja entera desapareció en pocos segundos en algún lugar recóndito y no volvió a aparecer en los tres días que duró nuestra visita. Ni uno solo de los diez hijos comió un bombón en nuestra presencia. Sahar, mi insufrible hermana, bombardeaba a los primos con alusiones como: «¿Los bombones están buenos, verdad?», pero los primos eran unos montañeses duros de pelar, no se daban por aludidos y se encogían de hombros más callados que las rocas de las montañas. Ésos fueron los únicos parientes que sacaron de quicio a Sahar. Pronto se puso furiosa y sólo quería volver a casa.

En aquellos tres días de visita aparecieron también la hermana del tío con sus ocho hijos y su cuñado con su mujer y sus cinco hijos. Los hombres y las mujeres estaban muy entretenidos, pero para nosotros los niños aquello era bastante aburrido. El pueblo no tenía más de trescientos habitantes y era bastante miserable. Al poco tiempo vagábamos por la casa y nuestros refunfuños hacían temblar las paredes. Los hombres no podían jugar a gusto a las cartas ni las mujeres conversar. De repente tío José se puso en pie.

—¡Niños! —exclamó—. ¿Nos dejaréis en paz si os enfrío el jarabe de uvas con el hielo de las montañas?

—Sí —gritamos, aunque la mayoría de nosotros no sabía en absoluto a qué se refería. Yo oía hablar por primera vez de esa bebida.

Tío José sacó su caballo de la cuadra, puso un gran saco de cuero encima de su lomo y se fue cabalgando hacia las montañas sin decir una palabra. Al cabo de una hora regresó. Su mujer fue a su encuentro con un enorme barreño de madera. Y por primera vez en mi vida vi hielo de las montañas. Tío José abrió el saco y los granos de hielo, del tamaño de lentejas, cayeron ante nuestros ojos en el barreño. Entonces nos dieron grandes tazones de barro con jarabe de uvas y todos nos sentamos delante del barreño que contenía aquella magia inconcebible. Echamos una o dos cucharadas de hielo en nuestros tazones de jarabe y bebimos cazando ávidamente las bolitas heladas con la lengua. Los mayores se refrescaron con arrak, al que añadían agua y hielo.

Más tarde, cuando las cabras desaparecieron de las calles de nuestra capital, el aire se puso tan sucio que contaminó el hielo de las montañas y ya nadie lo pudo comer. Gracias a Dios, tío José no llegó a verlo, pues murió un año antes. La muerte le sobrevino cuando andaba por el campo con uno de esos aparatos endemoniados que se ponen a piar cuando detectan un metal. Los llamaban buscadores de tesoros y fue una epidemia que se apoderó de todo el país. Las circunstancias de su muerte son un enigma, pero ésa es otra historia que sin duda contaré en otra ocasión. Yo quería hablar ahora del siguiente día en el circo.

Durante algún tiempo creí que la feria que se había instalado en la explanada del circo no interesaba en absoluto a Amal. Pero él siempre daba por allí una vuelta y contemplaba disimuladamente las representaciones de los forzudos, magos, prestidigitadores y estafadores. Un día, sin pensárselo dos veces, alargó la zarpa como un tigre y contrató a un hombre valeroso del norte que lanzaba cuchillos afilados contra una viga grande y maciza, luego la ponía vertical y subía por las hojas cortantes hasta el final de la viga como si los cuchillos fuesen los peldaños suaves de una escalera. Amal le ofreció las mejores condiciones y desarrolló con él un número en el que se introducían sables afilados por los agujeros de dos tablas hasta formar una escalera.

Era uno de los números más peligrosos que podía ofrecer el

circo. Los sables estaban afilados como navajas de afeitar. El artista mostraba primero la agudeza de sus sables partiendo por la mitad un trozo pequeño de papel que lanzaba al aire, luego introducía los sables en sus agujeros. No había truco. El artista se quitaba sus zapatos. La música enmudecía. Con sumo cuidado subía los peldaños.

—Ahora viene la parte más difícil —anunciaba Mala—: el descenso.

El artista posaba lentamente su pie sobre la hoja. Un error milimétrico, un resbalón y se habría cortado el pie. Parecía una eternidad hasta que bajaba del último peldaño, hacía una reverencia bañado en sudor y respiraba profundamente.

La gente aplaudía sin entusiasmo. Sin embargo. Amal apreciaba y amaba el número y elogiaba casi a diario el valor del hombre, pero yo tenía la sensación de que los espectadores no se creían que los sables estaban afilados. Eso me exasperaba. A menudo me he encontrado con esa actitud obtusa en mis viajes a través de países y culturas. Por todas partes las personas que realizan proezas con su fuerza o su mente eran tachadas primero de mentirosas hasta que triunfaban, luego todos pretendían haberse dado cuenta en seguida del talento de esos innovadores.

—Buenas noches, damas y caballeros —saludé al público cuando me tocó el turno al final de la velada—, hoy hablaré de la ciudad de la mentira.

—¡Ah, entonces vas a hablar de Morgana! —se rió un hombre.

—No, caballero, la ciudad de la mentira se llama Abril, como su fundador. Quizás en Morgana se miente a menudo, pero allí, en Abril, todo es mentira y nada es verdad, ni las casas, ni los ciudadanos, ni el tiempo, ni las luces. Nada. Es inaprensible como el mercurio. Me he preguntado qué animal podría elegir para representar a una ciudad tan inaprensible. Durante mucho tiempo no hallé ninguno, hasta que descubrí casualmente varios cuadernos antiguos de mi abuelo. A mi abuelo le gustó toda su vida viajar, a veces con un carruaje, a veces con la ayuda de los libros. Mis años jóvenes no me permitían todavía apropiarme de tales conocimientos, pero espero que mi memoria me ayude a contaros palabra por palabra lo que escribió mi abuelo en sus cuadernos sobre un extraño animal que coincide perfectamente con la ciudad

de los mentirosos: el semperpro.

»Bajo el título *De los animales inconcebibles*, escribió en 1910 poco después de su regreso de Honolulú: El semperpro es un animal singular. Crece y se desarrolla en nuestra tierra y nadie puede decir exactamente lo que es, y mucho menos el aspecto que tiene. La culpa no la tienen los aparatos de medición ni los métodos de investigación, sino más bien la enorme capacidad de supervivencia de este animal. Desde hace millones de años, el semperpro ha dedicado su vida a sobrevivir. No es de extrañar que este animal haya desarrollado capacidades verdaderamente portentosas con las que ha podido camuflarse hasta nuestros días. Un semperpro puede ser en un momento un tigre y, si le apetece, al poco rato un mosquito y convertirse después en un cocodrilo, según sea su supervivencia más segura como tigre, mosquito o cocodrilo. Ningún ser puede decir lo que es un semperpro. Durante un año he recopilado en una antigua biblioteca relatos y experiencias curiosas de cazadores de varios siglos. Resultado: ninguno de esos cazadores desdeñados ha mentido. Todos ellos han cazado al semperpro y ninguno de ellos ha fantaseado. Uno de los relatos más antiguos procede del sabio árabe Almawardi. Éste cuenta lo que ocurrió en el verano de 1124 durante una cacería en las proximidades de la ciudad de Basra: “Yo estaba presente. Mi amigo, el poeta Abdulrahman, disparó una flecha a la pata de una gacela. El animal cayó al suelo. Se revolcó de dolor levantando el polvo. De repente vimos, mi amigo, sus criados y yo, Dios me asista, cómo surgía del polvo un hombre joven que se sacó la flecha de la pierna ensangrentada y maldijo al cazador. El poeta Abdulrahman se disculpó mil veces por su torpeza y curó al hombre con un ungüento que llevaba en sus alforjas. Cuando terminó quiso entregar dinero al hombre, pero éste lo rechazó y sólo pidió un poco de agua. El criado le trajo corriendo agua fresca, el desconocido bebió, dio las gracias, caminó unos pasos y gritando como un águila se elevó por los aires. Abdulrahman reaccionó rápidamente, cogió una flecha y apuntó al águila diabólica, pero antes de que la flecha abandonase sus dedos, aquélla echó a volar en forma de mariposa”.

»Otros cazadores y caminantes informan desde Siberia, Baviera, Tanzania, Portugal y Brasil, como Almawardi, sobre animales

extraños a los que habían abatido o capturado, y que éstos habían desaparecido después como si se los hubiese tragado la tierra. El relato más impresionante es el de sir Richard Wilson, el legendario fundador del famoso comité llamado Salvad a las ballenas. Sir Wilson era uno de los cazadores de elefantes más expertos. Ya sólo su magnífica colección de más de dos mil colmillos de elefantes cazados con su propia mano disipa cualquier duda sobre sus valiosas experiencias. En el verano de 1876 disparó contra un elefante en una llanura relativamente pelada al este de Tanzania. El elefante se tambaleó y cayó de lado, arrastrando consigo un árbol. Cuando sir Wilson llegó al lugar con sus esclavos y criados, todavía podía verse la marca fresca que había dejado el cuerpo del elefante en la hierba. La sangre y el árbol partido eran la prueba segura de que el elefante estaba herido, pero a la redonda no se veía en la sabana ni rastro suyo. "Los negros", decía en su relato, "son muy supersticiosos, ¡semperpro!, ¡semperpro!, gritaron con gran excitación, me tiraron al suelo y echaron a correr, llevándose las escopetas, los víveres y hasta mi ropa. Tuve que regresar a casa desnudo".

»Si se me pregunta qué animal sobrevivirá a la humanidad mi respuesta es: las cucarachas y el semperpro. La cucaracha por su caparazón de quitina y el semperpro porque no tiene piel. Él se introduce en cualquier piel que le salve.

»Cada uno de nosotros conoce a algún semperpro en su familia. Cuando hoy le dije a mi madre a la hora de comer que hablaría del semperpro, se echó a reír y dijo que ella había conocido a una persona que vivía como un semperpro.

»En las proximidades de Morgana existía antiguamente un pueblo cristiano. El cura del pueblo era severo e implacable y reprendía a los campesinos día y noche, y se quejaba de sus vidas indolentes. La vida del pueblo se convirtió pronto en un infierno, pues no se podía descorchar una botella de vino, extender un juego de cartas sobre la mesa o contar un chiste atrevido sin que apareciese el cura y lo estropease todo con sus palabras piadosas.

»Un visitante de este pueblo escuchó las quejas de los campesinos y les explicó que el islam era mucho más liberal que el cristianismo y que los jeques no tenían mucho poder sobre los creyentes. Entonces los campesinos, en número de mil, decidieron ir

en secreto a la capital al día siguiente y pasarse juntos al islam ante el primer jeque que encontrasen. Dicho y hecho, los habitantes del pueblo se pusieron en camino secretamente y, cuando llegaron a la primera mezquita, se detuvieron y todos, niños y ancianos, hicieron profesión de fe con la frase: “¡Aschhadu anna la Ilaha illa Allah wa anna Muhammadan Rasulu Allah!”.

»El jeque de la mezquita se alegró de ver a tantos fieles nuevos, les dio de comer y se despidió de ellos con suma cortesía. Los campesinos emprendieron el regreso a casa. El pueblo se encontraba a media hora de distancia a pie. Cuando llegaron a las afueras del pueblo oyeron las voces del muecín del pueblo que los convocaba a la oración vespertina islámica. Los campesinos aceleraron el paso, y qué amarga fue su desilusión cuando vieron al muecín: éste no era otro que su odiado cura, que también se había pasado al islam y se había nombrado jeque.

»“Y cuando os convirtáis al judaísmo, avisadme con tiempo para que sea vuestro rabino”, dijo y prosiguió sus oraciones.

»Esto me lo ha contado mi madre. Pero yo no quería hablar del cura, ni del jeque, sino de la ciudad de la mentira.

»Érase o no era un rey que apreciaba y amaba la mentira por encima de todas las cosas. Un día quiso escuchar una historia de mentiras en la que no tuviese cabida la verdad. Muchos lo intentaron en vano, pero un cazador inteligente, llamado Abril, pudo contar una historia de mentiras que alegró el corazón del rey. Pero ésa es otra historia.

—¿Y podrías contar esa historia si tuvieses tiempo, o sólo lo dices porque sí? —quiso saber una mujer vieja.

—Naturalmente que no puede. ¡Lo dice porque sí y si alguien te cuenta que el burro ha soltado un pedo de fuego, no debes preocuparte de que se queme su cola! El fuego de los cuentos no quema —respondió uno de sus vecinos.

—Te apuesto a que podría contarte sin preparación esa historia de mentiras que tengo que saltarme ahora por razones de tiempo —dije tranquilamente al hombre.

—Yo no te aconsejaría apostar con Sadik, caballero —se oyó la voz de Mala por el altavoz—, esta tarde ha contado en inglés esa historia de mentiras a los niños del circo y a todos los empleados.

—¡Dios me asista! —gimió el hombre y la gente se rió.

—En fin, sea como fuere —proseguí mi historia—, el cazador Abril, que pudo casarse con la hija del rey como premio por su historia, se comprometió a construir una ciudad de la mentira para el rey. Debía llamarse Abril, como el cazador. Abril recibió un edicto real que le permitía incautar en nombre del rey cualquier terreno que considerase apropiado para erigir encima la ciudad de la mentira.

»Abril recorrió el país con su joven esposa y un ejército de obreros, arquitectos y constructores. Envió a sus emisarios por todos los países y ellos persuadieron a todos los maestros de la mentira de que se trasladasen a la ciudad recién fundada y viviesen allí como ciudadanos respetados. Miles de mentirosos inteligentes y graciosos, maestros o aprendices, se reunieron en Abril.

»¿Qué voy a contaros de aquella ciudad de la mentira? Nada en ella era real. Los mendigos no eran mendigos, sino una banda bien organizada que vivía en un suburbio. A diario se trasladaban en lujosos carruajes hasta una puerta de la ciudad después de haberse disfrazado y corrían por las calles mendigando con caras de hambre y voces tan lastimeras que por la noche regresaban cargados de dinero al punto de reunión y eran llevados a casa. Ningún mendigo auténtico del mundo podía competir con ellos, pues hacían su trabajo con gusto y lo consideraban un arte.

»En el teatro de la música popular había todas las tardes bailes folclóricos y canciones interpretadas por cantantes ataviados con trajes típicos y rodeados de ovejas de madera y lana, cascadas mecánicas y un bosque rumoroso. Todo tenía un aspecto tan maravilloso que a los espectadores se les saltaban a menudo las lágrimas; sin embargo, nada era auténtico. Los actores no sabían de tradiciones ni folclores, pues aprendían de memoria las piezas y las canciones que había escrito otra persona que, a su vez, había copiado todo de un libro cuyo autor era el mayor mentiroso. ¿Increíble, verdad?

»Las veladas poéticas también tenían mucha aceptación, sobre todo las lecturas de poetas sensibles y sufrientes. Estos mentirosos eran especialmente osados, pues en realidad eran seres groseros e insoportables. Acudían al teatro en veloces carruajes dorados, bajaban de un salto, corrían a sus camerinos, se quitaban su ropa elegante, se ponían disfraces raídos y sin maquillarse,

concentrándose sólo durante cinco minutos, eran capaces de cambiar su expresión de tal manera que cualquiera que los mirase se echaba a llorar o daba limosnas para los hambrientos del mundo. Cuando hablaban, su voz no salía de su garganta, sino del profundo abismo de su dolor; en cualquier caso así era como sonaba.

»Nada, pero nada en absoluto, era auténtico en aquella ciudad, ni siquiera los comerciantes o los jueces. La ciudad era una única mentira. Los propios mentirosos vivían en pequeños pueblos insignificantes alrededor de la ciudad, iban a diario a Abril para mentir a la vida y regresaban a casa al atardecer. Ni los productos alimenticios eran comestibles, ni utilizables los muebles resplandecientes que se vendían a buen precio. Los extranjeros eran defraudados a menudo cuando compraban algo precipitadamente y, de vuelta en sus ciudades, abrían las cajas y descubrían que sólo habían comprado objetos de pega.

»El brillo de las luces y los colores de la ciudad de los mentirosos llegaban tan lejos que cada vez atraían a más extranjeros, que compraban con entusiasmo y avidez curiosidades, cuadros y joyas fabricados en los talleres de los falsificadores.

»Cuando Abril tuvo un hijo, le llamó Abril Segundo, pues él era Abril Primero. Todos los años celebraba su cumpleaños con una fiesta. Se conmemoraba al primer Abril diciendo sólo la verdad desde la mañana hasta la noche. Ese día la gente tenía oportunidad de reírse. Muchos insultaban desde el escenario a Abril Primero porque había urdido las mentiras tan hábilmente que hasta los maestros y los aprendices de la mentira se las creían y a veces daban dinero a los mendigos.

»En lugar de enfadarse por los insultos, Abril se reía divertido con su mujer, para asombro de la gente, que al cabo de los años descubrió por fin que el auténtico Abril no había estado nunca allí. Un actor había recibido el encargo de interpretar su papel. Pero ni siquiera cuando esto se descubrió quiso la gente renunciar a la fiesta del primer Abril.

»El rey esperó cinco años antes de visitar la ciudad de las mentiras, pero de pronto cayó en la cuenta de que todavía no sabía dónde se había fundado aquella ciudad. Envió a sus emisarios para que buscasen la ciudad de los mentirosos, pero sus hombres se desesperaron y regresaron agotados, pues cuando llegaban a una

ciudad y preguntaban si era Abril, la gente se reía y contestaba: "¿Habéis estado durmiendo todos estos meses? ¡Ya estamos en julio!" o "¡No, lo sentimos, aquí todavía sigue siendo marzo, pero dentro de unos días será abril!", pero lo peor era cuando los emisarios averiguaban que estaban en abril, pues pronto comprobaban que era abril en todos los pueblos y ciudades de alrededor.

»El rey se rió de las noticias de los emisarios, pues comprendió que él también había cometido un error. El edicto real autorizaba a Abril a fundar no sólo una, sino innumerables ciudades de la mentira donde le pareciese bien.

»Por eso sigue siendo difícil hasta hoy encontrar estas ciudades, pues sus casas, tiendas, mendigos, alcaldes y poetas tienen el aspecto completamente normal que le corresponde a cualquier casa, tienda, mendigo, alcalde y poeta.

Recuerdo todavía que era un domingo por la noche. Abandoné el circo y di todavía un paseo por el barrio. De repente la ciudad se sumergió en un mar oscuro. Me quedé paralizado y oí gritos infantiles de socorro de las casas que bordeaban la calle.

Algo dentro de mí me dijo que estaba a
punto de ocurrir algo terrible. Lleno
de preocupación corrí
a casa.

38

Elías
o cómo a veces se desmayan los brutos



i madre, mi padre y yo no pudimos dormir en toda la noche. Estábamos sentados en la oscuridad y oímos explosiones sordas a lo lejos. Dos veces cayeron misiles en los suburbios de Morgana y sus resplandores iluminaron el cielo. Desde nuestra ventana veíamos las siluetas de muchos vecinos que estaban en sus azoteas fumando y hablando de la guerra. La radio emitía sin cesar canciones patrióticas.

—Que la Virgen nos proteja si llega la guerra a Morgana —susurró mi padre cuando se produjo la segunda explosión.

—A los cristianos nos matarán en seguida —dijo mi madre asustada.

—No, no pueden, los franceses no lo permiten, ellos protegen a los cristianos en Oriente —respondió mi padre, y mi madre se tranquilizó y puso su alma temblorosa en manos de Francia. Gracias a Dios se murió antes de tener que ver que Francia no defendería a todo el cristianismo de Oriente frente a un solo jeque estúpido del petróleo. Pero ésa es otra historia.

Aquella noche tuve por primera vez una sensación de desvalimiento total. El mundo entero se había vuelto opresivamente pequeño. Scharif, el hijo menor del empleado de correos Elías, empezó a llorar y a gritar:

—¡Quiero volar, quiero volar! ¡Ningún misil puede derribar a un pájaro en la noche!

Hacia las cuatro de la madrugada, tuvo que irse mi padre a la panadería. Mi madre tenía miedo de que le ocurriese algo y, sorprendentemente, se tranquilizó cuando le dije que quería ayudar a mi padre en la panadería. Naturalmente, yo esperaba oír en la panadería alguna nueva noticia de la guerra. Mi padre no estaba del todo de acuerdo, pero al final accedió y fuimos a la panadería protegidos por la oscuridad.

Los trabajadores ya habían llegado, ellos tampoco habían dormido apenas y contaban las historias más demenciales acerca de los combates que tenían lugar al norte y al sur de Morgana, y pronto me pareció que no sólo los israelíes, sino también los rusos, americanos, alemanes orientales, cubanos y otros expertos estaban tomando la guerra en sus manos en ambas partes y que los Hadahek sólo eran meros espectadores.

A las cinco de la mañana ya hacía la gente cola delante de la panadería. Me alegré de mi decisión de ayudar a mi padre aquel día. Los panes nos eran arrebatados de las manos y hacia las once de la mañana habíamos vendido la última barra de pan. Jamás había terminado mi padre tan pronto. Medio aturdidos de cansancio regresamos a casa y nos era indiferente cuál de los dos Hadahek hubiese derrotado al otro. Sólo buscábamos un rincón fresco y tranquilo aquella mañana calurosa.

Cuando me desperté hacia las cuatro de la tarde ya hacía tiempo que se había levantado mi padre y se había ido a la peluquería para oír las últimas noticias. Mi madre me dijo que el presidente Hadahek había derrotado por la noche a su cuñado y su sobrino.

De hecho, la radio emitía continuamente telegramas en los que era felicitado el presidente Hadahek por su victoria sobre los enemigos de la patria. Eran adulaciones ridículas. Algunos congratulantes no tenían empacho de calificar la victoria de Hadahek sobre sus parientes de triunfo de los árabes frente a Israel y Estados Unidos. A las seis de la tarde estaba anunciada una

conferencia de prensa con el presidente Hadahek.

Tras escuchar estas noticias, corrí al circo para ver qué tal estaba la gente. Mala me regañó porque había olvidado nuestra cita del mediodía y no quiso comprender que había estado en la panadería. Me dijo a gritos que no me interesaba por ella y que era peor que su marido Ashok. Sus palabras me hirieron mucho porque yo la quería, pero antes de que pudiese responder me dejó plantado y desapareció.

Amal estaba de buen humor. Me estrechó la mano y dijo:

—¡Hoy es lunes, dentro de una semana nos marchamos de aquí!

De algún modo no pude compartir su alegría. Fui a ver a Nirmal, el cocodrilo. Le conté mis penas y tuve la sensación de que me entendía. El cocodrilo articuló esos extraños sonidos que hasta entonces sólo había empleado con su hermano Amal. Me senté junto a su jaula y lloré sin saber muy bien por qué. Quizás deseaba huir con Mala, quizás lloraba porque ella me había dejado plantado con aquellos reproches, pero quizás comprendí en aquel momento que el circo se había convertido en una parte mía. Al mismo tiempo sentía un miedo terrible por la gente del circo. Como extranjeros en una guerra civil, estaban indefensos frente a cualquiera que supiese disparar un arma, y no hay nada peor que las tropas a la desbandada que, antes de sucumbir, arrastran a la muerte todo lo que encuentran a su paso. Se contaban historias terribles de las guerras civiles del pasado. Las tropas del presidente habían triunfado, pero nadie sabía si controlaban realmente los grandes territorios situados al norte y al sur de Morgana.

Yo tenía que pasar todavía por casa y aseguré a Amal que volvería a tiempo para mi actuación. No quería perderme la conferencia de prensa del presidente en la televisión. Los vecinos del barrio parecían contentos. Estaban aliviados tras haberse salvado de la pesadilla de la destrucción de la capital.

Mi padre ya estaba sentado delante del televisor. Poco después de las seis apareció el presidente Hadahek en la sala de prensa de su palacio. Llevaba uniforme de combate. Los aplausos de los periodistas no parecían acabar nunca.

Su discurso fue breve, lleno de frases altisonantes e irrelevantes. No dio ninguna información y lo poco que dijo era mentira, como supimos más tarde, pero los periodistas taquigrafiaban todo lo que

contaba para publicarlo luego textualmente. Si el presidente Hadahek hubiese contado todo aquello a unas mulas, le habrían matado a coces con su sentido de la verdad.

Un periodista preguntó si todo se estaba desarrollando según sus deseos.

—La política y el embutido —contestó el presidente Hadahek, riéndose de su propia ocurrencia— son muy parecidos, uno siente asco cuando ve cómo se hacen.

Mi padre oyó aquellas palabras y meneó la cabeza. De cuando en cuando maldecía a Hadahek. Entonces entró en el cuarto de estar mi hermano Fadi y se empeñó en que le contase un cuento. Ya entonces Fadi no quería saber nada de la guerra y así siguió siendo toda su vida. Hasta la reconciliación con Israel hubo aún varias guerras, pero Fadi las ignoró todas. Cuando estalló la guerra de octubre, Fadi ya era un hombre joven. Vino a verme, bromeó y habló de una película divertida que había visto, como si viviese en Suecia y no en Oriente, bajo la amenaza permanente de una guerra atómica. Y, como he dicho, siguió siendo así toda su vida.

Aquel día el vecino Elías hacía en el patio su propia guerra. Bebía otra vez sin medida y de vaso en vaso se convertía en un monstruo indomable. Rugía y discutía con Muhssin, el policía de tráfico, porque éste silbaba desafinadamente todas las canciones y melodías y había echado supuestamente a perder a sus canarios. Elías empezó a gritar que sabía perfectamente que Muhssin, el policía de tráfico, era un partidario del cuñado del presidente y que había espiado para él. Eso era peligroso y podía costarle la vida a Muhssin en aquellos días agitados. Mi padre abandonó un momento el televisor y pidió por la ventana un poco de sensatez a Elías, pero cómo iba a encontrar el empleado de correos el camino hacia esa diosa si ni siquiera era capaz de ir hasta el cuarto de baño.

Elías subió incluso el tono de voz después de las llamadas a la sensatez de mi padre y dijo que él sabía por qué Muhssin había sido degradado a policía de tráfico por Hadahek. Después de haber hecho de doble para su predecesor y haber gastado dinero a manos llenas, tenía que soportar ahora el humo de los coches. Sorprendentemente era cierto lo que decía Elías sobre el policía, que se quedó como petrificado junto a la puerta de su cuarto sin decir una palabra.

Pero la mujer del policía dejó de pronto de ser la silenciosa vecina que evitaba cualquier pelea. En seguida se dio cuenta de la situación comprometida en que aquel borracho estaba poniendo a su marido.

—¡Cierra la boca, maldita zanahoria! —exclamó furiosa, irrumpiendo en el patio—. ¡Si no fueses tan bajo y enclenque, te daba ahora mismo dos guantazos!

Elías, asustado ante aquel inesperado ataque, enmudeció y miró perplejo a la vecina.

—¡Basta ya, como vuelvas a decir una sola palabra, va a sentir tu asquerosa cara mi escoba! ¡Zanahoria!

—Mujer… vete… yo… zanahoria, será mejor que… —farfulló Elías meneando la cabeza—. ¡Ha dicho zanahoria… será posible! —balbució, y se rió para darse valor.

—¿Acaso te crees un hombre? ¡Enano! ¡Una zanahoria tiene más sentido común que tú! —exclamó, luego agarró a su marido del brazo, entró en la habitación y cerró la puerta del patio dando un portazo. Elías enmudeció un rato y luego se echó a llorar.

—Dios mío, ¿por qué me has hecho tan bajo? Para que me insulte esa mujer desvergonzada. Me ha llamado zanahoria. Oh, Dios —se quejaba amargamente en voz alta.

Varios días estuvo en cama y nosotros sólo le veíamos cuando iba y venía en pijama al cuarto de baño. Su mujer Faride difundió la noticia de que la mujer de Muhssin había embrujado a su marido haciéndole vomitar toda la noche, pero nosotros pudimos vivir en paz varias semanas.

Desde luego era un personaje extraño ese Elías. En cuanto bebía dos copas de arrak no estaba nadie a salvo de su ira y, sin embargo, en el fondo era como una mimosa, y se ponía enfermo cuando le recordaban que era bajo. Sus desmayos también eran famosos en el barrio.

Un día guisó con su mujer los deliciosos calabacines rellenos, pues era un cocinero entusiasta. Eso lo hacía a menudo para disgusto de todos los hombres del patio. Cuando su mujer tenía visita, le pedía también que se quedase sentada y él preparaba y servía el café como un criado. Como iba diciendo, un día guisó calabacines en yogur, un plato difícil que hacía con tanta maestría que provocaba la envidia de los vecinos. Cuando terminaba, servía

los que no habían salido tan bien o los que habían reventado sus hijos, y sólo cuando éstos habían comido y se iban a jugar al parque, regaba un rincón del patio, ordenaba un par de macetas con flores y colocaba una pequeña mesa de bistro con dos sillas en medio de sus tiestos. Con un par de detalles transformaba el pequeño rincón en la terraza de un restaurante. Luego pedía en voz alta desde la cocina a su mujer que se arreglase para comer, y eso significaba que ella tenía que maquillarse y ponerse un vestido nuevo como si fuesen a salir, y después comía con ella festivamente hasta que tomaba la tercera, cuarta o quinta copa de arrak, sufría varios ataques de tos y se convertía en un monstruo.

Un día, como iba diciendo, había preparado la mesa y las flores, llamó a su mujer y preguntó cuánto tardaría todavía.

—¡Cinco minutos! —contestó Faride desde el cuarto de estar. Elías salió de la cocina y puso sobre la mesa una fuente con una pequeña pirámide de diminutos calabacines rellenos de carne y piñones y cocidos en yogur. La fuente humeaba y, cantando muy ufano, Elías regresó bajo las miradas envidiosas de los vecinos a la cocina, donde partió el bloque de hielo para enfriar con sus trozos su arrak. En aquella época sólo algunos vecinos tenían nevera, pero los bloques de hielo se podían comprar por poco dinero en la tienda de bebidas y duraban un par de horas.

De pronto aparecieron los hijos de Elías. Probablemente fue un complot. Andaban de puntillas y se abalanzaron sobre la fuente de calabacines. Nosotros nos quedamos sin habla junto a la ventana al ver a los niños devoradores que soplaban continuamente el vapor de los calabacines con lágrimas en los ojos para poder seguir engullendo en silencio. Rápidos como rayos, desaparecieron como habían llegado. En la fuente quedaron uno o dos calabacines aplastados y algunas migas de carne picada.

Elías salió de la cocina, vio el plato y no salía de su asombro. Con cuidado dio una vuelta alrededor de la mesa y bebió un buen trago de arrak directamente de la botella, luego gritó. No recuerdo haber oído rugir jamás a un ser humano de aquella manera. Yo diría que el rugido se parecía al de Tarzán en las películas antiguas, que como todo el mundo sabe no era proferido por los actores, sino que era la grabación del rugido de una hiena reproducida hacia atrás.

Elías puso la botella de arrak y el cuenco con los trozos de hielo encima de la mesa y se desmayó justo cuando salía su mujer de la habitación.

Había en el barrio gente que sabía reír constantemente, otros capaces de derramar lágrimas a cada palabra, mi primo Abu Fassue dominaba el arte prodigioso de soltar pedos en forma de notas musicales, y eso de manera ininterrumpida y siempre que quería, Ismail podía comer todo lo imaginable sin parar si su mujer y sus tres hijos no le apartaban a tiempo de la mesa. Pero Elías y su hermana Sofía eran los únicos que podían desmayarse en cualquier momento y sin previo aviso.

Antes siempre me asombraba que los héroes y las heroínas de algunas historias de *Las mil y una noches* se desmayasen como si fuesen de mazapán por cada pena de amor o cada bofetada. Yo pensaba que era una exageración, pero Elías y su hermana Sofía me convencieron de que en el mundo existían más prodigios de los que podían imaginarse.

Faride, la mujer de Elías, era una persona paciente. Hizo volver en sí a su marido aquel día, y le consoló por los calabacines robados. Compartió los restos con él y soportó sus refunfuños sobre la mala educación de sus hijos.

Sofía, la hermana de Elías, no tuvo tanta suerte. Se casó y se desmayaba por cualquier insignificancia. Curiosamente su marido desconocía aquella peculiaridad aunque habían sido novios durante cinco años. Continuamente se llevaba sustos de muerte porque su mujer se podía desmayar hasta cinco veces seguidas.

Aquel hombre alegre que había venido a vivir a nuestra calle se convirtió en poco tiempo en un personaje encorvado de mirada lúgubre. Por amor a su mujer, le ocultaba sus preocupaciones y le decía que todo iba bien. Tenía que fingir, silenciar cualquier dificultad porque Sofía no era capaz de enfrentarse a la verdad y ayudarle. Ella se desmayaba. Su marido cerró su alma detrás de siete puertas. Sofía se daba cuenta de que algo marchaba mal y preguntaba de cuando en cuando, pero su marido contestaba invariablemente a través de las puertas invisibles que todo estaba bien.

Un día su mujer fue a ver al astrólogo. El astrólogo era, por así decirlo, el psiquiatra de la antigua sociedad oriental. Lo más curioso

de su arte médico era que no solía tratar a los pacientes que le visitaban, sino que daba remedios, consejos y antídotos para la persona ausente por la que acudían a él los pacientes. Una manera singular de actuar que también adoptaron después algunos psiquiatras. El caso es que Sofía oyó del astrólogo que su marido se encontraba bajo la influencia de tres mujeres de ojos oscuros. Recibió un remedio que debía añadir a su comida y le dijo que debía caminar quince pasos detrás de él cuando saliese de casa y esparcir agua en su camino. De esa manera neutralizaría la influencia negativa que hubiese sobre la espalda de su marido, y cuando volviese del trabajo debía caminar quince pasos delante de él y esparcir el agua para que la influencia se mantuviese alejada de su cara. El tratamiento debía durar siete días, después su marido quedaría libre de cualquier influencia y ella no volvería a desmayarse jamás. Ya el primer día aquel hombre se sintió tan violento con aquella ceremonia que suplicó a su mujer que no siguiese, pero Sofía era inflexible y le recibió también con agua cuando regresó del trabajo. Los vecinos se reían maliciosamente. Al quinto día el hombre se fue como siempre al trabajo, pero no volvió jamás. Más tarde se supo que había emigrado a Australia y que vivía contento y feliz.

Sofía vivió muchos años. En su locura acusaba a todas las mujeres del barrio de haber trastornado con hechicerías la cabeza de su marido. Hasta el final de sus días se puso siempre de parte de los hombres cuando éstos atormentaban a sus mujeres. Sofía era una invitada permanente en casa de su hermano Elías y le apoyaba contra su bonacible esposa.

Pensando en mi actuación de esa noche, dudaba que los oyentes se creyesen la historia de Elías y Sofía. Entonces se me ocurrió un truco. Busqué rápidamente una historia de *Las mil y una noches* similar y afortunadamente encontré pronto un relato de Scheherezade en donde los héroes se desmayaban en serie, de manera que la tragedia exagerada se convertía en comicidad. En aquella historia introduje a Elías y a su hermana Sofía. Y después de contármela dos veces y de pulirla, Elías y Sofía ya no llamaban la atención entre los demás personajes.

Me fui al circo y me sorprendió el gran número de espectadores que esperaba el comienzo de la función delante de la entrada. La

gente reía y estaba alegre y lentamente se fue alejando también mi tristeza. Mala me pellizcó disimuladamente al pasar y yo me sentí cada vez más animado.

Amal mandó anunciar a Mala que el circo daría el lunes siguiente su representación de despedida y que partiría el martes. También le hizo dar las gracias en su nombre a todos los espectadores por el apoyo prestado durante los últimos meses.

Yo reía y bromeaba con Ganesh en el pasillo de los artistas detrás de la pista. El domador de elefantes estaba feliz de volver a la India.

Para aquella noche elegí como animal al extraño dardoso. Este animal vivía hace dos mil años en la región mediterránea. Ya sólo sé que hería a los otros animales despiadadamente y que amenazaba a su vez con desangrarse al menor contacto.

Cuando abandoné la carpa a altas horas de la noche
había refrescado bastante, el frío norte
enviaba sus primeros emisarios
para anunciar su
visita.

39

El camaleón o cómo se pasa la hoja a tiempo



na y otra vez se oían a lo lejos explosiones aisladas. Por la noche volaban helicópteros por encima de las casas hacia el sur. Sin embargo, durante el día el cielo estaba despejado y tranquilo.

Morgana tenía un cielo muy peculiar, difícil de describir. Hoy es igual de brumoso sobre la ciudad que en cualquier otro lugar del mundo. En aquel tiempo tenía todavía ese azul especial del Mediterráneo que sólo se mostraba en todo su esplendor en esa zona del mundo. Si fuese pintor, habría intentado plasmarlo en cuadros gigantescos donde sólo se hubiese visto ese azul. Mi amor al azul empezó muy pronto.

Durante toda mi vida no he necesitado dormir más de cinco horas al día. Cuando me despertaba al amanecer, cogía mi manta y subía a la terraza, allí me tumbaba sobre una alfombra vieja y me quedaba mirando el cielo como hechizado. En pocos instantes el cielo se deshacía en millones de átomos azules que giraban delante de mis ojos. Entonces yo dejaba correr mis pensamientos como

caballos salvajes por el mundo de mis sueños y me introducía físicamente entre aquellos átomos que giraban hasta que me daba vueltas la cabeza. Luego cerraba los ojos y los átomos seguían girando un rato ante el firmamento oscuro. Y cuando estaba tumbado con los ojos cerrados podía escuchar cualquier movimiento que se producía en el barrio. Día a día oía cómo se despertaba Morgana y entonces era el rey más feliz de todos los tiempos, que acompañaba el despertar de sus súbditos con buenos deseos y susurraba los nombres de los vecinos, vendedores y perros que empezaban a desperezarse a esa hora temprana o bostezaban en voz baja.

Un día le conté a Mala mis vivencias con el azul y deseé que una vez fuese la reina a mi lado al amanecer.

Una mañana salió sigilosamente de la roulotte y se tumbó sobre el remolque de un camión en la explanada del circo, pero cuando empezaron a volar a su alrededor los átomos azules del cielo, lloró amargamente, los caballos de sus sueños se desbocaron y Mala sólo quería estar conmigo pero no podía.

Aquel día quise hablar de mi primo Fihmi y no encontré otro animal mejor que el camaleón. Fui al campo y busqué durante mucho tiempo entre los matorrales hasta que encontré un ejemplar magnífico. El camaleón me bufó y se hinchó, pero yo tenía que llevármelo. No había imaginado que fuese tan difícil soltar a un reptil tan pequeño de la rama a la que estaba encaramado.

Poco antes de llegar a la explanada del circo, me encontré con mi tío Daniel, el inventor, que me preguntó qué llevaba en el saco de yute. Le hablé de su sobrino Fihmi y del camaleón. Tío Daniel se asombró de que me tomase tantas molestias con los animales y me invitó a tomar una taza de té en su casa. Durante el té me contó que los antiguos griegos llamaban al animal león terrestre, en broma. Luego pronunció despacio el nombre del reptil.

—Camal-león —dijo radiante—. Camello y león en uno, y según la necesidad. ¡No faltaba más, caballero, te llevo sobre mi lomo y soporto la sed y el hambre! Y ahora, caballero, te defiendo como un león —dijo tío Daniel feliz por su hallazgo lingüístico. Entonces sacó el camaleón del saco con mucho cuidado. El animal bufó furioso y su piel amarilla se llenó de manchas negras que se hicieron cada vez más grandes hasta que se puso completamente

negra. Tío Daniel depositó al animal sobre el respaldo de la silla y el camaleón perdió poco a poco su miedo y se puso primero verde y luego amarillo. Tío Daniel me enseñó los extraños ojos del camaleón, que permanecía inmóvil sobre el respaldo como una figura de plástico—. El camaleón puede mover sus dos ojos por separado. Sólo algunos animales pueden hacerlo, por ejemplo el caballito de mar, un primo del camaleón que tiene además la peculiaridad de que es el macho el que se queda preñado y no la hembra, pero ésa es otra historia, como sueles decir tú.

Mientras tío Daniel hablaba caminando alrededor del animal, el camaleón me miraba fijamente con un ojo y con el otro seguía desconfiado los movimientos del tío sin mover la cabeza. Me asombró el respeto y el cuidado con que mi tío trataba al animal. También me enseñó cómo se le podía hacer mudar su color suavemente con luz y calor. Con el haz de luz de una linterna podía incluso hacer que aquel fantástico reptil tiñese de color marrón rojizo sólo una mitad de su cuerpo, mientras la otra, que quedaba en la oscuridad, seguía verde.

Yo no sabía mucho acerca del camaleón, sólo lo que contaba todo el mundo. Es decir, que el camaleón era la personificación del farsante, adulador y oportunista, y ahora me sentía como si el cielo me hubiese premiado y castigado al mismo tiempo con el encuentro con mi tío Daniel, pues, aunque ahora sabía más cosas sobre aquel extraño animal, tenía serias dudas de que mereciese ser comparado con mi repelente primo Fihmi. Pero cuando tío Daniel me contó que el camaleón era considerado un tirador de precisión porque disparaba su lengua contra sus presas y nunca fallaba, me sentí otra vez entusiasmado de compararle con Fihmi, que siempre había sabido apuntar y dar en el blanco y acomodarse a las circunstancias.

Fihmi era el hijo mayor de tío Faris, que enloqueció con la verdad. De niño hizo, al contrario que sus tres hermanos y dos hermanas, un buen negocio con el amor que sentía su padre por la verdad.

Tío Faris era un esposo y padre severo, y en el fondo de su corazón un tacaño, por eso se alegraba su mujer cada vez que él tenía que viajar al extranjero por razones de trabajo. Su mujer era una persona alegre y algo obesa que siempre parecía estar deseosa de reír. Solía ser muy graciosa cuando no estaba presente el tío.

Todos los parientes la querían, al contrario que a su marido, aunque en el fondo ella era la extraña y tío Faris el hermano de mi madre. Cuando él viajaba al extranjero, todas las mujeres de nuestra gran familia iban con sus hijos a ver a su mujer y a pasar un buen rato. Ella era muy generosa, ya que venía de una familia rica que, además, era famosa por su hospitalidad. Las reuniones eran en realidad inofensivas, con ensaladas multicolores, un poco de arrak y un narguile que era fumado teatralmente por las mujeres, que a veces ejecutaban incluso una danza oriental con el pesado narguile en la mano. Se reían a carcajadas y bromeaban sobre los maridos.

Nosotros los niños podíamos asistir a las reuniones, pero teníamos que prometer que en casa no contaríamos nada a los padres. Nosotros cumplíamos nuestra promesa y despotricábamos con las madres contra nuestros padres. Fihmi, que tenía veinte años más que yo y ya era entonces un hombre joven, también despotricaba con los demás. Pero en cuanto su padre regresaba de sus viajes, Fihmi iba corriendo a contárselo todo y el padre castigaba a los hermanos y a su mujer por aquellas «orgías», como él llamaba a las fiestas de las mujeres. A su hijo Fihmi le daba tanto dinero por su traición que la madre no sólo tenía que tener miedo del padre sino aún más de su propio hijo Fihmi. Cuando éste se fue por fin de casa, respiró aliviada.

En el colegio Fihmi era el alumno favorito de los profesores, aunque sus notas se encontraban por debajo de la media, pero él era extremadamente amable y repetía como un eco andante cada palabra de los profesores.

A mí nunca me gustó Fihmi. Me resultaba demasiado pegajoso y dulzón. Se avergonzaba de la familia de su padre y actuaba como la mula a la que preguntaron quién era su padre y en lugar de decir sencillamente «el burro», respondió con arrogancia: «Mi madre es la yegua». Fihmi sólo hablaba de la fama y la riqueza de sus abuelos maternos.

—Delante de ti es como tu propio reflejo, a tus espaldas es un puñal de tus enemigos —opinaba tío Daniel sobre él, pero Fihmi no apreciaba a tío Daniel ni a ningún otro pariente. Pasaba por delante de nosotros como si fuésemos de otro planeta y, cuando le saludábamos, parecía que despertaba de un profundo sueño. «Ah, sí, buenos días», contestaba y seguía su camino.

Después de terminar sus estudios de literatura árabe, Fihmi sirvió a cinco Hadahek sucesivos y sobrevivió a todos. Él escribía los discursos que tenían que pronunciar por todas partes y el mismo día del derrocamiento de un Hadahek ya estaba listo para el siguiente discurso triunfal del sucesor. Se decía que era consciente de que los Hadahek, al igual que las conservas que se producían en Morgana, no duraban mucho. Observaba a los soberanos a los que servía, apuntaba sus defectos y así tenía los pilares del discurso del vencedor. Sobre esta base podía escribir en una hora un discurso entusiasta para el sucesor antes de que apareciese en público. En sus discursos enumeraba las omisiones, los escándalos y los errores del soberano derrocado con tanta exactitud y convicción que el vencedor no quería para sus discursos a ningún otro autor que no fuese Fihmi. Gracias a Dios, tío Faris ya no se dio cuenta en su locura de lo monstruoso que era su hijo Fihmi.

En aquella ocasión podría haber llevado conmigo a un caracol en lugar de un camaleón, ya que los caracoles pueden deslizarse sobre su base de mucosidad por encima de trozos de vidrio rotos e incluso, como me demostró tío Daniel, caminar sobre la hoja de un cuchillo sin sufrir daño.

Pero yo no podía llevar aquella noche ningún caracol, porque por la tarde había contado a los niños en la explanada del circo la historia de mi vecina Alicia, que quería mucho a los caracoles y durante años les había dado de comer hojas de lechuga en la terraza de su diminuta casa y había pintado sus conchas con colores extravagantes. Encima de cada concha escribía en el centro el nombre del caracol. Alicia no daba a los caracoles nombres dulzones, sino nombres árabes completamente corrientes, como Alia, Samir, Salim, Amar, Halim y José. Eran más o menos los nombres de los vecinos de su barrio.

Los caracoles se multiplicaron deprisa y aprendieron de generación en generación que en aquella terraza les daban comida sabrosa. Pronto Alicia no daba ya abasto con sus tres hijos. Un año después salieron ejércitos enteros de caracoles de todos los rincones. Pero Alicia perdió de repente el interés y ya no quiso seguir alimentando ni a un solo caracol. Alicia fue así hasta el último día de su vida; cuando alguien le gustaba estaba dispuesta a darle su vida, y cuando cambiaba de opinión dejaba caer a los que había

idolatrado hasta el día anterior como si fuesen las miserables cáscaras de un limón exprimido. Pero ésa es otra historia. En resumen, Alicia ya no quiso saber nada de sus miles de caracoles. Cerró la puerta y prohibió a sus tres hijos que saliesen a la terraza durante cuatro semanas.

Los caracoles, abandonados a su suerte en la terraza de cemento, asaltaron de noche el jardín del vecino. Éste cuidaba su verdura y sus lechugas como a sus propios hijos. Se llamaba Girgi. Él y su mujer Halima eran tan supersticiosos que no sólo iban literalmente cubiertos de talismanes, sino que escondían incluso en las cuatro esquinas de sus bancales de verdura piedrecitas azules contra las miradas envidiosas, y de hecho sus bancales de rosas y verduras eran envidiables.

Por la mañana temprano la mayoría de los caracoles había saciado su hambre y regresó a sus escondrijos. Sólo una pareja se había perdido y trepaba desorientada por las sillas y las mesas. Girgi y su mujer tenían la costumbre de tomar su café matinal en medio de su rincón de rosas. Girgi se quedó petrificado cuando vio el jardín arrasado. Se dio la vuelta y su mirada cayó sobre los dos caracoles que se reponían sobre la mesa de las fatigas de comer y trepar. Sus conchas estaban pintadas a rayas blancas y azules y verdes y rojas, y en el centro estaban escritos por casualidad los nombres de Girgi y Halima. Girgi retrocedió pálido y santiguándose, y se chocó con su mujer, que salía en ese momento de la cocina con el café. Manoteando excitado y agitando los brazos, intentó hablar pero sólo logró emitir un bufido que parecía salir de un pozo profundo.

—¡Nosotros somos caracoles! —dijo por fin señalando a los dos caracoles pintados que empezaban a moverse para abandonar aquella mesa inhóspita y vacía. Halima avanzó un paso hacia ellos.

—¡Oh, Santa María, protégenos de los demonios! —gritó, y estampó la bandeja encima de los caracoles. Las jarritas de moca y las delicadas tacitas salieron volando por los aires y se estrellaron contra el suelo.

Yo seguí contando la historia de lo que había ocurrido con los caracoles pintados que empezaron a sembrar la inseguridad en todo el barrio, pero ésa es realmente una historia larga y yo quería seguir hablando de mi primo Fihmi.

No, un caracol es realmente demasiado bonacible, un camaleón demasiado pacífico, e incluso una serpiente sería inofensiva como una novicia en comparación con mi primo Fihmi. Quizás una serpiente viscosa y solapada, que además supiese hablar como Fihmi cinco idiomas, se aproximaría a mi primo. Ni siquiera el presidente Hadahek podía emprenderla con él, y de su astucia y maldad no se había librado un solo ministro. Era ya el tercer Hadahek al que servía mi primo y éste desconfiaba de él porque, aunque Fihmi había servido a los dos presidentes anteriores, se comportaba como si hubiese sido desde su nacimiento partidario absoluto del Hadahek que estaba en el poder.

El presidente mandó registrar la casa de Fihmi mientras éste celebraba en compañía de su familia el aniversario de la toma del poder en el palacio de la república. La unidad especial fue tan minuciosa que al cabo de dos horas extrajo del cajón secreto el cuadernito en el que Fihmi había anotado todos los errores cometidos por el presidente en los últimos años y corrió con él al palacio de la república.

El alto oficial entregó el cuaderno al presidente y éste leyó las tres primeras páginas y se puso pálido de ira.

—¡Fihmi, perro asqueroso! —gritó, y del susto los invitados se convirtieron en menos de tres segundos en figuras de cera. Todos menos Fihmi. Él no habría sido Fihmi si se hubiese dejado impresionar por un presidente que había ocupado el trono con la fuerza de sus tanques.

—¿Qué has estado apuntando sobre mí? —rugió el presidente, agitando furioso el cuaderno.

—¿Si no lo hago yo quién lo hará? —preguntó Fihmi imperturbable—. Excelencia, tenéis que seguir leyendo pues dos páginas más adelante aparece vuestra defensa. He preparado todo eso por si uno de vuestros enemigos os atacase por tales pequeñeces.

El presidente hojeó el cuaderno resoplando furioso y, para su sorpresa, encontró un discurso maravilloso que minimizaba y defendía todos los errores, haciéndole pasar por una especie de mártir. Visiblemente emocionado, el dictador se dirigió hacia Fihmi y le abrazó. Los invitados salieron del sobresalto con un aplauso que resonó largamente en la sala de recepción. Nadie sabía que Fihmi

escribía el discurso de defensa inmediatamente después de las listas de errores sólo para poder defenderse de un posible ataque. Algunos de los invitados se acordaron, sin embargo, de aquella lista cuando dos años después oyeron pasajes de ese cuadernito en la primera alocución que pronunció por la radio el cuñado golpista.

Una sola vez vi cómo alguien arremetía contra Fihmi.

—Tú eres un ex católico —se burló su cuñado—, un ex socialista radical, un ex nacionalista, un ex liberal y, actualmente, aunque eres cristiano, actúas como un fundamentalista musulmán porque nuestro actual presidente Hadahek es un musulmán creyente. ¡Comparado contigo un camaleón es un memo descolorido!

Fihmi no se inmutó.

—La serpiente —respondió— que no muda la piel muere. Y tú tienes que tener cuidado de no tropezar con tu lengua larga —luego se levantó asqueado y se fue.

Dos semanas más tarde su cuñado fue detenido y condenado en un juicio sumarísimo a diez años de cárcel por supuesta propaganda en favor de Israel.

La hermana de Fihmi fue corriendo a verle con su única hija y le pidió ayuda, aunque sabía que el propio Fihmi había mandado a la cárcel a su marido. Pero el hermano, que frecuentaba cuando quería la mansión de los Hadahek, no quiso ayudarle durante un año. Las heridas de la lengua tardan en curar. Sólo cuando su madre le suplicó con lágrimas en los ojos que sacase a su yerno de la cárcel, volvió éste a casa al día siguiente, y la ridícula denuncia por propaganda en favor de Israel fue archivada sin más explicaciones.

Recuerdo que, siguiendo el consejo de mi querido tío Daniel, reuní todas las historias sobre Fihmi en un cuento que situé en el Honolulú de hace doscientos años, y recuerdo perfectamente que terminé mi relato con estas frases: «Damas y caballeros, estoy seguro de que ni siquiera la muerte podría eliminar de la tierra a los babosos y cortesanos, porque rodearían con sus babas la guadaña, la hoz o lo que lleve el cortador de almas en su mano y le sobrevivirían».

Mi prima, la segunda hermana de Fihmi, que tenía la misma edad que yo, asistió a la velada en el circo. Cuando terminé de contar mi historia vino hacia mí, me abrazó, me dio un beso y dijo riéndose a carcajadas:

—Yo no sabía que Fihmi viviese hace doscientos años en Honolulú.

Yo había esperado que el primo Fihmi tuviese un fin desastroso, como suele ocurrir con los mentirosos como él en muchas historias, pero la vida es a veces más cruel que ningún cuento. El primo Fihmi murió dulcemente en la cama a edad avanzada, siendo un hombre rico y respetado.

Pero todavía recuerdo otra cosa que me fascinó aquella noche en la función del circo. Baby, el elefante más joven, realizó su primer número independiente. Baby caminó sobre una viga estrecha colocada entre dos taburetes. La banda interpretó mal que bien «Scheherezade» de Rimsky-Korsakov. Luego cesó la música. La emoción crecía. Ni uno solo de los quinientos espectadores presentes tosió y nadie quiso secarse el sudor o rascarse la cabeza hasta que Baby llegó sano y salvo al otro extremo.

—¡Alá! ¡Alá! —sonaron los gritos,
y un aplauso atronador
estalló en la carpa
del circo.

40

El lacertón o cómo se convirtió en lágrimas el hielo de los mares



añana te darán de alta. Me lo ha dicho el médico jefe, y por fin podré ir en busca de Mala. Estoy deseando marcharme de aquí y me siento tan fresco que no quiero dormir esta noche. El médico no tiene por qué enterarse y no hay nada mejor para mantenerse despierto que las historias.

¿Dónde me quedé ayer? Creo que estaba hablando del primo Fihmi y del camaleón. Todavía recuerdo que en la noche del domingo al lunes, el presidente Hadahek había asestado a sus rivales del sur y del norte un golpe mortal. Por entonces se decía que el lunes por la mañana ya estaba todo decidido. Hadahek dominaba la situación. Él no tenía más derecho ni más simpatía de su lado, sino simplemente más armas que sus enemigos. Eso fue lo decisivo.

En la carpa del circo los peligrosos tigres, leones y elefantes se someten al dominio del hombre. Esto no se consigue ya como antes, con látigos y hierros candentes, sino con el poder del conocimiento

sobre la naturaleza de los animales. La enorme elefanta Mina obedecía la más mínima orden del frágil y viejo Ganesh sin oponer la menor resistencia, y los felinos salvajes seguían al domador como si estuviesen hipnotizados con su mirada. Era un dominio perfecto que no se notaba. Ése es el poder absoluto. Convence incluso al tigre de Bengala de que sería inútil resistirse aunque podría despedazar al domador en pocos segundos.

Fuera del circo reinaba la fuerza bruta. Unos meses más tarde salió a relucir la verdad. En su retirada ante los misiles, el sobrino rebelde del presidente se había hecho fuerte en una pequeña ciudad y la había arrastrado consigo a la muerte con sus diez mil habitantes.

Muchos morganos habían creído las noticias del gobierno porque deseaban esa mentira de que dos oficiales enloquecidos con tropas armadas hasta los dientes podían ser derrotados y que esa acción sólo había costado la muerte de algunos soldados. Aquello sonaba casi como si las tropas enemigas se hubiesen lanzado rosas mutuamente. Yo no me excluyo. Yo quería creerlo como todas aquellas personas y me mentía a mí mismo.

La reconciliación con Mala en la cabaña fue un sueño de risas y lágrimas. Acordamos que nos encontraríamos el domingo siguiente, dos días antes de la partida, cuando Ashok estuviese, como todos los domingos, en el mercado semanal.

Mala quería aquel día de la reconciliación que pasease mentalmente con ella por la ciudad, ya que no podíamos disfrutar ese placer en la realidad.

Yo estaba tumbado a su lado en la cabaña y la guiaba al mismo tiempo por las callejuelas de mi ciudad. Era menos un paseo que un vuelo suave a ras de suelo por las callejas, los mercados, los baños turcos y las heladerías de la ciudad.

—¿De qué vas a hablar esta noche? —me preguntó después de nuestro recorrido.

—Del latazo o del lacertón. Es decir, de los parientes pesados o de un primo mío que de niño sabía narrar mejor que nadie y que por eso no llegó a ser un narrador.

—Yo ya tengo parientes pesados de sobra —dijo Mala—, pero nunca había oído hablar de una persona tan rara.

—Nabil era efectivamente un narrador extraño —empecé a

contar—, todavía no había cumplido los doce años cuando acompañó a su padre por primera vez al café. Allí estaba sentado en una gran silla el narrador del café, el hakavati, como se le llama en Arabia, un hombre viejo de barba blanca que contaba una historia de *Las mil y una noches*. Nabil se quedó tan fascinado que pronto olvidó a su padre, el café y el mundo, y sólo estaba pendiente de los labios del hombre viejo, y sentía los guijarros debajo de los pies, olía los campos de trigo y oía los gritos de las golondrinas que describía el viejo narrador. Nabil seguía los pasos de su héroe a la profunda cueva en busca del tesoro. Ante sus ojos interiores veía al monstruo que aparecía entonces resoplando y soltando humo por la nariz.

»De repente volvió el ruido habitual al café cuando el narrador interrumpió su historia y dijo que la continuaría al día siguiente.

»Nabil agarró aturdido la mano de su padre aquella noche y tardó mucho tiempo en poderse orientar. Su madre me contó que desde ese día estaba como embrujado.

»Al día siguiente preguntó a su madre si quería escuchar una historia mientras hacía ganchillo. La madre se sorprendió, pues Nabil no había contado nunca una historia. Pero también se alegró porque hacía una eternidad que nadie le contaba una. Nabil colocó su silla sobre la mesa de la cocina y se sentó encima como había estado sentado el viejo hakavati en el café.

»“Érase o no era un comerciante y un hombre de mar llamado Alí que vivía en la ciudad de Beirut. Nadie sabía exactamente cómo se llamaba de apellido, pues todos le llamaban Alí, El azul y negro, porque tenía un ojo azul y el otro negro”, contó Nabil, y su madre se sonrió porque el comerciante de té del final de la calle también se llamaba Alí y tenía esos extraños ojos.

»“Quizás sus ojos eran así porque Alí tenía dos almas, la de un comerciante y la de un marinero. Alí viajó alrededor del mundo de puerto en puerto, comerciando con piñones y aceite de oliva del Líbano, especias de la India, tela de Morgana e incienso del Yemen. Llevaba viajando ya un año y tuvo suerte con sus negocios. Finalmente emprendió el regreso a casa con sus cuatro hombres en su pequeño barco y soñaba cada noche con el puerto de su patria.

»“De repente se desencadenó una tormenta. Los marineros lucharon desesperadamente contra el viento que arreciaba de hora

en hora hasta que el mundo se convirtió en viento y olas espumeantes. De pronto, el mar se abrió. Un monstruo blanco como la nieve emergió fuera del agua hasta la cintura. Nadie había visto jamás un monstruo parecido. Su cuerpo era el de un hombre, pero tenía la cabeza de un toro y los ojos de un cocodrilo. Los marineros se quedaron aterrados y pensaron que habían perdido el juicio. El monstruo soltó un aire tan frío por la nariz que las olas y el viento se congelaron. De repente todo quedó sumido en silencio y el barco quedó atrapado en una masa de hielo.

»"—¿Eres tú el comerciante Alí que pasó por aquí hace un año? —preguntó el monstruo.

»"—Sí, soy yo —contestó éste temblando.

»"—Abandona tu barco y acompáñame, nuestra reina quiere verte.

»"—Pero mi barco… mis hombres… —balbució Alí.

»"—Ellos permanecerán retenidos aquí en el hielo hasta que tú regreses. ¡Date prisa! —ordenó el monstruo.

»"Alí cogió su grueso abrigo de piel y bajó del barco. El mar era un único paisaje de hielo. Alí siguió al monstruo, que se adentraba en el mar, y donde sus pies tocaban el agua ésta se convertía en hielo. Alí avanzaba por un desfiladero de hielo transparente que dejaba tras de sí el monstruo, y en su camino hacia el fondo del mar pudo observar los peces, las ballenas y otros habitantes del agua.

»"Cada vez hacía más frío, empezaba a dolerle su respiración. De repente vio a lo lejos un palacio resplandeciente. ¡Pero lo que sucedió después te lo contaré mañana!", dijo Nabil y se bajó de su silla. Aquello no le hizo ninguna gracia a su madre, que quería saber lo que le esperaba a Alí en aquel palacio mágico, pero se alegró de librarse del frío glacial que empezaba a sentir en sus miembros. Se frotó las manos y volvió a su ganchillo.

»Nabil besó a su madre y se fue a su cuarto a dormir. Al cabo de media hora regresó pálido y tiritando de frío. Sus dedos estaban ateridos y sus labios morados. "Madre, hace tanto frío en el reino del hielo y es tan espantoso… Hay que salvar al pobre Alí, pero no sé cómo", dijo Nabil temblando y no sirvió de nada que su madre le envolviese en una colcha guateada y le diese un cacao caliente.

Nabil temblaba y temblaba como si tuviese fiebre. "Monstruos horribles. La reina no es capaz de amar a nadie, pues el calor del

amor derretiría todo el hielo de su palacio, de su reino y de su alma. Ella es transparente como el hielo e igual de dura. Colecciona personas de todos los colores de piel, pero nunca se ha encontrado con una persona con dos ojos distintos. No sé cómo sacar de allí a Alí. Está temblando en el frío y se da cuenta de que la reina le quiere, de lo contrario podría haberle matado fácilmente y luego le habría metido en las neveras con los otros hombres que ha coleccionado a lo largo de los siglos. No, Alí es inteligente y sabe que la reina le quiere, pero él no puede permitir que siga creciendo su afecto, pues eso significaría su muerte segura. ¿Cómo regresaría entonces? Si el hielo se derrite, se ahogará en el fondo del mar”.

»La madre no sabía ya qué hacer, pues su hijo no dejaba de temblar y ella veía que Nabil estaba a punto de perder el conocimiento de miedo y preocupación.

»“Ya sé”, exclamó preocupada, “ya sé cómo podemos sacar a Alí de ese apuro, pero tenemos que dejar de ser madre e hijo. Ahora seremos dos vagabundos que un día se encontraron en un bosque. Los dos tenían miedo del bosque oscuro y ruidoso y cada árbol les parecía un monstruo y cada ruido los pasos de un animal salvaje. Era terrible. Entonces el más viejo de los dos dijo al más joven:

»“—Ven, haremos un fuego que ahuyentará el frío y las fieras, luego nos contaremos historias largas hasta que nos quedemos dormidos.

»“—Sí —respondió el otro, y ambos recogieron rápidamente una gran cantidad de leña, la encendieron y se calentaron. El frío abandonó lentamente sus pies y sus manos, luego sus piernas y sus brazos, y pronto sus hombros y sus caras se pusieron tan calientes que casi ardían—. Qué calor tan agradable hace aquí —exclamó el más joven, y tuvo que alejarse un poco del fuego”, prosiguió aliviada la madre cuando vio que Nabil recobraba el color, apartaba la colcha y escuchaba con atención.

»“En fin, como decía antes”, prosiguió la madre, “los dos amigos querían contarse historias y el más joven propuso que cada uno contase una parte de la historia y que cuando terminase continuase el otro. El vagabundo más joven contó la historia del marinero Alí, que estaba en medio del palacio de hielo y no sabía cómo poner fin a aquella pesadilla y regresar sano y salvo con sus amigos, pues en aquel reino de los hielos se podía hacer todo menos amar, pues el

amor habría calentado el corazón y derretido el hielo. El reino entero se habría venido abajo.

»“En este punto el vagabundo más viejo tomó el hilo de la historia:

»“—Entonces se le ocurrió a Alí una idea salvadora. Está bien —dijo con voz firme—, Majestad, eres muy rica, pero no tienes el tesoro más preciado.

»“La reina se echó a reír, pues su riqueza era inconmensurable. Ella poseía las joyas más hermosas del mundo. La piedra que lucía sobre la frente era transparente como el agua más pura y en sus ángulos alojaba al sol, que lanzaba destellos cada vez que se movía. El trono de la reina estaba hecho de miles de perlas preciosas. La reina del hielo podía encontrar bajo el agua todas las riquezas del mar y de la tierra, pues lo que los hombres extraían con gran esfuerzo de las entrañas de la tierra lo contemplaba la reina y, si le gustaba, hacía que el barco se hundiese y se apoderaba de sus riquezas.

»“—No, oh reina —exclamó Alí, que intuía sus pensamientos—, no estoy ciego y no puedo abarcar todas esas joyas y perlas, pero por poderoso que sea tu reino serás pobre mientras no conozcas las bellezas encantadoras de nuestra tierra que no pueden existir bajo el agua. Jamás poseerás esos tesoros aunque tus poderosos monstruos marinos arrastren al fondo del mar todos los barcos. Nosotros llamamos a esa maravilla *libro*, y en él se describen viajes y aventuras y se muestran imágenes de mundos que no ha visto nadie. Y cuando uno pasa una hoja con mano ligera puede cambiar de mundo más deprisa que la luz, y volar en el tiempo hacia adelante y hacia atrás, como sólo pueden hacerlo los dioses. Pero el libro está sometido a una prohibición, no puede desplegar jamás su magia debajo del agua. Todos los mundos, viajes e imágenes se disuelven y no dejan en el agua más que una miserable mancha de color que podría producir también el más insignificante calamar. Y sólo el vacío habita ya las páginas mojadas del libro.

»“La reina escuchó con asombro las palabras del marinero y por fin comprendió lo que significaban los cuadernos vacíos que encontraba siempre entre las pertenencias de los pasajeros. Pero la desconfianza seguía instalada en el corazón de cristal.

»“—¿Es cierto lo que dice este terrícola de ojos negro azulados?

—preguntó al sacerdote más viejo de la Corte, que tenía cabeza de pez y había permanecido como éstos callado todo el tiempo.

»“—Majestad, eso se escapa a mis conocimientos. Yo no puedo abandonar el agua. Sólo tu estirpe, los reyes y las reinas del reino del hielo, ha recibido de los dioses el don de poder vivir en ambos mundos. Pero quiero advertirte que un tatarabuelo tuyo se atrevió a salir hace miles de años y no regresó jamás —dijo el sacerdote en voz baja.

»“La reina se pasó tres días y tres noches reflexionando y preguntaba una y otra vez a Alí por aquella maravilla que se llamaba *libro* en la Tierra. Y él le habló de los fantásticos viajes que realizaba sentado en su habitación cuando leía las historias de Simbad, Ulises o Gulliver.

»“Al final del tercer día, la reina decidió subir al barco en compañía del marinero Alí y dejarse embriagar allí durante un rato por la magia del libro. Una carroza real, tirada por majestuosos animales de fábula con cuerpos de caballo y cabezas de león, llevó a la reina y a su invitado a través del desfiladero de hielo hasta el barco. Allí se detuvo la carroza.

»“Los marineros que habían esperado en el barco se quedaron maravillados cuando vieron la carroza de oro de la que bajaron Alí y la hermosa reina. Alí condujo a la reina a su camarote y le trajo uno de los libros más preciosos de la Tierra. La reina miró asombrada los extraños garabatos que recorría Alí con el dedo mientras describía un viaje maravilloso que realizaba el héroe de la historia subido encima de una alfombra mágica.

»“—¿Y tú sientes su vuelo en tus miembros? —preguntó curiosa.

»“—Sí, siento incluso el viento en mi pelo —contestó Alí sinceramente, y siguió leyendo.

»“—Déjame sentirlo a mí también —rogó la reina, y Alí tomó su pequeña mano en la suya, la condujo por encima de las letras y siguió leyendo la historia de amor que había iniciado. Y entonces ocurrió el milagro…”. “¿Quieres que siga contando?”, preguntó la madre.

»“Sí”, le suplicó Nabil.

»“La reina notó que desde la mano de Alí fluía hacia su corazón un calor tan intenso que le hacía daño. Se puso a temblar y quiso retirar la mano, pero Alí prosiguió con la historia hasta que todo el

hielo del corazón de la reina se fundió y salió por sus ojos salados como el agua de mar. Los marineros que estaban en la cubierta no daban crédito a sus ojos. De repente el hielo se derritió, la carroza real se hundió con sus monstruos y el barco empezó a mecerse en un mar en calma.

»“Al cabo de tres días Alí y su amada llegaron al puerto de Beirut. Alí vivió feliz con aquella mujer y tuvieron tres hijos, dos niñas y un niño. No sé lo que fue de las niñas, para qué voy a mentir, pero el niño creció y se convirtió en un hombre que comerciaba con especias y té, y cuando se enamoró de una morgana se fue a vivir con ella a Morgana y desde entonces vive cerca de nosotros.

»“Eso fue lo que le contó el vagabundo viejo al joven, que después se durmió contento y calentito cerca del fuego”, terminó la madre en voz baja, pues Nabil había cerrado ya sus pesados párpados.

»Así es cómo Nabil fue salvado por su madre cuando contó su primera historia.

»En su segundo intento de actuar como narrador sufrió tanto con sus héroes que cayó gravemente enfermo y sólo se salvó de milagro. Desde ese día hasta el final de su vida. Nabil siguió siendo muy aficionado a escuchar historias pero no quiso volver a contar ninguna.

Mala me abrazó y me estrechó largamente entre sus brazos.

En el circo observé aquel día a Ashok mientras realizaba obstinadamente malabarismos con varias pelotas. Pero nunca pasaba de seis. Cuando llegaba a siete se escapaban de su control. Pero el nuevo número que quería presentar aquella noche con un par de pelotas de ping-pong me fascinó. Ashok expulsaba una pelota por la boca y la lanzaba a medio metro de altura soplando y luego lanzaba otra, después atrapaba las pelotas con la boca para lanzarlas inmediatamente otra vez al aire. El efecto era el de un surtidor de pelotas.

Santosh realizó aquel miércoles por la noche un número peligroso. Primero arrojó un gran trozo de carne a Pachá, el jefe de los leones, y cuando éste lo agarró el domador trató de arrebatárselo. El león gruñó furioso. Santosh retrocedió y el público aplaudió. Un espectador exclamó impasible cerca de mí:

—¿Y eso qué tiene de heroico? Yo lo hago todos los días para alimentar a mi familia. ¡Qué es ese león comparado con las monstruosidades que ocurren a diario en Morgana!

En mi vida había oído unas palabras tan sinceras y exactas, pero aquella noche se perdieron entre las risas.

Al final llegó mi actuación como cada noche.

—Damas y caballeros, querido público. Hoy quiero hablaros de un animal cuya principal virtud consiste en inspirar miedo a sus poderosos enemigos mostrando un tamaño que en realidad no posee. El lacertón es un lagarto que vive en África. En cuanto este lagarto se siente amenazado, se hincha hasta convertirse en un fenómeno de tres metros de altura y unos dos metros de anchura. En realidad no mide más de medio metro, pero su piel a manchas verdes y rojas se encuentra plegada debajo de sus brazos. Ningún animal salvaje, ni siquiera el tigre, se atreve a atacar a este monstruo que surge de repente de la nada.

Pero cuando los enemigos del lagarto ya hace tiempo que han huido, el lacertón ve de repente la espantosa sombra de su fino manto y se lleva tal susto que se encoge de nuevo y se refugia veloz como un rayo en su madriguera. Mi primo Nabil era un lacertón —añadí, y entonces hablé de Nabil y de su comerciante marinero Alí.

41

El latoso o el invitado como carga



añana me dan definitivamente de alta. Sin embargo, el médico jefe no me ha dicho hasta hoy que habían pensado seriamente en operar otra vez mi ojo. ¿No es extraño? Un mes antes de que llegase el Circo India perdí casi el ojo derecho por una viruta de metal. Los ojos siempre han determinado mi vida.

Mi vida consta de dos partes: una cuando yo tenía aún tres ojos, y otra desde que sólo poseo dos ojos corrientes.

Algunos pensarán que miento, pero antiguamente todo el mundo tenía un tercer ojo, donde se encuentra el remolino que nace en la parte posterior de la cabeza. Era un ojo invisible, pero muy útil.

La naturaleza dota a todos los animales con buenos ojos y oídos o piernas rápidas. Después de crear al hombre comprendió que éste había salido bastante perjudicado, pues el hombre oye y ve mal y sus piernas tampoco son envidiables.

Los primeros hombres fueron víctimas de todas las fieras. Pronto la naturaleza comprendió que la existencia del ser humano estaba seriamente amenazada si sólo tenía dos ojos, y por compasión le

regaló un tercer ojo. A partir de entonces el hombre pudo defenderse. Podía mirar hacia adelante y hacia atrás. El tercer ojo estaba siempre despierto, incluso durante el sueño, y avisaba al hombre cuando se acercaba una fiera traicionera. Pero aquel tercer ojo no sólo protegía al hombre, también le permitía mejorar su memoria gracias al panorama que le ofrecía su retrovisión. El hombre no sólo podía ver las posibilidades y los caminos que tenía por delante, sino también lo que había dejado atrás.

La mayoría de las personas no recuerda ya la sublime dicha de venir al mundo con un tercer ojo, yo sin embargo tuve esa suerte.

Cuando paseaba por Morgana podía ver sin esfuerzo con mi tercer ojo si se acercaba un peligro por detrás. A muchos europeos les parecía milagroso que un automóvil pudiese circular sin atropellar a nadie por la calle del bazar de Morgana repleta de comerciantes, niños, mendigos, rateros y transeúntes. A tiempo, pero sin darse la vuelta, la gente abría un hueco para el automóvil y volvía a cerrarlo para seguir discutiendo, ganándose el pan o jugando.

El orientalista Schirrmacher escribió incluso un tratado titulado *El milagro de los bazares*, en el que estudiaba exclusivamente este fenómeno y al final lo contaba entre los milagros de Oriente. Schirrmacher era, por lo demás, un tambor hinchado. No sólo por su aspecto. Era vacío y ruidoso. Pero ésa es otra historia que ya he contado.

Sin embargo, el tercer ojo podía hacer algo más que proteger a las personas de un peligro, y por eso lloro su pérdida. Volviendo al ejemplo del paseo por Morgana. Cuando alguien me seguía con mirada lánguida, aunque sólo fuese porque le gustaba mi nariz, yo lo notaba y me daba la vuelta. Mejor dicho, *tenía que* darme la vuelta. Mi tercer ojo obligaba a los músculos de mi cuello a realizar un giro perfectamente calculado hasta que mis ojos se cruzaban con los de la persona cautivada. Entonces nos sonreíamos como si nos conociésemos. Luego seguíamos nuestro camino y yo sentía un temblor breve y agradable en el corazón.

Poco después de que desapareciesen las cabras de las calles de Morgana, me di cuenta de que muchas personas sólo tenían retrovisiones débiles o no las tenían. Yo trataba con todas mis fuerzas de enviar mis anhelos detrás de las personas, pero cada vez

eran menos numerosas las que se daban la vuelta y cuando lo hacían no era por mí, sino por dirigir una última mirada a un escaparate.

No sé exactamente cuándo perdí mi tercer ojo, pero debió de ser el mismo año en que desaparecieron las cabras de las calles de Morgana. La pérdida se anunció de manera catastrófica. Yo iba paseando por la acera por el barrio de los cines de Morgana. De repente me embistió una motocicleta por detrás. Caí al suelo y tuve que ir al hospital.

Una semana más tarde —yo me acababa de restablecer— me atacó por la espalda, cerca de la plaza de la universidad, un perro lobo y me dio un mordisco en el hombro. El ataque del perro no me produjo ninguna herida importante, pero sí un *shock* enorme. Me quedé deprimido porque comprendí definitivamente que había perdido mi tercer ojo, como muchos otros morganos antes que yo.

Durante muchos años busqué la causa. Pero debería haberla descubierto inmediatamente. ¿Para qué sirve un tercer ojo en un mundo abarcable de líneas rectas? Las calles, las autopistas, los grandes edificios, las puertas, las ventanas y los campos de cultivo son rectos. Se endereza incluso el curso de los ríos. Se corre a velocidad vertiginosa en línea recta, y para eso bastan dos ojos. Y hoy sabemos que el órgano que no se utiliza se atrofia.

El tercer ojo me trae a la memoria la noche en que conté en el circo la historia de mi prima Bárbara y su marido Bassam. Eran los personajes más molestos y desconsiderados que he conocido jamás, aunque mis viajes me han llevado hasta la China y Finlandia. Sólo pocas personas se parecen tanto al latoso como Bárbara y Bassam.

El latoso es uno de los animales más arteros del mundo. La hembra y el macho tienen el mismo aspecto. Son invisibles. Hasta hoy se divierten saltando sobre las espaldas de las personas y los animales que pasan por delante de ellos y permanecen sentados encima de sus víctimas hasta que encuentran algo mejor y más confortable o se van a dormir a sus guaridas. Sólo en la época de celo están ocupados consigo mismos y dejan a los demás seres en paz.

Las personas y los animales se sorprenden a menudo de que al salir de casa se encuentren todavía frescos y de repente se vean asaltados por un cansancio y una pesadez extraños. Nadie sospecha

de esos bichos infames que se mueren de risa, sí, se mueren de risa al ver a esos pobres seres abrumados que tienen que llevarlos sobre los hombros y la espalda de un lado a otro. Gracias a Dios esa risa es al mismo tiempo una costumbre mortal. Siempre que un ser gime bajo su peso, el latoso se muere de risa sobre su espalda.

Esa historia la conté aquel jueves. Unos días antes mi madre me había recordado con regocijo cómo la astuta tía Rosa había emprendido años antes la acción más sutil y audaz contra Bárbara y Bassam y había librado a todos los parientes de la molesta pareja. Tía Rosa tenía la envergadura suficiente para hacerlo y, aunque yo no podía soportarla, el golpe que asestó a aquellos dos me pareció genial. Cuántas veces habían atormentado a mi madre, que se quedaba agotada cada vez que la pareja terminaba su visita.

Ya su entrada en nuestra casa tenía un sabor desagradable. Siempre se comportaban como si nos hubiesen cogido in fraganti. Radiantes como vencedores anunciaban que nadie podía escapar, como si fuese muy difícil obligar a la hospitalidad a unos árabes hospitalarios. Mi madre era bastante ingeniosa y valiente, pero en el fondo era igual de tímida que mi padre, y ambos sonreían apurados y se disculpaban cada vez por su vestimenta modesta y a veces incluso por su aspecto.

Bassam vivía en la ilusión de que era un fotógrafo de gran talento. Un error funesto que pagaban todos los parientes. Siempre llevaba encima su cámara, como si fuese un japonés, y no paraba de fotografiar todo y a todos, de manera que los anfitriones se sentían sumamente incómodos. Las fotografías eran además atroces, pero nosotros teníamos que contemplarlas en la siguiente visita y dejarnos explicar por Bassam que aquellas imágenes movidas, sobreexpuestas y encima pésimamente reveladas eran obras de arte que pensaba presentar a algún concurso. Mi madre se reía entonces. «¿Para asustar a los niños?», preguntaba, y nosotros nos reíamos: Bassam no, claro. Él se ofendía, pero seguía fotografiándonos.

Otra cualidad espantosa de aquellos dos latosos era que se animaban a comer y beber en cuanto se sentaban. «Pero di sin miedo que quieres pistachos», decía Bassam solícito, casi murmurando a su mujer. «No debe darte vergüenza, ¡con lo generosa que es la tía!». Y mi madre corría a la cocina y volvía con un plato lleno de pistachos salados. A veces mi madre me sacaba de

quicio, pues a nosotros nos escatimaba los pistachos y cuando venía aquella parejita de latosos iba y venía todo el rato con platos llenos.

«Oh, tienes sed», susurraba Bárbara, «seguro que la tía tiene una limonada para ti. Ella hace su propia limonada. Es deliciosa», decía en voz baja, pero lo suficientemente alto para que mi madre volviese a movilizarse para refrescar a los sedientos e insaciables latosos. Cada vez que la dueña de la casa salía de la habitación, aquellos dos se reían a carcajadas de ella. Nosotros se lo contábamos a mi madre, pero como éramos pequeños no nos creía e incluso regañaba a mi hermano Fadi que, como era tan sincero, se negaba a darles la mano. Sahar, mi impertinente hermana, era enviada por mi madre a casa de los vecinos porque era la única que hacía las preguntas adecuadas a aquellos dos. «¿Por qué venís siempre tan hambrientos?», «¿Por qué no nos invitáis nunca a vuestra casa?», «¡No acabéis con todos los pistachos, que a nosotros también nos gustan!», soltaba sin rodeos, pero mi madre había aprendido de sus padres a honrar al invitado. Y por eso siempre era amable con ellos.

Pero por dentro los maldecía. «Él es tan repugnante que el propio infierno le vomitaría», decía mi madre de Bassam, al que detestaba de manera especial. Pero ella seguía siendo cordial, incluso cuando Bárbara y Bassam la atronaban con sus gritos, pues los dos hablaban tan alto que todos los vecinos del patio sabían cuándo habían venido de visita. Sus preguntas eran indiscretas y mis padres no hablaban nunca, ni siquiera con nosotros, de sus problemas íntimos. Y cuanto más se resistían mis padres a contestar a tales preguntas, más desvergonzados e insistentes se volvían los latosos.

Nuestro cuarto de estar podía acoger cómodamente a treinta personas, pero cuando venían los dos latosos, nuestra familia se sentía agobiada en aquel enorme espacio.

Los latosos no sólo se llenaban la tripa, sino que incluso paseaban por la casa, leían cartas, abrían libros, se tumbaban en nuestras camas y se sentían literalmente como en su casa.

Así estuvieron torturando a todos los parientes hasta que a Rosa se le ocurrió el golpe salvador. Rosa vino un día indignada a casa. Acababa de sufrir la visita de los latosos y estaba completamente desesperada. Yo estaba jugando en el patio cuando oí reír a

carcajadas a mi madre y a su cuñada Rosa. Las dos se asomaron luego al patio y nos llamaron a mí, a mi hermano Fadi y a mi hermana Sahar. Una vez arriba nos dijeron que fuésemos rápidamente a buscar a tres tías que vivían cerca de nuestra casa, que se trataba de Bárbara y Bassam. Nosotros corrimos como el viento, y yo me sentía tan feliz que fui por mi cuenta a por otra tía más y le rogué que se diese prisa.

Las mujeres tomaron café y Rosa llevaba la voz cantante, aunque todas las mujeres contribuyeron con sus ideas a mejorar el diabólico plan.

—Las galletas tienen que durar mucho tiempo y deben tener formas diferentes y contener verdaderamente la cantidad suficiente de laxante —dijo Rosa—. En cuanto aparezcan Bárbara y Bassam los dueños de la casa se esfumarán y no dejarán nada más que un plato lleno de galletas. Luego se irán a casa de uno de nosotros con los niños y el marido y pasarán allí el día entero. ¡Ya veremos quién tiene más aguante!

El plan era astuto. Ya a los pocos días vino a casa una tía con su familia. Nosotros nos alegramos mucho de aquella visita. Mi padre jugaba a las cartas con el tío y se reía con él de los latosos, que estarían sentados en el piso vacío y se darían cuenta de que los parientes habían huido de su propia casa. Con toda seguridad se abalanzarían sobre las galletas con grandes risotadas y seguros de sí mismos como siempre.

Entonces comprendí lo dulce que sabe la venganza, y nosotros nos reíamos con los primos y los mimábamos. Cuando regresaron a casa habían desaparecido los latosos y el plato de las galletas estaba completamente vacío.

Una semana más tarde aparecieron en casa los dos latosos. Yo estaba bastante preocupado por Sahar, pero sorprendentemente sirvió las galletas con cara amable mientras Fadi y yo nos dirigíamos ya a casa de tío Gibran y tía Rosa. Al cabo de un cuarto de hora nos siguió mi madre que, dando un pequeño rodeo, fue a la panadería para avisar a mi padre. Él vino también a casa de tía Rosa después del trabajo, se lavó allí y, ante la insistencia de mi tío, tuvo que echarse a dormir una siesta, pues tío Gibran y tía Rosa sabían que mi padre dormía siempre media hora después de su agotadora jornada.

Nosotros nos partimos de risa cuando llegamos a casa y los vecinos nos contaron que los latosos estaban cada vez más desconcertados, y habían preguntado por nosotros y al final habían corrido escaleras abajo para llegar rápidamente a casa. Poco a poco todos los parientes tuvieron noticia de la receta de Rosa, y Bárbara y Bassam dejaron a todos en paz y se enfadaron para el resto de su vida.

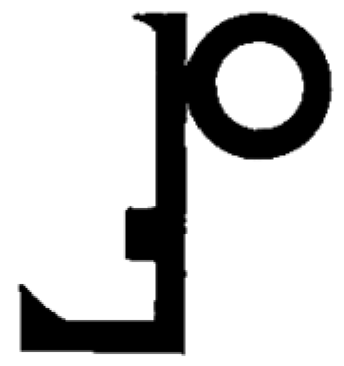
Esta historia la conté en el circo. Naturalmente, la adorné un poco, pero me acuerdo también de que fui interrumpido varias veces. Más de diez personas contaron sus recetas para deshacerse de sus latosos.

Aquella noche el circo y sus espectadores se libraron de una catástrofe. El león Pachá se había escapado de su jaula por la negligencia de un cuidador. Huyendo del ruido, se refugió debajo de los asientos del público y, sin que nadie se diese cuenta, se desencadenó una lucha sorda entre el director del circo, el domador Santosh y el león debajo de las altas gradas. Una mujer que miró casualmente por una rendija que había a su lado vio de repente al asustado león. Como éste sólo estaba a unos pocos centímetros de sus pies, la mujer gritó aterrada y se desmayó.

Poco después el león fue adormecido con una pequeña flecha
y arrastrado a su jaula. Cuando la mujer volvió en
sí y le contó a su preocupado marido que
había visto a un león paseando en
libertad, él se rió de su
fantasía desmedida.

42

El pelícano o cómo se eleva lo bajo



ocas aves han adquirido a través de las leyendas una fama tan sugestiva como el pelícano. En comparación con él, el águila es un pobre diablo. Ya los antiguos egipcios veneraban al pelícano, y probablemente fueron los griegos los que crearon la leyenda de que resucitaba a sus crías, que eran matadas por las serpientes, desgarrándose el pecho con el pico y devolviendo la vida a los polluelos con su sangre. Esta leyenda impresionó mucho a los cristianos, que veneraron al pelícano como símbolo del autosacrificio. También los antiguos pueblos de la península arábiga dedicaron al pelícano historias fantásticas en la época preislámica. Una de ellas cuenta que durante la construcción de la Kaaba, que ya era un santuario antes del islam, se acabó el agua. Los albañiles se

cruzaron de brazos y gimieron desesperados. Entonces acudieron miles de pelícanos y trajeron, Dios sabe de dónde, agua en las bolsas de sus picos para que los albañiles pudiesen amasar el cemento y terminar la construcción. Y para los alquimistas, que normalmente eran tan escépticos, el pelícano encarnaba la piedra filosofal.

El científico ruso Boris Grigorjevich Markovnikov estudió la leyenda e indagó de cerca la vida de los pelícanos. Durante diez años estuvo investigando en los pantanos y las orillas de los lagos. Markovnikov quedó visiblemente decepcionado de los prosaicos resultados: ni el pelícano se desgarra el pecho, ni sus crías tienden a caer muertas constantemente. Los pelícanos son aves corrientes que se dedican exclusivamente a comer pescado y a multiplicarse. Ésta es la verdad desnuda y un poco aburrida.

Cuando yo era un colegial lo que más me apasionaba eran las clases de Historia; me parecían novelescas y emocionantes. En casa yo seguía leyendo por mi cuenta nuestro libro de Historia como si fuera una novela porque no soportaba el suspense. De eso hace ya una eternidad, pero todavía recuerdo perfectamente la inquietud que me invadía cuando terminaba la clase justo antes de una batalla. Hasta hoy no he olvidado el día en que el profesor dijo al despedirse: «En la próxima clase daremos la derrota de Napoleón». Aquella noche permanecí despierto hasta muy tarde imaginando el alma del genial estratega en su última hora antes de Waterloo. Las películas posteriores sobre Napoleón eran, con toda su aparatosidad y su sangre de ketchup, idílicas en comparación con el ocaso heroico y cruel que yo deparaba a mis catorce años al estratega.

Años antes habíamos comentado la Historia árabe antigua y ésta también había sido muy emocionante. Yo admiraba mucho a los califas, que eran todos tan justos y modestos. Uno de cada dos llevaba voluntariamente ropa vieja y raída. A veces aquellos califas todopoderosos lloraban de emoción por la pobreza de su pueblo. Andaban disfrazados por las callejuelas y trataban de conocer con sus propios ojos la situación de los pobres. Una vez había una mujer que cocía guijarros para que sus hijos se durmiesen de cansancio esperando la sopa; cuando el califa lo vio corrió a casa y llevó sobre sus propias espaldas lentejas, carne y harina a la choza de la pobre madre. Aquello me impresionó mucho y disfrutaba viéndome a mí

mismo en el papel de un califa justo. A veces me echaba por los hombros una vieja cortina de colores, iba y venía por mi habitación y repartía bienes y tierras entre los pobres invisibles que bordeaban mi camino. Yo era muy generoso, pues como califa ommiada mi reino se extendía desde Marruecos hasta Afganistán. Aquellos califas que conocíamos en clase eran tan pródigos que por un poema bien escrito regalaban a un poeta pueblos enteros con sus habitantes, sus burros y sus terneros.

Un día exageré mi representación. Era en la época en que había leído la historia del asesinato de un califa abasida de Bagdad. En ella se describía cómo había luchado contra sus enemigos hasta el último día de su vida y yo le vi ante mis ojos cubierto de sangre haciendo frente a las fuerzas superiores de sus enemigos. Con la cortina sobre los hombros grité, crucé el dormitorio tambaleándome, caí como un cadáver sobre la cama, me levanté, grité aún más fuerte y caí encima del sofá. Desde el cuarto de estar atravesé con paso vacilante la cocina luchando y gritando salvajemente de dolor bajo los golpes de las espadas invisibles y bajé la escalera hasta el patio. Mi madre estaba tomando el café con los vecinos debajo del viejo naranjo. Caí de rodillas, lancé un grito y luego caí de bruces. Faride, la mujer del empleado de correos, se levantó de un salto y quiso correr en mi ayuda, pero mi madre la tranquilizó:

—¡Tómate el café antes de que se enfríe, en la clase de Historia de Sadik están hablando del asesinato de algún malvado!

Sólo al cabo de los años descubrí que la Historia que aprendíamos en el colegio no era más que una mentira burda y repugnante.

Yo quise hablar aquella noche de un famoso califa como era descrito en los libros de texto, y luego quería contar la misma historia tal como la habían escrito, ateniéndose a la verdad y sin miramientos, dos viejos historiadores que habían sobrevivido a aquel soberano. Pero finalmente no pude realizar mi propósito.

Un hombre del público me pidió la palabra por un instante porque quería contar una historia divertida sobre las clases de Historia de su época de escolar. Cuando el hombre terminó de contar, el público se rió e inmediatamente un hombre delgado con acento meridional retomó el hilo y habló de la decepción que había

sufrido cuando averiguó al terminar su bachillerato que Andalucía no se encontraba en Arabia sino en España. Su profesor de Historia había hablado durante años en presente de la Andalucía árabe.

Mil y un episodios de las mentiras de los libros de Historia surgieron entonces del público y si hubiese anotado todos habría tenido un manuscrito para imprimir un libro sobre la mentira en la Historia.

En ninguna otra noche encontré un apoyo tan cordial con historias como aquella noche, y en ninguna otra noche tuve luego tanto miedo como aquel viernes en que hablé del pelícano. Pues algunos nacionalistas abandonaron la carpa visiblemente indignados y sentí ganas de irme corriendo a casa, pero el público estuvo contando historias y riendo hasta medianoche, y cuanto más tarde se hacía más difícil era distinguir entre la Historia y las historias. Regresé a casa por la oscuridad y me asustaba cada vez que salía un gato bufando de un cubo de basura volcado.

Cuando llegué a casa vi confirmados mis presentimientos. La cara de Fadi estaba llena de cardenales. Tres de los nacionalistas ofendidos habían salido de la carpa soltando improperios y me habían llamado traidor. Fadi les hizo frente y se pegó con aquellos fanáticos, que no soportaban oír la verdad más sencilla.

Fadi no quiso que se enterase nuestro padre de lo ocurrido. Pero eso no era difícil, ya que él sólo aparecía durante dos horas en casa y si uno le evitaba entonces podía pasar un año sin encontrarse con él. Fadi tardó una semana en recuperar su aspecto normal.

A mí me pareció grave que mi hermano hubiese
recibido una paliza por culpa mía, y más
grave aún que no pudiese
hablar de ello en
público.

43

El cuervo
o sobre el camuflaje de las palomas



l día siguiente decidí mimar un poco a Fadi. Me daba mucha pena, pues su ojo derecho estaba tan hinchado que apenas podía abrirlo. Por la tarde fui con él a la feria del circo dispuesto a invitarle a todo lo que quisiese. Para esa salida había cogido diez liras de mis ahorros. Los deseos de Fadi fueron, no obstante, modestos: un helado, nueces, algodón de azúcar y en el tenderete de «el hombre de las mil caras» quiso que aquel sosia de todos imitase su cara ante la gente. El hombre desapareció en la tienda y miró un par de veces por la ventana. Luego salió con los hombros anchos, la raya y la nariz de Fadi. Hasta el ojo hinchado había sido imitado perfectamente por aquel transformista. Fadi y yo estábamos entusiasmados. Cuando quise pagar, el hombre se negó a cobrar.

—Para ti, Sadik —dijo, y me devolvió el dinero—, lo he hecho encantado, pero —y se inclinó hacia mí susurrando— te agradecería que me procurases una buena entrada para la función de despedida

de mañana. Yo no he podido conseguir ninguna y en el mercado negro cuestan ya el triple.

Yo le prometí que le buscaría una entrada. Sabía que Amal reservaba a diario diez entradas por si algún pariente mío o una personalidad importante decidían venir en el último momento.

Fadi y yo fuimos paseando por las callejuelas de la feria y contemplamos con curiosidad a un pequeño payaso que aquel día se dedicaba a gastar bromas a los transeúntes desprevenidos. Seguía sigilosamente a una parejita que caminaba cogida de la mano y que de cuando en cuando era separada por la muchedumbre. Entonces el payaso se acercaba al hombre, después de hacer una seña a su mujer, y cogía suavemente su mano. Todo el mundo se reía. También ella, cuando el hombre seguía caminando un buen rato sin sospechar nada y acariciaba de vez en cuando al payaso creyendo que era su mujer. En algún momento se dirigía a su supuesta acompañante y se llevaba un susto al ver al sonriente payaso. Éste también separaba suavemente a los niños de las manos de sus padres, se ponía en cuclillas haciéndose pequeño y los padres no comprendían durante un rato por qué se reía la gente a su alrededor. Entonces miraban hacia abajo y veían al payaso. Su hijo reía cogido de la otra mano del payaso. Raramente se enfadaba alguien, pues el payaso tenía una cara tan simpática con su nariz roja que todo el mundo se tenía que reír.

—Merece la pena recibir una paliza por ti —bromeó Fadi antes de separarnos. Yo tenía que ir a la roulotte de Shanti para que me maquillase. Fadi ayudó como tantas otras veces en la entrada y en la barra del bar.

—Voy a regalarte un animal de fábula —me dijo Mala aquel sábado cuando se cruzó conmigo en el pasillo de los artistas. Yo sonreí.

—Yo sólo tengo para ti como conejito de Indias un caracol, pero ésa es otra historia —me reí deseando que llegase el próximo día.

El número de las fieras estuvo a punto de terminar mal aquella noche. El domador Santosh tropezó y cayó al suelo. Durante un segundo Pachá, el león más fuerte de la manada, rugió de manera distinta que en las noches anteriores. Ahora sé la razón. El león Pachá sólo tenía un rival al que temía todo el tiempo: el domador. Los demás leones estaban sometidos a su autoridad. Pero aquel

domador con su látigo, no. Por eso Pachá esperaba un momento propicio. Eso también lo sabía Santosh. Y ambos sabían lo que pensaba cada uno cuando se miraban Ahora había llegado para Pachá el momento esperado. Por un segundo había caído el domador al suelo. Pachá se convirtió de pronto en la bestia de la selva y ya no era el animal obediente que era obligado por el domador a saltar todas las noches de un taburete a otro y dos veces por aros de fuego.

Desde mi asiento próximo a la pista vi en aquel segundo tres movimientos simultáneos: al domador que caía al suelo, al león dispuesto a saltar sobre su presa y al director del circo Amal que de repente estaba cerca de la reja apuntando al león con una enorme pistola. Sin embargo, Santosh se levantó con un salto elegante y dio a Pachá un latigazo tan preciso en la punta del morro que éste retrocedió aturdido y empezó a gemir.

Yo llevaba ya varios días ensayando con el mago Shambhu. Le estaba muy agradecido de que me hubiese revelado algunos trucos para aquel número. No es fácil ganarse la confianza de un mago.

La carpa no estaba llena del todo, pues aquel sábado algunos oficiales del fallido golpe militar eran presentados en la televisión para ser humillados e insultados ante millones de espectadores. Tenían que pedir clemencia al presidente Hadahek en público. Aquellas escenas espantosas gustaron tanto al presentador de la televisión que fueron repetidas durante una semana entera. Yo tampoco me libré de ellas después.

Para la función de despedida ya estaban vendidas todas las localidades. Mis padres recibieron una invitación personal de Amal.

Aquel día me dejó sorprendido Mustafá, el mendigo que solía estar sentado delante de la mezquita murmurando palabras que partían el alma. Le vi en el palco, sentado en una de las localidades más caras.

Salí a la pista con una jaula de pájaros de latón vacía y la puse sobre la mesa que habían traído dos empleados. Una vez más miré al mago Shambhu, que me deseó mucha suerte con un gesto de la mano.

Saludé al público, coloqué una tela blanca encima de la jaula de pájaros vacía y dije:

—Hoy vengo con una paloma —retiré la tela y el público gimió

asombrado, pues en la jaula apareció una paloma blanca como la nieve. Miré a Shambhu y él asintió tres veces con la cabeza, lo que significaba que la próxima vez debía retirar la tela un poco más deprisa—. En realidad, quería contarles una historia de mi tía Rosa, que se parece mucho a una paloma. Verdaderamente es tan rencillosa y mandona como una paloma, pero de ella ya he hablado muchas veces.

—Si quieres te hablo de mi suegra. Ésa es más pendenciera que diez palomas juntas —gritó un hombre del público. La gente se echó a reír.

—Damas y caballeros, querido público —retomé el hilo—, hoy voy a aclarar el misterio que se esconde detrás de la fama injustificada de la paloma. Sólo con malas artes ha podido convertirse la rencillosa paloma en el símbolo de la paz. Quizás sea la razón por la que tenemos una paz tan miserable en la tierra.

—¿Has dicho paz? Esto no es paz sino un simple armisticio, exactamente igual que la situación que existe entre yo y mi suegra —volvió a exclamar el hombre. El público se rió—. ¡Es increíble! Ayer me dijo: «Lo siento yernito. Mi memoria está cada vez peor. He olvidado por qué quería discutir contigo». ¿Queréis que os cuente su última infamia? —prosiguió el hombre.

—¡Cuéntala, cuéntala, canalla, inútil! ¡Estoy aquí! —gritó una voz de mujer desde un rincón lejano.

—¡Santo Cielo! —tembló el hombre. La gente se rió y nadie sabía si todo aquello no era más que un juego preparado. La gente se rió y murmuró durante un rato. Luego se hizo el silencio.

—No, la paloma engañó al pobre Noé —dije y tapé la jaula con una tela negra—. Vosotros ya conocéis la historia. Aquí tengo la oscura arca de Noé que estuvo vagando mucho tiempo por el agua hasta que Dios cerró por fin las compuertas del cielo y cesó de caer la lluvia. El día diecisiete del séptimo mes quedó anclada el arca sobre una cima de los montes de Ararat. Las aguas continuaron alejándose hasta que el primer día del décimo mes aparecieron las cimas de los montes. Los animales y las personas empezaron a inquietarse, pero Noé esperó cuarenta días más. Por qué, eso nadie lo sabe. Entonces abrió una ventana y soltó afuera a su pájaro favorito, el inteligente cuervo —yo retiré la tela negra y en la jaula apareció un espléndido cuervo negro con brillos azulados.

—¡Bravo! —gritaron muchos espectadores, y me tributaron un fuerte aplauso. Yo miré a Shambhu. Él sonrió y asintió una vez con la cabeza, lo que significaba que la próxima vez tenía que quitar la tela más despacio.

—Este valiente cuervo salió volando y buscó concienzudamente algún rastro de vida, pero sólo vio algunas cumbres que sobresalían peladas del agua. Su búsqueda duró mucho tiempo y las personas y los animales que estaban en el arca se pusieron aún más intranquilos —dije cubriendo la jaula con una tela blanca—. Al cabo de varios días Noé dejó salir a una paloma para saber si las aguas se habían retirado —entonces quité la tela blanca y de nuevo estaba allí la paloma.

—¡Bravo! ¡Eres único! —exclamaron algunos. Miré al mago. Éste asintió dos veces con la cabeza satisfecho y dio unas palmadas, lo cual fue un gran alivio para mí. Había encontrado la velocidad adecuada.

—Como iba diciendo, Noé envió a la paloma y ésta vio al exhausto cuervo, que estaba descansando de regreso al arca en la cima del monte Taurus. La envidiosa paloma le saludó y, haciéndose la amable, le preguntó qué había visto y vivido, y luego le contó que los animales se habían amotinado contra Noé y que el arca se había desintegrado. También le dijo que todos los animales habían huido y regresaban a sus respectivos países.

»—¿Y mi mujer? —preguntó preocupado el cuervo.

»—Ella se dirige a Egipto, donde teníais vuestra casa.

»Inmediatamente el incauto cuervo se puso en camino hacia Egipto y la paloma regresó contenta y deprisa al arca. Allí informó a Noé que el cuervo no quería seguir siendo un emisario y que había regresado por su cuenta a Egipto.

»Al cabo de siete días Noé volvió a soltar la paloma. Como ésta no soportaba ya la pestilencia que había en el arca, tardó varios días en volver y luego regresó trayendo en el pico una hoja de un olivo cercano. Si Noé hubiese mirado alrededor habría asado a la paloma por haberle engañado, pues los olivares que se extendían al pie del monte Ararat sólo se encontraban a un minuto de vuelo del arca. Pero entonces supo por fin que la tierra estaba seca.

»Desde ese día tiene la paloma su buena fama. Y hoy quiero hablar de una paloma que aprovechó su fama para cometer las

fechorías que se atribuyen a los cuervos.

Conté la historia del jefe de policía El Sabah, que había recibido todas las condecoraciones y distinciones del Estado porque no había ladrón ni asesino que se le escapase. Hasta que finalmente un periodista descubrió que el propio El Sabah había sido el jefe de todas las bandas de criminales que actuaban en Morgana.

Este escándalo horrorizó en su día a la población,
hoy en cambio aparecen esa clase de
historias a diario en cualquier
periódico barato.

44

El quejumbroso acuático
o cómo buscaba alguien cumplidos en vano



odavía no me explico por qué tuvo Sahar toda su vida un miedo tan espantoso a las arañas. Y eso que la araña es un insecto fantástico, limpio, astuto y escrupuloso. Ningún animal, ni el águila, ni el león, y mucho menos el hombre, insiste tanto en la máxima frescura de sus alimentos como la araña. Antes de comer moscas muertas o corned beef, se moriría. El hambre humilla al león y al águila hasta el extremo de que llegan a disputarse los restos de carroña con las hienas y los buitres, y lo que son capaces de comer las personas constituye de todos modos una historia aparte.

La araña es uno de los animales más útiles de la Tierra, pero del mismo modo que el pelícano tiene una buena fama infundada, la araña se ha ganado, Dios sabe por qué, una mala fama. Ya sólo la

belleza y la solidez con que está construida una tela de araña es un prodigio que ha ocupado desde siempre a muchos científicos.

Mala tampoco buscaba en la cabaña serpientes ni ratas, lo que le daba un miedo horrible eran las arañas. Cuando le dije que para mi historia de la reina de los rebara tendría que coger una araña, dio un grito y no quiso escuchar la historia. Se puso a dar vueltas por la cabaña cantando en voz alta para acallar mis palabras. Cantaba una canción maravillosa. Yo no entendía ni una palabra pero me fascinaba su melodía triste.

Cuando se calmó, se sentó a mi lado y yo le conté la breve historia de la reina de los rebara, pero sin la introducción de la araña.

—Hace mucho, mucho tiempo —le conté, y Mala se sosegó—, vivía el pueblo de los rebara, cuyas costumbres eran completamente opuestas a las nuestras. Allí era decente, por ejemplo, que una mujer se casase con varios hombres. La poliandria era entre ellos una expresión de poder y feminidad, del mismo modo que es hasta hoy normal la poligamia en muchos pueblos. Si entre los rebara un hombre se atrevía a amar a una segunda mujer además de la suya, era emplumado. Como la madre de un hijo lo es sin lugar a duda, mientras que el padre no puede determinarse siempre con absoluta seguridad, los niños recibían el apellido de su madre.

»En aquel reino un día decidió contraer matrimonio una reina que deseaba tener una heredera de la Corona. Mandó presentarse a todos los candidatos y les hizo resolver los problemas más insólitos. No voy a describir aquí todos. Adivinar el número de granos de trigo que llenaban una habitación era aún uno de los más sencillos. ¿Pero cómo calificar el problema de bailar alrededor de la lejana plaza del ayuntamiento estando encadenado a las murallas de la ciudad? A pesar de todo, muchos hombres se dejaron maltratar por aspirar a aquel matrimonio. De tres mil trescientos treinta y tres candidatos, sólo tres superaron las inhumanas pruebas. Uno de ellos era tan apuesto que si yo quisiese descubrir sólo un atisbo de la belleza de sus ojos ningún oyente podría soportarlo, pues la belleza puede resultar insoportable. El segundo era fuerte como un oso. Sin embargo, su boca parecía haber perdido ya en la niñez cualquier clase de control; constantemente estaba masticando algo. El tercero era insignificante. Era viejo y joven, gordo y flaco, alto y bajo al

mismo tiempo. De él no se podía decir nada concreto.

»La reina preguntó a los tres candidatos por sus mejores cualidades.

»El apuesto dijo: “Yo soy apuesto y eso basta”.

»El fuerte dijo: “Yo soy fuerte como un oso y supongo que eso no es poco”.

»El tercero dijo: “Yo soy lo que quiero ser, guapo y feo, fuerte y débil, viejo y joven”.

»La reina no supo qué hacer con aquellas respuestas tan interesantes.

»“¡Está bien! Entonces decidme qué vicios albergáis en vuestras almas”.

»“Yo no puedo dejar de seducir a las mujeres”, dijo el apuesto. “Aunque me mandes lapidar por ello. Por lo demás soy un tipo honrado”.

»“De acuerdo”, dijo la reina. “Haz lo que quieras, pero no dejes que te pille y si eres tan listo como apuesto vivirás muchos años”. La reina se volvió hacia su criado y le ordenó que acompañase al hombre apuesto al harén de los hombres.

»“Yo en cambio soy muy fiel, oh reina, pero siempre tengo que robar comida. Aunque las mesas estén llenas de exquisiteces, en cuanto me levanto tengo que robar algo, aunque no sea más que una manzana arrugada para comer en secreto”.

»“Eso no es grave, pero procura que no te sorprenda haciéndolo, pues para una reina es intolerable que uno de sus hombres robe y arrastre su nombre por el fango. Y ahora pasemos a ti. ¿Cuál es tu peor vicio?”, preguntó la reina al tercer hombre insignificante, que no era alto ni bajo, gordo ni flaco.

»“A mí me gusta mentir y no puedo vivir sin mentiras, incluso eso que consideras que soy, oh reina, no es más que una ilusión. No soy yo, sino la mentira que extiendo sobre mí. Por favor, trata de comprenderme, trata de soñarme”.

»“¿Soñarte?”, chilló la reina. “¡Pero si eso es una pesadilla! ¡No, un mentiroso en mi casa, no! Eso minaría mi poder en poco tiempo. Fuera de mi vista, y si tu lengua no fuese tan dulce y tu espíritu tan despierto, te habría echado a ti o a la mentira que considero que eres a los leones, o a lo que considero que son leones”.

»El mentiroso se rió, hizo una reverencia y desapareció. Fue, por

cierto, el único de los tres que abandonó con vida el palacio. Los otros dos murieron al poco tiempo, pues ni el apuesto era tan inteligente como apuesto, ni el fuerte tan hábil como fuerte, y ambos fueron cogidos haciendo de las suyas poco después de que la reina pudiese alegrarse de tener una hija.

Mala se rió y se incorporó:

—Yo tengo también una historia para ti, pero quiero que la cuentes tú en el circo. Es la historia de mi marido, que se repite hasta el final de los tiempos. ¿Sabes qué animal he elegido? —preguntó. Yo sacudí la cabeza y pasé mi mano por encima de su vientre—. Para Ashok traeré del bosque de los animales de fábula al quejumbroso acuático.

—¿Un quejumbroso acuático? ¿Y eso qué es? —pregunté curioso.

—Bueno, ésa es una larga historia, como suele decir cierto narrador.

Yo me abalancé sobre ella, pero Mala se rió y se echó ágilmente a un lado y sólo agarré el colchón. Como una pantera saltó entonces sobre mi espalda.

—¿Qué prefieres, morir o escuchar?

—¡Piedad! ¡Escuchar! —me reí y ella se sentó.

—Damas y caballeros —empezó imitando mi voz—, el quejumbroso acuático era un animal extraño. Hasta sus últimos días habitó en las orillas de los lagos y estanques de la India. El quejumbroso acuático era un animal que deseaba constantemente ver su imagen reflejada. Por qué, no se sabe hasta hoy. Pero el agua de los lagos nunca estaba quieta, cualquier ráfaga de viento, cualquier mosquito y cualquier animal que tocaba el agua en la orilla del lago, ponía en movimiento su superficie y el espejo se rompía en mil y un pedazos. El quejumbroso se lamentaba y lloraba su duro destino, pero ni los animales ni el viento prestaban atención a sus lágrimas.

»Cuando alguna vez el agua se aquietaba y el lago reflejaba el color azul del cielo, el quejumbroso acuático dejaba de lamentarse por unos breves momentos. Pero en cuanto veía su imagen reflejada, se lamentaba aún más fuerte y lloraba porque su rostro era feo. “¡Mirad mi frente arrugada!”, gritaba sollozando. “Y esta nariz, Dios Santo, ¡cómo voy a andar por ahí con esta nariz torcida

y aplastada! Y los dientes, ni uno solo está colocado en su sitio. ¿Y qué significan, por todos los santos, estas orejas separadas?”.

»El quejumbroso acuático podía pasarse los días enteros quejándose de su fealdad. El hambre y el llanto permanente le debilitaron tanto que se quedó en los huesos y por fin se murió.

Mala hizo una pausa. Su cara estaba ahora seria y hacía un rato que ya no me imitaba.

—La verdad es que mi marido es una calamidad —prosiguió con amargura—. Siempre quiere saber lo que piensan los demás de él, y cuando alguien le dice su opinión, empieza a pegar y a gritar. Luego, cuando está solo, lamenta amargamente haber sido tan brutal; entonces tengo que consolarle y decirle que no es tan malo como piensa. Es un auténtico quejumbroso acuático y siempre lo será. Hace unos años sólo sabía lanzar cuchillos, eso lo hace realmente bien y es capaz de dar en el corcho de una botella situada a diez metros de distancia. Luego quiso hacer juegos malabares con pelotas, pero él no vale para alcanzar lo imposible. Con dos o tres pelotas empieza uno a hacer malabarismos, con tres y cuatro comienza el trabajo. Con cinco pelotas uno es bueno, con seis un maestro, con siete supera el límite y se llama Kara. Nadie en el mundo ha podido jugar hasta ahora con ocho pelotas. Pues bien, Ashok ha llegado a las seis pelotas después de varios años, y para jugar con siete no basta el entrenamiento, se necesita la ayuda de los dioses. Él no lo comprende y quiere oír todos los días mi opinión y, cuando se la digo, me pega y luego lo siente y se echa a llorar.

Hasta las primeras horas de la tarde no regresamos al circo. Ashok estaba todavía en el mercado y Mala pudo cambiarse, descansar y entrenar. Aquella noche me di cuenta de la pérdida tan grande que iba a sufrir con la separación de Mala. No me equivoqué. Todavía seguí sufriendo años más tarde, y recordaba a menudo aquellos domingos en los que podíamos estar juntos durante medio día sin que nadie nos molestase. A veces el paraíso es más sencillo de lo que uno piensa, y el infierno lo es sin duda.

Como si hubiese publicado un anuncio en el periódico, los espectadores me retenían en la entrada del circo. Habían acudido expresamente muy temprano para contarme sus mentiras más ingeniosas. A menudo las historias eran verdaderamente ocurrentes, pero cuando uno trataba de contarlas por segunda vez resultaban

insulsas. Me asombró que la gente me confiase a veces sus asuntos privados como si yo fuese un confesor.

Aún más curioso que el circo y sus visitantes fue aquel día el incidente que protagonizó el aprendiz de carnicero hipnotizado. Toda la ciudad lo comentó al día siguiente.

En la explanada del circo había ya más de cien tenderetes, puestos y tiendas pequeñas donde se ofrecían exquisiteces y curiosidades venidas de todos los rincones del país. Una de esas tiendas era la del famoso hipnotizador Ben Fadul. Un hombre sombrío, pequeño y delgado, metido en un abrigo demasiado grande. Cuando me miraba con sus pequeños ojos punzantes y me apuntaba con su nariz de ave de rapiña, sentía que la sangre abandonaba mi cerebro, notaba un vacío en el estómago y se me aflojaban las piernas como si estuviese ante un precipicio.

La gente hablaba de sus capacidades en voz baja casi reverente, pero Amal no había querido llegar a un acuerdo con él. Estaba convencido del talento de aquel pequeño hipnotizador y por eso le temía más que si hubiese sido un charlatán. Creía firmemente que aquel hombre traería mala suerte al circo.

Mi amigo Gabriel era también supersticioso como Amal, pero no tan modesto como el director de circo, que sólo creía que un hombre podía traer mala suerte a un circo. Gabriel pensaba que algunas personas eran capaces de traer la desgracia a un continente entero; una de ellas había sido Colón, según me contó una vez, pero ésa es realmente otra historia.

Yo sólo había asistido una vez a una actuación del hipnotizador Ben Fadul. La entrada costaba una piastra y en aquella ocasión hipnotizó a un espectador y le preguntó delante del público por su tío. El espectador habló de su tío, llamado Mohamed, que vivía en Canadá y trabajaba allí de campesino y que en aquel momento preparaba un café sin saber que su mujer, la tía del médium, había muerto la noche anterior en el hospital. El hombre hipnotizado empezó a llorar. El hipnotizador le preguntó por otra tía. Poco a poco el hombre se tranquilizó, dijo el nombre de la tía y la visitó mentalmente. Describió a los presentes el vestido que llevaba en ese momento y dónde se encontraba la casa en la que vivía con su marido y sus tres hijos pequeños. Cuando el hombre volvió en sí no sabía de lo que había hablado. Confirmó un poco apurado el

nombre de su tía y su dirección, pero eso era todo lo que sabía. Unos días después un telegrama le notificó que su tía de Canadá había muerto.

Sea como fuere, aquel domingo el hipnotizador eligió a un aprendiz de carnicero que era famoso en el barrio por su carácter torcido y que había exasperado al hipnotizador con sus comentarios impertinentes. El hipnotizador invitó al aprendiz de carnicero a que subiese al escenario, le distrajo con algunos juegos que dejó que ganase aquel individuo grosero y éste fue quedando, sin darse cuenta, a merced del mago. Cada vez seguía sus instrucciones con más obediencia hasta que se quedó adormilado.

—Ahora dejarás de ser malo y de molestar a los demás, ¿verdad? —preguntó el hipnotizador, y el muchacho asintió con la cabeza dócil como un niño pequeño—. Ahora comprenderás que las personas son muy buenas, les besarás la mano y les pedirás perdón por todas las marranadas que has hecho, ¿de acuerdo? —el aprendiz de carnicero asintió con la cabeza—. Entonces levántate, hijo —ordenó el hipnotizador dirigiendo sus manos nervudas hacia el hombre. Éste se levantó y bajó del escenario entre las risas del público. Besó la mano de la primera mujer, luego la del hombre que estaba a su lado y después las de sus dos hijos, que se rieron a carcajadas como si el beso les hubiese hecho cosquillas. Había más de cincuenta espectadores y cuando el muchacho terminó de besar a todos, el hipnotizador estaba enfrascado en una conversación con una mujer que tenía miedo a actuar de médium en el siguiente número. El aprendiz de carnicero se marchó tambaleándose sin ser visto, cruzó en trance la feria y besó las manos de los hombres y las mujeres. Algunas mujeres gritaban, otras se reían. Un marido celoso dio una bofetada al aprendiz de carnicero cuando éste se inclinó delante de su mujer y le besó la mano largamente, pero, en lugar de enfadarse, el hombre hipnotizado se abalanzó sobre la mano del marido y la besó también. El marido llamó indignado a un policía y cuando éste vino corriendo el muchacho le besó la mano y le pidió perdón. El policía se quedó confuso y optó por conducir rápidamente a la comisaría al aprendiz de carnicero. Allí el muchacho besó la mano del oficial y de la secretaria y luego se lanzó sobre un ladrón que acababa de ser detenido y le besó la mano.

—¡Este hombre está hipnotizado! —exclamó el ladrón—. ¡Traed a Ben Fadul! Él le despertará.

El hipnotizador vino al poco rato, pronunció unas palabras ininteligibles y luego dio dos palmadas. El aprendiz de carnicero se despertó de golpe y se quedó muy asustado cuando miró alrededor y vio a los policías.

45

El caracol o la lucha por el último lugar



a última noche salí a la pista con una tortuga en la mano. Después de mi saludo, que como todas las noches fue recibido con grandes muestras de júbilo, puse la tortuga en el suelo. Al cabo de un rato ésta sacó las patas y la cabeza del caparazón y empezó a inspeccionar sus alrededores.

—Damas y caballeros, querido público —empecé—, es asombroso lo rápida que es esta tortuga —el público se rió—. Pues sí, es más rápida que una flecha desde la perspectiva de un caracol —proseguí y coloqué un caracol al lado de la tortuga.

El público aplaudió entusiasmado. Una mujer exclamó desde las últimas filas:

—¡Yo conozco a alguien que piensa que el caracol es más rápido que una liebre!

—¡Ah, tú también! —exclamó otro, la gente se rió.

—Damas y caballeros, hace aproximadamente setenta años se celebró aquí en Morgana una extraña Olimpiada. Fue única en todos los aspectos y no me sorprende que no se la mencione en ninguna parte.

»Tengo la suerte de haber tenido un tío que llegó a los ciento treinta y siete años. Tío Gibran participó en aquella Olimpiada. Tenía ya más de sesenta años y a pesar de ello trajo una medalla de oro a casa. Este tío era el ladrón, tan conocido como original, que se hizo famoso entre los ladrones haciendo de espantapájaros, pero de eso ya he hablado.

—¡El medroso, el medroso! —murmuraron muchos.

—En la actualidad el deporte raya a menudo en la criminalidad —proseguí—, a veces cuesta trabajo comprenderlo. Cuando las personas juegan las unas con las otras debería producirse, en el fondo, un acercamiento. Y así debía de ser antiguamente, ¿o mienten las imágenes y los testimonios de los tiempos antiguos? Ahora el deporte se ha convertido en un padre de la enemistad y llegará el día en que dos países se declaren la guerra por el gol de un partido de fútbol. Reíos, pero algún día os acordaréis de mí y diréis: aquel Sadik era un adivino.

»¿Qué ha quedado de la gran idea de los Juegos Olímpicos? De año en año se han vuelto más crueles. Todos los Estados del mundo ven en la Olimpiada una de las últimas posibilidades de hacer alarde de su fuerza. La idea que tenía el barón Pierre de Coubertin de acercar con estos juegos a la juventud y a los pueblos del mundo se ha convertido en lo opuesto. Ni siquiera el observador más ingenuo y benévolo podrá encontrar hoy en el deporte un atisbo de amor y amistad. Los estadios se han convertido en campos de batalla del odio y la discordia.

»Si un país pequeño como Grecia conseguía en 1896, en la primera Olimpiada de la era moderna, cinco veces el primer puesto, ahora los americanos, rusos y alemanes acaparaban las medallas y los representantes de más de cien pueblos regresaban a casa con las manos vacías y las cabezas bajas. Los organizadores tenían la desfachatez, encima, de hablar de juegos de la amistad entre los

pueblos.

»Pero lo más ridículo de los juegos era la seriedad con que se realizaban.

»No, aquello no era ya deporte sino una guerra sorda, aunque abierta, de los poderosos de este mundo contra los débiles. Los pueblos del Tercer Mundo eran obligados a recordar cada cuatro años su falta de fuerza y de energía. Era una verdadera humillación y las cosas no podían seguir así.

»El número de juegos admitidos en la Olimpiada era cada vez menor. Si al principio se podía intervenir alegremente en competiciones como la prueba de la cuerda, la pesca y la extinción de incendios, más tarde sólo se admitían los deportes más adecuados para los sofisticados deportistas de los países ricos.

—Esto es cierto —me interrumpió un espectador de la primera fila—, estoy completamente de acuerdo con lo que dice Sadik. He trabajado durante treinta años como masajista en un club de halterofilia. Los levantadores de peso se convertían, con una dieta especial, en montañas de carne y poco después de las competiciones, en las que levantaban tanto hierro como pesaban ellos, morían de un fallo cardiaco. ¿Qué corazón habría podido bombear la sangre de aquellos monstruos? Los tipos más espabilados de nuestro club se largaban al poco tiempo, y los que se quedaban no eran capaces de articular dos frases coherentes. Cuando se lo comenté en una ocasión al presidente del club de halterofilia, éste respondió enojado: «¡Qué quieres! Tampoco se puede exigir de un caballo que sepa tocar el piano».

El público se rió. Yo le di las gracias al hombre viejo por su intervención enriquecedora y proseguí.

—Los nadadores y los corredores eran cada vez más rápidos, hasta que llegó el día en que una centésima de milímetro decidía la victoria o la derrota. El vencedor de los doscientos metros braza descubrió hace poco el secreto de sus triunfos: durante diez años, doce horas de entrenamiento diario bajo la dirección de un psicólogo, un pedagogo, un profesor de medicina, un masajista, un especialista de la alimentación, además de un entrenador y un manager.

»El deporte era tratado como un secreto militar. Había espionaje y contraespionaje. En casi todos los equipos importantes había un

agente doble. Se producían actos de sabotaje contra los aparatos y las personas. Los saboteadores no retrocedían ante ningún medio para destruir los aparatos y los atletas del adversario y pronto los países mandaban vigilar sus aparatos y sólo enviaban a las Olimpiadas a eunucos religiosos que sólo tenían trato con el agua y los aparatos de gimnasia.

»Del consumo de estimulantes más vale no hablar. Aquí la falta de escrúpulos era total. Y que los grandes campeones iban cubiertos de anuncios como columnas publicitarias también es una historia conocida.

»¿A quién puede extrañar que finalmente setenta y cinco países abogasen por un cambio radical de los Juegos Olímpicos? Sólo faltaba por convencer a Grecia. Eso era sencillo, ya que en las Olimpiadas los griegos sólo actuaban como grupo folclórico y luego regresaban a casa.

»La propuesta del Tercer Mundo era muy sensata: poner fin a la Olimpiada en su forma belicosa y crear una nueva modalidad de juegos en los que fuesen imposibles el odio y la arrogancia y predominase la alegría y la diversión. El primer ministro Ritsos anunció que los primeros "Juegos humanitarios" tendrían lugar en Morgana, el corazón de Arabia. Entonces circuló el rumor de que los árabes habían donado varios millones de dólares a las arcas vacías de Grecia para que los primeros juegos se celebrasen en Arabia. Pero ésa es otra historia.

»Las normas de los nuevos Juegos Olímpicos eran muy sencillas: estaban permitidos todos los juegos y en ellos ganaba siempre el más lento y el más débil. La Olimpiada había sustituido el símbolo de los cinco anillos por cinco caracoles; cada caracol iba en una dirección distinta. Por eso aquella Olimpiada singular era llamada popularmente "caracoliada".

»Ya el sabio Salomón sabía que todas las cosas necesitan su tiempo. Nada en el mundo puede salir bien antes o después de ese tiempo, ni siquiera el sueño. Sea como fuere, la época era propicia para la idea de la lentitud y la debilidad. Los hombres y las mujeres habían desarrollado ya tanta masa muscular que era imposible una superación y entonces empezó una época de hombres suaves y mujeres blandas. Como los trenes, los automóviles y los aviones se movían cada vez más deprisa, las personas, sobre todo de Estados

Unidos y Europa, empezaron a añorar la lentitud.

»En la Olimpiada antigua sólo estaban permitidos algunos juegos. En Morgana se anunciaron cuarenta y dos modalidades de deportes. En la prueba de la cuerda, en la extinción de incendios, en hacer parrilladas, adivinar vinos y hierbas con los ojos vendados, “hundir barcos”, jugar al escondite, hacer juegos de manos, bizquear, silbar, trepar a los árboles, nadar, contar cuentos y en los cuarenta y tres juegos de pelota de todo el mundo ganaban todos, pues como ya he dicho antes, hasta el que perdía en una competición recibía una medalla de oro por haber tenido la sensatez de ceder. Algunos concursos eran bastante curiosos: en la prueba de los ronquidos ganó un habitante de Aquisgrán que, con sus sonidos de serrucho, podía despertar a una persona a través de tres paredes de hormigón armado. Cuando despertaron al vencedor y le felicitaron, se quedó un poco sorprendido ya que su mujer le había inscrito en la competición sin que él lo supiese.

»En la prueba de sorber ganó un finlandés que sorbió un plato de sopa de una manera tan sonora y musical que tres parejas pudieron bailar valses vieneses a su compás.

»En la halterofilia surgieron las primeras bajezas del alma humana. Los americanos habían averiguado a través de sus agentes que los rusos habían recomendado a sus levantadores de peso que no levantasen más de diez kilos, y así el representante ruso levantó diez, el alemán siete y el americano sólo cinco kilos. Pero todos se llevaron una sorpresa cuando llegó el levantador de peso somalí. Dos hombres fuertes le trajeron en brazos y, en cuanto le pusieron en el suelo y le dejaron solo, se tambaleó en círculo y exclamó: “Yo ni siquiera puedo sostenerme a mí mismo”, y cayó al suelo. Luego volvió a salir en brazos como vencedor. Al día siguiente los rusos, americanos y alemanes desenmascararon a los tres espías que habían trabajado para Somalia.

»Por desgracia esta Olimpiada también se convirtió pronto en una lucha encarnizada, aunque esta vez era una lucha por el último lugar. En el fútbol los equipos sólo marcaban goles a su propia portería para que tuviese que ganar el equipo contrario. Eso provocaba al menos la risa del público; pero en todas las modalidades de salto el número de lesionados aumentó como nunca, pues los atletas tenían que frenar bruscamente después de la

carrerilla para saltar lo más cerca y más bajo posible. En el salto de altura hubo que traer aparatos de láser para medir la escasa altura debajo de los pies de los deportistas; sólo había una centésima de milímetro de diferencia entre el último y el penúltimo lugar.

»Y en secreto todos los equipos proseguían incorregibles practicando el espionaje y el sabotaje.

»Entonces llegó el día de la carrera de los cien metros. El gran estadio no había estado nunca tan lleno. Todo el mundo quería saber cuánto tiempo tardaba una persona en recorrer aquella corta distancia. Cuando tía Rosa oyó aquello tuvo la certeza de que la medalla de oro sería para tío Gibran.

»Todos los entrenadores advirtieron a sus deportistas que no hiciesen bajo ningún concepto la distancia de los cien metros en menos de diez horas. En lugar de tomar, como antes, anabolizantes y píldoras energéticas, daban a sus atletas valium y otros tranquilizantes para que no se dejasen animar y arrastrar por el público.

»Muchos deportistas, que dieron ingenuamente algunos pasos lentos, descubrieron inmediatamente su error, pues marroquíes, japoneses y suecos tardaban una hora entera en dar un solo paso, pero cuando pasaron tres horas también éstos descubrieron la trampa en que habían caído, pues tío Gibran se había quedado clavado en el punto de salida y miraba sonriente y con los brazos extendidos al campo. Se sentía en su elemento. Por fin podía interpretar de nuevo el papel del espantapájaros sin que nadie le molestase y todo el tiempo que quería.

»Los atletas estaban desconcertados. Permanecían quietos, caminaban un par de pasos, gritaban de dolor bajo el sol abrasador y perdían el conocimiento en su empeño de no abandonar el campo. Como no podían retroceder, se alejaban cada vez más de tío Gibran. Al cabo de diez horas fueron trasladados al hospital aproximadamente cincuenta heridos. Los jueces trabajaron en tres turnos, y después de cincuenta y dos horas se desmayó, en último lugar, el atleta ruso. Fue trasladado fuera de la pista en camilla. Tía Rosa gritaba de alegría. El juez le dijo que su marido recibiría, si todavía vivía, la medalla de oro como el hombre más lento del mundo.

»“¡Ya lo creo que vive Gibran!”, exclamó. “¡Date prisa que se

enfría la sopa!”.

»“Sí, sí”, contestó tío Gibran, y fue el
último en abandonar el estadio
de aquella singular
Olimpiada.

46

La partida o de nuevo un principio de todas las cosas



oy a mediodía abandono el hospital. Por fin he podido hablar con mi amigo de Tania, que me ha asegurado que el circo se quedará allí tres días por lo menos debido al éxito enorme que tiene. Así que ahora sólo falta el final de mi historia y eso se puede contar rápidamente.

Hacía mucho tiempo el circo había llegado a una explanada desolada y polvorienta, trayendo consigo un séquito de luces y tenderetes multicolores, callejuelas, animales y personas. De esa manera la explanada del circo se convirtió en una pequeña ciudad de luz y oscuridad, amor y odio, valor y cobardía, mentira y verdad, en una palabra, de vida.

Luego desapareció el circo de la noche a la mañana, los tenderetes, las luces y las personas y los animales se habían esfumado. Sólo quedó el silencio y algunas huellas de ruedas perduraron hasta el siguiente aguacero. Aquel silencio era el mismo

que he encontrado siempre en las ruinas de las civilizaciones desaparecidas, desde Baalbek, en el Líbano, hasta Delfos, en Grecia. Una sensación de que todas las cosas eran efímeras y que nada, pero nada en absoluto, perduraría aparte de la naturaleza. Las huellas de un circo desaparecen pronto, las de las civilizaciones poderosas un poco más tarde.

El lunes había sido la última representación. Mala tradujo el discurso de despedida del emocionado director de circo, que habló al público de su sueño que se había hecho realidad en Morgana. Amal añadió con lágrimas en los ojos que la propia Morgana se convirtió luego en un sueño que él llevaría para siempre en su corazón.

Después vino la gran sorpresa. Dijo que yo era su más fiel amigo y en agradecimiento por haber salvado su circo quería entregarme un regalo.

Yo estaba un poco distraído en el pasillo de los artistas detrás del telón cuando oí, sobresaltado, la voz de Mala que me invitaba por el micrófono a salir a la pista.

Me apresuré a salir. Amal me abrazó y me entregó el gran rubí que había heredado de su madre. A pesar de mi elocuencia, me quedé mudo y desconcertado. Levanté en alto el rubí y el público aplaudió entusiasmado. De repente me vi con Amal rodeado de un mar de flashes. Y al día siguiente la piedra preciosa fue el tema principal de los periódicos de la mañana.

Naturalmente llevo ese rubí conmigo desde entonces. Aquí lo guardo, en esta bolsita de cuero, y siempre que tengo frío lo saco y siento el fuego que se oculta en él.

Al día siguiente desmontaron el circo rápidamente. Como nosotros no teníamos teléfono, le di a Amal el número de teléfono de mi tío Daniel y le rogué que me llamase en cuanto cruzase la frontera.

Esperé y esperé; el viaje desde Morgana hasta la frontera del norte del país duraba entonces menos de cuatro horas en autobús, en ese tiempo deberían haber cruzado la frontera. Pero habían pasado ya tres días y todavía no se había producido ninguna llamada. Yo dormía en el taller de tío Daniel, en un sofá al lado del teléfono. Mis padres, tío Daniel y yo estábamos muy preocupados por Amal y su circo. Constantemente me asaltaban ideas terribles y

a diario llegaban noticias crueles sobre soldados que saqueaban y asesinaban.

Al cuarto día por la mañana sonó el teléfono. Amal estaba muy excitado. Los guardias fronterizos estaban creando problemas y exigían comprobantes de todas las cosas. El circo tenía que presentar los papeles de cada animal y cada persona. Pero eso era imposible. La mayoría de los niños carecía de documentación. Los bebés habían nacido en Morgana. Así que el circo tenía que regresar a Morgana y dejarse certificar allí todo por las autoridades. Amal habló entonces de los espantos del viaje a los que había sobrevivido el circo de milagro, y añadió que su gente no estaba dispuesta a correr otra vez aquellos peligros. De momento, esperaban cerca de la frontera y confiaban en que yo pudiese ayudarlos de alguna manera. A continuación me dio el nombre del comandante de la guarnición y yo le prometí que haría todo lo posible.

Tío Daniel intentó por todos los medios ponerse en contacto con el presidente, pero no pudo hablar con él por teléfono ni fue recibido en el palacio de la república, y los colaboradores más estrechos del presidente, que unos días antes todavía habían tratado amistosamente a tío Daniel, le volvían ahora la espalda desconfiados. No nos explicábamos el motivo de aquella actitud, sobre todo porque unas semanas más tarde el primer secretario del presidente volvió a llamar a tío Daniel y le invitó al palacio. Pero los caprichos del presidente son otra historia.

A mediodía el tío Daniel cogió el teléfono maldiciendo al presidente. Pidió a su amigo Habib que acudiese inmediatamente al taller. Yo le pregunté intrigado quién era aquel hombre.

—Es el falsificador más grande de todos los tiempos. Es capaz de falsificar todo lo que se proponga, papeles y rostros, dinero e historias. Ha estado ya cuatro veces en la cárcel y siempre ha logrado escapar. Ha inventado cuatro biografías del último presidente Hadahek y éste se creía todas, de manera que al final no sabía ya qué vida había vivido en realidad. Habib es un… ¿cómo llamabas tú a ese animal, sombrero, no?, semperpro, sí, semperpro. Eso es Habib.

Habib me sorprendió con su aspecto. Yo esperaba encontrarme con un personaje viejo y encorvado de ojos malignos y verrugas en la nariz, pero me encontré con un hombre alto sumamente

simpático. Tío Daniel le explicó la difícil situación en que se encontraba el circo y Habib se declaró inmediatamente dispuesto a ayudar pues había asistido con su mujer y sus hijos más de cinco veces a las representaciones del circo y sentía mucha admiración por su director Amal.

Los dos amigos urdieron un plan muy ingenioso. Hoy puedo revelarlo pues ambos han muerto ya. Pero entonces tuve que jurar que no diría una sola palabra mientras viviese uno de ellos.

A la mañana siguiente volamos juntos hacia la frontera pues el camino por tierra les parecía demasiado arriesgado a Habib y a tío Daniel. Además, temían que el viaje en autobús durase demasiado. A veinte kilómetros de la frontera se encontraba un pequeño aeropuerto y el vuelo duraba una hora.

Nos montamos en un avión diminuto sin intercambiar una sola palabra. Habíamos acordado actuar independientemente para que ninguno pudiese poner al otro en peligro si se producía una detención. Con su mono azul y su gorra de visera, tío Daniel parecía un técnico de la oficina de telégrafos. Llevaba una maleta de aluminio que olía literalmente a técnica. Habib era por su documentación, su uniforme y su arrogancia un auténtico oficial. Él llevaba una cartera de cuero. Yo era solamente yo.

El vuelo fue una verdadera odisea. El avión era un cacharro diminuto y desvencijado. Los pasajeros estaban sentados en fila como en un autobús de diez asientos que sólo estaban separados de la cabina del piloto por una cortina sucia. Así que podíamos oír todos los comentarios que hacían el piloto y su copiloto sobre las deficiencias del motor y del fuselaje. El piloto maldecía aquel trasto inestable y amenazaba con mearse en el avión si no levantaba de una vez el morro. Más por casualidad que por capacidad, el avión se elevó al cielo, tosía, crepitaba y caía en cada bache de aire haciendo que mi estómago se precipitase cada vez hacia el suelo.

Un campesino del norte gritaba continuamente: «¡Me quiero bajar! ¡Paren, que me quiero bajar!». «¡Silencio!», rugió el piloto.

En el siguiente bache el campesino exclamó: «¿Pero es que aquí no hay paracaídas? ¡Quiero saltar!».

Con cierto aire de boxeador, el corpulento copiloto se levantó de su asiento y descargó tal puñetazo sobre la cabeza del campesino que éste se desplomó inmediatamente sin decir palabra y durmió

hasta el aterrizaje Nunca he vuelto a ver un método tranquilizante parecido a bordo de un avión.

El copiloto miró disgustado la nube de mosquitos y moscas que zumbaban a nuestro alrededor en la zona de los pasajeros. De un armario lateral sacó un recipiente de chapa con pulverizador y sin previo aviso bombeó con aquel aparato intimidador una rociada de DDT sobre nuestras cabezas. Al cabo de un rato nos ardían los ojos, tosíamos y todas las moscas y mosquitos estaban patas arriba.

Todavía recuerdo que el aterrizaje fue muy peligroso y que al final los pasajeros aplaudieron aliviados.

En un taxi nos dirigimos rápidamente a la frontera. Sin decir una palabra me separé de Habib y de tío Daniel y me fui en busca del circo. El encuentro me emocionó mucho y en cuanto pude volver a estrechar la mano de Mala me sentí feliz. Aseguré a Amal que probablemente podría continuar el viaje en un par de horas. No pude decirle nada más. Amal no comprendía nada pero no me acosó.

—¿Y qué sucederá contigo, si las cosas salen mal? —preguntó con una sonrisa pícara para disimular su preocupación.

—Un par de años de residencia fija hasta la próxima amnistía —bromeé.

Después de dos horas aproximadamente, llegó un jeep a toda velocidad. Un alférez joven bajó del coche de un salto.

—¡Señor director —dijo sin respiración—, le ruego que ordene venir conmigo a uno de sus conductores para hacerse cargo del camión y le deseo un feliz viaje a la India!

Amal se quedó boquiabierto y yo no pude disimular mi alegría ni mi risa. ¡Todo había salido a la perfección!

Arun, un miembro de la orquesta, era un magnífico conductor de camiones. Y tenía que serlo, pues Amal recibió un potente camión del ejército ruso dotado de una gigantesca superficie de carga y una grúa propia. Cuando Arun regresó después de media hora con el enorme camión, lo hizo conduciendo a toda velocidad y tocando alegremente el claxon. En menos de una hora la columna del circo se hallaba en perfecto orden al otro lado de la frontera. Mala se volvió una última vez y me dijo adiós con la mano. Eso no lo olvidaré jamás.

En un taxi me dirigí a la cita acordada en un café llamado Darvisch en el centro de una pequeña ciudad vecina. Allí ya estaba sentado tío Daniel con un señor distinguido que llevaba un traje blanco. Cuando llegué a la mesa reconocí a Habib detrás de sus gafas de sol. Bebimos juntos té.

Cuando salimos tío Daniel me ofreció dinero pero yo todavía tenía suficiente. Nos despedimos de Habib, que recibió un abrazo efusivo y agradecido de tío Daniel.

—No hay de qué —dijo aquel inteligente estafador en voz baja. Se rió y agitó la mano una última vez antes de desaparecer en un taxi. Yo también me tuve que separar de tío Daniel y me dirigí a la parada del autobús. En el fondo fue una medida de precaución innecesaria, pues hasta un año después no se descubrió que el camión había sido regalado fraudulentamente, pero eso fue ocultado por los mandos del puesto fronterizo y después de unas maniobras de otoño el vehículo fue destinado oficialmente a chatarra.

El plan había salido verdaderamente genial y ahora puedo revelarlo.

Tío Daniel cortó en primer lugar la línea telefónica de la guarnición en un cercano distribuidor, con lo cual el comandante siempre estaba comunicado con él cualquiera que fuese el número que marcase. Con su mono azul tío Daniel no despertó ninguna sospecha.

Mientras tanto Habib se hizo anunciar ante el comandante como el teniente Ali Amali. En su entrevista con la plana mayor del puesto fronterizo informó a los tres oficiales acerca de la importante misión que debía realizar el circo entre Morgana y la India por orden del servicio secreto Para esta misión la guarnición debía poner a disposición del circo uno de sus mejores camiones de transporte.

Al principio los oficiales pensaron que se trataba de una broma, pero en seguida se les bajaron los humos cuando Habib les entregó una carta sobre la que se leía claramente la inscripción «orden confidencial».

El escrito con el membrete del Estado Mayor contenía la orden de poner inmediatamente a disposición del circo un camión. El oficial cogió el teléfono y marcó el número del general de Morgana

que había firmado la orden. Al otro extremo de la línea contestó la voz somnolienta que suele ser habitual en las oficinas de los suboficiales que están de servicio. Al cabo de un rato, el comandante fue comunicado con el general. El comandante preguntó amablemente si estaba al corriente del contenido del escrito y si lo había firmado él. En tono cordial el general felicitó desde la capital al comandante por su celo y su prudencia y confirmó el nombre de su oficial de confianza Ali Amali. Luego el general le dio, como medida de control, las diez cifras del número de referencia; el comandante lo comparó con el número que figuraba en el lado izquierdo del escrito, le dio las gracias y prometió resolver el asunto de manera confidencial y rápida.

A continuación pidió disculpas a Habib por la frialdad con que había sido recibido y le invitó a tomar un té mientras los mecánicos del taller llenaban el depósito de gasolina del camión y le proveían de una matrícula internacional.

Durante el té ambos descubrieron amigos comunes. Tío Daniel me contó más tarde que Habib no necesitaba más de cinco minutos para encontrar amigos comunes con el mismísimo diablo, y, si una conversación duraba más, era posible que apareciesen entre tres y cinco parientes comunes.

Habib volvió a emplear el mismo truco dos años más tarde, dicho sea de paso. En esa ocasión consiguió dos millones de dólares del banco central de Morgana para una supuesta compra de armas secretas. Cuando más tarde la prensa publicó la noticia, tío Daniel y yo supimos en seguida que Habib estaba detrás del truco de la orden de pago y de la línea telefónica cortada.

Cuando Habib fue detenido dos años después en Mónaco, ya había perdido en el juego todo el dinero, pero ésa es otra historia.

Más feliz que nunca cogí un pequeño autobús que iba a Morgana. El conductor del autobús estaba furioso porque no quería conducir por un país en guerra, pero una orden del ministerio del Interior le obligaba a hacerlo para dar la sensación de que la vida se había normalizado. Al principio íbamos solos él y yo. Después de unos cincuenta kilómetros, divisó de repente en una colina lejana a un pastor que hacía señas con el brazo. Todavía no me explico cómo pudo verle. Yo miré también en aquella dirección, pero el pastor era como una cerilla y a esa distancia el conductor del

autobús comprendió que el pastor quería ir a Morgana. Los que saben leer el pensamiento son unos miopes comparados con aquel insólito conductor de autobús. Éste dirigió el autobús hasta el primer recodo de la carretera, apagó el motor y esperó.

Durante aquella hora me invadieron en salvaje desorden todos los sentimientos de este mundo. Admiración mezclada con rabia, alegría, miedo e impaciencia. Yo admiraba la calma y la confianza que tenía en sí mismo el conductor del autobús, pero quería regresar a casa lo más pronto posible y aquella espera interminable me desesperaba. Me alegraba que Amal estuviese a salvo, pero la separación de Mala me había causado un gran dolor. Al mismo tiempo temía que nuestro engaño fuese descubierto demasiado pronto y que me detuviesen en el próximo control de carretera.

Al cabo de una hora llegó el pastor a la carretera acompañado de más de treinta ovejas. Yo no salía de mi asombro cuando el conductor del autobús y el pastor se pusieron a discutir sobre la posibilidad de que las ovejas también viajasen en el autobús. El pastor quería venderlas en Morgana y emigrar a Arabia Saudí.

Yo me puse tan furioso que decidí marcharme de allí y regresar a Morgana con el próximo autobús o camión que pasase, pero entonces el diálogo divertido que mantenían aquellos dos hombres sobre las ovejas y las personas me hizo olvidar que tenía prisa. El conductor del autobús argumentaba que las personas y las ovejas eran iguales en Morgana y que él solía cobrar según el número de piernas de sus viajeros, por eso tenía que pedir el doble del precio del billete por cada oveja, pues a los mutilados de guerra que sólo tenían una pierna sólo podía cobrarles, de acuerdo con la ley, medio billete. El pastor tampoco se mordía la lengua y convenció al conductor de que sus ovejas eran especialmente bobas y que por eso valían la cuarta parte de una persona. Ambos se pusieron finalmente de acuerdo en la mitad del precio del billete. El autobús se puso en marcha cargado de ovejas que ocupaban el pasillo y los asientos, mientras el pastor y yo íbamos sentados delante con el conductor. Un viaje demencial, y en cada una de las curvas cerradas las ovejas balaban al unísono asustadas.

Al cabo de un rato el pastor abrió un hatillo donde llevaba sus provisiones y las compartió con nosotros con la mayor naturalidad. Un queso de oveja delicioso con pan moreno recién hecho que le

había entregado su mujer por la mañana temprano. El pastor me preguntó a qué me dedicaba y todavía no sé por qué le dije que trabajaba en el circo. Lo dije sin pensarlo mucho, pero esa pequeña mentira iluminó el rostro de aquel hombre.

—¡No es posible, en el circo! ¿Trabajas en el Circo Samani?

—No, mi circo se llamaba Circo Pakistaní —le mentí.

El pastor se rió con ganas y dijo que había vivido una historia increíble con el Circo Samani, que había hecho una gira por el norte del país hacía varios años, pero no quiso contar su historia para que no le tuviésemos por un mentiroso. El conductor del autobús y yo le suplicamos que nos la contase pues el viaje iba a ser largo.

—El propietario del circo —empezó el pastor— había amaestrado un cordero y después de algún tiempo sabía caminar sobre sus patas traseras, ponerse un sombrero encima de la cabeza, coger un cigarrillo del cenicero, ponérselo en un lado de la boca y mascullar como un gángster: «¡Oye, pasmao! ¿Quieres que te parta la boca?». Aquel número tenía un éxito enorme entre el público.

»Con el paso de los años el cordero se convirtió en un magnífico carnero. Cada vez hacía mejor su número, pero su voz ya no era dulzona sino inquietantemente ronca, de manera que los espectadores se asustaban en lugar de reírse. Y como el propietario del circo tenía cariño a su carnero y no lo quería sacrificar, hizo que otro cordero aprendiese el número y cuando éste lo dominó llevó un día al carnero al mercado de ganado más próximo. Yo fui el comprador. El carnero tenía muy buen aspecto, estaba bien alimentado y su lana era extraordinaria. El director del circo confiaba en que el carnero se interesaría por algunas ovejas y que viviría feliz. Pero no me dijo nada de su número. Yo me alegré del trato que había hecho.

»Por entonces vivía yo modestamente a las afueras de mi pueblo y tenía sólo dos ovejas y tres cabras. Llevé al carnero a mi pequeña granja, saqué a las dos ovejas del establo y dejé que correteasen libremente delante de los ojos del carnero. Mientras tanto yo estaba sentado calculando cuántos corderos me darían las dos ovejas en diez años, pero el carnero, que a lo largo de su vida había conocido a toda clase de animales y artistas, pero nunca a una oveja, no sabía qué hacer con aquellas dos por mucho que le acosasen.

»Encendí un cigarrillo, y como aquella tarde hacía bastante

calor, me quité el sombrero y lo puse encima de un taburete. Ésa era la señal que había aprendido el carnero desde pequeño. Un sombrero encima de un taburete y un cigarrillo encendido. En seguida se puso de pie sobre sus patas traseras, caminó erguido hacia mí, me quitó el cigarrillo de la boca bruscamente, se puso el sombrero encima de los cuernos, colocó el cigarrillo en un lado de la boca y masculló con una voz terriblemente ronca: “¡Oye, pasmao! ¿Quieres que te parta la boca?”.

»Creo que me puse a gritar en chino, pues ni yo mismo entendía los sonidos que salieron de mi garganta. Corrí al pueblo y, si no hubiese encontrado a dos buenos amigos que siempre me creían, habría terminado en el manicomio. Pero aquellos dos amigos volvieron a casa conmigo y vieron con sus propios ojos al carnero que repetía una y otra vez su número delante de las aterradas ovejas, ya que nadie le daba un puñado de cebada como señal de que había terminado su actuación.

»Poco a poco fue aficionándose a las ovejas; estas treinta que veis aquí son sus nietas. Pero nadie podía fumar delante de él, pues en seguida se levantaba sobre sus patas traseras y asustaba al fumador con su número.

Lloramos de risa con el pastor y yo admiraba al conductor del autobús que a pesar de ello podía seguir conduciendo.

Luego llegamos a la zona de guerra donde había tenido lugar la batalla decisiva entre las tropas del presidente y las de su cuñado, y los tres nos asustamos al ver los numerosos tanques y vehículos militares que llenaban la llanura. No se veía un alma. Era un espectáculo fantasmagórico, como si unos espíritus hubiesen conducido aquellos vehículos y hubiesen desaparecido sin dejar rastro al ser destruidos.

Ya habíamos pasado tres controles de carretera en nuestro camino a Morgana cuando en el cuarto y último un soldado aburrido nos ordenó que parásemos a un lado de la carretera. El conductor obedeció la orden, apagó el motor y esperó. Al cabo de un cuarto de hora subió un oficial. No se interesó por las ovejas ni por el pastor, sólo me miró a mí.

—¿Cómo te llamas? —preguntó lacónico.

—Sadik Schahin.

—Mientes. Estoy seguro de que no te llamas Sadik Schahin,

sino…, espera que piense…, Feisal, sí, Feisal, y de apellido Sarut o Magut o Dios sabe cómo, pero en todo caso no Sadik, tú no tienes aspecto de llamarte Sadik, y mucho menos Sadik Schahin.

—¿Y qué aspecto tiene un Sadik Schahin? —pregunté yo un poco perplejo.

—Cómo voy a saberlo si todavía no he visto ninguno. Pero estoy seguro de que tiene otro aspecto. Tú eres el Feisal que estamos buscando. ¡Acompáñame! ¡Yo te demostraré que no te llamas Sadik! —dijo, pero no con el habitual tono antipático de un oficial del servicio secreto. No, lo dijo más bien con el entusiasmo de un muchacho que quiere enseñar a su amigo un juguete increíblemente complicado—. ¡Tú puedes continuar el viaje! —ordenó al conductor en tono áspero.

El oficial echó a andar precediéndome y yo podría haber desaparecido aprovechando el gentío y el tráfico de los coches, pero le seguí aunque todavía no sé por qué. Entramos en un edificio moderno y plano, un soldado saludó en la entrada. Olía a papel y goma de borrar. Entré detrás del oficial en una sala grande sin ventanas cuyas paredes estaban cubiertas hasta el techo de armarios grises llenos de cajones.

El oficial empezó a buscar frenéticamente, subió por una escalera hasta el techo para inspeccionar agachado poco después los cajones de abajo del todo. Así transcurrieron dos horas. Por fin me miró desesperado.

—¡Ayúdame un poco, caramba! —se quejó, y entonces tiré aturdido de un cajón sin fijarme en las letras que había encima. Cientos de fichas escritas apretadamente con los nombres, datos y delitos de hombres y mujeres buscados, e incluso de niños, aparecieron de repente delante de mí.

—¿Por dónde empiezo a buscar? —pregunté como si en lugar de ser una persona buscada fuese un colaborador del servicio secreto.

—Busca bajo Sarut, Magut o lo que sea. Lo importante es que encuentres tu ficha.

—Pero yo me llamo Sadik Schahin.

—Como quieras, entonces busca bajo la S o la Sch. Estos idiotas registran a algunas personas con su nombre de pila en lugar de su apellido. Pero eso se va a acabar pronto.

—¿Acabar pronto? ¿Es que va a llegar la democracia?

—pregunté.

—¿Te has vuelto loco? No, próximamente recibiremos un sistema de ordenadores en el marco de un programa de ayuda al desarrollo. Entonces todo irá a la velocidad del rayo. Se coloca un pasaporte encima de una pantalla y se aprieta un botón. Rápidamente aparece una respuesta clara: «¡Detenido!» o «¡Todavía no!». Yo he presenciado la demostración. ¡Una maravilla!

Estuve buscando mi nombre durante una eternidad. Una y otra vez me encontraba con las fichas de vecinos conocidos. Eran personas honradas que ya tenían suficientes problemas en la vida, pero el fichero los convertía en monstruos y agentes. Vi montañas de mentiras en aquel fichero y por fin me puse increíblemente furioso.

—¡Señor oficial! —dije—, tengo que hacer una confesión.

—¡Por fin entras en razón! —dijo aliviado el oficial y bajó por la escalera.

—Tienes razón —dije—: no me llamo Sadik, sino Feisal y de apellido me llamo Sarut, Magut o Liliput. He estado mintiendo todo el tiempo, he inventado todas las historias. Este edificio tampoco existe.

—¿Ah no? ¿Este edificio también es de mentira? ¡Yo pensaba que era de hormigón!

—Eso sí, ¿pero qué ocurrirá dentro de cien años? ¿Debemos aceptar el edificio como una verdad sólo porque no desaparecerá hasta dentro de cien años? El edificio es sólo una ilusión más larga. Todo es mentira. Tú tampoco existes.

—¿Ah no? ¿Yo tampoco?

—Ni tú, ni Morgana. Te juro que en menos de dos minutos también habremos desaparecido nosotros. Mira el vacío que ya se está abriendo a tus pies; cuenta hasta cien, y antes de que hayas terminado ya no estaremos aquí.

El oficial se puso pálido. Balbució con un hilo de voz:

—¡Pero yo tenía razón! No te llamas Sadik —y empezó a contar, pero no pasó del veinte.

Cómo realicé aquel truco de magia es una larga
historia que sin duda contaré en otra ocasión,
como yo me llamo Sadik —aunque
ni siquiera eso es

seguro.

Debo mis conocimientos sobre el circo a los circos y artistas:

Circo India
Director Amal
Funámbula Mala
Domador Santosh
Mago Shambhu
Circo Roncalli
Circo Hellas
Circo Granada
Charlie Chaplin
Jango Edwards

y a los libros:

Adrion, A.: *Die Memoiren des Zauberers Robert-Houdin,* Düsseldorf 1969.

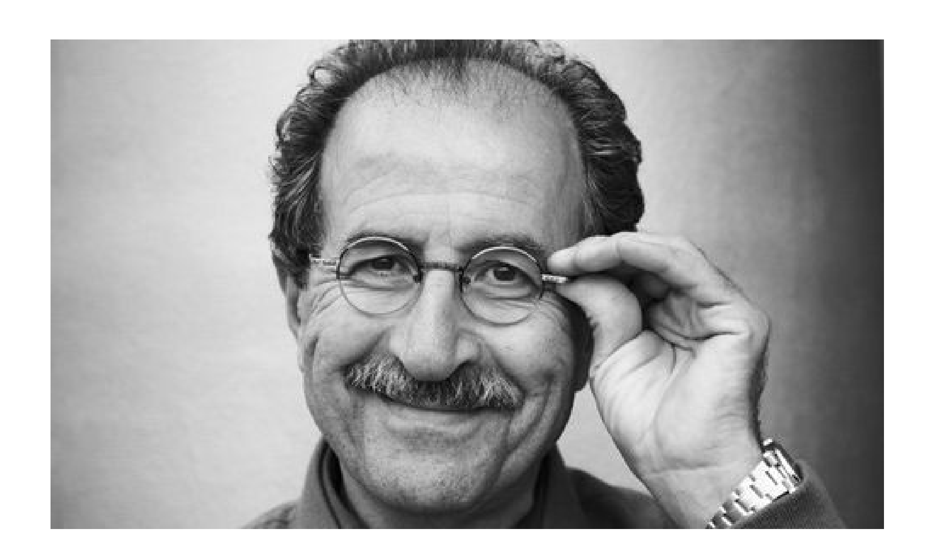
Barloewen von, C.: *Zur Phänomenologie des Stolperns*, Königstein/Ts. 1981.

Bessy, M.: *Charlie Chaplin,* Munich 1984.

Bose, G. y Brinkmann, E.: *Circus, Geschichte uns Ästhetik einer niederen Kunst,* Berlín 1978.

Crof-Cook,
R.
y Cotes,
P.
: *Die Welt des Circus*, Zurich 1977.
Dembeck,
H.
: *Gelehrige Tiere*, Düsseldorf 1966.
Farell,
D.
: *Freunde auf Leben und Tod,* Viena 1988.
Günther,
E.
: *Sarrasani, wie er wirklich war*, Berlín 1984.
Jay,
R.
: *Sauschlau und feuerfest*, Offenbach 1988.
Kuchejda,
M.
: *Als hätten wir nur Spass gehabt*, Gelsenkirchen 1981.
Philipp,
W.
: *Alpha-Tier, Verhalten und Rangordnung im Circus*, Berlín 1979.
Remy,
T.
: *Clownnummern*, Colonia 1982.
River,
C.
: *Akrobat schöön*, Munich 1972.
Saltarino,
S.
: *Fahrend Volk*, Leipzig 1985.
Winkler,
G.
y

D.
: *Allez hop durch die Weltz*, Berlín 1981.
Wolfram,
P.
: *Die Nummer,* Darmstadt 1988.



RAFIK SCHAMI (Damasco, Siria, 1946). Entre los años 1966 y 1969 editó un periódico mural en la parte vieja de su ciudad natal. En 1971 emigró a Alemania, donde estudió y se doctoró en Ciencias Químicas. Desde 1982 se dedica exclusivamente a la escritura y ha publicado varios libros, entre ellos el libro infantil *Un puñado de estrellas*, que obtuvo varios premios literarios y fue traducido a una docena de idiomas, *Narradores de la noche* (Colección Las Tres Edades, n.º 4), que inmediatamente consiguió el Premio El Flautista de Hamelin, *El honesto mentiroso* (Colección Las Tres Edades n.º 30), *Esto no es un papagayo* (1994) y también *Cuentos de Malula*.